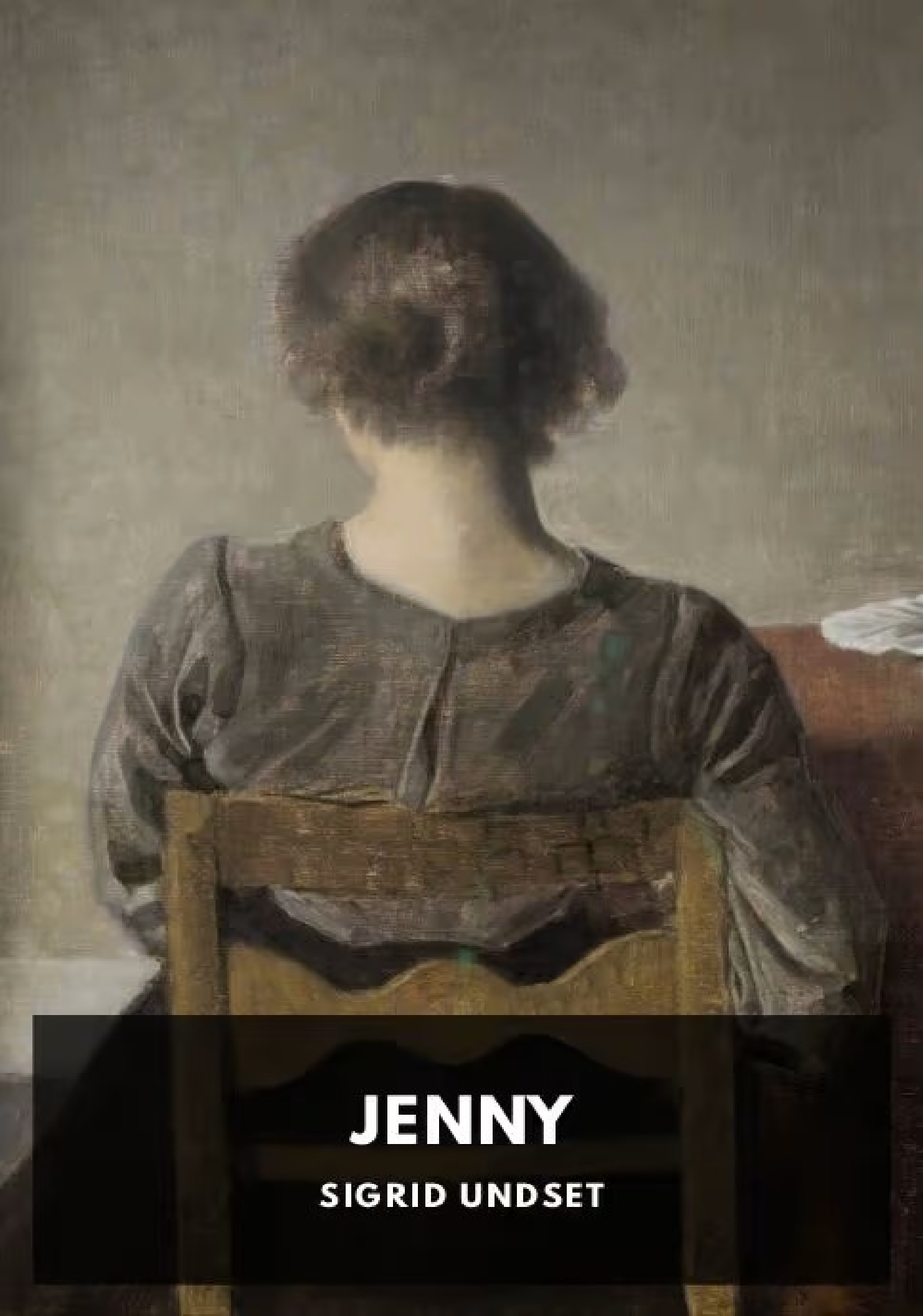

JENNY

SIGRID UNDSET

Sobre esta edición

Obra original: Jenny – Singrid Undset, 1911.
Edición: Traducción por Fernando Guzmán, 2026.
Nota legal: La obra original en noruego está en dominio público en todo el mundo.
La portada de esta edición ha sido dedicada al dominio público por Standard Ebooks.
Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons Attribution 4.0 International (CC BY 4.0).
Para consultar los términos de esta licencia visite http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/
Se autoriza su libre impresión, difusión y/o comercialización, así como la realización de obras derivadas, siempre que se otorgue adecuada referencia a esta traducción al español.

Primera parte

CAPITULO 1

Mientras Helge Gram doblaba la esquina hacia la Via Condotti al anochecer, una banda militar bajaba por la calle tocando "La viuda alegre" con un ritmo tan alocado y vertiginoso que recordaba a clarines salvajes. Los pequeños soldados morenos pasaron corriendo en la fría tarde, más como una cohorte romana dispuesta a atacar hordas bárbaras que como hombres pacíficos que regresan a sus cuarteles para cenar. Esa era quizá la causa de su prisa, pensó Helge, sonriendo para sí; pues mientras estaba allí mirándolos, con el cuello del abrigo subido por el frío, una peculiar atmósfera histórica lo había invadido —pero de repente se encontró tarareando la misma melodía y continuó su camino en dirección al Corso.

Se detuvo en la esquina y miró. Así que ese era el Corso: un interminable flujo de carruajes en una calle atestada y una multitud bulliciosa en una acera estrecha. Se quedó quieto, observando cómo la corriente pasaba junto a él, y sonrió ante la idea de que podría deslizarse por esta calle cada anochecer entre la multitud, hasta que se volviera tan familiar para él como la avenida más conocida de su propia ciudad, Cristianía. De repente lo invadió el deseo de caminar y caminar —ahora y tal vez toda la noche— por todas las calles de Roma, porque pensaba en la ciudad tal como se le había aparecido hace un rato cuando la contemplaba desde el Pincio, mientras el sol se ponía.

Había nubes por todo el cielo occidental, agrupadas como pequeños corderos gris pálido, y al hundirse el sol detrás de él, pintó sus bordes de un ámbar glorioso. Bajo los cielos pálidos yacía la ciudad, y Helge comprendió que esa era la verdadera Roma: no la Roma de su imaginación y sus sueños, sino Roma tal como era realmente.

Todo lo demás que había visto en su viaje lo había decepcionado, pues no era lo que había imaginado en su casa cuando ansiaba viajar al extranjero y verlo todo. Una vista, por fin, estaba muy por encima de sus sueños, y esa era Roma.

Una llanura de tejados se extendía ante él en el valle; los techos de casas nuevas y viejas, de casas altas y bajas; parecía como si las hubieran

construido en cualquier lugar y momento, y de un tamaño adecuado a la necesidad del instante. Solo en pocos lugares se podía ver un espacio entre la masa de tejados, como si fueran calles. Todo este mundo de líneas descuidadas, cruzándose entre sí en mil ángulos duros, yacía inerte y quieto bajo los pálidos cielos, mientras el sol poniente teñía los bordes de las nubes con un toque de luz. Dormitaba bajo un fino velo de niebla blanca que ninguna columna de humo se atrevía a penetrar, pues no se veía ninguna chimenea de fábrica ni salía humo de las curiosas y pequeñas salidas que sobresalían de las casas. Las viejas tejas redondas de color óxido estaban cubiertas de musgo grisáceo; la hierba y pequeñas plantas con flores amarillas crecían en las canaletas; a lo largo del borde de las terrazas, los áloes permanecían inmóviles en sus macetas y las enredaderas colgaban en cascadas muertas desde las cornisas. Aquí y allá, la parte superior de una casa alta se elevaba sobre sus vecinas, con sus oscuras y huecas ventanas mirando fijamente desde una pared gris o rojiza, o durmiendo tras persianas cerradas. Varias logias destacaban en la niebla, pareciendo partes de una antigua torre de vigilancia, y pequeñas glorietas de madera o hierro corrugado se erguían sobre los tejados.

Sobre todo ello flotaban masas de cúpulas de iglesias; la enorme y gris, al otro lado de lo que Helge suponía era el río, era la de San Pedro. Más allá del valle, donde los tejados cubrían la ciudad silenciosa —que bien merecía esta noche el epíteto de "eterna"— una colina baja extendía su largo lomo hacia los cielos, llevando en la lejana cresta una avenida de pinos cuyas copas formaban una gran masa sobre la fila de esbeltos troncos. Y detrás de la cúpula de San Pedro, la vista se detenía en otra colina con villas, construidas entre pinos y cipreses. Probablemente el Monte Mario.

Las oscuras hojas del acebo formaban un techo sobre su cabeza y, detrás de él, una fuente emitía un sonido curiosamente vivo mientras el agua salpicaba contra el borde de piedra antes de fluir hacia la cuenca inferior. Helge susurró a la ciudad de sus sueños, cuyas calles sus pies aún no habían pisado, cuyas casas no albergaban a una sola alma conocida: "Roma — Roma — eterna Roma". De repente, se sintió impactado por su propia soledad y sobresaltado por su emoción, aunque sabía que nadie la presenciaba; dándose la vuelta, bajó apresuradamente las escaleras de la Plaza de España.

Y ahora, cuando estaba en la esquina de Condotti y el Corso, experimentaba una extraña y sin embargo grata ansiedad ante la idea de mezclarse con esas bulliciosas multitudes y encontrar su camino en la ciudad desconocida, para deambular por ella hasta la Plaza de San Pedro.

Mientras cruzaba la calle, dos muchachas pasaron a su lado. Le parecieron noruegas, lo que le produjo un leve escalofrío de placer. Una de ellas era muy rubia y vestía pieles de color claro. Era un placer para él incluso leer los nombres de las calles tallados en claras letras latinas sobre placas de mármol blanco incrustadas en las esquinas de las casas.

La calle que tomó desembocaba en un espacio abierto cerca de un puente, en el que dos filas de faroles ardían con una llama débil y verdosa bajo la pálida luz que se derramaba del cielo inquieto. Un bajo pretil de piedra corría a lo largo de la línea de agua, bordeado por una hilera de árboles de hojas y troncos descoloridos que desprendían su corteza en grandes escamas blancas. En la orilla opuesta del río, los faroles callejeros ardían entre los árboles y las casas destacaban negras contra el cielo, pero de este lado el crepúsculo aún parpadeaba en los cristales de las ventanas. El cielo estaba casi despejado ahora, y colgaba transparente y verde azulado sobre la colina con la avenida de pinos, con algunas nubes rojizas, amenazadoras y de movimiento lento aquí y allá.

Se detuvo en el puente y miró hacia el Tíber. ¡Qué opaca estaba el agua! Fluía rápidamente, reflejando los colores del cielo vespertino y arrastrando ramas, grava y trozos de madera en su curso entre los muros de piedra. Una pequeña escalera a un lado del puente bajaba hasta la orilla. Helge pensó en lo fácil que sería bajar los escalones una noche, cuando uno estuviera cansado de todo. ¿Alguien lo habría hecho alguna vez?, se preguntó.

Le pidió a un policía indicaciones para llegar a la basílica de San Pedro en alemán; el hombre le respondió primero en francés y luego en italiano, y cuando Helge negó repetidamente con la cabeza, volvió a hablar en francés, señalando río arriba. Helge se dirigió en esa dirección.

Una enorme construcción oscura de piedra se recortaba contra el cielo:

una torre baja y redonda con una cresta dentada y la silueta negra de un ángel en la cima. Reconoció las líneas del Castillo de Sant'Angelo y se acercó. Aún había suficiente luz para que las estatuas junto al puente se vieran amarillentas en el crepúsculo; los cielos rojos aún se reflejaban en las aguas corrientes del Tíber, pero los faroles callejeros habían ganado fuerza y arrojaban caminos de luz a través del río. Más allá del puente de Sant'Angelo, los tranvías eléctricos con ventanillas iluminadas rodaban sobre el nuevo puente de hierro, lanzando chispas blancas de los cables.

Helge se quitó el sombrero ante un hombre:
—¿San Pietro, favorisca?

El hombre señaló con el dedo y dijo algo que Helge no entendió. Se adentró en una calle oscura y estrecha que, con una sensación de alegría, casi creyó reconocer, pues era exactamente como la calle italiana de su imaginación: tienda tras tienda llena de curiosidades. Miró fijamente las vitrinas pobremente iluminadas. La mayoría de las cosas eran baratijas; esas tiras sucias de tosco encaje blanco colgando de una cuerda seguramente no eran de origen italiano. Había trozos de cerámica expuestos en tapas de cajas polvorientas y pequeñas figuras de bronce de un verde intenso, candelabros de latón viejos y nuevos, y broches con piedras que parecían falsas. Sin embargo, lo invadió un insensato deseo de entrar y comprar algo: preguntar, regatear y adquirir. Casi antes de darse cuenta, había entrado en una pequeña tienda mal ventilada llena de toda clase de objetos. Había lámparas de iglesia colgando del techo, trozos de seda con flores doradas sobre fondos rojos, verdes y blancos, y piezas de muebles rotos.

Detrás del mostrador, un joven de tez morena y barbilla sin afeitar leía. Hablaba y hacía preguntas mientras Helge señalaba varios artículos: "¿Quanto?". Lo único que entendía era que los precios eran excesivos, pero uno no debía comprar hasta saber el idioma lo suficiente para regatear.

Había varias piezas de porcelana en un estante, figuras rococó y jarrones con ramilletes de rosas que parecían bastante modernos. Helge tomó una al azar y la puso sobre el mostrador:
—¿Quanto?

—Sette —dijo el joven, y extendió siete dedos.
—Quattro —dijo Helge, mostrando cuatro dedos con su guante marrón nuevo, y se sintió bastante satisfecho consigo mismo por este avance en el idioma extranjero. No entendía ni una palabra de los argumentos del hombre, pero cada vez que este terminaba de hablar, Helge levantaba sus cuatro dedos y repetía su "quattro", añadiendo con aire superior:
—¡Non antica!

Pero el tendero protestó:
—Sì, antica.
—Quattro —dijo Helge de nuevo. El hombre ahora solo tenía cinco dedos en el aire, y Helge se dirigió hacia la puerta. El hombre lo llamó de vuelta, aceptando el trato, y Helge, sintiéndose muy complacido, salió con su compra envuelta en papel de seda rosa.

Vio la masa oscura de la iglesia al final de la calle recortada contra el cielo y siguió caminando. Se apresuró a cruzar la primera parte de la plaza, con sus vitrinas iluminadas y los tranvías que pasaban, hacia las dos arcadas semicirculares que extendían un par de brazos redondeados, por así decirlo, alrededor de una parte del lugar, atrayéndola hacia la quietud y la oscuridad de la imponente iglesia, con sus anchos escalones que se extendían en forma de concha hasta la plaza.

La cúpula de la iglesia y la hilera de santos a lo largo del techo de las arcadas destacaban negras contra la tenue luz del cielo; los árboles y casas de la colina al fondo parecían amontonados unos sobre otros de manera irregular. Los faroles callejeros no tenían fuerza allí; la oscuridad fluía entre las columnas y se extendía sobre los escalones desde el pórtico abierto de la iglesia. Subió lentamente los escalones cerca del templo y miró a través de las puertas de hierro. Luego volvió al obelisco en medio de la plaza y se quedó allí contemplando el oscuro edificio. Inclinó la cabeza hacia atrás y siguió con la mirada la esbelta aguja de piedra que apuntaba directamente al cielo vespertino, donde las últimas nubes habían descendido sobre los tejados de la parte de la ciudad de donde venía, y las primeras chispas radiantes de las estrellas perforaban la oscuridad incipiente.

De nuevo, sus oídos captaron el sonido del agua cayendo en una cisterna de piedra y el suave murmullo del desbordamiento de un recipiente a

otro hacia la cuenca. Se acercó a una de las fuentes y observó el espeso chorro blanco, impulsado hacia arriba como en un desafío airado y luciendo negro contra la atmósfera clara, para romperse en lo alto y hundirse de nuevo en la oscuridad, donde el agua volvía a brillar blanca. Siguió mirando fijamente hasta que una ráfaga de viento atrapó el chorro y lo inclinó hacia él, rociándole el rostro con gotas heladas; pero permaneció donde estaba, escuchando y mirando. Luego caminó unos pasos, se detuvo y volvió a caminar, pero muy lentamente, escuchando una voz interior. Era cierto, entonces —realmente cierto— que estaba allí, lejos, muy lejos de todo lo que había anhelado tanto dejar atrás. Y caminó aún más despacio, con cautela, como quien ha escapado de una prisión.

En la esquina de la calle había un restaurante. Se dirigió hacia él y en el camino encontró una tabaquería donde compró cigarrillos, tarjetas postales y sellos. Mientras esperaba su corte de carne, bebió grandes tragos de vino clarete mientras escribía a sus padres; a su padre: "He estado pensando mucho en ti hoy" —era totalmente cierto— y a su madre: "Ya tengo un pequeño regalo para ti, la primera cosa que compré aquí en Roma". Pobre madre, ¿cómo estaría? A menudo había sido impaciente con ella en los últimos años. Desenvolvió el objeto y lo miró; probablemente era un frasco de perfume. Añadió unas palabras a la tarjeta de su madre diciéndole que se manejaba bien con el idioma y que regatear en las tiendas era fácil.

La comida era buena, pero cara. No importaba; una vez que se sintiera más a gusto allí, pronto aprendería a vivir con poco dinero. Satisfecho y animado por el vino, empezó a caminar en una nueva dirección, pasando junto a casas largas, bajas y deterioradas, a través de un arco hasta un puente. Un hombre en una caseta de vigilancia lo detuvo y le hizo entender que tenía que pagar un soldo. Al otro lado del puente había una gran iglesia oscura con cúpula.

Se adentró en un laberinto de calles oscuras y estrechas; en la misteriosa penumbra intuyó la existencia de viejos palacios con cornisas salientes y ventanas enrejadas junto a viviendas miserables, y pequeñas fachadas de iglesias entre las hileras de casas. No había aceras y pisaba desechos que se pudrían en la cuneta. Afuera de las estrechas puertas de las tabernas iluminadas y bajo los pocos faroles callejeros, tuvo una vaga visión de

figuras humanas. Estaba medio encantado y medio asustado; emocionado como un niño y preguntándose al mismo tiempo cómo saldría de este laberinto para encontrar el camino a su hotel en el otro extremo del mundo; supuso que tendría que tomar un carruaje.

Pasó por otra calle estrecha, casi vacía. Una pequeña franja de cielo azul y claro era visible entre las altas casas con sus ventanas sin marco, que parecían agujeros negros cortados en la pared. Sobre el irregular puente de piedra, el polvo, la paja y los trozos de papel eran arrastrados por una ligera ráfaga de viento.

Dos mujeres que caminaban detrás de él lo pasaron cerca de un farol. Dio un respingo: eran las que había notado esa tarde en el Corso y que creía noruegas. Reconoció las pieles claras de la más alta. De repente sintió el impulso de intentar una aventura: preguntarles el camino para confirmar si eran noruegas —o al menos escandinavas—, pues ciertamente eran extranjeras. Con el corazón acelerado, empezó a seguirlas.

Las dos muchachas se detuvieron frente a una tienda que estaba cerrada y luego siguieron caminando. Helge se preguntó si debía decir "Please", "Bitte" o "Scusi" —o si debía soltar de inmediato un "Undskyld"—; sería gracioso si fueran noruegas. Las chicas doblaron una esquina; Helge estaba cerca de ellas, armándose de valor para hablarles. La más pequeña se volvió molesta y dijo algo en italiano en voz baja. Él se sintió decepcionado e iba a retirarse con una disculpa, cuando la alta dijo en noruego:

—No deberías hablarles, Cesca; es mucho mejor fingir que no te das cuenta.
—No soporto a esa maldita chusma italiana; nunca dejan en paz a una mujer —dijo la otra.
—Disculpen —dijo Helge, y las dos chicas se detuvieron, volteando rápidamente.
—Espero que me disculpen —murmuró, sonrojándose y, al notar que lo hacía, se puso aún más rojo—. Llegué hoy de Florencia y me he perdido en estas calles sinuosas. Pensé que ustedes eran noruegas, o al menos escandinavas, y no logro manejarme con el italiano. ¿Serían tan amables de indicarme dónde encontrar un carruaje? Mi nombre es Gram —

añadió, levantando de nuevo el sombrero.

—¿Dónde se hospeda? —preguntó la muchacha más alta.
—En un lugar llamado Albergo Torino, cerca de la estación —explicó él.
—Debería tomar el tranvía de Trastevere en San Carlo ai Catenari —dijo la otra.
—No; mejor tome el número 1 en el Corso nuevo.
—Pero esos no van a la Termini —respondió la pequeña.
—Sí van. Los que dicen San Pietro, stazione Termini —le explicó a Helge.
—¡Ah, ese! Pasa por Capo le Case y Ludovisi y da una vuelta enorme primero; tardará al menos una hora en llegar a la estación con ese.
—No, querida; va directo, todo recto por la Via Nazionale.
—Que no —insistió la otra—; va primero al Laterano.

La muchacha más alta se volvió hacia Helge:
—La primera calle a la derecha lo llevará a una especie de mercado. Desde allí siga por la Cancellaria a su izquierda hasta el Corso nuevo. Si mal no recuerdo, el tranvía para en la Cancellaria; verá el letrero. Pero asegúrese de tomar el que diga San Pietro, stazione Termini, número 1.

Helge se quedó algo desanimado, escuchando los nombres extranjeros que las chicas usaban con tanta naturalidad y, negando con la cabeza, dijo:
—Me temo que nunca podré encontrarlo; quizá sea mejor que camine hasta encontrar un coche.
—Podríamos acompañarlo hasta la parada —dijo la alta.
La pequeña susurró algo en italiano con fastidio, pero la otra le respondió con decisión. Helge se sintió aún más confundido por esos comentarios que no entendía.
—Gracias, pero por favor no se molesten. Seguro encontraré el camino a casa de una u otra forma.
—No es molestia —dijo la alta, empezando a caminar—; nos queda de paso.
—Es muy amable de su parte; supongo que es bastante difícil orientarse en Roma, ¿verdad? —dijo él, a modo de conversación—, especialmente cuando está oscuro.

— No lo es, pronto se acostumbrará.
—Llegué hoy mismo. Vine de Florencia esta mañana en tren —la más pequeña dijo algo en voz baja en italiano. La alta preguntó—: ¿Hacía mucho frío en Florencia?
—Sí, muchísimo. Aquí es más templado, ¿verdad? De todas formas, ayer le escribí a mi madre para que me enviara mi abrigo de invierno.
—Bueno, aquí también hace bastante frío a veces. ¿Le gustó Florencia? ¿Cuánto tiempo estuvo allá?
—Quince días. Creo que Roma me gustará más que Florencia.

La otra joven sonrió —había estado murmurando para sí en italiano todo el tiempo—, pero la alta continuó con su voz agradable y tranquila:
—No creo que haya ninguna ciudad que se pueda querer tanto como a Roma.
—¿Su amiga es italiana? —preguntó Helge.
—No; la señorita Jahrman es noruega. Hablamos italiano porque yo quiero aprender, y ella es muy buena en eso. Mi nombre es Winge —añadió—. Esa es la Cancellaria —señaló hacia un gran palacio oscuro.
—¿El patio es tan bonito como dicen?
—Sí; es muy lindo. Le mostraré qué tranvía tomar.

Mientras esperaban, dos hombres cruzaron la calle.
—¡Hola, aquí están! —exclamó uno de ellos.
—Buenas noches —dijo el otro—. ¡Qué suerte! Podemos ir juntos. ¿Fueron a ver los corales?
—Estaba cerrado —dijo la señorita Jahrman con fastidio.
—Nos encontramos con un compatriota y le prometimos enseñarle cuál es el tranvía correcto —explicó la señorita Winge, presentándolos—: El señor Gram —el señor Heggen, artista, y el señor Ahlin, escultor.
—No sé si me recuerda, señor Heggen; me llamo Gram. Nos conocimos hace tres años en Mysusaeter.
—Ah, sí, claro. ¿Así que está en Roma?

Ahlin y la señorita Jahrman habían estado hablando en susurros. La chica se acercó a su amiga y dijo:
—Me voy a casa, Jenny. No estoy de humor para Frascati esta noche.
—Pero, querida, tú misma lo sugeriste.
—Bueno, pues Frascati no. ¡Uf! Estar ahí sentada lamentándose con treinta viejas danesas de todas las edades y sexos posibles.

—Podemos ir a otro sitio. Pero ahí viene su tranvía, señor Gram.
—Mil gracias por su ayuda. ¿Volveré a verlos? ¿En el club escandinavo, tal vez?

El tranvía se detuvo frente a ellos. La señorita Winge dijo:
—No lo sé; quizás le gustaría venir con nosotros ahora. Íbamos a tomar una copa de vino en algún lugar y escuchar un poco de música.
—Gracias —Helge dudó, mirando a los demás algo apenado—. Me encantaría, pero... —y, dirigiéndose con confianza a la señorita Winge, de rostro amable y voz bondadosa, dijo con una sonrisa algo torpe—: Todos se conocen entre ustedes; tal vez prefieran no tener a un extraño en el grupo.
—Para nada —dijo ella, sonriendo—, sería un gusto. Y mire, su tranvía ya se fue. Ya conoce a Heggen, y ahora nos conoce a nosotros. Nos aseguraremos de que llegue bien a casa, así que, si no está cansado, vamos.
—Cansado, para nada. Me encantaría ir —dijo Helge con entusiasmo.

Los otros tres empezaron a proponer diferentes cafés. Helge no conocía ninguno de los nombres; su padre no los había mencionado. La señorita Jahrman los rechazó todos.
—Muy bien, entonces bajemos a San Agostino; ya sabes cuál, Gunnar, donde sirven ese vino tinto de primera —y Jenny empezó a caminar, acompañada por Heggen.
—No hay música —replicó la señorita Jahrman.
—Ah, sí, el hombre que es bizco y el otro tipo están allí casi todas las noches. No perdamos tiempo.

Helge siguió con la señorita Jahrman y el escultor sueco.
—¿Lleva mucho tiempo en Roma, señor Gram?
—No, llegué esta mañana de Florencia.
La señorita Jahrman se rió. Helge se siente bastante desairado. Tal vez debió decir que estaba cansado e irse a casa. Mientras bajaban por calles oscuras y estrechas, la señorita Jahrman habló todo el tiempo con el escultor y apenas respondió cuando él intentó hablarle. Pero antes de que pudiera decidirse, vio a la otra pareja desaparecer por una puerta estrecha calle abajo.

CAPITULO 2

—¿Qué le pasa otra vez a Cesca esta noche? Últimamente aguantamos demasiado sus malos humores. Quítate el abrigo, Jenny, o tendrás frío cuando salgas —Heggen colgó su abrigo y su sombrero en una percha y se sentó en una silla de paja.
—No se siente bien, pobre chica. Y ese señor Gram, ¿sabes?, nos siguió un rato antes de atreverse a hablarnos; cualquier cosa así la saca de quicio. Tiene el corazón débil, ya sabes.
—Lo siento por ella. Qué caradura el tipo.
—Pobrecito, estaba deambulando sin rumbo y no encontraba el camino a casa. No parece estar acostumbrado a viajar. ¿Lo conocías de antes?
—No tengo el menor recuerdo de eso. Puede que lo haya visto en algún lado. Aquí vienen.
Ahlin tomó el abrigo de la señorita Jahrman.
—Caray —dijo Heggen—. Qué elegante estás esta noche, Cesca. Estás impecable.
Ella sonrió, evidentemente complacida, y se alisó las caderas; luego, tomando a Heggen por los hombros, le dijo: —Quítate, por favor, quiero sentarme junto a Jenny.
"Qué bonita es", pensó Helge. Su vestido era de un verde brillante, con la cintura tan alta que sus pechos redondeados se elevaban como de una copa. Había un brillo dorado en los pliegues del terciopelo, y el corpiño era escotado alrededor de su cuello pálido y firme. Era muy morena; pequeños rizos negros como el azabache caían bajo el sombrero marrón en forma de campana sobre sus suaves mejillas rosadas. Su rostro era el de una niña pequeña, con párpados llenos y redondos sobre profundos ojos marrones, y encantadores hoyuelos alrededor de la pequeña boca roja.
La señorita Winge también era linda, pero no podía competir con su amiga. Era tan rubia como la otra era morena; su cabello rubio, peinado hacia atrás desde una frente blanca y alta, tenía reflejos de oro intenso; su piel era de un delicado tono rosa y blanco. Incluso las cejas y pestañas alrededor de sus ojos gris acero eran de un rubio dorado claro. La boca era demasiado grande para su rostro, con su nariz corta y recta y sus sienes de venas azuladas; sus labios eran pálidos, pero cuando sonreía, mostraba dientes parejos y nacarados. Su figura era esbelta: el cuello largo y delgado, los brazos cubiertos de un vello rubio y suave, y

las manos largas y finas. Era alta, y tan delgada que parecía casi un muchacho en pleno crecimiento. Parecía muy joven. Llevaba un cuello estrecho y blanco doblado hacia abajo alrededor del escote en V de su vestido y solapas del mismo tipo en las mangas cortas. Su vestido de seda suave, gris pálido, estaba fruncido en la cintura y en los hombros, evidentemente para que pareciera menos delgada. Llevaba una hilera de cuentas rosadas alrededor del cuello que proyectaban manchas rosadas en su piel.

Helge Gram se sentó tranquilamente al final de la mesa y escuchó a los demás hablar de una amiga que había estado enferma. Un anciano italiano, con un delantal blanco sucio que cubría su ancho chaleco, se acercó a preguntar qué deseaban.

—¿Tinto o blanco, dulce o seco? ¿Qué te gusta, Gram? —dijo Heggen, volviéndose hacia él.

—El señor Gram debe tomar medio litro de mi vino tinto —dijo Jenny Winge—. Es de lo mejor que se puede tomar en Roma, y eso no es poca cosa, ¿sabes?

El escultor deslizó su pitillera hacia las señoras. La señorita Jahrman tomó un cigarrillo y lo encendió.

—No, Cesca, ¡no! —rogó la señorita Winge.

—Sí —dijo la señorita Jahrman—. No me sentiré mejor si no fumo, y estoy de mal humor esta noche.

—¿Por qué estás de mal humor? —preguntó Ahlin.

—Porque no conseguí esos corales.

—¿Ibas a usarlos esta noche? —preguntó Heggen.

—No, pero ya había decidido tenerlos.

—Ya veo —dijo Heggen riendo—, y mañana decidirás tener el collar de malaquita.

—No, no lo haré, pero es muy molesto. Jenny y yo corrimos hacia aquí a propósito por culpa de esos malditos corales.

—Pero tuvieron la suerte de encontrarnos; de lo contrario, se habrían visto obligadas a ir a Frascati, lugar al que pareces haberle tomado una repentina antipatía.

—No habría ido a Frascati, puedes estar seguro de eso, Gunnar; y habría sido mucho mejor para mí, porque ahora que me han hecho venir, quiero fumar, beber y estar fuera toda la noche.

—Tenía la impresión de que tú misma lo habías sugerido.

—Creo que el collar de malaquita era muy bonito —dijo Ahlin, interrumpiendo—, y muy barato.

—Sí, pero en Florencia la malaquita es mucho más barata. Esa pieza costaba cuarenta y siete liras. En Florencia, donde Jenny compró su cristallo rosso, podría haber conseguido uno por treinta y cinco. Jenny solo pagó dieciocho por el suyo. Pero haré que me dé los corales por noventa liras.
—No entiendo muy bien tu economía —dijo Heggen.
—No quiero hablar más de eso —dijo la señorita Jahrman—. Estoy harta de toda esta charla, y mañana voy a comprar los corales.
—¿Pero no es un precio excesivo por unos corales? —se arriesgó Heggen.
—No son corales comunes, ¿sabes? —se dignó responder la señorita Jahrman—. Son corales contadina, una cadena gruesa con un broche de oro y colgantes pesados, así.
—Contadina... ¿es una clase especial de coral? —preguntó Helge.
—No. Es lo que usan las campesinas.
—Es que no sé qué es una contadina.
—Una campesina. ¿No has visto esos corales grandes, de un rojo oscuro y pulidos que usan? Los míos son exactamente del color de la carne cruda, y la cuenta del medio es tan grande como esto —y formó un círculo con su pulgar e índice del tamaño de un huevo.
—Qué hermosos deben ser —dijo Helge, contento de retomar el hilo de la conversación—. No sé qué es la malaquita, ni el cristallo rosso, pero estoy seguro de que unos corales como esos te quedarían mejor que nada.
—¿Oyes, Ahlin? Y tú querías que me pusiera el collar de malaquita. El alfiler de corbata de Heggen es de malaquita; quítatelo, Gunnar. Y las cuentas de Jenny son cristallo rosso, no rossa; cristal de roca rojo, ¿sabes?

Ella le entregó el alfiler de corbata y el collar. Las cuentas estaban calientes por el contacto con el cuello de la joven. Él las miró un rato; en cada cuenta había pequeñas imperfecciones que, por así decirlo, absorbían la luz.

—De verdad debería usar corales, señorita Jahrman. Se parecería exactamente a una contadina romana.
—¡No me diga! —Sonrió, complacida—. ¿Oyen eso, ustedes?
—Tiene un nombre italiano también —dijo Helge con entusiasmo.
—No. Me pusieron el nombre de mi abuela, pero la familia italiana con

la que viví el año pasado no podía pronunciar mi feo nombre, y desde entonces me he quedado con la versión italiana.
—Francesca —dijo Ahlin en un susurro.
—Siempre pensaré en usted como Francesca, signorina Francesca.
—¿Por qué no señorita Jahrman? Por desgracia no podemos hablar italiano juntos, ya que no conoce el idioma —se volvió a los otros—. Jenny, Gunnar, mañana voy a comprar los corales.
—Sí; creo que te oí decirlo —dijo Heggen.
—Y no pagaré más de noventa.
—Aquí siempre hay que regatear —dijo Helge, como quien sabe del tema—. Entré en una tienda esta tarde cerca de San Pedro y compré esto para mi madre. Pedían siete liras, pero lo conseguí por cuatro. ¿No creen que fue barato? —Puso el objeto sobre la mesa.

Francesca lo miró con desprecio.
—Cuesta dos cincuenta en el mercado. Yo les llevé un par de esos a cada una de las empleadas de mi casa el año pasado.
—El hombre dijo que era antiguo —replicó Helge.
—Siempre lo dicen cuando ven que la gente no entiende y no conoce el idioma.
—¿No cree que es bonito? —dijo Helge, abatido, y envolvió su tesoro en papel de seda rosa—. ¿Cree que puedo dárselo a mi madre?
—Creo que es horrible —dijo Francesca—, pero, por supuesto, no conozco el gusto de su madre.
—¿Qué demonios voy a hacer con esto, entonces? —suspiró Helge.
—Dáselo a tu madre —dijo Jenny—. Ella se alegrará de que te hayas acordado de ella. Además, a la gente allá le gustan esas cosas. Nosotras, que vivimos aquí, vemos tanto que nos volvemos más críticas.

Francesca alargó la mano hacia la pitillera de Ahlin, pero él no quiso dársela; susurraron juntos con vehemencia, luego ella la arrojó, llamando:
—¡Giuseppe!

Helge entendió que le ordenaba al hombre que le trajera cigarrillos. Ahlin se levantó de repente.
—Mi querida señorita Jahrman, solo quería… ya sabe que no le conviene fumar tanto.
Francesca se levantó. Tenía lágrimas en los ojos.

—No importa. Quiero irme a casa.
—Señorita Jahrman, Cesca —Ahlin estaba sujetando su capa y le rogaba en voz baja que no se fuera. Ella se llevó el pañuelo a los ojos.
—Sí; quiero irme a casa. Ya pueden ver que esta noche estoy insoportable. Quiero irme sola. No, Jenny, no debes venir conmigo.

Heggen también se levantó. Helge se quedó solo en la mesa.
—¿Te imaginas que te dejaríamos ir sola a estas horas de la noche? —dijo Heggen.
—¿Acaso piensas prohibírmelo?
—Lo hago absolutamente.
—No, Gunnar —dijo Jenny Winge. Despidió a los hombres y se sentaron a la mesa en silencio, mientras Jenny, con los brazos alrededor de Francesca, la apartó y le habló con tono tranquilizador. Al rato, regresaron a la mesa.

Pero el grupo estaba algo desconcertado. La señorita Jahrman se sentó cerca de Jenny; ya había conseguido sus cigarrillos y estaba fumando, negando con la cabeza a Ahlin, que insistía en que los suyos eran mejores. Jenny, que había pedido fruta, estaba comiendo mandarinas y, de vez en cuando, ponía un gajo en la boca de Francesca. Qué perfectamente hermosa se veía mientras permanecía con su rostro infantil y triste sobre el hombro de Jenny, dejándose alimentar por su amiga. Ahlin se sentó mirándola fijamente y Heggen jugueteaba distraídamente con los restos de los fósforos.

—¿Lleva mucho tiempo en la ciudad, señor Gram? —preguntó.
—Recién llegué de Florencia esta mañana en tren.
Jenny soltó una pequeña risa educada y Francesca sonrió débilmente.

En ese momento, una mujer despeinada de pelo oscuro, con un rostro audaz y amarillento, entró en la habitación con una mandolina. La acompañaba un hombre pequeño, con el atuendo raído de un mesero, que llevaba una guitarra.
—Tenía razón, ¿ves, Cesca? —dijo Jenny, hablándole como a una niña —. Ahí está Emilia; ahora vamos a tener música.
—Qué alegría —dijo Helge—. ¿Todavía los músicos callejeros andan por aquí en Roma, cantando en las tabernas?

Los músicos afinaron "La viuda alegre". La mujer tenía una voz aguda, clara y metálica.
—¡Qué horrible! —exclamó Francesca, reaccionando—. No queremos eso, queremos algo italiano: "la luna con palido canto", ¿o qué les parece?
Se acercó a los músicos y los saludó como viejos amigos; rió y gesticuló, tomó la guitarra y la tocó, tarareando unos compases de un par de canciones. La mujer italiana cantó. La melodía flotaba dulce e insinuante al acompañamiento de las cuerdas metálicas, y los cuatro nuevos amigos de Helge se unieron al estribillo. Trataba de amore y bacciare.

—Es una canción de amor, ¿no?
—Una linda canción de amor —rió la señorita Jahrman—. No me pida que la traduzca, pero en italiano suena muy bien.
—Esta no está tan mal —dijo Jenny. Se volvió hacia Helge con su dulce sonrisa—. ¿Qué le parece este lugar? ¿No es bueno el vino?
—Excelente, y es un lugar típico y antiguo.

Pero todo su interés se había esfumado. La señorita Winge y Heggen le hablaban de vez en cuando, pero como él no se esforzaba por mantener la conversación, empezaron a hablar de arte entre ellos. El escultor sueco se sentó mirando a la señorita Jahrman. Las extrañas melodías de las cuerdas flotaban a su alrededor; sentía que los otros las entendían. La habitación era tradicional, con suelo de baldosa roja; las paredes y el techo, que era abovedado y descansaba sobre un pilar grueso en medio del salón, estaban pintados al temple. Las mesas estaban descubiertas, las sillas tenían asientos de junco verde y el aire estaba cargado con el olor agrio de los barriles de vino detrás del mostrador.

Esa era la vida de artista en Roma. Era casi como mirar un cuadro o leer una descripción en un libro, pero él no formaba parte de ella; al contrario, estaba irremediablemente fuera. Mientras se tratara solo de libros y cuadros, podía soñar que era parte de ese mundo, pero ahora estaba convencido de que nunca se integraría con esa gente.

¡Maldición! Bueno, no importaba. De todas formas, él no servía para socializar, y menos con personas así. "Mira a Jenny Winge ahora", pensó, "con qué despreocupación sostiene el vaso manchado de vino

tinto oscuro". Fue una revelación para él. Su padre le había mencionado el vaso que la muchacha del cuadro de Barstrand sobre Roma sostiene en la mano. La señorita Winge probablemente pensaría que era un cuadro mediocre. Esas muchachas probablemente nunca habían leído sobre el patio de Bramante en la Cancellaria, "esa perla de la arquitectura renacentista". Tal vez lo descubrieron un día por casualidad, cuando salieron a comprar cuentas y baratijas, y quizás llevaron a sus amigos a ver esta nueva maravilla con la que no habían soñado durante años. No habían leído en libros sobre cada piedra y cada lugar, hasta que sus ojos ya no podían ver la belleza en nada, a menos que coincidiera exactamente con la imagen que ya tenían en mente. Seguramente podían mirar unas columnas blancas recortadas contra el cielo azul oscuro y disfrutar de la vista sin ninguna curiosidad pedante sobre de qué templo formaban parte o para qué dios desconocido habían sido construidas.

Había leído y había soñado, y ahora comprendía que nada en la realidad era como lo había esperado. A plena luz del día todo parecía gris y duro; el sueño había envuelto las imágenes de su fantasía en un suave claroscuro, les había dado un acabado armonioso y había cubierto las ruinas de un delicado verde. Ahora solo iría por ahí para asegurarse de que todo lo que había leído estaba realmente allí, y entonces podría dar una conferencia sobre ello a las señoritas de la Academia y decir que lo había visto. No tendría ni una sola cosa que contarles que hubiera descubierto por sí mismo; no aprendería nada que ya no supiera. Y cuando se encontraba con seres vivos, evocaba en su mente las formas muertas de la poesía que conocía para ver si alguna de ellas estaba representada, porque no sabía nada de los vivos, él que nunca había vivido. Suponía que Heggen, con su boca roja y llena, difícilmente soñaría con aventuras románticas, como las que se leen en las novelas populares, si se encontrara con una chica una noche por las calles de Roma.

Empezó a sentir que el vino le hacía efecto.

—Si se va a casa ahora, mañana tendrá dolor de cabeza —le dijo la señorita Winge cuando estaban afuera en la calle. Los otros tres caminaban delante; él la seguía a ella.
—Seguro que piensa que soy un pesado por sacarlo a pasear por la noche.

—En absoluto, pero aún no nos conocemos lo suficiente, y nosotros no lo conocemos a usted.
—Soy lento para hacer amigos; de hecho, nunca llego a conocer realmente a la gente. No debí haber venido esta noche, a pesar de que usted tuvo la amabilidad de invitarme. Quizás uno también necesita entrenamiento para divertirse —dijo con una breve risa.
—Por supuesto que sí —por su voz podía notar que ella estaba sonriendo—. Yo tenía veinticinco años cuando empecé y, créame, al principio no lo pasé nada bien.
—¿Usted? Pensé que los artistas siempre… Por cierto, no creí que tuviera veinticinco años, ni cerca.
—Los tengo, gracias a Dios, y bastante más.
—¿Da gracias al cielo por eso? Y yo, siendo hombre, por cada año que se me escapa hacia la eternidad sin haberme traído nada más que la humillación de descubrir que nadie me necesita… Yo… —Se detuvo de repente, aterrorizado. Oyó que su voz temblaba y concluyó que el vino se le había subido a la cabeza para poder hablarle así a una mujer que ni siquiera conocía. Pero a pesar de su timidez, continuó—: Parece bastante desesperanzador. Mi padre me ha hablado de los jóvenes de su tiempo, de sus acaloradas discusiones y sus grandes ilusiones. Yo nunca he tenido una sola ilusión de la cual hablar en todos estos años que ahora se han ido, perdidos, para no volver.

—No tiene derecho a decir eso, señor Gram. Ningún año de la vida se desperdicia mientras no se haya llegado a un punto en que el suicidio sea la única salida. No creo que la vieja generación, la de la época de las grandes ilusiones, estuviera mejor que nosotros. Los sueños de su juventud les desnudaron la vida. Nosotros, los jóvenes, la mayoría de los que conozco, hemos empezado la vida sin ilusiones. Nos lanzaron a la lucha por la existencia casi antes de crecer y, desde el principio, hemos mirado la vida con los ojos abiertos, esperando lo peor. Y entonces un día comprendimos que podíamos obtener algo bueno de ella nosotros mismos. Ocurre algo, quizás, que te hace pensar: "si puedo soportar esto, puedo soportar cualquier cosa". Una vez que has adquirido confianza en ti mismo de esa manera, no hay ilusiones de las que alguien o algo pueda robarte.

—Pero las circunstancias y las oportunidades pueden ser tales que la confianza en uno mismo no sirva de mucho cuando son más fuertes que

uno.
—Cierto —dijo ella—. Cuando un barco zarpa, las circunstancias pueden hacer que naufrague —una colisión o un error en la construcción de una pieza—, pero no zarpa con esa presunción. Además, uno debe intentar dominar las circunstancias; casi siempre hay una salida.
—Es muy optimista, señorita Winge.
—Lo soy —dijo ella, y después de un rato añadió—: Me he vuelto optimista desde que he visto cuánto puede soportar realmente la gente sin perder el valor para seguir luchando y sin degradarse.
—Eso es exactamente lo que yo creo que hacen; pierden valor, en cualquier caso.
—No todos. E incluso encontrar a uno solo que no permita que la vida lo degrade o lo reduzca es suficiente para hacerte optimista. Vamos a entrar aquí.

—Esto se parece más a un café de Montmartre, ¿no cree? —dijo Helge, mirando alrededor.
A lo largo de las paredes de la pequeña habitación había asientos tapizados en terciopelo; pequeñas mesas de hierro con tableros de mármol estaban frente a ellos y el vapor subía de dos calderas de níquel en el mostrador.
—Estos lugares son iguales en todas partes. ¿Conoce París?
—No, pero pensaba… —De repente se sintió irritado con esa joven artista que iba por el mundo como le placía, y Dios sabe de dónde sacaba el dinero. A ella le parecía tan natural que él hubiera estado en París como en un restaurante de Cristianía. Era fácil para gente como ella hablar de confianza en sí misma. Un desamor en París, que olvidaba en Roma, era probablemente la mayor de sus pruebas, y la hacía sentirse tan segura, valiente y capaz de resolver los problemas de la vida.

Su figura era casi escuálida, pero el rostro era sano y el color, hermoso. Helge deseaba poder hablar con la señorita Jahrman, que ahora estaba bien despierta, pero ella estaba entretenida por Ahlin y Heggen. La señorita Winge comía un huevo poché con pan y bebía leche caliente.

—Los clientes de este lugar parecen bastante misteriosos —dijo él, volviéndose hacia ella—. Tipos totalmente criminales, me parece.
—Posiblemente; aquí tenemos de todo un poco, pero debe recordar que Roma es una metrópolis moderna y que mucha gente trabaja de noche.

Este es uno de los pocos lugares abiertos a estas horas. Pero ¿no tiene hambre? Yo voy a tomar un café solo.
—¿Siempre sale tan tarde? —Helge miró su reloj; eran las cuatro.
—Oh, no —se rió—. Solo de vez en cuando. Vemos salir el sol y luego vamos a desayunar. La señorita Jahrman no quiere ir a casa esta noche.

Helge apenas sabía por qué se quedaba. Tomaron un poco de licor verde y después se sintió somnoliento, pero los otros reían y charlaban, mencionando personas y lugares que le eran desconocidos.

—No me hables de Douglas con sus sermones; ya terminé con él. Un día de junio pasado, cuando él, el finlandés —¿te acuerdas de él, Lindberg?— y yo estábamos solos en la clase de modelo, el finlandés y yo salimos a tomar café. Cuando volvimos, Douglas estaba sentado con la chica en la falda. Hicimos como que no veíamos, pero nunca me volvió a invitar a tomar el té después de eso.
—Vaya —dijo Jenny—. ¿Había algo malo en eso?
—En primavera y en París —dijo Heggen con una sonrisa—. Norman Douglas, te digo, Cesca, era un tipo espléndido; no puedes negarlo, y además inteligente. Me enseñó unas cosas preciosas de las fortificaciones.
—Sí, ¿y te acuerdas de la de Père Lachaise, con los rosarios morados a la izquierda? —dijo Jenny.
—¡Ya lo creo! Era una joya. ¿Y la de la niña al piano?
—Sí, pero piensa en el horrible modelo —dijo la señorita Jahrman—, esa mujer gorda, de mediana edad y rubia, ya sabes. Y él siempre fingía ser tan virtuoso.
—Lo era —dijo Heggen.
—¡Bah! Y yo estaba a punto de enamorarme de él solo por eso.
—Ah, eso, por supuesto, lo pone bajo otra luz.
—Me propuso matrimonio muchas veces —dijo Francesca pensativamente—, y había decidido decirle que sí, pero afortunadamente aún no lo había hecho.
—Si lo hubieras hecho —dijo Heggen—, nunca lo habrías visto con esa modelo en la falda.

La expresión del rostro de Francesca cambió por completo; por un segundo, una sombra de melancolía pasó sobre sus suaves rasgos.
—¡Tonterías! Todos son iguales. No les creo nada. ¡Per Bacco!

—No debes pensar eso, Francesca —dijo Ahlin, levantando un momento la cabeza de su mano. Ella volvió a sonreír.
—Dame un poco más de licor.

Hacia el amanecer, Helge caminaba junto a Jenny Winge por calles oscuras y desiertas. Los tres que iban delante se detuvieron; dos chicos casi adolescentes estaban sentados en los escalones de piedra de una casa. Francesca y Jenny hablaron con ellos y les dieron dinero.
—¿Mendigos? —preguntó Helge.
—No lo sé; el más grande dijo que era vendedor de periódicos.
—Supongo que los mendigos de este país son solo farsantes.
—La mayoría, pero muchos tienen que dormir en la calle incluso en invierno. Y muchos tienen discapacidades.
—Lo noté en Florencia. ¿No cree que es una vergüenza que se permita mendigar a personas con heridas desagradables o deformidades tan graves? Las autoridades deberían cuidar a esos desafortunados.
—No lo sé. Es la costumbre por aquí. Los extranjeros difícilmente pueden juzgar. Supongo que prefieren mendigar; ganan más así.
—En la Plaza Miguel Ángel había un mendigo sin brazos; las manos le salían directamente de los hombros. Un médico alemán con el que vivía dijo que el hombre era dueño de una casa de campo en Fiesole.
—¡Mejor para él!
—Con nosotros, a las personas con discapacidades se les enseña a trabajar para que puedan ganarse la vida de manera respetable.
—De todas formas, difícilmente para comprar una casa de campo —dijo Jenny riendo.
—¿Se imagina algo más desmoralizador que ganarse la vida exhibiendo la propia deformidad?
—Siempre es desmoralizador saber que uno tiene una limitación de una u otra manera.
—Pero vivir apelando a la compasión de la gente.
—Alguien en esa situación sabe que de todas formas recibirá compasión y tiene que aceptar ayuda de los hombres… o de Dios.

Jenny subió unos escalones y levantó la esquina de una cortina gruesa. Entraron en una pequeña iglesia. Había velas encendidas en el altar. La luz se reflejaba en múltiples facetas en el halo del sagrario, temblaba en los candelabros y adornos de latón, y hacía que las rosas de papel en los floreros del altar parecieran rojas y amarillas. Un sacerdote estaba de

espaldas a ellos, leyendo en silencio un libro; un par de acólitos iban y venían, se inclinaban, hacían la señal de la cruz y realizaban otros movimientos que a Helge le parecieron sin sentido.

La pequeña iglesia estaba oscura; en las dos capillas laterales, pequeñas llamas de velas parpadeaban, colgando de cadenas de latón frente a imágenes más negras que la propia oscuridad. Jenny Winge se arrodilló en un reclinatorio de paja. Sus manos juntas descansaban sobre el mueble y su cabeza estaba levantada, mostrando su perfil claramente recortado contra la suave luz de las velas, que temblaba en las ondas rubias de su cabello y se deslizaba por el delicado arco de su cuello.

Heggen y Ahlin tomaron silenciosamente dos sillas del montón apoyado contra uno de los pilares. Ese oficio silencioso antes del amanecer era curioso e impresionante; Gram siguió atentamente cada movimiento del sacerdote. Los acólitos le colocaron sobre los hombros una vestidura blanca con una cruz dorada. Tomó la hostia, se dio vuelta y la elevó hacia la luz. Los niños balanceaban el incensario y el olor intenso y dulce del incienso flotó hasta donde estaba Helge, pero esperó en vano música o cantos.

La señorita Winge aparentemente fingía ser católica, ya que estaba arrodillada así. Heggen se sentó mirando fijamente hacia el altar. Tenía un brazo sobre los hombros de Francesca, que se había dormido apoyada contra él. Ahlin estaba sentado detrás de un pilar, probablemente también dormido; no podía verlo.

Era extraordinario estar sentado allí con completos desconocidos; se sintió solo, pero ya no deprimido. La feliz sensación de libertad de la noche anterior regresó. Miró a los otros, a las dos jóvenes, Jenny y Francesca. Ya sabía sus nombres, pero poco más. Y ninguno de ellos sabía lo que significaba para él estar allí, lo que había dejado atrás al venir: las dolorosas luchas, la superación de obstáculos y la ruptura de las ataduras que lo habían sujetado. Se sentía extrañamente feliz, casi orgulloso de ello, y miró a las dos mujeres con una leve lástima. Una muchacha como Cesca, y Jenny, jóvenes y alegres, con opiniones prontas y seguras detrás de sus pequeñas frentes blancas. Dos jóvenes que recorrían un camino llano en la vida, con quizás alguna que otra piedra que apartar, pero que no sabían nada de un camino como el suyo.

¿Qué harían ellas, pobres chicas, si tuvieran que intentarlo? Dio un respingo cuando Heggen le tocó el hombro y se sonrojó porque había estado dormitando.

—Veo que usted también tomó una siesta —dijo Heggen.

Afuera, en la calle, las casas altas y silenciosas dormían con las persianas cerradas. Un tranvía subió por una calle lateral, un carruaje traqueteó sobre el puente y uno o dos transeúntes fríos y soñolientos caminaban por la acera. Se adentraron en una calle desde donde podían ver el obelisco frente a la Trinidad de los Montes; se alzaba blanco contra los oscuros acebos del Pincio. No se veía ningún ser vivo y no se oía más sonido que sus propios pasos sobre el puente de hierro y el murmullo de una fuente en un patio. A lo lejos, el rumor del agua en el Monte Pincio llegaba a través de la quietud. Helge lo reconoció y, mientras caminaba hacia él, un creciente sentimiento de alegría lo llenó, como si su placer de la noche anterior lo estuviera esperando allá arriba, junto a la fuente bajo los acebos.

Se volvió hacia Jenny Winge, sin darse cuenta de que sus ojos y su voz delataban su sentimiento.
—Ayer estuve aquí y vi la puesta de sol; me pareció tan extraño estar aquí. He trabajado durante años para lograrlo. Tenía que venir por mis estudios. Quería ser arqueólogo, pero me he visto obligado a dar clases desde que obtuve el título. He estado esperando el día en que pudiera venir aquí; de alguna manera me preparé para ello. Sin embargo, cuando ayer estuve aquí tan de repente, casi me tomó desprevenido.
—Lo comprendo perfectamente —dijo Jenny.
—En el momento en que bajé del tren ayer y vi las ruinas de las Termas enfrente, rodeadas de edificios modernos con cafés y cines, con el sol brillando sobre las imponentes ruinas amarillas, me encantó. Los tranvías en la plaza, los jardines, las magníficas fuentes con tanta agua. Pensé que las viejas paredes se veían tan lindas en medio de los barrios modernos con el tráfico bullicioso.

Ella asintió con agrado.
—Sí —dijo—; también me encanta.
—Luego bajé a la ciudad; fue encantador. Edificios modernos entre los antiguos, y fuentes fluyendo por todas partes. Caminé hasta San Pedro;

cuando llegué ya estaba oscuro, pero me quedé un rato mirando el agua. ¿Suena toda la noche en esta ciudad?
—Sí, toda la noche. Se ven y se oyen fuentes en casi todas partes. Las calles son muy tranquilas por la noche. Donde vivimos la señorita Jahrman y yo hay una en el patio, y cuando hace buen tiempo nos sentamos en nuestro balcón hasta muy tarde para escucharla.

Se había sentado en el parapeto de piedra. Helge estaba en el mismo lugar que la noche anterior y volvió a mirar la ciudad, con su fondo de colinas bajo un cielo tan claro como el que hay sobre las cumbres de las montañas en su país. Llenó sus pulmones de aire puro y frío.

—En ningún lugar del mundo hay mañanas como las de Roma —dijo Jenny—. Me refiero a cuando toda la ciudad está sumida en un sueño que se vuelve cada vez más ligero, y de repente despierta descansada y en forma. Heggen dice que es por las persianas; no hay cristales en las ventanas que atrapen la luz de la mañana y la lancen a la cara.

Estaban de espaldas al amanecer y al cielo dorado, donde los pinos del jardín Médici y las pequeñas torres de iglesias aparecían en contornos nítidos. El sol aún no saldría por algún tiempo, pero la gris masa de casas empezaba lentamente a irradiar color. Parecía como si la luz viniera de dentro a través de paredes transparentes; algunas casas se veían rojas, otras se volvían amarillas o blancas. Las villas de Monte Mario se distinguían claramente sobre un fondo de hierba marrón y cipreses negros. De repente hubo un destello como el de una estrella en algún lugar de las colinas detrás de la ciudad; un cristal de ventana había atrapado el primer rayo de sol, después de todo, y el follaje se tornó de un color olivo dorado. Una campanilla empezó a repicar en la ciudad.

La señorita Jahrman se acercó a su amiga y se apoyó en ella, soñolienta:
—Il levar del sole.

Helge levantó la vista hacia el límpido cielo azul; un rayo de sol rozó la cima del chorro de agua e hizo que las gotas centellearan en oro y azul.
—Dios los bendiga a todos, tengo muchísimo sueño —dijo Francesca, bostezando sin disimulo—. Uf, está helando. No entiendo cómo puedes sentarte sobre esa piedra tan fría, Jenny. Quiero irme a la cama de inmediato, subito.

—Yo también tengo sueño —bostezó Heggen—. Debemos ir a casa, pero primero voy a tomarme una taza de leche caliente en mi lechería. ¿Vienen?

Bajaron las escaleras de la Plaza de España. Helge miró todas las pequeñas hojas verdes que asomaban entre los escalones de piedra.
—Qué curioso que crezca algo donde tanta gente sube y baja.
—En todas partes donde hay un poco de tierra entre las piedras, crece algo. Debería haber visto el tejado debajo de nuestra casa la primavera pasada. Incluso hay una pequeña higuera creciendo entre las tejas, y Cesca está muy preocupada por ella, por si no resiste el invierno, y se pregunta de dónde sacará alimento cuando crezca más. Ha hecho un dibujo de ella.
—Su amiga también es pintora, según entiendo.
—Sí; tiene mucho talento.
—Recuerdo haber visto un cuadro suyo en la exposición de otoño de nuestro país —dijo Helge—. Rosas en un cuenco de cobre.

—Lo pinté aquí la primavera pasada, pero ahora no estoy del todo satisfecha con él. Estuve dos meses en París en el verano y creo que aprendí mucho en ese tiempo. Pero lo vendí por trescientas coronas, el precio que le había puesto. Hay algunas cosas en él que están bien.

—Usted es una pintora moderna; supongo que todos ustedes lo son.

Jenny sonrió ligeramente, pero no respondió. Los otros esperaban al pie de la escalera. Jenny les dio la mano a los hombres y les deseó buenos días.

—¿Qué quieres decir con eso? —dijo Heggen—. ¿En serio te vas a trabajar ahora?
—Sí; eso es lo que quiero decir.
—Eres increíble.
—Ay, no, Jenny, ven a casa —Francesca se estremeció.
—¿Por qué no iba a trabajar? No estoy nada cansada. Señor Gram, ¿no será mejor que tome un carruaje desde aquí para ir a casa?
—Supongo que sí. ¿La oficina de correos está abierta ahora? Sé que no está lejos de la Plaza de España.
—Voy a pasar por allí; puede venir conmigo.

Ella asintió una última vez a los otros, que empezaron a caminar hacia su casa. Francesca colgaba lánguida del brazo de Ahlin, vencida por el sueño.

CAPITULO 3

—Bueno, ¿recibiste la carta? —dijo Jenny Winge cuando él regresó al vestíbulo del correo, donde ella lo había estado esperando—. Ahora te enseñaré qué tranvía tomar.
—Gracias, es muy amable de tu parte.

La plaza se extendía blanca bajo el sol; el aire matutino era fresco y claro. Carretas y personas de las calles laterales pasaban apresuradamente.
—Sabe, señorita Winge, creo que no me iré a casa. Estoy lo más despierto que se puede estar y me gustaría dar un paseo. ¿Le parecería una intromisión si le pidiera que me permitiera acompañarla un trecho del camino?
—Por Dios, no. Pero, ¿podrá encontrar el camino a su hotel?
—Oh, creo que podré arreglármelas a plena luz del día.
—Ahora encontrará carruajes en todas partes.

Salieron al Corso y ella le dijo los nombres de los palacios. Siempre iba uno o dos pasos delante de él, pues se movía con soltura entre la gente que ya había salido a las veredas.
—¿Le gusta el vermú? —preguntó—. Voy a entrar aquí a tomar uno.
Lo bebió todo de un trago, de pie ante el mostrador de mármol del bar. A él no le gustó la bebida agridulce, que era nueva para él, pero le pareció entretenido asomarse a un bar en el camino.

Jenny se adentró en calles estrechas donde el aire era frío y húmedo, y el sol solo llegaba a la parte superior de las casas. Helge observó todo con gran interés: las carretas azules detrás de mulas con arneses decorados con latón y borlas rojas, las mujeres sin sombrero y los niños de tez morena, las pequeñas tiendas baratas y la exhibición de verduras en los portales. En un lugar, un hombre hacía rosquillas en una estufa. Jenny compró algunas y le ofreció, pero él rechazó cortésmente. "Qué chica tan rara", pensó. Ella comía y parecía disfrutarlas, mientras que a él solo pensar en esas bolas grasientas, después de las diversas bebidas de la noche y con el sabor del vermú todavía en la boca, le daba náuseas. Además, el anciano estaba muy sucio.

Junto a casas pobres y deterioradas, donde la ropa grisácea colgaba para secarse entre las tablas rotas de las persianas, se alzaban macizos palacios de piedra con ventanas enrejadas y cornisas salientes. Una vez, Jenny tuvo que tomarlo del brazo; un automóvil escarlata salió pitando de una puerta de estilo barroco, giró con dificultad y aceleró por la estrecha calle, donde las alcantarillas estaban llenas de hojas de col y otros desechos.

Lo disfrutó todo; era tan extraño y sureño. Año tras año, sus sueños fantásticos habían sido destruidos por la pequeña realidad cotidiana, hasta que finalmente intentó burlarse de sí mismo y corregir sus fantasías en defensa propia. Y así, ahora trataba de convencerse de que en estos barrios románticos vivía el mismo tipo de personas que en cualquier otra gran ciudad: empleadas y obreras, tipógrafos y operadores de telégrafos, gente que trabajaba en oficinas y con máquinas, igual que en cualquier parte del mundo. Pero le daba placer pensar que las casas y las calles, que eran la imagen de sus sueños, eran obviamente también reales.

Después de caminar por pequeñas calles húmedas y malolientes, llegaron a un espacio abierto a la luz del sol. El terreno estaba irregular; montones de desperdicios y basura yacían entre montículos de grava; viejas casas en ruinas, algunas parcialmente derribadas con habitaciones visibles, se alzaban entre ruinas clásicas. Pasando junto a algunas casas aisladas que parecían olvidadas en la destrucción general, llegaron a la plaza junto al templo de Vesta. Detrás del gran molino de vapor nuevo y de la encantadora iglesia con el pórtico de columnas y la esbelta torre, el Aventino se elevaba nítido contra el cielo soleado, con los monasterios en la colina y ruinas grises de polvo entre los jardines de la ladera.

Lo que siempre le causaba impresión —en Alemania y en Florencia— era que las ruinas de las que había leído e imaginado en un marco romántico de hojas verdes con flores en las grietas, como se ven en los antiguos grabados o en la escenografía de un teatro, eran en realidad sucias y descuidadas, con trozos de papel, latas abolladas y basura por todas partes; y la vegetación del sur estaba representada por un verde grisáceo, arbustos espinosos desnudos y juncos amarillos y mustios. En esta soleada mañana comprendió de repente que incluso esa vista tiene belleza para quienes saben ver.

Jenny Winge tomó el camino entre muros de jardín en la parte trasera de la iglesia. Los muros estaban cubiertos de hiedra y los pinos se alzaban detrás. Se detuvo para encender un cigarrillo.
—Soy una fumadora empedernida, como ve —dijo—, pero tengo que abstenerme cuando estoy con Cesca porque su corazón no lo resiste. Aquí fuera fumo como una locomotora. Ya llegamos.

Una pequeña casa amarilla estaba dentro de una verja; en el jardín había mesas y bancos bajo grandes olmos desnudos, y una glorieta hecha de tallos de junco. Jenny saludó a la anciana que salió a la puerta.
—Bueno, señor Gram, ¿qué le parece desayunar?
—No es mala idea. Una taza de café cargado y un panecillo con mantequilla.
—¡Café y mantequilla! Escúchelo. No; huevos, pan y vino, lechuga y quizás un poco de queso. Sí, dice que tiene queso. ¿Cuántos huevos quiere?

Mientras la mujer ponía la mesa, la señorita Winge llevó su caballete y sus utensilios de pintura al jardín, y cambió su abrigo largo azul de noche por una chaqueta corta, manchada de pintura.
—¿Puedo ver su cuadro? —preguntó Helge.
—Sí; voy a suavizar ese verde; es bastante duro. Realmente todavía no tiene luz, pero creo que el fondo está bien.
Helge miró la pintura; los árboles parecían grandes manchas de grasa. No veía nada en ella.
—Ahí viene el desayuno. Le tiraremos los huevos si están duros. Por suerte no lo están.

Helge no tenía hambre. El vino blanco agrio le dio acidez y apenas podía tragar el pan seco sin sal, pero Jenny mordía grandes trozos con sus dientes blancos, se metía pequeños pedazos de parmesano en la boca y bebía vino. Ya se había terminado los tres huevos.
—¿Cómo puede comer ese pan tan feo sin mantequilla? —dijo Helge.
—Me gusta. No pruebo la mantequilla desde que salí de Cristianía. Cesca y yo solo la compramos cuando tenemos una fiesta. Tenemos que vivir con mucha economía, ¿sabe?

Él se rió, diciendo:

—¿A eso llama economía? ¿Cuentas y corales?
—No; eso es lujo, pero creo que es muy esencial un poco de eso. Vivimos barato y comemos barato: té, pan seco y rábanos dos o tres veces a la semana para cenar, y compramos pañuelos de seda.
Había terminado de comer, encendió un cigarrillo y se quedó sentada mirando al frente, con la barbilla apoyada en la mano.
—Pasar hambre, ¿sabe, señor Gram? Por supuesto, aún no lo he probado, pero puede que tenga que hacerlo. Heggen lo ha pasado y él piensa como yo: es mejor pasar hambre o tener muy poco de lo necesario que nunca tener algo de lo superfluo. Lo superfluo es exactamente aquello por lo que trabajamos y anhelamos. En casa, con mi madre, siempre teníamos lo estrictamente necesario, pero todo lo que iba más allá era impensable. Tenía que ser así; los niños tenían que ser alimentados antes que nada.

—No puedo imaginarla con problemas de dinero.
—¿Por qué no?
—Porque es tan valiente e independiente, y tiene opiniones tan decididas sobre todo. Cuando uno crece en circunstancias donde es una lucha constante para llegar a fin de mes, y se lo recuerdan constantemente, como que no se atreve a formarse opiniones en un sentido general. Es tan frustrante saber que las monedas deciden lo que uno puede permitirse desear o querer.

Jenny asintió pensativamente.
—Sí, pero uno no debe sentirse así cuando tiene salud, juventud y conocimiento.
—Bueno, tome mi caso, por ejemplo. Siempre he creído que tengo cierta aptitud para el trabajo científico, y es lo único que me gustaría hacer. He escrito algunos libros divulgativos y ahora estoy trabajando en un ensayo sobre la Edad de Bronce en el sur de Europa. Pero soy profesor y tengo una posición bastante buena, la de supervisor de una escuela privada.
—Ha venido aquí a trabajar, a estudiar; recuerdo que lo dijo esta mañana.

Él no respondió, sino que continuó:
—Fue lo mismo con mi padre. Él quería ser artista, lo quería más que nada, y vino aquí por un año. Luego se casó, y ahora es dueño de una

imprenta litográfica que ha mantenido funcionando durante veintiséis años con grandes dificultades. No creo que mi padre piense que ha sacado mucho provecho de la vida.

Jenny Winge permanecía como antes, mirando pensativamente al frente. En la huerta de abajo crecían hileras de verduras, pequeños manojos de verde sobre el suelo gris, y al otro lado del prado se podían ver las masas amarillas de las ruinas del Palatino contra el oscuro follaje. El día prometía ser cálido. Las montañas Albanas a lo lejos, más allá de los pinos de los jardines de las villas, se veían brumosas contra el suave azul del cielo.

Jenny bebió un poco de vino, todavía mirando al frente. Helge siguió con la mirada el humo de su cigarrillo; una débil brisa matutina lo llevaba hacia el sol. Ella estaba sentada con las piernas cruzadas. Tenía los tobillos delgados y sus pies calzaban medias moradas finas y zapatos de noche bordados con cuentas. La chaqueta estaba abierta sobre el vestido gris plata fruncido, con el cuello blanco y las cuentas que proyectaban manchas rosadas sobre su cuello blanco lechoso. El gorro de piel se había deslizado hacia atrás de su cabello rubio y esponjoso.

—Supongo que cuentas con el apoyo de tu padre, señor Gram. Quiero decir, él te comprende, ¿verdad? Seguramente ve que no puedes progresar tan rápido en esa escuela cuando tienes un trabajo muy diferente en el corazón.

—No lo sé. Le alegró mucho que pudiera ir al extranjero, por supuesto, pero —tras alguna vacilación— nunca he sido muy cercano a mi padre. Y luego está mi madre. Ella estaba ansiosa por si trabajaba demasiado, o si me faltaba dinero, o si arriesgaba mi futuro. Mi padre y mi madre son tan diferentes… ella nunca lo ha comprendido del todo y se apegó más a nosotros, los hijos. Fue muy importante para mí cuando era niño, pero incluso sentía celos de mi padre, de que él tuviera más influencia sobre mí que ella. También tenía celos de mi trabajo cuando me encerraba en una habitación por las noches a leer; siempre estaba preocupada por mi salud y temía que dejara mi puesto.

Jenny asintió pensativamente varias veces.

—La carta que recogí en el correo es de ellos —sacó el sobre del bolsillo y lo miró, pero no lo abrió—. Hoy es mi cumpleaños —dijo, tratando de sonreír—. Cumplo veintiséis.

—Feliz cumpleaños.
La señorita Winge le dio la mano. Lo miró casi de la misma manera que miraba a la señorita Jahrman cuando esta se acurrucaba en sus brazos. Helge no había notado antes cómo era él, aunque tenía la impresión de que era alto, delgado y moreno. Tenía rasgos regulares en general: una frente alta y algo estrecha, ojos de un marrón claro con una peculiar transparencia como de ámbar, y una boca pequeña con una expresión cansada y triste bajo el bigote.

—Te entiendo muy bien —dijo ella de repente—. Conozco todo eso. Yo también fui profesora hasta la Navidad del año pasado. Empecé como institutriz y seguí hasta que tuve la edad suficiente para ingresar en la escuela normal —sonrió un poco tímidamente—. Dejé mi puesto en la escuela cuando una tía me heredó un poco de dinero y me fui al extranjero. Me durará unos tres años, creo, quizás un poco más. Últimamente he enviado algunos artículos a los periódicos y puede que venda algunos cuadros. Mi madre no aprobaba que gastara todo el dinero y no le gustó que dejara mi puesto cuando por fin lo había conseguido, después de todos esos años de dar clases particulares y lecciones sueltas aquí y allá. Supongo que las madres siempre piensan en un sueldo fijo…

—No creo que yo me hubiera arriesgado en tu lugar, cortando todos los puentes así. Es la influencia de mi hogar, lo sé, pero no podría evitar preocuparme por el momento en que el dinero se acabara.

—No importa —dijo Jenny Winge—. Estoy sana y fuerte, y sé muchas cosas; sé coser y cocinar, lavar y planchar. Y sé idiomas. Siempre puedo encontrar algo que hacer en Inglaterra o Estados Unidos. Francesca —dijo, riendo— quiere que vaya con ella a Sudáfrica y que sea lechera, porque es algo en lo que ella es buena, dice. Y dibujaremos a los zulúes; dicen que son modelos espléndidos.

—Eso tampoco es poca cosa, y la distancia no parece preocuparte.

—Ni un poco. Estoy diciendo tonterías, por supuesto. Todos esos años pensé que era imposible salir, incluso hasta Copenhague para quedarme allí un tiempo pintando y aprendiendo. Cuando por fin me decidí a dejarlo todo e irme, pasé muchos malos momentos, te lo aseguro. Los míos pensaron que era una locura y noté que eso me afectaba, pero me hizo más decidida aún. Pintar ha sido siempre mi deseo más ardiente y sabía que nunca podría trabajar en casa tan intensamente como debía; había demasiadas cosas que me distraían. Pero mi madre no podía ver que yo ya era lo bastante mayor como para que, si quería aprender algo, debía empezar de inmediato. Ella solo es diecinueve años mayor que yo; cuando yo tenía once, se volvió a casar, y eso la hizo parecer más joven todavía.

»Lo curioso cuando uno se va de casa es que se rompe la influencia de las personas con las que accidentalmente has vivido. Aprendes a ver con tus propios ojos y a pensar por ti mismo, y comprendes que depende de ti sacar algo bueno de tu viaje: qué quieres ver y aprender, cómo piensas organizar tu vida y a qué influencia decides someterte. Aprendes a comprender que lo que obtendrás de la vida, en su conjunto, depende de ti mismo. Las circunstancias cuentan algo, por supuesto, como dijiste, pero aprendes a evitar obstáculos o a superarlos de la manera que mejor se adapte a tu personalidad; la mayoría de las cosas desagradables que te suceden son culpa tuya. Nunca estás solo en tu casa, ¿no crees? La mayor ventaja de viajar me parece que es estar solo, sin nadie que te ayude o te aconseje. No puedes apreciar todo lo que le debes a tu hogar, ni estar agradecido por ello, hasta que no estás lejos y sabes que nunca volverás a depender de él, ya que eres tu propio dueño. No puedes quererlo realmente hasta entonces, porque ¿cómo podrías querer algo de lo que dependes?

—No lo sé. ¿No dependemos siempre de lo que amamos? Por ejemplo, tú y tu trabajo. Y cuando realmente te encariñas con la gente —dijo en voz baja—, dependes de ellos para siempre.

—Sí… —reflexionó un momento y luego dijo de repente—, pero es tu propia elección. No eres un esclavo; sirves voluntariamente a algo o a alguien que valoras más que a ti mismo. ¿No te alegra poder empezar el nuevo año solo, completamente libre, y dedicarte solo al trabajo que te gusta?

Helge recordó la noche anterior en la Plaza de San Pedro; miró la ciudad, sus suaves colores velados bajo el sol, y miró a la joven rubia a su lado.
—Sí —dijo.

—Bueno —ella se levantó, abotonó su chaqueta y abrió la caja de pinturas—, ahora tengo que trabajar.
—Y supongo que querrías deshacerte de mí.
Jenny sonrió.
—Supongo que usted también está cansado.
—No mucho… debo pagar la cuenta.

Llamó a la mujer y la ayudó mientras ella, mientras tanto, preparaba los colores en su paleta.
—¿Cree que podrá encontrar el camino de regreso a la ciudad?
—Sí; recuerdo exactamente cómo vinimos y pronto encontraré un carruaje, supongo. ¿Va alguna vez al club?
—Sí, a veces.
—Me gustaría mucho volver a verte.
—Supongo que así será —y tras un momento de vacilación—: Ven a vernos un día, si quieres, a tomar el té. Via Vantaggio 111. Cesca y yo solemos estar en casa por la tarde.
—Gracias, me gustaría mucho. Bueno, adiós, y muchas gracias.
Ella le tendió la mano:
—Igualmente.
En la puerta, miró atrás; ella estaba raspando su lienzo con una espátula y tarareando la canción que habían oído en el café. Él recordó la melodía y comenzó a tararearla él mismo mientras se alejaba.

CAPITULO 4

Jenny sacó los brazos de debajo de la manta y los puso detrás de su nuca. Hacía un frío glacial en la habitación y estaba oscuro. No entraba ningún rayo de luz por las persianas. Encendió un fósforo y miró su reloj: casi las siete. Podía dormitar un poco más, así que se acurrucó de nuevo bajo las mantas, con la cabeza hundida en la almohada.

—Jenny, ¿estás dormida? —Francesca abrió la puerta sin llamar y se acercó a la cama. Buscó el rostro de su amiga en la oscuridad y lo acarició—. ¿Cansada?
—No. Voy a levantarme ahora.
—¿Cuándo llegaste a casa?
—Cerca de las tres. Fui a Prati a bañarme antes de almorzar y comí en la Ripetta, ¿sabes? Cuando llegué a casa me acosté de inmediato. Estoy completamente descansada. Me levantaré ahora.
—Espera un momento. Hace mucho frío; déjame encender la chimenea —Francesca encendió la lámpara de la mesa.
—¿Por qué no llamamos a la signora? Ay, Cesca, ven aquí, déjame verte —Jenny se incorporó en la cama.

Francesca colocó la lámpara en la mesita de noche y giró lentamente ante la luz. Llevaba una blusa blanca con su falda verde y se había echado una bufanda a rayas sobre los hombros. Al cuello traía una doble hilera de corales rojo oscuro, y de sus orejas colgaban gotas pesadas y pulidas. Se apartó el cabello de las orejas riendo para mostrar que las gotas estaban sujetas con hilo de coser.

—Fíjate, las conseguí por sesenta y ocho liras. Una ganga, ¿verdad? ¿Crees que me quedan bien?
—¡Estupendamente! Con ese atuendo también. Me gustaría pintarte tal como estás ahora.
—Sí, hazlo. Puedo posar para ti si quieres. Últimamente estoy demasiado inquieta para trabajar. ¡Ay, Dios! —Suspiró y se sentó en la cama—. Será mejor que vaya a buscar el carbón.

Regresó con una vasija de barro llena de carbón encendido y se inclinó sobre la pequeña estufa.

—Quédate en la cama, querida, hasta que haga un poco más de calor aquí. Yo haré el té y pondré la mesa. Veo que trajiste tu dibujo a casa. Déjame verlo —colocó el tablero contra una silla y acercó la lámpara.
—Vaya, vaya.
—No está del todo mal, ¿qué te parece? Voy a hacer unos cuantos bocetos más allá. Estoy planeando un cuadro grande, ¿sabes? ¿No crees que es un buen motivo, con toda la gente trabajando y las carretas de mulas en el campo de las excavaciones?
—Muy bueno. Estoy segura de que puedes hacer algo con eso. Me gustaría mostrárselo a Gunnar y a Ahlin. Ay, ya te levantaste. Déjame peinarte. Qué melena tienes, niña. ¿Puedo hacerlo a la moda nueva? Con rizos, ¿sabes? —Francesca pasó los dedos por el largo cabello rubio de su amiga—. Quédate muy quieta. Había una carta para ti esta mañana. La subí. ¿La encontraste? Era de tu hermanito, ¿verdad?
—Sí —dijo Jenny.
—¿Estaba bien? ¿Te dio alegría?
—Sí, mucha. Sabes, Cesca, a veces, solo algún domingo por la mañana, desearía poder volar a casa y dar un paseo por Nordmarken con Kalfatrus. Es un encanto, ese chico.

Francesca miró el rostro sonriente de Jenny en el espejo. Le soltó el cabello y empezó a cepillarlo de nuevo.
—No, Cesca; no hay tiempo para eso.
—Ay, sí. Si vienen demasiado temprano, pueden pasar a mi habitación. Está en un estado terrible, una verdadera pocilga, pero no importa. No vendrán tan pronto, Gunnar no; y a mí no me importa si viene, ni Ahlin tampoco, por cierto. Ya estuvo a verme esta mañana; yo estaba en la cama y él se sentó a hablar. Lo mandé al balcón mientras me vestía y luego salimos y comimos bien en Tre Re. Hemos estado juntos toda la tarde.

Jenny no dijo nada.
—Vimos a Gram en la Nazionale. ¿No es horrible? ¿Has visto algo igual?
—No creo que sea malo en absoluto. Es torpe, pobre chico, exactamente como yo era al principio. Es de esas personas a las que les gustaría divertirse, pero no saben cómo.
—"Vine de Florencia esta mañana" —dijo Francesca imitándolo, y se rió—. Uf, si al menos hubiera venido en avión.

—Fuiste sumamente grosera con él, querida. No está bien. Me habría gustado invitarlo aquí esta noche, pero no me atreví por tu culpa. No podía arriesgarme a que fueras descortés con él siendo nuestro invitado.
—No temas. Lo sabes muy bien —Francesca se sintió herida—. ¿Te acuerdas de aquella vez que Douglas vino a casa conmigo a tomar el té?
—Sí, después de aquello de la modelo, pero ese fue un asunto muy diferente.
—Tonterías. No era asunto tuyo.
—¿Cómo que no? Cuando me había propuesto matrimonio y yo casi lo había aceptado.
—¿Cómo podía saberlo él? —dijo Jenny.
—En cualquier caso, no le había dicho que no del todo, y el día antes había estado con él en Versalles. Me besó allí varias veces y se recostó con la cabeza en mi regazo; cuando le dije que no me importaba, no me creyó.

—No está bien, Cesca —Jenny la miró al espejo—. Eres la niña más adorable del mundo cuando usas la cabeza, pero a veces parece que no te dieras cuenta de que tratas con seres vivos, con personas que tienen sentimientos que debes respetar. Los respetarías si no fueras tan despreocupada, porque sé que solo quieres ser buena y amable.
—Per Bacco. No estés tan segura de eso. Pero tengo que mostrarte unas rosas. Ahlin me compró un montón esta tarde en la Plaza de España —Cesca sonrió con desafío.
—Deberías dejar ese tipo de cosas, creo, aunque solo sea porque sabes que él no puede permitírselo.
—No me importa. Si está enamorado de mí, supongo que le gusta.
—No hablaré de reputación después de todas tus andanzas.
—No, mejor no hables de mi reputación. Tienes toda la razón. En mi casa, en Cristianía, me arruiné la reputación de una vez por todas —se rió histéricamente—. Maldita sea, no me importa.

—No te entiendo, Cesca querida. No te importa ninguno de esos hombres. ¿Por qué quieres…? Y en cuanto a Ahlin, ¿no ves que va en serio? Norman Douglas también iba en serio. No sabes lo que haces. De verdad creo, niña, que no tienes instintos en absoluto.

Francesca guardó el cepillo y el peine y miró el peinado de Jenny en el espejo. Trató de mantener su pequeña sonrisa desafiante, pero se

desvaneció y sus ojos se llenaron de lágrimas.
—Yo también recibí una carta esta mañana —su voz tembló—. De Berlín, de Borghild.

Jenny se levantó del tocador.
—Sí, será mejor que te prepares. ¿Pones la tetera al fuego o crees que es mejor cocinar primero las alcachofas? —Empezó a hacer la cama—. Podríamos llamar a Marietta, pero ¿no crees que es mejor que lo hagamos nosotras mismas?
—Borghild escribe que Hans Hermann se casó la semana pasada. Su mujer ya está esperando un hijo.

Jenny dejó la cajita de fósforos sobre la mesa. Miró el pequeño rostro miserable de Francesca y luego se acercó tranquilamente a ella.
—Es esa cantante, Berit Eck, ¿sabes?, con la que estaba comprometido —Francesca habló con voz débil, apoyándose un instante en su amiga, y luego empezó a arreglar las sábanas con manos temblorosas.
—Pero sabías que estaban comprometidos hace más de un año.
—Sí; déjame hacer eso a mí, Jenny; pon tú la mesa. Sé, por supuesto, que tú lo sabías todo.

Jenny puso la mesa para cuatro. Francesca colocó la colcha en la cama y trajo las rosas. Se quedó de pie jugueteando con su blusa, luego sacó una carta de adentro y la retorció entre sus dedos.
—Los encontró en el Thiergarten, escribe. Dice… ay, a veces puede ser brutal, Borghild —Francesca cruzó rápidamente la habitación, abrió la puerta de la estufa y arrojó la carta dentro. Luego se hundió en un sillón y rompió a llorar.

Jenny se acercó a ella y le puso un brazo alrededor del cuello.
—Cesca, queridísima Cesca.
Francesca apretó el rostro contra el brazo de Jenny.
—Se veía tan miserable, pobre. Colgaba de su brazo y él parecía hosco y enojado. Puedo imaginármelo perfectamente. Lo siento por ella. Imagínate permitirse llegar a depender de él de esa manera. Él la ha humillado, estoy segura. ¿Cómo pudo ser tan idiota, cuando lo conocía? Ay, pero piensa, Jenny. Va a tener un hijo de otra… Dios mío, Dios mío.

Jenny se sentó en el brazo del sillón. Cesca se acurrucó junto a ella.

—Supongo que tienes razón: no tengo instintos. Quizás nunca lo quise de verdad, pero me habría gustado tener un hijo suyo. Y, sin embargo, no podía decidirme. A veces quería que se casara conmigo de inmediato, que fuéramos al registro civil, pero yo no quería. Se habrían enojado tanto conmigo en casa, y la gente habría dicho que teníamos que casarnos por obligación si lo hacíamos así. Tampoco quería eso, aunque sabía que igualmente pensaban lo peor de mí, pero eso no me preocupaba. Sabía que estaba arruinando mi reputación por él, pero no me importaba, y no me importa ahora, te lo aseguro.

»Pero él creía que me negaba porque tenía miedo de que no se casara conmigo después. "Vamos primero al registro civil, entonces, muchacha tonta", decía, pero yo no quería ir. Él pensaba que todo era fingimiento. "¡Tú, fría!", decía; "no eres más fría de lo que quieres ser". A veces casi creía que no lo era. Quizás era solo miedo, porque era tan bruto; a veces me pegaba, casi me arrancaba la ropa. Tenía que arañar y morder para defenderme, y llorar y gritar.

—¿Y aun así volvías con él? —dijo Jenny.

—Volvía, es verdad. La esposa del portero ya no quería limpiar sus habitaciones, así que yo iba a ordenarlas. Tenía una llave. Fregaba el suelo y le hacía la cama; solo Dios sabe quién había estado en ella.

Jenny negó con la cabeza.

—Borghild estaba furiosa por eso. Me demostró que él tenía una amante. Lo sabía, pero no quería pruebas. Borghild decía que me había dado la llave porque quería que las sorprendiera y ponerme celosa, para que cediera, ya que de todas formas estaba comprometida. Pero no tenía razón, porque era a mí a quien quería, a su manera; sé que me quería tanto como podía querer a alguien.

»Borghild estaba enojada conmigo porque empeñé el anillo de diamantes que había heredado de nuestra abuela. Nunca te lo había contado. Hans dijo que necesitaba dinero, cien coronas, y yo prometí conseguirlo. No sabía dónde. No me atrevía a escribirle a papá porque

ya había gastado más de lo que me daban, así que fui y empeñé mi reloj, una pulsera de cadena y ese anillo; uno de esos antiguos, ¿sabes?, con muchos diamantes pequeños en un engaste grande. Borghild se enojó porque no se lo habían dado a ella por ser la mayor, pero la abuela había dicho que me lo quedara yo porque llevaba su nombre. Bajé una mañana nada más abrir; fue horrible, pero conseguí el dinero y se lo llevé a Hans. Me preguntó de dónde lo había sacado y se lo conté. Entonces me besó y me dijo: "Dame el comprobante y el dinero, gatita" —así me llamaba—, y yo se los di. Creí que pensaba recuperarlo y le dije que no hacía falta. Estaba muy conmovida. "Lo arreglaré de otra manera", dijo Hans, y salió. Yo me quedé en sus habitaciones esperando. Estaba muy nerviosa porque sabía que él necesitada el dinero y decidí volver a empeñar las cosas al día siguiente. No sería tan horrible la segunda vez; nada sería difícil. Le daría todo ahora. Entonces él regresó… y ¿qué crees que había hecho? —se rió entre lágrimas—. Había retirado las cosas de la casa de empeño y las había empeñado con su "banquero particular", como lo llamaba, que daba más por ellas.

»Pasamos todo el día juntos, champaña y todo lo demás, y me fui a casa con él por la noche. Tocaba el piano para mí. ¡Dios mío, cómo tocaba! Me quedé en el suelo llorando. Nada importaba mientras tocara así, y solo para mí. No lo has oído tocar; si lo hubieras hecho, me entenderías. Pero después fue horrible. Peleamos como locos, pero al final me escapé. Borghild estaba despierta cuando llegué a casa. Mi vestido estaba hecho jirones. "Pareces una mujer de la calle", me dijo. Me reí. Eran las cinco de la mañana.

»Al final habría cedido, ¿sabes?, si no fuera por una cosa que él dijo. A veces decía: "Eres la única chica decente que he conocido. No hay hombre que pueda engatusarte. Te respeto, gatita". Fíjate, me respetaba por negarme a hacer lo que me suplicaba y atormentaba constantemente. Quería ceder, porque habría hecho cualquier cosa por complacerlo, pero no podía superar mi miedo; era tan brutal y sabía que había otras. Si no me hubiera asustado tantas veces, quizás habría abandonado la lucha, pero entonces, claro, habría perdido su respeto. Por eso rompí con él al final, porque quería que actuara de manera que me despreciara.

Se acurrucó junto a Jenny, que la acariciaba.
—¿Me quieres un poco, Jenny?

—Sabes que sí, querida niña.
—Eres muy amable. Bésame una vez más. Gunnar también es amable, y Ahlin. Seré más cuidadosa. No quiero hacerle daño. Además, puede que me case con él, ya que me quiere tanto. Ahlin nunca sería brutal, lo sé. ¿Crees que me molestaría? No mucho. Y podría tener hijos. Algún día heredaré dinero y él es tan pobre. Podríamos vivir en el extranjero y los dos podríamos trabajar. Hay algo refinado en todo su trabajo, ¿no crees? Ese relieve de los niños jugando, por ejemplo, y el molde para el monumento a Almquist. Quizás no sea muy original en la composición, pero es tan hermoso, tan noble y reposado, y las figuras son tan perfectamente plásticas.

Jenny sonrió un poco y apartó el cabello de la frente de Francesca; estaba mojado de lágrimas.
—Ojalá pudiera trabajar así, siempre, pero tengo estos dolores eternos en el corazón y en la cabeza. También me duelen los ojos y siempre estoy muerta de cansancio.
—Ya sabes lo que dice tu médico: son solo nervios. ¡Si tan solo fueras sensata!
—Lo sé. Eso es lo que dicen todos, pero tengo miedo. Dices que no tengo instintos, no en el sentido que tú quieres decir, pero los tengo de otra manera. He sido una diablesa toda esta semana, lo sé perfectamente, pero he estado esperando todo el tiempo algo terrible que sabía que iba a pasar. Ves, tenía razón.

Jenny la besó otra vez.
—Estuve hoy en San Agostino. Ya sabes, esa imagen de la Virgen que hace milagros; me arrodillé ante ella y le recé. Creo que sería más feliz si me volviera católica. Una mujer como la Virgen María me entendería. En realidad, nunca debería casarme. Debería entrar en un convento, en Siena, por ejemplo. Podría pintar copias en la galería y ganar algo de dinero para el convento. Cuando copié ese ángel de Melozzo da Forlì en Florencia, había una monja pintando todos los días. No estaba tan mal —se rió—. Quiero decir, era horrible. Lo odiaba. Pero todos decían que mis copias eran muy buenas, y lo eran. Creo que sería feliz de esa manera. Ay, Jenny, si solo me sintiera bien y tuviera paz mental, pero estoy tan desconcertada y asustada. Si estuviera bien, podría trabajar, trabajar siempre. Y sería tan buena y agradable; no sabes lo buena que podría ser. Sé que no siempre soy buena. Me entrego a todos los estados

de ánimo cuando me siento como ahora. Voy a cambiar, si solo me quieren todos ustedes, pero tú especialmente. Invitemos a ese Gram aquí. La próxima vez que lo vea seré tan agradable y dulce con él, ya verás. Lo invitaremos y lo sacaremos, y haré cualquier cosa para entretenerlo. ¿Me oyes, Jenny? ¿Estás contenta conmigo ahora?
—Sí, querida Cesca.
—Gunnar no cree que pueda ser seria —dijo pensativamente.
—Ah, sí que lo cree; solo piensa que eres muy infantil. Ya sabes lo que piensa de tu trabajo. ¿No recuerdas lo que dijo en París sobre tu energía y tu talento? Grande y original, dijo. En aquel entonces no te menospreciaba.
—Gunnar es un buen chico, pero se enojó conmigo por lo de Douglas.
—Cualquier hombre se habría enojado contigo. Yo también.

Francesca suspiró y se quedó callada un instante.
—¿Cómo te deshiciste de Gram? Pensé que nunca podrías quitarte de encima a ese tipo. Creí que vendría a casa contigo y se quedaría a dormir aquí en el sofá.
Jenny se rió.
—¡Ah, no! Vino conmigo al Aventino y desayunó; luego se fue a casa. Me cae bastante bien, ¿sabes?
—¡Dio mio! Jenny, eres anormalmente buena. ¿Acaso no tienes suficiente con nosotros para andar siendo madre? ¿O te has enamorado de él?
Jenny volvió a reírse.
—No creo que tenga muchas posibilidades conmigo. Supongo que se enamorará de ti, como los demás, si no tienes cuidado.
—Parece que todos lo hacen, solo Dios sabe por qué. Pero pronto se curan y luego se enojan conmigo —suspiró.

Oyeron pasos en la escalera.
—Es Gunnar. Me voy un momento a mi habitación. Tengo que lavarme los ojos.
Pasó junto a Heggen en la puerta con un breve saludo mientras se apresuraba a salir. Él cerró la puerta y entró en la habitación.
—Veo que estás bien, como siempre. Eres una chica extraordinaria, Jenny. Supongo que has estado trabajando toda la mañana. ¿Y ella? —señaló hacia la habitación de Cesca.
—En mal estado, pobrecita.

—Lo vi en los periódicos cuando pasé por el club. ¿Has terminado el estudio? Muéstramelo. Está muy bien —Heggen sostuvo el cuadro a la luz y lo miró un rato—. Esta parte resalta muy bien. Es un trabajo poderoso. ¿Crees que está acostada en la cama llorando?
—No lo sé. Ha estado llorando aquí. Recibió una carta de su hermana.
—Si alguna vez me encuentro con ese canalla —dijo Heggen—, buscaré algún pretexto para darle una buena paliza.

CAPITULO 5

Una tarde, Helge Gram estaba en el club leyendo periódicos noruegos. Estaba solo en la sala de lectura cuando entró la señorita Jahrman. Él se levantó e hizo una reverencia, pero ella se acercó sonriendo y le dio la mano.
—¿Cómo le va? Jenny y yo nos preguntábamos por qué no lo veíamos; decidimos venir el sábado para ver si lo encontrábamos e invitarlo a salir con nosotras. ¿Ya tiene habitación?
—No, lo siento. Sigo en el hotel. Todas las que he visto son muy caras.
—¿Pero no es más barato que el hotel? Supongo que paga al menos tres liras al día, ¿no? Ya lo creo. No es barato en Roma, ¿sabe? En invierno hay que tener habitaciones al sur. Usted no habla italiano, claro, pero ¿por qué no nos pidió ayuda a nosotras? Jenny o yo lo habríamos acompañado a buscar.
—Muchas gracias. Ni pensarlo, no iba a molestarlas con eso.
—No es ninguna molestia. ¿Cómo le va? ¿Ha conocido gente?
—No. Vine el sábado, pero no hablé con nadie. Leí los periódicos. Anteayer vi a Heggen en un café del Corso e intercambié unas palabras con él. También me encontré con dos médicos alemanes que conocí en Florencia y fui con ellos a la Vía Appia un día.
—Uf, los médicos alemanes no son agradables, ¿verdad?
Helge sonrió, incómodo.
—Quizás no, pero tenemos algunos intereses en común, y cuando uno anda por ahí sin tener a nadie con quien hablar…
—Sí, pero debe decidirse a hablar italiano; conoce el idioma, ¿no? Venga a pasear conmigo y hablaremos italiano todo el camino. Seré una maestra muy estricta, ya verá.
—Muchas gracias, señorita Jahrman, pero me temo que no le resultaré muy entretenido, salvo quizás sin querer.
—¡Tonterías! Mire, tengo una idea. Dos señoras danesas se fueron a Capri anteayer. Su habitación puede que aún esté libre. Estoy segura. Una habitación linda y barata. No recuerdo el nombre de la calle, pero sé dónde queda. ¿Voy con usted a verla? Vamos.

En la escalera se volvió y le sonrió con timidez:
—Fui muy grosera con usted la otra noche, señor Gram. Acepte mis disculpas.

—¡Querida señorita Jahrman!
—Ese día no estaba bien. No se imagina la reprimenda que me dio Jenny, pero lo merecía.
—En absoluto. Yo tuve la culpa por imponerles mi compañía, pero era tan tentador hablar con ustedes cuando las vi y oí que eran noruegas.
—Por supuesto, una aventura así podría ser muy divertida, pero yo la arruiné con mi mal humor. Estaba enferma, ¿sabe? Los nervios me afectan; no puedo dormir ni trabajar, y entonces a veces me pongo horrible.
—¿Se siente mejor ahora?
—En realidad no. Jenny y Gunnar trabajan; todos trabajan menos yo. ¿Su trabajo va bien? ¿No está contento? Todas las tardes poso para el cuadro de Jenny. Hoy tengo el día libre. Creo que lo hace solo para impedir que me quede sola con mis pensamientos. A veces me lleva a pasear fuera de las murallas. Es como una madre para mí, mia cara mammina.
—¿Quiere mucho a su amiga?
—Ya lo creo. Es tan buena conmigo. Soy delicada y consentida, y nadie más que Jenny podría soportarme a la larga. También es muy inteligente, lista y enérgica. Y bonita, ¿no cree que es hermosa? Debería ver su cabello cuando se lo suelta. Cuando me porto bien, me deja peinarla. Aquí es —dijo.

Subieron una escalera a oscuras.
—No se preocupe por las escaleras; las nuestras son peores, lo verá por sí mismo cuando nos visite. Venga una noche. Reuniremos a los otros e iremos todos de fiesta. Yo le arruiné la última.
Llamó al timbre en el último piso. La mujer que abrió la puerta parecía agradable y ordenada. Les mostró una habitación con dos camas. Daba a un patio gris con ropa tendida en las ventanas, pero había plantas en los balcones; logias y terrazas con arbustos verdes se elevaban sobre los grises tejados. Francesca siguió hablando con la mujer mientras examinaba las camas y miraba la estufa, y le explicaba las cosas a Helge:
—Aquí hay sol todas las mañanas. Cuando se saque una cama, la habitación parecerá más grande; y la estufa está bien. El precio es cuarenta liras sin luz ni calefacción, y dos por el servicio. Es barato. ¿Le digo que la toma? Puede mudarse mañana si quiere.
—No me dé las gracias, me encantó ayudarlo —dijo mientras bajaban

las escaleras—. Espero que le guste. La signora Papi es muy limpia, lo sé.
—¿No es una virtud común aquí?
—No, ciertamente. Pero no creo que los que alquilan habitaciones en Cristianía sean mucho mejores. Mi hermana y yo vivimos una vez en unas habitaciones en Holbergsgate y yo tenía unos zapatos de charol debajo de la cama, pero nunca me atreví a sacarlos. A veces los miraba de reojo debajo de la cama; parecían dos corderitos blancos lanudos.
—No tengo experiencia en eso. Siempre he vivido en mi casa.

Francesca soltó una carcajada de repente.
—La signora creía que yo era su moglie, ¿sabe?, e íbamos a vivir allí juntos. Le dije que era su prima, pero no entendió. Cugina… no es una relación aceptada en ninguna parte del mundo, al parecer.
Ambos se rieron.
—¿Le gustaría dar un paseo? —preguntó de repente la señorita Jahrman —. ¿Vamos a Ponte Molle? ¿Ha estado allí? ¿Está muy lejos? Podemos volver en tranvía.
—¿No es demasiado lejos para usted? No se siente bien.
—Caminar me hace bien. "Tienes que caminar más", dice Gunnar siempre; el señor Heggen, ¿sabe?

Charló todo el tiempo, mirándolo de vez en cuando para ver si se entretenía. Tomaron el nuevo camino a lo largo del Tíber; el río gris amarillento rodaba entre las colinas verdes. Pequeñas nubes color perla navegaban sobre la oscura maleza de Monte Mario y los bloques de villas entre los árboles de hoja perenne. Francesca saludó a un policía y le dijo riendo a Gram:
—¿Sabe que ese hombre me pidió matrimonio? Solía pasear sola muy a menudo por aquí y a veces le hablaba, y un día me lo pidió. El hijo de nuestro tabaquero también me lo ha pedido. Jenny dice que fue mi culpa, y supongo que así es.
—La señorita Winge parece regañarla muy a menudo. Es una mamá estricta, ya veo.
—No, no lo es. Solo me reta cuando necesito que lo haga. Ojalá alguien lo hubiera hecho antes —suspiró—. Pero nadie lo hizo nunca.

Helge Gram se sintió bastante libre y cómodo en su compañía. Había algo muy suave en ella: su andar flexible, su voz y su rostro bajo el gran

sombrero. No le agradaba mucho Jenny Winge cuando pensaba en ella ahora; tenía unos ojos grises tan decididos y un apetito tan enorme. Cesca acababa de contarle que ella apenas podía comer nada en ese momento.
—La señorita Winge es una joven muy decidida, diría yo —dijo él.
—Sin duda. Tiene un carácter muy fuerte; siempre ha querido pintar, pero tuvo que seguir enseñando, ¡enseñando! Lo ha pasado mal, pobre Jenny. No lo creería si la viera ahora. Es tan fuerte, nunca se rinde. Cuando la conocí en la escuela de arte, pensé que era muy reservada, casi dura; Gunnar lo llamaba blindaje. Era muy retraída; no la conocí realmente hasta que vinimos aquí. Su madre es viuda por segunda vez y hay tres hijos más. Solo tenían tres habitaciones pequeñas, imagínese, y Jenny tenía que vivir en una minúscula habitación de servicio, trabajar y estudiar para completar su educación, además de ayudar a su madre en la casa y también con dinero. No podían permitirse una empleada. No conocía a nadie y no tenía amigos. Se encierra en sí misma, por así decirlo, cuando las cosas van mal y no quiere quejarse; pero cuando tiene suerte abre los brazos a todo el que necesita consuelo y apoyo.

Las mejillas de Francesca ardían. Lo miró con sus grandes ojos.
—Toda la mala suerte que he tenido ha sido culpa mía. Soy un poco histérica y me dejo llevar por todo tipo de estados de ánimo. Jenny me sermonea; dice que si te ocurre algo irreparable, siempre es tu culpa, y si no puedes entrenar tu voluntad para dominar tus estados de ánimo e impulsos, y no tienes control completo de ti misma, más te valdría suicidarte de inmediato.

Helge le sonrió. "Jenny dice", y "Gunnar dice", y "yo tenía un amigo que solía decir". ¡Qué joven y confiada parecía!
—¿No cree que los principios de la señorita Winge podrían no aplicarse a usted? Son tan diferentes las dos. Ni siquiera dos personas tienen las mismas visiones de la vida.
—No —dijo ella en voz baja—. Pero quiero mucho a Jenny. La necesito tanto.

Llegaron al puente. Francesca se inclinó sobre la barandilla. Más arriba del río había una fábrica; su alta chimenea se reflejaba en la rápida agua amarillenta. Tras la ondulante llanura, a lo lejos, se extendían las montañas Sabinas, grises y desnudas, y detrás de ellas, aún más lejos, se

alzaban picos cubiertos de nieve.

—Jenny pintó esto con una luz fuerte de atardecer. La fábrica y la chimenea se ven bastante rojas. Fue en un día caluroso, cuando no se ven las montañas por la bruma, solo algunos picos blancos de nieve en el pesado azul metálico del cielo, y las nubes sobre la nieve. Es muy bonito. Le pediré que te lo muestre.
—¿Tomamos un poco de vino aquí? —preguntó él.
—Pronto empezará a hacer frío, pero podemos sentarnos un rato.

Ella guio el camino a través de la pequeña plaza redonda detrás del puente. Eligió una osteria con un pequeño jardín. Detrás de una caseta con sillas y mesas había un asiento bajo unos olmos desnudos. Al fondo del jardín había un prado y, al otro lado del río, la ladera aparecía oscura contra el cielo limpio. Francesca rompió una ramita de un saúco que crecía junto a la cerca; tenía pequeños brotes verdes con las puntas ennegrecidas por el frío.
—Todo el invierno están así, temblando de frío, pero cuando llega la primavera no han sufrido daño.
Cuando ella dejó caer la ramita, él la recogió y la guardó.

Tomaron vino blanco. Francesca mezcló el suyo con agua y apenas lo bebió. Sonrió suplicante:
—¿Me das un cigarrillo?
—Con gusto, si crees que puedes tolerarlo.
—Ya casi no fumo. Jenny lo ha dejado casi del todo por mí. Supongo que esta noche lo compensará, eso sí; está con Gunnar —se rió—. No debes decirle a Jenny que fumé, prométemelo.
—No lo haré —dijo él, riendo también.

Fumó en silencio un rato.
—Ojalá ella y Gunnar se casaran, pero me temo que no lo harán. Siempre han sido tan amigos. No te enamoras fácilmente de un amigo, ¿verdad? ¿De alguien a quien conocías tan bien antes? Se parecen mucho en carácter y dicen que es el contraste lo que atrae. Es una tontería que sea así, creo, porque sería mucho mejor enamorarse de alguien afín a ti; evitaría toda la miseria y la decepción, ¿no crees?

»La casa de Gunnar es una pequeña granja en el campo. Llegó a

Cristianía a casa de una tía que lo cuidó porque en su casa eran muy pobres. Solo tenía nueve años entonces y tenía que repartir la colada; su tía tenía una lavandería. Más tarde entró en una fábrica. Ha aprendido todo lo que sabe a base de puro trabajo duro. Lee mucho; se interesa por todo y quiere llegar al fondo de las cosas. Jenny dice que incluso se olvida de pintar. Ha aprendido italiano a fondo; puede leer cualquier libro, también poesía.

»Jenny es igual. Ha aprendido muchísimo porque le interesaba. Yo nunca puedo aprender de los libros; leer siempre me da dolor de cabeza. Pero cuando Jenny o Gunnar me cuentan cosas, las recuerdo. Tú también eres muy inteligente; cuéntame las cosas que estudias. No hay nada que me guste más y lo guardo en mi memoria.

»Gunnar también me enseñó a pintar. Siempre me gustó dibujar; me salía natural. Hace tres años lo conocí en las montañas de nuestro país. Había ido allí a dibujar. Hice dibujos muy bonitos, bastante correctos, pero sin una pizca de arte. Yo misma lo veía, pero no entendía la razón. Veía que faltaba algo en mis dibujos, algo que quería poner en ellos, pero no sabía bien qué era y no tenía la menor idea de cómo conseguirlo. Hablé con él sobre eso y le mostré mis cosas. Él sabía menos que yo de técnica —solo es un año mayor que yo—, pero podía sacar mejor provecho de lo que había aprendido. Entonces hice dos dibujos de una noche de verano con ese maravilloso claroscuro, donde todos los colores son tan profundos y, sin embargo, con una luz tan fuerte. No eran buenos, por supuesto, pero tenían algo de lo que había querido. Podía ver que los había hecho yo y no una niña que acababa de aprender algo de dibujo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

»Tengo un motivo aquí afuera, en el otro camino hacia la ciudad. Iremos otro día. Es un sendero entre dos viñedos, bastante estrecho. En un lugar hay dos puertas barrocas con rejas de hierro, cada una con un ciprés a su lado. He hecho un par de dibujos a color. Hay un cielo azul oscuro y pesado sobre los cipreses y una claridad de aire verde, una estrella y el débil contorno de casas y cúpulas en la ciudad lejana. Quería que el dibujo fuera conmovedor, ¿sabes?

El crepúsculo comenzó a caer sobre ellos. Su rostro se veía pálido bajo el ala del sombrero.

—¿No crees que debería ponerme bien y que se me permitiera trabajar?
—Sí —dijo él en voz baja—. Querida…
Podía oír que ella respiraba con dificultad. Ambos se quedaron callados un momento, luego él dijo:
—Quiere mucho a sus amigos, señorita Jahrman.
—Quiero querer a todo el mundo —dijo ella en voz baja, respirando hondo.
Helge Gram se inclinó de repente y besó su mano, que reposaba blanca y pequeña sobre la mesa.
—Gracias —dijo Francesca en voz baja, y tras una breve pausa—. Regresemos ahora; está haciendo frío.

Al día siguiente, cuando se mudó a su nueva habitación, había un florero de mayólica con pequeños lirios azules sobre su mesa, al sol. La *signora* le explicó que los había traído su "prima". Cuando Helge se quedó solo, se inclinó sobre las flores y las besó una por una.

CAPITULO 6

A Helge Gram le gustaba su alojamiento cerca de la Ripetta. Le resultaba fácil trabajar bien en la mesita junto a la ventana que daba al patio, con la ropa tendida y las macetas en los balcones. Los vecinos de enfrente tenían dos hijos, un niño y una niña de unos seis y siete años. Cuando salían a su balcón lo saludaban con la mano y él les devolvía el saludo. Últimamente también había empezado a saludar a la madre, y ese intercambio de gestos con estas personas lo hacía sentirse más en casa. El florero de Cesca estaba delante de él; siempre lo mantenía con flores frescas. La signora Papi entendía bien su italiano. Era porque había tenido inquilinos daneses, decía Cesca; los daneses nunca aprenden idiomas extranjeros.

Cuando algún recado llevaba a la signora a su habitación, siempre se quedaba un buen rato charlando en la puerta. Hablaba principalmente sobre su prima, "che bella", decía la signora Papi. Una vez, la señorita Jahrman lo había visitado sola y otra vez había venido con la señorita Winge, ambas ocasiones para invitarlo a tomar el té. Cuando la signora Papi por fin descubría que le impedía trabajar, interrumpía la conversación y se iba. Helge se reclinaba en su silla, descansando la nuca sobre las manos entrelazadas. Pensaba en su habitación de casa, junto a la cocina, donde podía oír a su madre y a su hermana hablando de él, preocupándose por él o desaprobándolo. Oía cada palabra, como probablemente pretendían que hiciera. Cada día fuera era un regalo precioso. Por fin tenía paz y podía trabajar.

Pasaba las tardes en bibliotecas y museos. Siempre que podía, sin imponer demasiado su compañía, iba a tomar el té tarde con las dos artistas de Via Vantaggio. Por lo general ambas estaban en casa; a veces había otras visitas. Heggen y Ahlin estaban casi siempre allí. Dos veces encontró a la señorita Winge sola, y una vez a Francesca. Siempre estaban en la habitación de Jenny, que era acogedora y cálida, aunque las ventanas permanecían abiertas de par en par hasta que los últimos rayos de luz se desvanecían. La estufa brillaba y la tetera sobre el calentador de alcohol cantaba. Ya conocía todos los objetos de la habitación: los dibujos y fotografías en las paredes, los floreros, el juego de té azul, la estantería junto a la cama y el caballete con el retrato de

Francesca. La habitación siempre estaba un poco desordenada; la mesa junto a la ventana estaba llena de tubos y cajas de pinturas, cuadernos de dibujo y pliegos de papel. Jenny pateaba los pinceles y los trapos debajo de la mesa mientras preparaba el té. A menudo había un montón de costura o medias a medio zurcir en el sofá que había que guardar antes de sentarse.

Mientras se llevaban a cabo estos preparativos, Gram se sentaba junto a la estufa y hablaba con Francesca; pero a veces a Cesca le daba por ser hacendosa y dejaba que Jenny descansara. Jenny suplicaba que la eximieran, pero Cesca se afanaba como un torbellino, guardando todos los objetos dispersos donde Jenny no podía encontrarlos después, y terminaba poniendo chinches a cuadros que no colgaban rectos, usando su zapato como martillo.

Gram no entendía en absoluto a la señorita Jahrman. Siempre era amable y simpática con él, pero nunca tan íntima y confidencial como el día que habían ido a Ponte Molle. A veces estaba extrañamente ausente; parecía no comprender lo que él decía, aunque respondía con cortesía. Una o dos veces pensó que le aburría. Cuando le preguntaba cómo estaba, apenas respondía, y cuando mencionaba su cuadro de los cipreses, ella decía dulcemente: "No se ofenda, señor Gram, pero no me gusta hablar de mi trabajo antes de que esté terminado. Ahora no, al menos".

Notó que a Ahlin no le caía bien, y eso lo estimulaba. ¿El sueco, entonces, lo consideraba un rival? Tenía la impresión de que Francesca últimamente había sido menos amigable con Ahlin. Cuando estaba solo, Helge repasaba en su mente lo que iba a decirle a Francesca; en su imaginación mantenía largas conversaciones con ella. Ansiaba una charla como la que tuvieron aquel día en el puente; quería contarle todo sobre sí mismo, pero cuando la veía se sentía nervioso y torpe. No sabía cómo llevar la conversación hacia lo que quería decir y temía ser insistente o falto de tacto. Ella notaba su turbación y acudía al rescate con charlas y risas. Él estaba agradecido por el momento, pero cuando llegaba a casa y lo pensaba todo, se sentía decepcionado. Su conversación había vuelto a ser sobre pequeñeces divertidas, nada más.

Cuando estaba a solas con Jenny Winge, siempre hablaban en serio, sobre cosas sólidas. A veces se aburría un poco con estas discusiones

sobre asuntos abstractos, pero más a menudo le gustaba hablar con ella, porque la conversación pasaba frecuentemente de asuntos generales a cosas que le concernían a él. Poco a poco se fue acostumbrando a contarle mucho sobre sí mismo, sobre su trabajo y las dificultades que encontraba en la vida. Notaba que Jenny evitaba hablar de Francesca con él, pero no percibía que ella casi nunca hablara de sí misma. No se le ocurrió que la razón por la que no podía hablar con Francesca como hablaba con Jenny era que quería parecer mucho más importante, seguro y fuerte ante ella de lo que realmente creía ser.

En Nochebuena todos fueron al club y luego a la misa de medianoche en San Luigi dei Francesi. Helge lo encontró muy impresionante. La iglesia estaba en penumbra; el altar era una sola pared de luz por las llamas doradas de cientos de velas, y el sonido del órgano y el canto del coro flotaban por el lugar. Estaba sentado junto a una hermosa joven italiana que sacó un rosario de lapislázuli de un estuche de terciopelo y rezó fervientemente. Poco a poco, Francesca empezó a murmurar cada vez más fuerte. Estaba sentada junto a Jenny, delante de él.

—Vámonos, Jenny. No creerás que esto da ninguna clase de sentimiento navideño, ¿verdad? Es como un concierto ordinario, y malo. Escucha a ese hombre cantando ahora, absolutamente sin expresión. Su voz está completamente acabada. Uf.
—Silencio, Cesca. Recuerda que estás en la iglesia.
—¡Iglesia! Es un concierto, te digo. ¿Acaso no tuvimos que sacar entradas y un programa? No lo soporto. Voy a perder la paciencia en seguida.
—Nos iremos después de esto si quieres, pero quédate callada mientras estamos aquí.

—La noche de Año Nuevo del año pasado fue muy diferente —dijo Francesca—. Fui al Gesù. Tenían el Te Deum; fue muy hermoso. Me arrodillé junto a un anciano campesino y una muchacha; parecía enferma, pero qué bonita. Todo el mundo cantaba; el anciano sabía todo el Te Deum de memoria. Fue muy solemne.

Mientras avanzaban lentamente por el pasillo abarrotado, sonó el Ave María.
—Ave María —Francesca resopló—. ¿No oyes lo indiferente que es a lo

que canta? Exactamente como un gramófono. No soporto oír ese tipo de música maltratada.
—Ave María —dijo un danés que caminaba a su lado—. Recuerdo lo bien que lo cantaba una joven noruega, una tal señorita Eck.
—Berit Eck. ¿La conoce, señor Hjerrild?
—Estuvo en Copenhague hace dos años. La conocí bastante bien. ¿La conoce usted?
—Mi hermana la conocía —dijo Francesca—. Creo que conoció a mi hermana Borghild en Berlín. ¿Le agrada la señorita Eck, o la señora Hermann, como es ahora?
—Era una chica muy agradable y guapa. También extraordinariamente dotada, creo.

Francesca y Hjerrild se quedaron atrás. Heggen, Ahlin y Gram debían acompañar a las mujeres a casa y cenar. Francesca había recibido un gran paquete de su casa y la mesa estaba puesta con comida noruega de Navidad, decorada con margaritas y velas. Francesca llegó la última y trajo al danés con ella.
—¿No fue agradable, Jenny, que el señor Hjerrild viniera también?

Había comida y bebidas en la mesa. Francesca se sentó junto a Hjerrild y, cuando la conversación se volvió más animada, se volvió hacia él.
—¿Conoce al pianista, el señor Hermann, que se casó con la señorita Eck?
—Sí, lo conozco muy bien. Viví en la misma pensión que él y lo vi en Berlín de camino aquí.
—¿Qué opina de él?
—Es un tipo guapo, tremendamente talentoso. Me dio algunas de sus últimas composiciones, muy originales. Me agrada mucho.
—¿Las tiene aquí? ¿Puedo echarles un vistazo? Me gustaría probarlas en el piano del club. Lo conocí hace años —dijo Francesca.
—Ah, sí. Ahora recuerdo, tiene una foto suya. No quiso decir quién era.

La atención de Heggen se centró en la conversación de ambos.
—Sí —dijo Francesca en voz casi inaudible—, creo que le di una foto una vez.

—Aun así, para mí es demasiado bravucón —dijo Hjerrild—, imperdonablemente grosero, pero quizá por eso es irresistible para las

mujeres. Demasiado plebeyo para mi gusto.
—Eso era exactamente lo que… —Cesca buscó las palabras adecuadas —. Lo que yo admiraba en él era que se había abierto camino desde el escalón más bajo de la escala hasta donde está ahora; una lucha así debe volver a uno brutal, me parece. ¿No crees que desde ese punto de vista se puede excusar mucho, casi todo?
—Tonterías, Cesca —dijo Heggen de repente—. A Hans Hermann lo descubrieron a los trece años y desde entonces lo han ayudado.
—Sí, pero tener que aceptar ayuda siempre, tener que agradecer a otras personas todo y estar siempre temiendo ser ignorado, descuidado, que le recuerden que es… como dijo Hjerrild… de origen plebeyo.
—Yo podría decir lo mismo de mí mismo; lo último, quiero decir.
—No, no puedes, Gunnar. Estoy segura de que siempre has sido superior a tu entorno. Cuando te codeabas con personas de un nivel social más alto que aquel en el que naciste, incluso allí eras superior. Eras más inteligente, tenías más conocimientos y una mente más refinada. Siempre podías sentirte fuerte con la conciencia de habértelo ganado todo tú mismo. Nunca tuviste que agradecer a personas que sabías que te miraban por encima del hombro por tu origen, que apoyaban por esnobismo un talento que no entendían y que eran inferiores, aunque creían estar por encima de ti. No tenías que agradecer a personas con las que no podías sentirte agradecido. No, Gunnar, no puedes hablar de los sentimientos de un hombre del pueblo, porque nunca los has tenido; no sabes lo que son.

—Un hombre que acepta el tipo de ayuda del que hablas de personas con las que no puede estar agradecido es decididamente un plebeyo, me parece.
—Ay, pero ¿no puedes entender que uno hace algo así cuando sabe que tiene talento, quizás genio, que ansía ser desarrollado? Me parece que tú, que te llamas demócrata, no deberías hablar así de los individuos de clase baja.
—Un hombre que respeta su talento no quiere verlo prostituido. En cuanto a ser demócrata, la socialdemocracia es el anhelo de justicia, y la justicia exige que los de su tipo sean sometidos, aplastados hasta el fondo de la comunidad, encadenados y olvidados. La verdadera clase baja legítima debe ser completamente dominada.
—Un socialismo muy peculiar —se rió Hjerrild.
—No hay otro para los adultos. No tomo en cuenta a esas almas

infantiles de ojos azules que creen que todo el mundo es bueno y que todo el mal es culpa de la comunidad. Si todos fueran buenos, la comunidad sería un paraíso, pero las almas vulgares lo estropean. Las encuentras en todos los niveles de la vida. Si son amos, son crueles y brutales; si son sirvientes, son serviles, rastreros y estúpidos. También los he encontrado entre los socialistas; bueno, Hermann se dice socialista. Si encuentran manos extendidas para levantarlos, las agarran y luego las pisotean. Si ven una tropa marchando, se unen a ella para conseguir parte del botín, pero lealtad y compañerismo no tienen. Se ríen en secreto del objetivo, del ideal, y odian la justicia porque saben que, si esta prevaleciera, saldrían perdiendo.

»A todos los que temen a la justicia los llamo legítimamente de clase baja, y hay que luchar contra ellos sin piedad. Si tienen algún poder sobre los pobres y débiles, los asustan y tiranizan hasta que ellos también se vuelven iguales. Si ellos mismos son pobres y débiles, abandonan la lucha y se abren camino mendigando y adulando, o saqueando si tienen la oportunidad.
»No, el ideal es una comunidad gobernada por individuos de clase alta, porque ellos nunca luchan por sí mismos; conocen sus propios recursos infinitos y dan con manos abiertas a los más pobres. Se esfuerzan por llevar luz y aire a toda posibilidad de bien y belleza en las almas inferiores, esas que no son ni lo uno ni lo otro; buenas cuando pueden permitírselo, malas cuando el proletariado las obliga a serlo. El poder debería estar en manos de quienes sienten la responsabilidad por cada buen impulso que es asesinado.

—Estás equivocado respecto a Hans Hermann —dijo Cesca en voz baja —. No fue solo por su bien que se rebeló contra la injusticia social. También él hablaba de los buenos impulsos que se desperdiciaban. Cuando paseábamos por el este y veíamos a los niños pequeños y pálidos, decía que le gustaría prender fuego a los edificios feos, tristes y hacinados donde vivían.
—Simples palabras. Si le hubieran pagado el alquiler a él…
—Qué vergüenza, Gunnar —dijo Cesca impulsivamente.
—Aun así, no habría sido socialista si hubiera nacido rico, pero seguiría siendo un verdadero proletario.
—¿Estás seguro de que tú mismo habrías sido socialista —dijo Cesca— si hubieras nacido conde, por ejemplo?

—El señor Heggen es conde —dijo Hjerrild riendo— de muchos castillos en el aire.
Heggen se quedó callado un minuto.
—Nunca he sentido que nací pobre —dijo, hablando como para sí mismo.

—En cuanto al amor de Hermann por los niños —dijo Hjerrild—, no había mucho hacia su propio hijo. Y la forma en que trató a su esposa fue vergonzosa. Rogó y suplicó hasta conseguirla, pero cuando ella iba a tener al bebé, tuvo que rogarle e implorarle que se casara con ella.
—¿Tienen un niño? —susurró Francesca.
—Sí, nació después de que llevaran casados seis semanas, justo el día que yo me fui de Berlín. Cuando llevaban un mes casados, Hermann la dejó y se fue a Dresde. No entiendo por qué no se casaron antes, ya que de todos modos habían acordado divorciarse. Ella lo quería.
—Qué vergonzoso —dijo Jenny, que había estado escuchando la conversación—. Casarse con la intención de divorciarse.
—Bueno —dijo Hjerrild sonriendo—. Cuando la gente se conoce al dedillo y sabe que no puede llevarse bien, ¿qué otra cosa puede hacer?
—No casarse, por supuesto.
—Naturalmente. El amor libre es mucho mejor, pero ella tenía que casarse. Va a dar conciertos en Cristianía en otoño y tratar de conseguir alumnas. No podría hacerlo, teniendo al hijo, a menos que estuviera casada.
—Quizás no, pero es odioso de todas formas. No simpatizo con el amor libre si eso significa que la gente se empareje aunque presuman que se cansarán el uno del otro. Me parece que incluso romper un compromiso ordinario es una pequeña mancha para quien lo rompe. Pero si uno ha sido lo suficientemente desafortunado como para cometer un error y luego pasa por la ceremonia de la boda por lo que la gente dice, es una blasfemia estar allí y hacer una promesa que uno ha acordado de antemano no cumplir.

Al amanecer, las visitas se retiraron. Heggen se quedó un momento después de que los demás se hubieran ido. Jenny abrió las puertas del balcón para que saliera el humo. El cielo estaba gris, con una pálida luz rojiza que aparecía sobre los tejados. Heggen se acercó a ella.
—Muchas gracias. Hemos pasado una buena Navidad. ¿En qué piensas?
—En que es la mañana de Navidad. Me pregunto si mi paquete llegó a

casa a tiempo.
—Supongo que sí. Lo enviaste el día once, ¿verdad?
—Así es. Siempre era tan agradable en la mañana de Navidad entrar a ver el árbol y los regalos a la luz del día, pero entonces era joven —añadió, sonriendo—. Dicen que ha nevado mucho este invierno. Supongo que los niños estarán hoy en trineo por las montañas.
—Sí, probablemente —dijo Heggen—. Te estás enfriando. Buenas noches y gracias de nuevo.
—Buenas noches y feliz Navidad para ti, Gunnar.

Se dieron la mano. Ella se quedó junto a la ventana un rato después de que él se hubiera ido.

CAPITULO 7

Un día, durante la semana de Navidad, Gram entró en una *trattoria*. Heggen y Jenny estaban sentados a una mesa, pero no lo vieron. Mientras se quitaba el abrigo, oyó decir a Heggen:
—No me agrada ese hombre.
—No, es repugnante —dijo Jenny, suspirando.
—Tampoco le hace bien a ella con este siroco soplando. Mañana estará hecha un trapo. Supongo que no trabaja en absoluto, solo pasea con ese tipo.
—¿Trabajar? ¡No! Pero no puedo hacer nada. Camina de aquí a Viterbo con él en esas zapatillas finas, a pesar del frío y del siroco, solo porque el tipo puede contarle cosas de Hans Hermann.

Gram los saludó al pasar. Hicieron un gesto como invitándolo a sentarse a su mesa, pero él fingió no verlo y se sentó más al fondo del salón, de espaldas a ellos. Comprendió que hablaban de Francesca.

Ahora era visitante casi diario en Via Vantaggio; no podía evitarlo. La señorita Winge siempre estaba sola, leyendo o cosiendo, y parecía contenta de verlo. Pensó que había cambiado un poco últimamente; ya no era tan decidida ni tan pronta con sus opiniones como solía ser; no estaba tan inclinada a discutir y a dar lecciones. Parecía casi un poco triste. Una vez le preguntó si no se encontraba bien.
—Sí, estoy muy bien, gracias. ¿Por qué lo preguntas?
—No lo sé, últimamente pareces tan callada.
Mientras tanto, ella había encendido la lámpara y él notó que se sonrojaba.
—Puede que tenga que irme a casa pronto. Mi hermana está enferma de neumonía y mi madre está muy preocupada. Siento mucho tener que irme —añadió tras una pausa—. Me habría gustado quedarme al menos hasta la primavera.

Se sentó a coser. Él se preguntó si sería por Heggen; nunca había podido averiguar si existía un compromiso entre ellos. Por el momento Heggen, de quien se decía que era bastante impresionable en general, estaba muy unido a una joven enfermera danesa que estaba en Roma con una señora mayor. Le pareció extraño que ella se sonrojara; no era propio de ella.

Francesca entró esa noche antes de que él se fuera. No la había visto mucho desde Nochebuena, pero lo suficiente para comprender que le era completamente indiferente. Nunca estaba de mal humor ni impetuosa como una niña; iba y venía como si no viera a nadie, con la mente completamente absorbida por algo. A veces parecía caminar en trance. Veía mucho a Jenny; iba a la *trattoria* donde solía comer y también a sus habitaciones. Apenas sabía por qué, pero sentía que quería verla.

Una tarde, Jenny entró en la habitación de Francesca a buscar trementina. Francesca siempre tomaba lo que necesitaba de las pertenencias de Jenny, pero nunca las devolvía. Cesca estaba tumbada en la cama sollozando, con la cabeza hundida en la almohada. No la había oído llegar.
—Querida, ¿qué te pasa? ¿Estás enferma?
—No, pero por favor vete, Jenny, vete. No te lo diré; solo dirás que es culpa mía.
Jenny comprendió que no servía de nada hablarle cuando estaba en ese estado, pero a la hora del té llamó a su puerta. Cesca le dio las gracias, pero no quiso té.

Esa noche, cuando Jenny estaba leyendo en la cama, Cesca entró de repente en la habitación en camisón. Tenía los ojos rojos e hinchados de llorar.
—¿Puedo dormir contigo esta noche? No quiero estar sola.
Jenny le hizo sitio. No le agradaba la idea de compartir su cama, pero Cesca solía acudir cuando estaba muy triste y pedirle permiso para dormir con ella.
—Sigue leyendo, Jenny; no te molestaré. Me quedaré muy quieta aquí, junto a la pared.
Jenny fingió leer un rato. De vez en cuando se oía un suspiro como un sollozo.
—¿Apago la lámpara o prefieres que la deje encendida? —preguntó Jenny.
—No, apágala, por favor.

En la oscuridad, le puso el brazo alrededor y le contó, sollozando, que había ido otra vez a la Campaña con Hjerrild y que él la había besado. Al principio solo lo había regañado un poco, pensando que era una

broma, pero pronto se volvió tan asqueroso que ella se enojó. "Y quería que fuera a pasar la noche con él a un hotel. Lo dijo como si me hubiera pedido ir a una dulcería. Me enfurecí y él se enojó mucho; dijo cosas desagradables y horribles". Temblaba como con fiebre. "Habló de Hans; dijo que Hans, cuando le mostró mi foto, le había hablado de mí de tal manera que hizo creer a Hjerrild… ya sabes a qué me refiero". Se acurrucó junto a Jenny. "¿Puedes entenderlo? Porque yo no lo entiendo, que todavía me importe ese canalla. Sin embargo, Hans no había mencionado mi nombre y no imaginaba, por supuesto, que Hjerrild se encontraría conmigo; la foto era de cuando yo tenía dieciocho años".

El cumpleaños de Jenny era el diecisiete de enero. Ella y Francesca iban a dar una cena en la Campaña, en una pequeña osteria de la Vía Appia Nuova. Ahlin, Heggen, Gram y la señorita Palm, la enfermera danesa, formaban el grupo.
Desde la parada del tranvía caminaron de dos en dos por la soleada carretera blanca. La primavera estaba en el aire; la Campaña tenía un tono gris verdoso; las margaritas, que habían florecido casi todo el invierno, empezaban a extenderse en manchas plateadas, y los tiernos brotes verdes en los arbustos de saúco a lo largo de las cercas habían crecido. Las alondras temblaban en lo alto del cielo azul claro y había una neblina sobre la ciudad y los feos bloques de casas rojas esparcidos sobre la llanura. Más allá de los arcos macizos del acueducto, las montañas Albanas se veían débilmente a través de la niebla.

Jenny caminaba delante con Gram, que llevaba su abrigo gris. Estaba radiante, hermosa con un vestido de seda negra; nunca la había visto sino con su vestido gris o su chaqueta y falda. Le parecía casi como si caminara con una mujer nueva y extraña. Su cintura se veía tan pequeña con la tela negra que su figura parecía redonda y flexible; el corpiño tenía un profundo escote cuadrado, y su cabello y su piel se veían deslumbrantemente rubios. Llevaba un sombrero negro grande, que él ya había visto antes pero sin reparar especialmente en él. Incluso sus cuentas rosadas se veían muy diferentes con el vestido negro.

Comieron al aire libre, al sol, bajo la parra que proyectaba una sombra como una fina red azulada sobre el mantel. La señorita Palm y Heggen querían decorar la mesa con margaritas; los macarrones ya estaban listos, pero los demás tuvieron que esperar a que volvieran con las

flores. La comida era buena y el vino excelente; Cesca había traído fruta y café, que iba a preparar ella misma para asegurarse de que estuviera bueno. Después de comer, la señorita Palm y Heggen examinaron relieves de mármol e inscripciones encajadas en la mampostería de la casa. Al rato desaparecieron tras una esquina. Ahlin se quedó sentado a la mesa fumando, con los ojos semicerrados por el resplandor.

La osteria estaba al pie de una pequeña colina. Gram y Jenny subieron la cuesta al azar. Ella recogía pequeñas flores silvestres que crecían en la tierra amarilla.
—Hay montones de estas en Monte Testaccio. ¿Ha estado allí, señor Gram?
—Sí, varias veces. Fui ayer a ver el cementerio protestante. Los camelios están cubiertos de flores y en la parte antigua encontré anémonas en la hierba.
—Sí, ya han salido. En algún lugar de la Vía Cassia, más allá de Ponte Molle, hay muchas. Gunnar me trajo esta mañana unas ramas de almendro; ya las tienen en la Plaza de España, pero seguro son de invernadero.

Llegaron a la cima y empezaron a caminar. Jenny iba con la vista en el suelo; la hierba corta brotaba por todas partes y hojas grandes de color gris plateado se calentaban al sol. Caminaron hacia un muro solitario que surgía de un montículo de grava; la Campaña se extendía a su alrededor en todas direcciones, gris verdosa bajo los cielos primaverales y el trinar de las alondras. Sus límites se perdían en la neblina del sol. La ciudad a lo lejos parecía solo un espejismo; las montañas y las nubes se fundían, y los arcos amarillos del acueducto aparecían solo para desvanecerse de nuevo. Las innumerables ruinas se reducían a pequeños trozos brillantes de muros esparcidos sobre el verde, y los pinos y eucaliptos junto a las casas rojas se alzaban solitarios y oscuros.

—¿Recuerda aquella primera mañana que estuve aquí, señorita Winge? Imaginé que estaba decepcionado y creí que era porque había anhelado y soñado tanto que todo lo que iba a ver me parecería incoloro y pobre comparado con mis sueños. ¿Ha notado cómo en un día de verano, cuando uno está tumbado al sol con los ojos cerrados, todos los colores parecen grises y desvaídos cuando los abre? Es porque los ojos están debilitados por no usarlos y no pueden captar de inmediato la

complejidad de los colores tal como son; la primera impresión es incompleta y pobre. ¿Entiende lo que quiero decir?

Jenny asintió.

—Ese fue mi caso al principio, aquí. Roma me abrumaba. Entonces te vi pasar, alta, rubia y desconocida. En aquel momento no me fijé en Francesca, no hasta que estuvimos en la taberna. Cuando me senté allí con ustedes, que me eran completamente extrañas, fue realmente la primera vez que me ocurría algo así. Hasta entonces, mi relación con los desconocidos había sido solo un encuentro ocasional en el camino entre la escuela y mi casa. Estaba confundido; me parecía imposible hablar con la gente. Casi extrañaba mi hogar y todo lo que significaba, y extrañaba la Roma que conocía por referencias e imágenes. Pensaba que no podría dedicarme a nada más que a mirar cuadros hechos por otros, leer libros escritos por otros hombres, aprovechar lo mejor posible el trabajo ajeno y vivir en un mundo de ficción. Me sentía terriblemente solo entre ustedes. Una vez dijiste algo sobre estar sola; ahora entiendo lo que querías decir.

—¿Ves esa torre de allí? Fui ayer. Es el resto de una fortaleza de la Edad Media, de la época feudal. Hay bastantes en la ciudad y sus alrededores. A veces ves un muro casi sin ventanas construido entre las casas de una calle. Es un pedazo de la Roma de los barones ladrones. Sabemos relativamente poco de esa época, pero me interesa mucho en este momento. En los registros encuentro nombres de personas muertas, de las que a veces no se sabe nada más que sus nombres, y anhelo saber más de ellas. Sueño con la Roma medieval, cuando luchaban en la calle con gritos feroces y la ciudad estaba llena de castillos de bandidos donde encerraban a sus mujeres, hijas de esas bestias salvajes y con su misma sangre. A veces se escapaban de su prisión y se mezclaban en la vida tal como era, dentro de los muros rojinegros. Sabemos tan poco de esos tiempos; los profesores alemanes no se interesan mucho por ellos porque no pueden ser moldeados para transmitir ideas abstractas: son simplemente hechos desnudos.

—Qué corriente tan poderosa de vida ha lavado este país, rompiendo en olas alrededor de cada ciudad y castillo. Y sin embargo, las montañas se elevan sobre él, desnudas y desoladas. Piensa en el sinfín de ruinas aquí

solo en la Campaña; en las pilas de libros escritos sobre la historia de Italia y del mundo entero, y piensa en la multitud de muertos que conocemos. Y sin embargo, el resultado de todas estas olas de vida, rodando una tras otra, es muy, muy pequeño. Todo es tan maravilloso.

—He hablado contigo muy a menudo y tú has hablado conmigo; sin embargo, no te conozco realmente. Eres tan misteriosa para mí como esa torre. Ojalá pudieras ver cómo brilla tu cabello donde estás parada ahora. Es glorioso.

—¿Alguna vez has pensado que nunca has visto tu rostro? Solo el reflejo en el espejo. Nunca podemos ver cómo se ve nuestro rostro cuando dormimos o cerramos los ojos, ¿no es extraño? Era mi cumpleaños el día que te conocí; hoy es el tuyo. ¿Te alegras de cumplir veintiocho años, tú que piensas que cada año cumplido es una ganancia?

—No dije eso. Dije que quizás has pasado por tanto durante los primeros veinticinco años de tu vida que te alegras de que hayan terminado.
—¿Y ahora?
—Ahora…
—Sí; ¿sabes exactamente lo que quieres lograr durante el próximo año? ¿Qué provecho vas a sacar de él? La vida me parece tan abrumadoramente rica en posibilidades que incluso tú, con toda tu fuerza, no puedes aprovecharlas. ¿Se te ocurre alguna vez, y te entristece, Jenny?

Ella solo sonrió en respuesta y miró hacia abajo. Tiró la colilla de su cigarrillo al suelo y la pisó; su tobillo blanco se veía a través de la fina media negra. Siguió con la mirada a una manada de ovejas que corrían por la ladera opuesta.
—Estamos olvidando el café, señor Gram. Estoy segura de que nos están esperando.

Regresaron a la osteria en silencio. En la ladera que se extendía hasta donde habían almorzado, notaron que Ahlin estaba tumbado boca abajo sobre la mesa, con la cabeza apoyada en los brazos. Francesca, con su brillante vestido verde, se inclinaba sobre él con los brazos alrededor de su cuello, tratando de levantarle la cabeza.

—Ay, no, Lennart. No llores. Te querré. Me casaré contigo, ¿me oyes? Pero no debes llorar así. Me casaré contigo y creo que puedo encariñarme contigo; solo no estés tan miserable.
Ahlin sollozó:
—No, no si no me quieres, Cesca; no quiero que lo hagas.

Jenny se dio la vuelta y regresó por la ladera. Gram notó que se sonrojaba profundamente hasta el cuello. Un sendero los llevó por el otro lado de la casa al huerto. Heggen y la señorita Palm se perseguían alrededor de la pequeña fuente, salpicándose mutuamente con agua. La señorita Palm chillaba de risa. Helge vio cómo el color volvía a subir al rostro y al cuello de Jenny mientras caminaba detrás de ella entre los bancales de verduras. Heggen y la señorita Palm habían hecho las paces.
—El mismo círculo de siempre —dijo Helge—; tomen pareja.
Jenny asintió con una sombra de sonrisa.

El ambiente en la mesa del café estaba algo tenso. Solo la señorita Palm estaba de buen humor. Francesca intentó conversar mientras sorbían sus licores y, tan pronto como pudo hacerlo con discreción, propuso que fueran a dar un paseo. Las tres parejas se dirigieron a la Campaña, aumentando la distancia entre ellas hasta perderse de vista por completo entre las colinas. Jenny caminó con Gram.
—¿Adónde vamos realmente? —dijo ella.
—Podríamos ir a la gruta de Egeria, por ejemplo.

La gruta estaba en dirección opuesta a la que habían elegido los demás. Comenzaron a caminar por las laderas hacia el Bosco Sacro, donde los antiguos alcornoques extendían su oscuro follaje al sol.
—Debí haberme puesto el sombrero —dijo Jenny, pasándose una mano por el cabello. El suelo de la arboleda sagrada estaba cubierto de papeles y otros desechos; en el tocón de un árbol cerca del borde, dos señoras estaban sentadas tejiendo y unos niños ingleses jugaban al escondite detrás de los troncos macizos. Jenny y Gram salieron de la arboleda y caminaron ladera abajo hacia la ruina.

—¿Vale la pena bajar? —dijo Jenny, y sin esperar respuesta, se sentó en la ladera.
—No; quedémonos aquí. —Helge se tendió a sus pies sobre la hierba corta y seca, se quitó el sombrero y, apoyándose en un codo, la miró en

silencio.
—¿Cuántos años tiene? —preguntó de repente—. Me refiero a Cesca.
—Veintiséis. —Ella se quedó mirando el paisaje frente a ella.

—No me arrepiento —dijo él en voz baja—. Te habrás dado cuenta, supongo. Hace un mes podría haberme… Ella fue tan dulce conmigo una vez, tan amable y confidencial, y yo no estaba acostumbrado a ese tipo de cosas. Lo tomé como… bueno, como l'invitation à la valse, ¿sabes? Pero ahora… sigo pensando que es dulce, pero no me importa en lo más mínimo si baila con otro.
Estaba tumbado mirándola.
—Creo que eres tú, Jenny, de quien estoy enamorado —dijo de repente.
Ella se volvió a medias hacia él con una leve sonrisa y negó con la cabeza.
—Sí —dijo Helge con firmeza—. Eso creo. No lo sé con certeza porque nunca he estado enamorado antes. Eso lo sé ahora, aunque estuve comprometido una vez —sonrió para sí—. Fue uno de mis errores en los viejos y tontos días.

»Esto, estoy seguro, es amor. Fuiste tú, Jenny, a quien vi aquella noche, no a ella. Ya te había notado por la tarde cuando cruzabas el Corso. Me quedé allí pensando que la vida era nueva, llena de aventuras, y justo entonces pasaste a mi lado, rubia, esbelta y desconocida. Más tarde, cuando había estado deambulando por esta ciudad extranjera, te encontré de nuevo. También me fijé en Cesca, por supuesto, y no es de extrañar que me sintiera un poco turbado por un momento, pero fue a ti a quien vi primero. Y ahora estamos sentados aquí juntos, nosotros dos.

Su mano estaba cerca de él mientras ella se apoyaba; de repente la acarició y ella la retiró.
—No estás enojada conmigo, ¿verdad? Realmente no hay motivo para enojarse. ¿Por qué no iba a decirte que creo que estoy enamorado de ti? No pude resistir tocar tu mano; quería sentir que era real, porque me parece tan maravilloso que estés sentada aquí. Realmente no te conozco, aunque hemos hablado de muchas cosas. Sé que eres inteligente, sensata y enérgica, y buena y sincera; pero eso lo supe en el momento en que te vi y oí tu voz. No sé nada más de ti ahora, pero por supuesto hay mucho más que aprender, y quizás nunca lo aprenda. Pero puedo ver por mí mismo, por ejemplo, que tu falda de seda está ardiendo de calor y que si

pusiera mi rostro en tu regazo me quemaría.

Hizo un movimiento involuntario con la mano sobre su regazo.
—Atrae el sol; hay chispas en tu cabello y los rayos se filtran a través de tus ojos. Tu boca es casi transparente; parece una frambuesa al sol.
Ella sonrió, con un aspecto un poco avergonzado.
—¿Me darías un beso? —dijo de repente.
—"¿L'invitation à la valse?" —sonrió ella ligeramente.
—No lo sé. Pero no puedes enojarte conmigo porque te pida un solo beso en un día como este. Solo te digo lo que anhelo y, después de todo, ¿por qué no podrías hacerlo?

Ella no se movió.

—¿Hay alguna razón para no hacerlo? No voy a intentar besarte, pero no veo por qué no podrías inclinarte un segundo y darme un beso diminuto mientras estás sentada ahí con el sol justo en tus labios. Para ti no es más que cuando le das una palmada en la cabeza a un niño y le das una moneda. No es nada para ti, Jenny, y para mí es todo lo que deseo… justo en este momento lo anhelo tanto —dijo, sonriendo.

De repente ella se inclinó y lo besó. Solo por un segundo sintió su cabello y sus labios rozar su mejilla, y vio el movimiento de su cuerpo bajo la seda negra cuando se inclinó y se enderezó. Notó que su rostro, que mientras lo besaba sonreía con serenidad, ahora se veía apenado, casi asustado. Él no se movió, sino que permaneció quieto, meditando satisfecho bajo el sol. Ella recuperó la compostura.

—Ahí lo tienes —dijo él por fin, riendo—, tu boca está exactamente como antes; el sol brilla en tus labios, justo en la sangre. No fue nada para ti y yo soy tan feliz. No debes creer que quiero que pienses en mí; solo quiero que me dejes pensar en ti, mientras tú puedes sentarte y pensar en cualquier cosa del mundo. Otros pueden bailar; para mí esto es mucho mejor, con tal de que pueda mirarte.

Ambos se quedaron en silencio. Jenny estaba sentada con el rostro hacia otro lado, mirando la Campaña bañada por el sol.

Mientras regresaban a la osteria, Helge charlaba alegremente sobre todo

tipo de cosas, contándole acerca de los sabios alemanes que había conocido en su trabajo. Jenny le lanzaba una mirada furtiva de vez en cuando; él no solía ser así, tan libre y desenvuelto. Se veía realmente apuesto mientras caminaba, mirando al frente, y sus ojos castaños claros brillaban como el ámbar bajo el sol.

CAPITULO 8

Jenny no encendió la lámpara cuando entró, sino que, poniéndose una capa de noche en la oscuridad, salió a sentarse en el balcón. La noche era fría; el cielo se extendía sobre los tejados como terciopelo negro, cubierto de estrellas brillantes. Él le había dicho al despedirse: "¿Puedo venir mañana y pedirte que me acompañes a dar una vuelta por la Campaña?".

Bueno, en realidad no había pasado nada; simplemente le había dado un beso, pero era el primer beso que ella le daba a un hombre y no había ocurrido de la manera que esperaba. Fue casi una broma besarlo así. No estaba enamorada de él y, sin embargo, lo había besado. Había dudado y pensado: nunca he besado; y entonces una extraña sensación de indiferencia y suave languidez se apoderó de ella. ¿Por qué ser tan ridículamente solemne al respecto? Y lo hizo, ¿por qué no? No importaba; él se lo había pedido con toda sinceridad porque creía estar enamorado de ella y porque el sol brillaba. No le había pedido que lo amara y no había hecho ningún otro avance; no había reclamado nada, solo ese pequeño beso, y ella se lo había dado sin decir una palabra. Era hermoso en general; no había hecho nada de lo que avergonzarse.

Tenía veintiocho años y no se negaba a sí misma que anhelaba amar y ser amada por un hombre, acurrucarse en sus brazos, joven, sana y agradable a la vista como era. Su sangre era cálida y estaba anhelante, pero tenía ojos que veían con claridad y nunca se había mentido. Conocía hombres de vez en cuando y se preguntaba: ¿es él el hombre? A uno o dos de ellos podría haberlos amado si lo hubiera intentado, si hubiera podido cerrar los ojos a esa pequeña cosa que siempre estaba allí, haciéndole sentir una oposición que tenía que dominar. No había conocido a nadie a quien se sintiera obligada a amar, así que no se había arriesgado. Cesca dejaba que un hombre tras otro la besara y acariciara, y no marcaba la diferencia; solo rozaba sus labios y su piel. Ni siquiera Hans Hermann, a quien amaba, podía calentar su sangre extrañamente delgada y fría.

Ella era diferente; su sangre era roja y caliente, y la alegría que codiciaba debía ser ardiente, consumidora, pero inmaculadamente

limpia. Sería leal y fiel al hombre al que se entregara, pero él debía saber cómo tomarla por completo, poseer su cuerpo y su alma, para que ninguna posibilidad en ella se desperdiciara o quedara abandonada en algún rincón de su alma para pudrirse. No, no se atrevía, no sería imprudente. Sin embargo, podía entender a aquellos que no se preocupaban por esas cosas; que no reprimían un instinto llamándolo malo ni se entregaban a otro llamándolo bueno, o que renunciaban a todas las pequeñas alegrías baratas de la vida, guardándolo todo para la gran alegría que, después de todo, quizás nunca llegara. Ella misma no estaba tan segura de que su camino la llevara a la meta, no lo bastante como para no sentirse a veces impresionada por personas que admitían cínicamente que no tenían camino ni meta, y que tener ideales y moral era como intentar atrapar la luna en el agua.

Una vez, hace muchos años, un hombre le pidió una noche que fuera con él a su habitación, más o menos de la misma manera que le habría ofrecido llevarla a tomar el té. No fue una tentación para ella; sabía, además, que su madre la estaba esperando, lo que lo hacía completamente imposible. Conocía muy poco al hombre, no le gustaba y estaba molesta porque él debía acompañarla a casa; y no fue porque sus sentidos se agitaran, sino por pura curiosidad mental, que consideró la pregunta un momento en su mente: ¿y si lo hiciera? ¿Cuáles serían sus sentimientos si echara por la borda la voluntad, el autocontrol y su antigua fe? Un escalofrío excitante la recorrió ante el pensamiento. ¿Ese tipo de vida era más agradable que el suyo? No estaba contenta con el suyo esa noche; se había sentado de nuevo a ver bailar a otros, había probado el vino y escuchado la música, y había sentido la terrible soledad de ser joven y no saber bailar ni hablar el idioma de los otros jóvenes ni compartir sus risas; pero había intentado sonreír, mirar y hablar como si lo disfrutara. Y cuando caminaba a casa en la gélida noche de primavera, sabía que a las ocho de la mañana siguiente tenía que estar en la escuela para actuar como sustituta. En esa época trabajaba en su gran cuadro, pero todo lo que hacía le parecía aburrido y sin sentido, y a las seis tenía que ir a casa a enseñar matemáticas a sus alumnos particulares. Trabajaba muy duro; a veces sentía sus nervios tensos al máximo y no sabía cómo podría continuar hasta las vacaciones.

Por un instante se sintió atraída por el cinismo del hombre, o creyó

estarlo, pero le sonrió y dijo "no" de la misma manera seca y directa con que él le había preguntado. Después de todo, era un tonto, porque comenzó a predicarle: primero halagos comunes, luego tonterías sentimentales sobre la juventud y la primavera, el derecho de la pasión y el evangelio de la carne, hasta que ella simplemente se rió de él y llamó a un taxi que pasaba.

Y ahora era lo bastante mayor para entender a aquellos que brutalmente se negaban a negarse nada en la vida, que simplemente se rendían y se dejaban llevar; pero los novatos que se jactaban de tener una misión que cumplir cuando disfrutaban de la vida a su manera, los campeones de los eternos derechos de la naturaleza que no se molestaban en cepillarse los dientes o limpiarse las uñas, no podían engañarla.

Sería fiel a su propio código moral, que apuntaba a la verdad y al autocontrol, y que se originó en la época en que la enviaron a la escuela. No era como los otros niños; incluso su ropa era diferente a la de ellos y su pequeña alma era muy, muy distinta. Vivía con su madre, que se había quedado viuda a los veinte años y no tenía nada en el mundo más que a su pequeña hija. Su padre había muerto antes de que ella tuviera edad para recordarlo. Estaba en su tumba y en el cielo, pero en realidad vivía con ellas, pues su retrato colgaba sobre el piano y oía y veía todo lo que decían y hacían. Su madre hablaba de él constantemente, contándole lo que él pensaba de todo y lo que Jenny podía o no podía hacer por causa de papá. Jenny hablaba de él como si lo conociera, y por la noche, en la cama, le hablaba a él y a Dios como a alguien que siempre estaba con papá y estaba de acuerdo con él en todo.

Recordó su primer día de escuela y sonrió al recuerdo. Su madre le había enseñado ella misma hasta los ocho años. Solía explicarle las cosas por comparación; por ejemplo, un cabo se comparaba con un pequeño promontorio cerca de la ciudad que Jenny conocía bien, así que cuando la profesora le pidió en la lección de geografía que nombrara algunos cabos noruegos, ella respondió sin dudar: "Naesodden". La profesora sonrió y todos los alumnos se rieron. "Signe", dijo la profesora, y otra niña se levantó rápidamente para responder: "Nordkap, Lindesnaes, Stat". Jenny sonrió con aire de superioridad, sin hacer caso de las risas. Nunca había tenido amigas de la infancia y nunca las hizo.

Había sonreído con indiferencia a sus burlas, pero un odio tranquilo e implacable creció en ella hacia los otros niños, que a su juicio formaban una masa compacta, una bestia salvaje de muchas cabezas. La rabia consumidora que la llenaba cuando la atormentaban estaba siempre oculta tras una sonrisa desdeñosa. Una vez había estado a punto de llorar desconsoladamente de rabia y miseria, y en las pocas ocasiones en que perdió el control vio el triunfo de ellos. Solo manteniendo un aire de plácida e irritante indiferencia podía mantenerse firme.

En los cursos superiores hizo amistad con una o dos chicas; estaba entonces en una edad en que ningún niño soporta ser diferente a los demás e intentó imitarlas. Sin embargo, esas amistades no le dieron mucha alegría. Recordaba cómo se burlaron de ella cuando descubrieron que jugaba con muñecas. Rechazó a sus queridos "niños" y dijo que pertenecían a sus hermanitas.

Hubo una época en que quiso ir al teatro. Ella y sus amigas estaban fascinadas por el teatro; vendieron sus libros de texto y sus broches de confirmación para comprar entradas y noche tras noche iban a la parte más alta del teatro. Un día les contó cómo representaría un papel que les interesaba. Ellas rompieron a reír; siempre habían sabido que era engreída, pero no que fuera megalómana. ¿Realmente creía que podía llegar a ser artista, ella que ni siquiera sabía bailar? Sería gracioso verla caminar por el escenario con ese esqueleto alto y tieso que tenía.

No, no sabía bailar. Cuando era muy niña, su madre solía tocar para ella y ella se retorcía y giraba, trotaba y hacía reverencias como quería, y su madre la llamaba avecilla. Pensó en su primera fiesta, cómo había llegado llena de anticipación, feliz con un vestido blanco nuevo que su madre había hecho a partir de un antiguo grabado inglés. Recordó cómo se quedó rígida por completo cuando empezó a bailar. Esa rigidez nunca la abandonó del todo; cuando intentaba aprender a bailar por sí misma, su cuerpo suave y esbelto se volvía rígido como un palo. No servía para eso. Tenía muchas ganas de ir a una escuela de baile, pero nunca se concretó.

Se rió al recordar a sus amigas de la escuela. Se había encontrado con dos de ellas en la exposición de su país, la primera vez que consiguió que colgaran uno de sus cuadros y recibiera elogios en los periódicos.

Estaba con otros artistas, Heggen era uno de ellos, cuando se acercaron a felicitarla: "¿No decíamos siempre que serías artista? Todas estábamos seguras de que algún día sabríamos más de ti".

Ella había sonreído: "Sí, Ella; yo también lo estaba".

Sola. Había estado sola desde que su madre conoció al señor Berner, quien trabajaba con ella en la misma oficina. Jenny tenía unos diez años entonces, pero comprendió de inmediato que su padre muerto había abandonado su hogar. Su retrato aún seguía colgado allí, pero él se había ido, y comprendió lo que la muerte realmente significaba. Los muertos solo existían en la memoria de los demás, quienes tenían el poder de poner fin condicionalmente a su pobre vida de sombras, y se iban para siempre.

Comprendió por qué su madre se volvió joven, bonita y feliz de nuevo; notó la expresión de su rostro cuando Berner tocaba el timbre. Le permitían quedarse en la habitación y escuchar su conversación; nunca hablaban de cosas que una niña no pudiera oír y no la sacaban del cuarto cuando estaban juntos en casa. A pesar de los celos en su pequeño corazón, comprendía que había muchas cosas de las que una madre adulta no podía hablar con una niña pequeña, y en ella se desarrolló un fuerte sentido de la justicia. No quería enojarse con su madre, pero aun así le dolía mucho.

Era demasiado orgullosa para demostrarlo, y cuando su madre, en momentos de autorreproche, la abrumaba de repente con ternura y cuidados, ella se mantenía fría y pasiva. No decía ni una palabra cuando su madre quería que llamara padre a Berner y le decía cuánto la quería él. Por la noche intentaba hablar con su propio padre, con un apasionado anhelo de mantenerlo vivo, pero sentía que no podía hacerlo sola; solo lo conocía a través de su madre. Poco a poco, Jens Winge también murió para ella, y como él había sido el centro de su concepción de Dios, el cielo y la vida eterna, todo eso se desvaneció junto con su retrato. Recordaba con toda claridad cómo, a los trece años, escuchaba las Escrituras en la escuela sin creer en nada. Como las otras chicas de su clase creían en Dios y tenían miedo del diablo, y sin embargo eran cobardes y crueles, mezquinas y vulgares —al menos en su opinión—, la religión se convirtió para ella en algo despreciable, asociado con ellas.

Llegó a querer a Nils Berner contra su voluntad; casi lo prefirió a su madre en el primer periodo de su vida matrimonial. Él no reclamaba autoridad sobre su hijastra, pero con su forma sabia, amable y franca, se la ganó. Ella era la hija de la mujer que él amaba; esa era razón suficiente para que Berner quisiera a Jenny.

Tenía mucho que agradecer a su padrastro; cuánto, no lo había comprendido hasta ahora. Él había luchado y vencido mucho de lo que había en ella de torcido y mórbido. Cuando vivía sola con su madre en el ambiente de invernadero de la ternura, los cuidados y los sueños, había sido una niña nerviosa, temerosa de los perros, de los tranvías, de las cerillas, temerosa de todo, y era sensible al dolor físico. Su madre apenas se atrevía a dejarla ir sola a la escuela.

Lo primero que hizo Berner fue llevar a la chica con él al bosque; domingo tras domingo iban a Nordmarken bajo un sol abrasador o bajo la lluvia torrencial, en los deshielos de primavera y en invierno con esquís. Jenny, que estaba acostumbrada a ocultar sus sentimientos, intentaba no mostrar lo cansada y nerviosa que estaba, y al cabo de un tiempo dejó de sentirlo. Berner le enseñó a usar mapas y brújula, le hablaba como a una amiga y le enseñó a observar los signos del viento y las nubes que provocaban un cambio en el tiempo, y a calcular el tiempo y la distancia por el sol. La familiarizó con los animales y las plantas: raíz y tallo, hoja y brote, flor y fruto. Su cuaderno de dibujo y su cámara siempre iban en su mochila.

Toda la amabilidad y devoción que su padrastro había puesto en esta labor de educación solo ahora la apreciaba por primera vez, pues era un conocido esquiador y montañista. Le había prometido llevarla también a las grandes cumbres. El verano en que cumplió quince años fue con él a cazar urogallos. Su madre no pudo ir con ellos porque estaba esperando a su hermano menor en esa época. Se quedaron en una apartada cabaña de montaña, al pie del Rondane. Nunca había sido tan feliz en toda su vida como cuando se despertaba en su pequeña litera. Se apresuraba a salir a preparar café para su padrastro, y él la llevaba a los picos de las montañas y a excursiones de pesca. Cuando él salía a cazar, ella se bañaba en los fríos arroyos de montaña y daba largos paseos por los páramos, o se sentaba en el porche a tejer y soñar. Imaginaba romances

sobre una hermosa pastora y un cazador que se parecía mucho a Berner, pero joven y apuesto, y que sabía contar historias de montaña como solía hacer él por la noche junto al fuego.

Recordaba lo atormentada, avergonzada e infeliz que estaba cuando supo que su madre iba a tener un bebé. Intentaba ocultar sus pensamientos a su madre, pero sabía que solo lo conseguía a medias. La ansiedad de Berner por su esposa a medida que se acercaba la fecha trajo un cambio en sus sentimientos. Él le habló de ello: "Tengo tanto miedo, Jenny, porque quiero mucho a tu madre", y le contó que cuando ella misma nació, su madre había estado muy grave. La creencia de que el estado de su madre era impuro la abandonó cuando él habló, pero con ello también se fue el sentimiento de que el vínculo entre su madre y ella era misterioso o sobrenatural. Se volvió cotidiano y natural; ella había nacido y su madre había sufrido; ella había sido pequeña y había necesitado a su madre, y por eso su madre la había querido. Pronto llegaría otro niño que necesitaría más a su madre. Jenny sintió que había crecido de repente; se solidarizaba con su madre tanto como con Berner, y lo consolaba de manera precoz: "Todo saldrá bien; casi nunca se muere una por eso, ¿sabes?".

Cuando vio a su madre con el nuevo niño, que le ocupaba todo el tiempo y los cuidados, Jenny se sintió muy desamparada y lloró, pero poco a poco llegó a querer mucho al bebé, especialmente cuando la pequeña Ingeborg pasó del año y era la niña más dulce que pudiera imaginar, y su madre ya tenía otro hijo pequeño. Nunca consideró a los hijos de Berner como sus hermanos; eran exactamente iguales a su padre. Su relación con ellos era más la de una tía; se sentía casi como una tía mayor y sensata tanto para su madre como para los niños.

Cuando ocurrió el accidente, su madre era más joven y más débil que ella. La señora Winge se había vuelto joven de nuevo en su segundo matrimonio feliz, y estaba un poco cansada tras sus tres partos en un tiempo relativamente corto. Nils solo tenía cinco meses cuando su padre murió. Berner cayó un verano mientras practicaba montañismo y murió en el acto. Jenny tenía entonces dieciséis años. La pena de su madre fue inconmensurable; había amado a su marido y había sido adorada por él. Jenny intentó ayudarla en todo lo posible. Lo profundamente que ella

misma lamentaba a su padrastro nunca se lo contó a nadie; sabía que había perdido al mejor amigo que había tenido.

Cuando terminó la escuela, comenzó a tomar clases de dibujo y ayudaba a su madre en la casa. A Berner siempre le habían interesado sus dibujos; él había sido el primero en enseñarle perspectiva y esas cosas, todo lo que él mismo sabía al respecto. Creía que ella tenía talento.

No podían permitirse quedarse con su perro. Los dos cachorritos se vendieron y la señora Berner pensó que también deberían vender a Leddy, porque costaba mucho alimentarla. Pero Jenny se opuso; si no podían quedarse con el perro, que estaba de luto por su amo, nadie más debería tenerlo, y se salió con la suya. Una noche, ella misma llevó al perro a casa del señor Iversnaes, amigo de Berner, quien lo mató de un disparo y lo enterró.

Lo que Berner había sido para ella —amigo y compañero—, ella intentó serlo para los hijos de él. Al crecer las dos niñas, la relación entre ellas y Jenny se volvió menos íntima, aunque aún amistosa; pero la gran diferencia de edad creó una brecha que Jenny nunca intentó cruzar. Ahora eran dos muchachas agradables en la adolescencia, con anemia, pequeños coqueteos, amistades y fiestas; una pareja alegre, pero algo indolente. La amistad entre Nils y ella se había fortalecido con el tiempo. Su padre había llamado al pequeño Kalfatrus; Jenny adoptó el nombre y el chico la llamaba Indiana.

Durante todos esos años tristes que ahora quedaban atrás, los paseos por Nordmarken con Kalfatrus fueron las únicas ocasiones en que podía respirar libremente. Los disfrutaba especialmente en primavera u otoño, cuando había poca gente y ella y el chico se sentaban en silencio mirando la fogata que habían encendido, o se tendían en el suelo hablándose en su jerga particular, que no se atrevían a usar en casa por temor a molestar a su madre. Su retrato de Kalfatrus fue la primera de sus pinturas que le gustó; era realmente bueno. Gunnar la regañó por no exponerlo; creía que lo habrían comprado para la galería de arte. Desde entonces nunca había pintado un cuadro tan bueno.

Debía haber pintado a Berner, a papá. Había empezado a llamarlo así cuando los hijos de él comenzaron a hablar, y también a llamar mamá a

su madre. Esto marcó para ella el cambio que se había producido en la relación con la madre de su breve infancia.

_____

La primera parte de su estancia aquí, cuando por fin se liberó de la constante tensión, no fue agradable. Se dio cuenta de que cada uno de sus nervios vibraba por el agotamiento y pensó que sería imposible recuperar su juventud. De su paso por Florencia solo recordaba que había tenido frío, se había sentido sola y no había podido asimilar todo lo nuevo que la rodeaba. Poco a poco, el tesoro infinito de belleza se le fue revelando y fue presa de un gran anhelo por aprehenderlo y vivir en él, por ser joven, amar y ser amada.

Pensó en los primeros días de primavera cuando Cesca y Gunnar la llevaron a Viterbo: el sol en los árboles desnudos y las alfombras de anémonas, violetas y prímulas en la hierba seca. La llanura como una estepa a las afueras de la ciudad, con vapores de hirvientes manantiales de azufre flotando en el aire y el suelo a su alrededor blanco de cal cuajada. Los miles de veloces lagartos verde esmeralda en los muros de piedra, los olivos en los prados verdes donde revoloteaban mariposas blancas. La antigua ciudad con fuentes cantarinas y casas medievales oscuras, y las torres en la muralla con la luna sobre ellas. Y el vino amarillo, ligeramente efervescente, con un sabor ardiente de la tierra volcánica en que se cultivaba.

Llamaba a sus nuevos amigos por sus nombres. Por la noche, Francesca le confiaba su joven y accidentada vida y al final se metía en su cama para ser consolada, repitiendo una y otra vez: "Fíjate que seas así. Siempre te tuve miedo en la escuela. Nunca pensé que pudieras ser tan amable".

Gunnar estaba enamorado de las dos. Estaba lleno de fuego, como un joven fauno en primavera, y Francesca se dejaba besar, reía y lo llamaba

chico tonto. Pero Jenny tenía miedo, aunque no de él. No se atrevía a besar su boca caliente y roja por algo intangible, embriagador y frívolo que duraría solo mientras estuvieran allí, entre el sol y las flores; algo irresponsable. No se atrevía a dejar de lado su antiguo yo; sentía que no podía tomar un coqueteo a la ligera y él tampoco podría. Ya había visto suficiente de Gunnar Heggen para saber que en sus asuntos con otras mujeres era tal como ellas, y sin embargo no del todo, porque en su interior más profundo era un hombre bueno, mejor que la mayoría. Su enamoramiento pronto se había convertido en amistad y, durante el tiempo tranquilo en París cuando trabajaron duro, y después aquí fuera, esa unión se había hecho más fuerte.

Con Gram era un asunto muy diferente. Él no despertaba en ella fantasías aventureras ni anhelos salvajes. No era en absoluto tonto, como ella había pensado al principio; solo parecía casi atrofiado, detenido en su crecimiento mental cuando llegó, y ella al menos debería haberlo entendido. Había algo amable, joven y sano en él que le agradaba; parecía más de dos años menor que ella. Su forma de hablar sobre estar enamorado no era más que un exceso de la alegría que sentía por la libertad de su nueva vida. No había peligro en ello, ni para él ni para ella. La querían en casa, por supuesto, y Gunnar y Francesca también la apreciaban, pero ¿acaso alguno de ellos pensaba en ella esta noche? No le disgustaba saber que había alguien que sí lo hacía.

CAPITULO 9

Cuando despertó por la mañana, se dijo que muy probablemente él no vendría y que era mejor así; pero cuando llamó a su puerta, se alegró de todas formas.
—Aún no he comido nada, señorita Winge. ¿Podría darme una taza de té y un poco de pan?
Jenny miró a su alrededor.
—Sí, pero la habitación aún no está arreglada.
—Cerraré los ojos mientras me lleva al balcón —dijo Gram desde detrás de la puerta—. Me muero por una taza de té.
—Muy bien, medio minuto.
Jenny cubrió su cama con la colcha, ordenó el tocador y cambió su bata por un largo kimono.
—Pase y por favor vaya a sentarse al balcón mientras preparo el té.
Sacó un taburete y puso sobre él un poco de pan y queso. Gram miró sus brazos blancos en las largas mangas del kimono azul oscuro con estampado de lirios.
—Qué prenda tan bonita tienes puesta. Parece un auténtico vestido de geisha.
—Lo es. Cesca y yo los compramos en París para usarlos en casa por la mañana.
—Es una excelente idea ir así y verse bien cuando estás sola. Me gusta.
Encendió un cigarrillo y miró el humo mientras se elevaba.
—En casa, la empleada, mi madre y mi hermana solían tener un aspecto descuidado por la mañana. ¿No crees que las mujeres deberían esforzarse siempre por verse lo mejor posible?
—Sí, pero no siempre es posible cuando tienes que hacer las tareas de la casa.
—Quizás no, pero al menos podrían peinarse antes del desayuno y ponerse algo así, ¿no crees?
Llegó justo a tiempo para salvar una taza que ella estuvo a punto de tirar con la manga.
—Ves lo práctica que es. Ahora, toma tu té; dijiste que tenías sed.
De repente descubrió que todas las medias de colores de Cesca estaban secándose en el balcón y las retiró un poco nerviosa.

Mientras él tomaba su té, explicó:

—Anoche estuve despierto pensando casi hasta el amanecer y luego me quedé dormido, así que no tuve tiempo de parar en la lechería. Creo que deberíamos ir a la Vía Cassia, a ese lugar de las anémonas del que hablaste.
—Lugar de las anémonas —Jenny se rió—. Cuando eras niño, ¿también tenías lugares especiales para las violetas y las campanillas, y los guardabas en secreto para ir solo cada año?
—Por supuesto que los tenía. Conozco una arboleda de hayas junto al antiguo camino de Holmenkollen donde hay violetas con perfume.
—También lo conozco —interrumpió ella triunfalmente—, a la derecha, justo antes de que el camino se bifurque hacia Sorkedal.
—Exactamente. También tenía otros lugares, en Fredriksborg y…
—Debo entrar a ponerme el vestido —dijo Jenny.
—Ponte el que tenías ayer, por favor —le gritó él.
—Se ensuciará mucho.
Pero cambió de opinión en ese mismo momento. ¿Por qué no iba a arreglarse para verse bien? El viejo vestido de seda negra había sido su mejor prenda durante muchos años; ya no necesitaba tratarlo con tanta veneración.
—No importa, pero se abrocha por detrás y Cesca no está.
—Sal aquí y te lo abrocharé. Soy un experto en eso. Me parece que no he hecho nada en mi vida más que abrochar los botones de la espalda de mi madre y de Sophy.
Ella pudo cerrar todos menos dos y permitió que Gram la ayudara con ellos. Mientras estaba junto a él, bajo el sol, sintió la suave fragancia de su cabello. Él notó uno o dos pequeños desgarros en la seda, cuidadosamente zurcidos, y la vista de ellos llenó su corazón de una infinita ternura hacia ella.

—¿Crees que Helge es un nombre bonito? —preguntó cuando estaban almorzando en una osteria al aire libre.
—Sí, me gusta.
—¿Sabes que es mi nombre?
—Sí, vi que lo habías escrito en el libro del club. —Se sonrojó ligeramente, pensando que él podría creer que lo había buscado a propósito.
—Supongo que es bueno. En general, hay pocos nombres que sean bonitos o feos en sí mismos; todo depende de si te agradan las personas o no. Cuando era niño teníamos una niñera llamada Jenny; no la

soportaba y desde entonces pensé que el nombre era horrible. Me parecía absurdo que tú te llamaras Jenny, pero ahora me parece muy bello; da una idea de lo rubio que es. ¿No escuchas lo delicadamente rubio que suena? Jenny. Una mujer morena no podría llamarse así, la señorita Jahrman, por ejemplo. Francesca le sienta de maravilla, ¿no crees? Suena caprichoso, pero Jenny es agradable y brillante.
—Es un nombre que siempre ha estado en la familia de mi padre —dijo ella.
—¿Qué piensas de Rebeca, por ejemplo?
—No sé. Quizás algo áspero, pero es bonito también.
—El nombre de mi madre es Rebeca —dijo Helge—. Creo que suena duro. Mi hermana se llama Sophy. Estoy seguro de que se casó solo para salir de casa y tener un lugar propio. Me pregunto cómo pudo mi madre alegrarse tanto de que se casara, considerando la vida que ella misma ha llevado con mi padre. Pero se armó un gran revuelo cuando mi hermana se comprometió. No soporto a mi cuñado y creo que mi padre tampoco, pero mi madre…
»Mi prometida —estuve comprometido una vez— se llamaba Catalina, pero siempre le decían Titti. Vi que también pusieron ese nombre en los periódicos cuando se anunció su boda. Fue una estupidez en general. Fue hace tres años. Ella daba clases en la escuela donde yo enseñaba. No era nada bonita, pero coqueteaba con todos y ninguna mujer se había fijado nunca en mí; lo cual puedes entender si piensas en cómo era yo al principio. Siempre se reía de todo; solo tenía diecinueve años. El cielo sabe por qué se fijó en mí. Estaba celoso y a ella le divertía. Cuanto más celoso me ponía, más enamorado estaba. Supongo que era más vanidad masculina, tener una novia muy solicitada. Era muy joven entonces. Quería que se ocupara exclusivamente de mí.
»Los míos querían que nuestro compromiso se mantuviera en secreto porque éramos muy jóvenes. Titti quería hacerlo público y cuando la reproché por interesarse en otros hombres, dijo que no podía pasar todo su tiempo conmigo porque nuestro compromiso era un secreto. La llevé a casa, pero no se llevaba bien con mi madre. Siempre discutían y Titti la odiaba. Supongo que a mi madre no le habría importado si me hubiera comprometido con otra; el hecho de que fuera a casarme era suficiente para ponerla en contra de cualquier mujer. Bueno, Titti rompió el compromiso.
—¿Te dolió mucho? —preguntó Jenny en voz baja.
—Sí, en ese momento. No lo superé del todo hasta que llegué aquí, pero

creo que fue principalmente mi orgullo el que sufrió. ¿No crees que si la hubiera querido de verdad, debería haber deseado que fuera feliz cuando se casó con otro? Pero no fue así.
—Habría sido casi demasiado desinteresado —dijo Jenny, sonriendo.
—No lo sé. Así es como debería sentirse uno si realmente ama. ¿No te parece extraño que las madres nunca se preocupen por las novias de sus hijos? Nunca lo hacen.
—Supongo que una madre piensa que ninguna mujer es lo suficientemente buena para su hijo.
—Cuando una hija se compromete es muy diferente. Lo vi con mi hermana y su marido. Nunca hubo mucha simpatía entre mi hermana y yo, pero cuando vi a ese tipo hacerle el amor y pensé que él…
»A veces pienso que las mujeres que han estado casadas algún tiempo se vuelven más cínicas que nosotros. No se delatan, pero lo notas igual. El matrimonio para ellas es simplemente un negocio. Cuando una hija se casa, se alegran de que alguien se haga cargo de ella para alimentarla y vestirla, y si ella tiene que soportar el lado oscuro a cambio, no les importa mucho. Pero si un hijo asume la misma carga por un beneficio similar, no están tan entusiasmadas. ¿No crees que hay algo de eso?
—A veces —dijo Jenny.

Cuando llegó a casa esa noche, encendió la lámpara y se sentó a escribir a su madre para agradecerle las felicitaciones de cumpleaños y contarle cómo había pasado el día.

Se rió de sí misma por haber estado tan solemne la noche anterior. Dios sabe que había tenido dificultades y se había sentido sola, pero también la mayoría de los jóvenes que conocía. Algunos de ellos habían estado peor que ella. Pensó en todas las chicas jóvenes, y en las mayores, que habían enseñado en la escuela; casi todas tenían una madre anciana que mantener, o hermanos a quienes ayudar. ¿Y Gunnar? ¿Y Gram? Incluso Cesca, la niña mimada de un hogar rico, se había abierto camino desde que dejó su casa a los veintiún años y se mantenía con el poco dinero que le dejó su madre.

En cuanto a la soledad, ella misma la había elegido. Después de todo, quizás no había estado del todo segura de sus propias capacidades y, para adormecer sus dudas, se había aferrado a la idea de que era diferente a los demás, y ellos se habían sentido repelidos. Desde

entonces había avanzado algo, se había demostrado a sí misma que podía hacer cosas y se había vuelto más amable, menos reservada que antes. Se veía obligada a admitir que nunca había tomado la iniciativa, ni de niña ni después; siempre había sido demasiado orgullosa para dar el primer paso. Todos los amigos que tenía, desde su padrastro hasta Gunnar y Cesca, le habían tendido la mano primero.

¿Y por qué siempre había imaginado que era apasionada? Qué tontería. Ella, que había llegado a los veintiocho años sin haber estado nunca ni un poco enamorada. Creía que no sería un fracaso como mujer si alguna vez llegaba a querer a un hombre, porque era sana, de buen aspecto y tenía instintos naturales que su trabajo y su vida al aire libre habían desarrollado. Y muy naturalmente, ansiaba amar y ser amada, ansiaba vivir. Pero imaginar que sería capaz, por pura rebeldía de sus sentidos, de caer en brazos de cualquier hombre que estuviera cerca en un momento crítico era una completa tontería. Era solo porque no quería admitirse que a veces se aburría y deseaba hacer una conquista y coquetear un poco como otras chicas, un pasatiempo que en realidad no aprobaba; por eso prefería imaginarse consumida por una sed de vida y sentidos clamorosos. Esas palabras tan altisonantes solo las inventaban los hombres, pobrecillos, sin saber que las mujeres generalmente son simples y vanidatidas, y tan ingenuas que se aburren a menos que haya un hombre que las entretenga. Ese es el origen de la leyenda de la mujer sensual: son tan raras como los cisnes negros, o como las mujeres disciplinadas y educadas.

Jenny movió el retrato de Francesca hacia el caballete. La blusa blanca y la falda verde se veían duras. Habría que suavizarlas. El rostro estaba bien dibujado, la posición era buena.

Este episodio con Gram no era para tomárselo tan en serio. Era hora de que fuera razonable. Debía deshacerse de esas tonterías de que tenía miedo de cada hombre que conocía, como con Gunnar al principio: miedo de enamorarse de él, y casi más de que él se enamorara de ella, algo a lo que no estaba tan acostumbrada que la desconcertaba. ¿Por qué no se podía ser amigo de un hombre? Si no, el mundo sería un caos. Ella y Gunnar eran amigos, una amistad sólida y cómoda.

Había mucho en Gram que haría que una amistad entre ellos fuera

bastante natural. Habían tenido experiencias muy similares. Era tan joven y tan lleno de confianza en ella; le agradaba su "¿verdad?" y su "¿no crees?". Ayer había hablado de estar enamorado de ella; al menos creía que lo estaba, según dijo. Sonrió para sí. Un hombre no le hablaría como él lo había hecho si realmente se hubiera enamorado de una mujer y quisiera conquistarla.

Es un muchacho querido; eso es lo que es.

Hoy no había sacado el tema. Le gustó cuando dijo que, si realmente hubiera querido a la chica, le habría deseado felicidad con el otro hombre.

CAPITULO 10

Jenny y Helge bajaban de la mano por la Via Magnanapoli. La calle no era más que una escalinata que llevaba al Foro de Trajano. En el último escalón, él la atrajo hacia sí y la besó.

—¿Estás loco? No se debe besar a la gente en la calle aquí.

Ambos se rieron. Una noche, dos policías les habían llamado la atención en la plaza de Letrán por pasearse bajo los pinos junto a la vieja muralla besándose.

Los últimos rayos del sol rozaban las figuras de bronce en lo alto de la columna y ardían en las murallas y en las copas de los árboles de los jardines. La plaza yacía en la sombra, con sus viejas casas destartaladas alrededor del foro excavado, por debajo del nivel de la calle. Jenny y Helge se inclinaron sobre la barandilla e intentaron contar los gatos gordos y perezosos que se habían instalado entre los restos de columnas sobre el terreno cubierto de hierba. Parecían reanimarse un poco al caer el crepúsculo. Un gran gato rojo que había estado tumbado sobre el pedestal de la columna Trajana se estiró, afiló sus uñas en la mampostería, saltó al césped y salió corriendo.

—Yo cuento veintitrés —dijo Helge.
—Yo conté veinticinco.

Jenny se volvió y despidió a un vendedor de postales que ofrecía su mercancía en varios idiomas. Se inclinó de nuevo sobre la barandilla y miró vagamente la hierba, entregándose a la placentera languidez de un largo día soleado y de los innumerables besos en la verde Campaña. Helge tenía una de las manos de ella sobre su brazo y la acariciaba; ella la deslizó por la manga hasta que quedó entre las dos de él. Helge sonrió feliz.

—¿Qué pasa, querida?
—Estaba pensando en esos alemanes.

Ella también se rió, tranquila e indiferente, como hace la gente feliz con

pequeñeces que no les atañen. Habían pasado por el Foro por la mañana y se sentaron un momento en el alto pedestal de la columna de Focas, hablando en susurros. Debajo de ellos yacían las ruinas doradas por el sol y pequeños turistas deambulaban entre las piedras. Una pareja de alemanes recién casados caminaba sola, buscando soledad en medio de la multitud. Él era rubio, de rostro rubicundo, llevaba pantalones de montar y una cámara, y le leía a su esposa la guía de viaje. Ella era muy joven, regordeta y morena, con el sello de ama de casa en su rostro liso. Se sentó sobre una columna caída, posando para su marido, quien le tomó una foto. Y los dos que estaban sentados arriba, bajo la columna de Focas susurrando sobre su amor, se rieron sin preocuparse por el hecho de que estaban sobre el Foro Romano.

—¿Tienes hambre? —preguntó Helge.
—No, ¿y tú?
—No. ¿Pero sabes lo que me gustaría hacer?
—¿Qué?
—Me gustaría ir a casa contigo y cenar. ¿Qué te parece?
—Sí, claro.

Caminaron a casa cogidos del brazo por pequeñas calles laterales. En la oscura escalera de su casa, él la atrajo de repente hacia sí y la besó con tal fuerza y pasión que el corazón de ella comenzó a latir violentamente. Tuvo miedo y al mismo tiempo se enojó consigo misma por sentirlo; susurró en la oscuridad: "mi amor", para demostrarse a sí misma que estaba tranquila.

—Espera un momento —susurró Helge, cuando ella iba a encender la lámpara, y la besó otra vez—. Ponte el vestido de geisha; te ves muy dulce con él. Me sentaré en el balcón mientras te cambias.

Jenny se cambió de vestido en la oscuridad; puso la tetera al fuego y arregló las anémonas y las ramas de almendro antes de llamarlo y encender la luz. Él la tomó de nuevo en sus brazos.

—Ay, Jenny, eres tan hermosa. Todo en ti es hermoso; es celestial estar contigo. Ojalá pudiera estar siempre contigo.

Ella le tomó el rostro entre las manos.

—Jenny, ¿lo deseas tú? ¿Que pudiéramos estar siempre juntos?

Ella miró sus hermosos ojos marrones.

—Sí, Helge; lo deseo.
—¿Deseas que esta primavera, nuestra primavera, nunca termine?
—Sí, oh, sí.

Se arrojó de repente en sus brazos y lo besó; sus labios entreabiertos y sus ojos cerrados pedían más besos. Sus palabras sobre su primavera despertaron en su corazón una ansiedad dolorosa de que el sueño llegara a su fin. Y sin embargo, detrás de todo había un temor que no intentó explicarse, pero que surgió cuando él le preguntó si deseaba que pudieran estar siempre juntos.

—Ojalá no tuviera que irme a casa —dijo Helge tristemente.
—Pero yo también me voy a casa pronto —dijo ella suavemente—, y probablemente volveremos aquí juntos.
—¿Estás completamente decidida a irte? ¿Te arrepientes de que haya trastocado todos tus planes de esta manera?

Ella le dio un beso apresurado y corrió hacia la tetera, que se estaba desbordando.

—No, tonto. Ya casi lo había decidido antes, porque mamá me necesita mucho.

Soltó una breve risa.

—Estoy avergonzada de mí misma; ella está tan contenta de que vuelva a casa para ayudarla, y en realidad es solo para estar con mi amado. Pero está bien. Puedo vivir más barato en casa aunque les ayude un poco y quizá pueda ganar algo. Lo que pueda ahorrar ahora lo necesitaré aquí después.

Helge tomó la taza que ella le dio y le cogió la mano.

—Pero la próxima vez que vengas aquí, vendrás conmigo; porque

supongo que querrás… quieres decir que deberíamos casarnos.

Su rostro era tan joven y tan ansioso que ella tuvo que besarlo varias veces, olvidando que había tenido miedo de esa palabra, que no había sido mencionada entre ellos antes.

—Supongo que ese será el plan más práctico, querido niño, ya que hemos acordado estar siempre juntos.

Helge besó su mano, preguntando en voz baja:

—¿Cuándo?
—Cuando quieras —respondió ella con igual tranquilidad y firmeza.

Él volvió a besarle la mano.

—Qué lástima que no podamos casarnos aquí fuera —dijo un momento después con tono diferente.

Ella no respondió, sino que le acarició suavemente el cabello. Helge suspiró.

—Pero supongo que no deberíamos, ya que de todas formas nos vamos a casa muy pronto. Tu madre se sentiría dolida con una boda tan precipitada, ¿no crees?

Jenny se quedó callada. Nunca se le había ocurrido que le debiera a su madre cuentas de sus actos; su madre no la había consultado cuando quiso volver a casarse.

—A los míos les dolería, lo sé. No me gusta admitirlo, pero es así, y preferiría escribirles y decirles que estoy comprometido. Como tú te vas a casa antes que yo, sería agradable de tu parte que fueras a verlos.

Jenny inclinó la cabeza como para sacudirse una sensación desagradable.

—Lo haré, querido, si quieres que lo haga, por supuesto.
—No me gusta nada. Ha sido tan hermoso aquí, solo tú y yo, nadie más

en el mundo. Pero mi madre se molestaría mucho y no quiero empeorar las cosas para ella de lo que ya están. Ya no me importa mi madre, ella lo sabe y está dolida por ello. Es solo una formalidad, lo sé, pero ella sufriría si pensara que quiero mantenerla al margen. Pensaría que es venganza por lo de antes. Cuando hayamos pasado por todo eso, nos casaremos y nadie tendrá nada que decir. Deseo tanto que sea pronto, ¿y tú?

Ella lo besó en respuesta.

—Te deseo —susurró él, y ella no opuso resistencia cuando la acarició. Pero de repente la soltó y comenzó a comer una galleta con mantequilla.

Después se sentaron junto a la estufa fumando, ella en el sillón y él en el suelo con la cabeza en su regazo.

—¿No vuelve Cesca esta noche tampoco? —preguntó de repente.
—No; se queda en Tívoli hasta el fin de semana —respondió Jenny con un poco de nerviosismo.
—Tienes unos pies tan bonitos y esbeltos. Eres tan hermosa, ay, tan hermosa, y te quiero tanto. No sabes cuánto te quiero, Jenny; me gustaría tumbarme en el suelo a tus pies.
—Helge. Helge.

Su violencia repentina la asustó, pero luego se dijo que era su propio querido niño y no debía temerle.

—No, Helge, no. No los zapatos con los que piso esas calles sucias.

Helge se levantó, serio y humilde. Ella intentó reírse del asunto.

—Puede que haya muchos microbios peligrosos en esos zapatos, ¿sabes?
—Qué pedante eres. Y pretendes ser artista.

Él también se rió y, para ocultar su turbación, continuó con vehemencia:

—Vaya una novia que estás hecha. Déjame oler: lo sabía, hueles a trementina y a pintura.

—Tonterías, querido; no he tocado un pincel en tres semanas. Pero tendrás que lavarte, señor.

—¿Tienes ácido fénico, por si hay infección? —mientras se lavaba las manos, añadió—: Mi padre solía decir que las mujeres carecen por completo de poesía.
—Tu padre tiene toda la razón.
—Y que pueden curar a la gente recetándoles baños fríos —dijo él con una risa.

Jenny se puso seria de repente. Se acercó, le puso las manos en los hombros y lo besó.
—No te quería a mis pies, Helge.

Cuando él se hubo ido, sintió vergüenza. Él tenía razón: ella había querido darle un baño frío, pero no lo volvería a hacer porque lo amaba. Esa noche había actuado mal. Había pensado en la signora Rosa y en qué habría dicho ella si algo hubiera pasado. Era humillante darse cuenta de que había sentido miedo de una escena con una dueña de casa enojada y que, por eso, había intentado incumplir su promesa. Al aceptar su amor y corresponder a sus besos, se había comprometido a dárselo todo. Ella, más que nadie, no iba a jugar a un juego en el que tomaba mucho y daba poco, o solo lo que pudiera retirar fácilmente si cambiaba de opinión. Eran solo nervios, ese miedo a lo desconocido; pero se alegraba de que él no hubiera pedido más de lo que ella podía dar de buena gana, porque llegaría un momento en que ella misma querría entregarse por completo.

Todo había llegado de forma lenta e imperceptible, como la primavera en el sur, constante y segura. No hubo transiciones bruscas ni días tempestuosos que hicieran anhelar desesperadamente el sol. Tampoco hubo de esas noches de primavera inquietantes y claras de su propio país. Cuando el día soleado terminaba, la noche llegaba en silencio; el frío y la oscuridad traían un sueño tranquilo entre las jornadas brillantes. Cada nuevo día era un poco más cálido que el anterior, con más flores en la Campaña, que se volvía más suave que la semana anterior.

Su amor por él había llegado de la misma manera. Cada noche esperaba el próximo día con él, pero gradualmente era a Helge mismo y a su

joven amor a quienes anhelaba. Le había permitido besarla porque le daba placer, y día tras día los besos se volvieron más frecuentes, hasta que las palabras se desvanecieron y los gestos ocuparon su lugar. Él se había vuelto más masculino y maduro; la incertidumbre de los primeros días lo había abandonado. Ella misma estaba más radiante y segura; ya no sentía la frialdad de la juventud dispuesta a luchar, sino una tranquila confianza. Ya no estaba decepcionada con la vida porque no se amoldaba a sus sueños, sino que aceptaba cada día, confiando en que lo desconocido estaba bien.

¿Por qué no iba a llegar el amor así, lentamente, como el calor que crece y deshiela, y no como una tormenta que la transformara de inmediato en una mujer desconocida a la que su voluntad no podría controlar? Helge aceptó este crecimiento natural con calma. Cada noche, al separarse, el corazón de Jenny se llenaba de gratitud hacia él porque no había pedido más de lo que ella podía dar ese día.

Si pudieran quedarse allí hasta el verano para que su amor madurara por completo. Irían juntos a las montañas; la boda podría ser allá más tarde, o en casa en otoño, pues se casarían de la manera ordinaria. Al pensar en el regreso, casi temía despertar de un sueño, pero se decía que eran tonterías. No le gustaban los elementos perturbadores de los compromisos, las visitas a los parientes y demás formalidades, aunque después de todo eran nimiedades. Bendito fuera el cielo por esa primavera en Roma que los había unido a solas entre las margaritas.

—¿No crees que Jenny se arrepentirá algún día de haberse comprometido con ese Gram? —preguntó Francesca una noche en la habitación de Heggen.

Él sacudió la ceniza de su cigarrillo sin responder. De repente descubrió que, aunque no le parecía imprudente hablar de los asuntos de Francesca con Jenny, hablar de los de Jenny con Francesca era otro asunto.

—¿Puedes entender qué es lo que ve en él? —insistió ella.
—Es difícil de decir. No siempre entendemos qué quieren las mujeres con tal o cual hombre. Nos imaginamos que elegimos por nosotros mismos, pero nos parecemos más a los animales de lo que nos gusta pensar. Algunos dicen que estamos dispuestos a amar por naturaleza; el

lugar y la oportunidad hacen el resto.
—Si es así, diría que tú siempre estás dispuesto —dijo Francesca encogiéndose de hombros.

Gunnar se rió a regañadientes.
—O nunca he estado lo bastante dispuesto. Nunca he pensado en ninguna mujer como la única, y esa es una condición esencial en el amor.

Francesca miró pensativamente al frente.
—Supongo que tienes razón. Pero a veces uno se enamora por alguna razón especial, no solo porque las circunstancias sean favorables. Yo, por ejemplo, lo amo a él porque no lo entiendo. Siempre esperé que ocurriera algo que explicara lo que veía; buscaba el tesoro escondido. Pero hay quienes aman porque el ser amado es perfecto para ellos y les da todo lo que necesitan. ¿Has estado alguna vez tan enamorado que pensaras que todo en ella estaba bien, que podías amar cada detalle?
—No —dijo él con rapidez.
—Pero ese es el amor verdadero, ¿no crees? Y así es como pensé que amaría Jenny, pero es imposible que ella ame así a Helge Gram.
—No lo conozco realmente. Solo sé que no es tan tonto como parece; hay más en él de lo que se ve a primera vista. Supongo que Jenny ha descubierto su valor.

Cesca se quedó callada. Encendió un cigarrillo y miró la llama de la cerilla hasta que se consumió.
—¿Has notado que siempre pregunta "¿no crees?" y "¿verdad?". ¿No te parece que hay algo inacabado en él?
—Quizás. Posiblemente eso fue lo que la atrajo. Ella es fuerte e independiente, y podría amar a un hombre más débil.
—Te diré lo que pienso. No creo que Jenny sea realmente tan fuerte e independiente; solo se ha visto obligada a serlo. En casa tenía que ayudar y mantener a otros, y no había nadie que la mantuviera a ella. Tuvo que cuidar de mí porque la necesitaba; ahora es Gram. Es decidida y nadie le pide ayuda en vano, pero nadie puede dar siempre sin recibir nunca nada a cambio. ¿No ves que eso la hará sentir muy sola? Ya está sola, y si se casa con ese tipo, nunca dejará de estarlo. Todos le hablamos de nosotros mismos, pero ella no tiene a nadie con quien hablar de la misma manera. Debería tener un marido al que pudiera

admirar, a quien pudiera decirle: así es como he vivido y luchado, y que él pudiera juzgar si fue lo correcto. Gram no puede, porque es inferior a ella. Jenny debería preguntar "¿no crees?" y "¿verdad?", no él.

Se quedaron callados un rato. Luego Heggen dijo:
—Es curioso, Cesca, que cuando se trata de tus propios asuntos no entiendas nada, pero cuando se trata de alguien más, ves más claro que cualquiera de nosotros.
—Quizás. Por eso a veces pienso que debería ser monja. Cuando estoy fuera de un problema parece que lo entiendo todo, pero cuando estoy metida en él, no veo nada.

CAPITULO 11

Las jugosas hojas gigantes de cactus, de color gris azulado, estaban marcadas por nombres, iniciales y corazones tallados en su carne. Helge estaba grabando una H y una J, y Jenny estaba con los brazos alrededor de su hombro, mirando.

—Cuando volvamos aquí, nuestras iniciales serán una cicatriz marrón como todas las demás —dijo él—. ¿Crees que podremos encontrarlas?

Ella asintió.

—¿Entre todas las demás? —preguntó dudoso—. Hay tantas. Las buscaremos, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿Tú crees que volveremos aquí, verdad? Y estaremos como ahora. —Le puso el brazo alrededor.

—Sí, no veo por qué no, querido.

Con los brazos entrelazados, se dirigieron a la mesa y se sentaron, mirando en silencio la Campaña.

La luz del sol parecía moverse y las sombras vagaban por los montículos. A veces los rayos llegaban en espesos manojos entre nubes blancas que navegaban en el cielo. En el horizonte, donde la oscura arboleda de eucaliptos de Fontane se asomaba sobre la colina más lejana, se elevaba una neblina amarillo perla que crecería hacia la noche y cubriría todo el cielo.

En la lejana llanura, el Tíber corría hacia el mar, dorado cuando el sol caía sobre él, pero gris plateado como el costado de un pez cuando reflejaba las nubes. Las margaritas en la colina parecían nieve recién caída; en el campo detrás de la osteria estaba brotando un trigo de un gris pálido, sedoso, y dos almendros estaban cubiertos de ligeras flores rosadas.

—Nuestro último día en la Campaña —dijo Helge—. ¡Es bastante triste!

—Hasta la próxima vez —dijo ella, besándolo y tratando de no ceder a su propia tristeza.

—Sí. ¿Has pensado, Jenny, que cuando nos sentemos aquí otra vez no podrá ser exactamente igual que ahora? Uno cambia día a día; no seremos los mismos cuando nos sentemos aquí otra vez. El próximo año, la próxima primavera, no será esta primavera, y tampoco seremos los mismos. Puede que nos queramos igual, pero no de la misma manera que ahora.

Jenny se estremeció:

—Una mujer nunca diría eso, Helge.

—¿Te parece extraño que lo diga? No puedo evitar pensarlo, porque estos meses me han cambiado mucho, y a ti también. ¿No recuerdas que me dijiste aquella primera mañana lo diferente que eres ahora de cuando llegaste? No podrías haberme querido como era cuando nos conocimos, ¿verdad?

Ella le acarició la mejilla:

—Pero, Helge, querido niño, el gran cambio es justo que nos hemos querido tanto, y nuestro amor seguirá creciendo. Si cambiamos, será solo porque nuestro amor ha crecido, y eso no es de lo que hay que tener miedo, ¿no? ¿Recuerdas aquel día en la Vía Cassia, el de mi cumpleaños, cuando se tejieron los primeros delicados hilos entre nosotros? Ahora se han vuelto más fuertes, y se fortalecen cada día. ¿Hay algo en eso que te dé miedo?

Él le besó el cuello:

—Te vas mañana…

—Y tú vendrás a mí en seis semanas.

—Sí, pero no estamos aquí. No podemos pasear por la Campaña. Tenemos que irnos en medio de la primavera.

—También es primavera en casa, y allí también cantan las alondras. Mira esas nubes que pasan, igual que las de casa. Piensa en Nordmarken. Iremos juntos allí. La primavera es hermosa en casa, con franjas de nieve derritiéndose en todas las colinas alrededor de los profundos fiordos azules, los últimos descensos en esquí cuando la nieve se derrite y los arroyos bajan por la ladera; cuando el cielo es verde y claro de noche, con grandes y brillantes estrellas doradas, y los esquís raspan y cantan sobre la corteza helada de la nieve. Quizá podamos ir juntos allí esta misma primavera.

—Sí, sí, pero yo he estado en todos esos lugares, Vestre Aker, Nordmarken, tan a menudo solo que los temo. Me parece casi como si fragmentos de mis viejas almas desechadas colgaran de cada arbusto allí arriba.

—Silencio, silencio, querido. Me encantaría ir allí con mi amigo más querido, después de haber estado allí solo y triste tantas primaveras.

———

Caminaban de la mano por la verde Campaña; la neblina se había elevado hacia el anochecer y una suave brisa soplaba en su dirección. Desde el camino llegaba el chirrido de las carretas de heno tiradas por bueyes blancos y el tintineo de las campanillas en los arneses rojos de las mulas que precedían a los carros de vino.

Jenny miraba todo con ternura, despidiéndose mentalmente de las cosas que conocía tan bien y que tanto quería. Lo había visto todo día tras día junto a él, sin saber que lo había registrado, y ahora de repente comprendía que cada detalle estaba grabado en su mente unido a los recuerdos de aquellos días felices: la ladera donde la hierba corta se había vuelto más suave y verde, y las fieles margaritas en la tierra pobre;

los setos espinosos a lo largo de los caminos y las hojas verdes de las calas bajo los arbustos; el incesante gorjeo de las alondras en el cielo y las innumerables concertinas que tocaban para los bailarines en las osterías de la llanura, instrumentos con ese peculiar sonido cristalino que repiten siempre las mismas melodías italianas. Se preguntaba por qué tenía que dejarlo todo ahora.

El viento la refrescaba como un baño, hasta que su cuerpo se sentía como una hoja lozana y llena de vida, y ansiaba entregárselo a él.

———————

Se despidieron por última vez en la puerta de ella y no podían separarse.

—Ay, Jenny, si tan solo pudieras ser mía.

Ella se acurrucó más en sus brazos y susurró:

—¿Por qué no?

Los brazos de él se cerraron con fuerza alrededor de sus hombros y su cintura, pero ella tembló en cuanto lo dijo. No sabía por qué tenía miedo; no quería sentirlo y se arrepintió de haber hecho un movimiento, como si quisiera salir de su abrazo apasionado, y él la soltó.

—No, no; sé que es imposible.
—Me gustaría que lo hicieras —dijo ella humildemente.

Él la besó.

—Lo sé. Pero no debo. Gracias por todo. Ay, Jenny, mi Jenny. Buenas noches. Gracias por quererme.

————————

Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras yacía en la cama. Intentaba decirse a sí misma que no tenía sentido llorar así, como si algo se hubiera ido para siempre.

Segunda parte

CAPITULO 1

En Frederikshald hubo una espera de varios minutos, tiempo suficiente para tomar un café. Jenny caminó por el andén y se detuvo de repente al escuchar a una alondra que cantaba sobre su cabeza. De vuelta en su compartimento, se recostó en un rincón y cerró los ojos, con el corazón cargado de añoranza por el sur.

El tren pasaba rápido junto a rocas de granito rojo y entre ellas se veían destellos deslumbrantes de fiordos azul profundo. Los abetos se aferraban a la montaña, con el sol de la tarde en sus troncos rojizos y sus agujas de un verde oscuro. Todo parecía claro y limpio después del deshielo. Las ramas desnudas destacaban en el aire ligero y pequeños arroyos corrían a lo largo de la vía. Era un paisaje muy diferente a la primavera del sur, con su respiración lenta y sus colores suaves; la extrañaba demasiado. Los tonos agudos que ahora veía le recordaban otras épocas, cuando buscaba una alegría distinta a su actual felicidad reposada.

Ansiaba la primavera de allá, con la vegetación brotando en la llanura y las líneas severas de las montañas, a las que el hombre ha despojado de bosques para construir ciudades grises y plantar olivares. Durante milenios, la vida ha bullido en sus faldas y la montaña lo ha soportado con paciencia, elevando su cima en eterna soledad. Sus perfiles orgullosos, su coloración gris plateada y las antiguas ciudades hacen que la vida transcurra con un latido más saludable, recibiendo la primavera con una calma que no existe aquí, donde llega en olas tan poderosas.

Ansiaba estar allá con Helge. Estaba tan lejos y parecía haber pasado tanto tiempo, aunque apenas era una semana. Se sentía como un sueño, como si nunca hubiera estado fuera. Le costaba procesar cómo el invierno blanco cedía ante el aire azulado que temblaba sobre el suelo. Cada contorno se desdibujaba, pero los colores eran vívidos hasta que llegaba la noche y todo se congelaba bajo un cielo de luz eterna.

—Querido niño mío, ¿qué harás ahora? Te extraño tanto y quiero estar contigo. Apenas puedo creer que seas mío y no soporto estar sola, anhelando, durante toda esta larga primavera.

Mientras el tren avanzaba, el paisaje cambiaba. Aparecían franjas de nieve entre los árboles y el marrón de los prados secos se extendía bajo un cielo que perdía intensidad en el horizonte. Las casas grises brillaban como plata y los graneros rojos resplandecían. Las agujas de los pinos servían de fondo para los capullos morados de las hayas y el verde claro de los álamos. Así es la primavera aquí: colores ardientes que duran poco y luego se transforman en un verde dorado que madura en semanas hacia el verano. Cayó la noche y los últimos rayos rojos se desvanecieron tras la cordillera.

Cuando el tren salió de Moss, las montañas se alzaban oscuras y su reflejo en el fiordo era negro y transparente. Una estrella brillante se elevó detrás de la cumbre, reflejándose como un hilo dorado en el agua. Le recordó las pinturas nocturnas de Francesca; a ella le gustaba reproducir los colores del atardecer. Jenny se preguntó cómo estaría Cesca y sintió remordimiento al darse cuenta de que la había visto poco en los últimos meses. Cesca trabajaba duro y quizás tenía dificultades, pero las intenciones de Jenny de hablar con ella no habían llegado a nada.

Estaba oscuro cuando llegó a su destino. Su madre, Bodil y Nils la esperaban en la estación. Era como si hubiera visto a su madre apenas una semana antes, pero la señora Berner lloró al besarla.

—Bienvenida a casa, querida niña mía; Dios te bendiga.

Bodil había crecido y se veía elegante. Kalfatrus la saludó tímidamente. Al salir, percibió el olor peculiar de la estación de Cristianía: una mezcla de mar, humo de carbón y arenque seco. El coche circuló por Carl Johan, pasando por las casas familiares. La señora Berner preguntó por el viaje, pero todo le parecía tan común a Jenny, como si nunca se hubiera ido. Los jóvenes en el asiento trasero no dijeron nada. Junto a una verja, una pareja se despedía besándose. Un olor a hojas en descomposición entraba por la ventanilla, recordándole melancólicas primaveras pasadas.

El coche se detuvo en su casa. Aún había luz en la lechería de la planta baja; la dueña salió al oír el vehículo y saludó a Jenny. Ingeborg bajó

corriendo para abrazarla y subió rápidamente con la maleta de su hermana. La cena estaba servida y Jenny vio su servilleta con el anillo de plata de su padre en su antiguo lugar. Bodil la acompañó a su habitación del fondo, que había ocupado Ingeborg durante su ausencia. En las paredes aún había tarjetas de actores y retratos de Napoleón en marcos de caoba.

Jenny se aseó y se peinó; sentía la piel irritada por el viaje. Fueron a cenar. Ingeborg había preparado una buena comida caliente. A la luz de la lámpara, Jenny notó que sus hermanas llevaban el cabello atado con lazos de seda. Ingeborg estaba más delgada, pero ya no tosía. También vio que su madre había envejecido; quizás no lo había notado antes, pero las pequeñas arrugas aumentaban y su figura se encorvaba un poco. Siempre le habían dicho que su madre parecía su hermana mayor.

Hablaron de todo lo sucedido en el año.
—¿Por qué no tomamos un taxi? —dijo Nils de repente—. Qué tonto volver en un viejo coche de caballos.
—Bueno, ya es tarde; no sirve de nada quejarse —se rió Jenny.

Llegó el equipaje y su familia observó el desempaque con interés. Hubo alegría por los regalos: telas para vestidos y collares italianos. Solo Kalfatrus se interesó por sus cuadros, intentando levantar la caja de los lienzos.
—¿Cuántos trajiste?
—Veintiséis, pero la mayoría son pequeños.

Mientras las chicas lavaban los platos y Nils preparaba su cama en el sofá, la señora Berner y Jenny charlaron en la habitación con una taza de té.
—¿Cómo ves a Ingeborg? —preguntó la madre con ansiedad.
—Se ve bien, pero necesitará cuidados. Debemos enviarla al campo hasta que se fortalezca.
—Es tan dulce y útil en la casa. Me preocupa; creo que salió demasiado el invierno pasado, pero no tuve corazón para negarle nada. Tuviste una infancia triste, Jenny; sé que extrañaste la compañía de otros niños y estaba segura de que tú y papá querrían que la pequeña disfrutara lo más posible. Mis pobres niñas, no tienen más que trabajo por delante. ¿Qué haré si enferman? Puedo hacer tan poco.

Jenny se inclinó sobre su madre y besó sus lágrimas. El anhelo de dar y recibir ternura, el recuerdo de su infancia y la conciencia de que su madre no conocía su vida actual se fundieron en un sentimiento de amor protector, y la estrechó entre sus brazos.

—No llores, madre querida. Todo saldrá bien. Por ahora me voy a quedar en casa y aún nos queda algo del dinero de la tía Katherine.
—No, Jenny, debes guardar eso para ti. Ahora entiendo que no debes tener obstáculos en tu trabajo. Fue una gran alegría para todos cuando vendiste tu cuadro en la exposición el otoño pasado.

Jenny sonrió. El hecho de haber vendido una obra y de que aparecieran un par de líneas en los periódicos hizo que los suyos vieran su trabajo con una luz muy diferente.

—No te preocupes por mí, madre. Está bien. Quizás pueda ganar algo mientras esté aquí. Pero necesito un estudio —dijo tras una pausa, añadiendo a modo de explicación—: debo terminar mis cuadros en un estudio.
—Pero vivirás en casa, ¿verdad? —preguntó la madre con ansiedad.

Jenny no respondió.

—No está bien, querida hija, que una muchacha viva sola en un estudio.
—Está bien —dijo Jenny—, viviré en casa.

Cuando se quedó sola, sacó la foto de Helge y se sentó a escribirle. Llevaba solo un par de horas en casa y, sin embargo, todo lo que había vivido allá fuera, donde él estaba, le parecía lejano y completamente aparte de su vida aquí, antes o ahora. La carta era un solo grito de añoranza.

CAPITULO 2

Jenny había alquilado un estudio y lo estaba arreglando a su gusto. Nils venía por las tardes y la ayudaba.

—Has crecido tanto que casi pensé que ya no podría llamarte por el viejo apodo.

El chico se rió. Jenny le preguntó por todo lo que había hecho mientras ella estuvo fuera y Nils le contó las aventuras que él y sus amigos habían vivido en las cabañas de Nordmarken. Mientras escuchaba, se le ocurrió que sus excursiones con él eran ahora cosa del pasado.

Por las mañanas iba a las afueras de la ciudad a caminar sola bajo el sol. Los campos estaban amarillos de hierba seca y todavía había nieve bajo los pinos, pero diminutos brotes asomaban en los árboles y bajo las hojas muertas aparecían anémonas azules. Leía las cartas de Helge una y otra vez; las llevaba consigo a dondequiera que iba. Lo anhelaba con impaciencia; deseaba verlo y tocarlo para convencerse de que era suyo.

Llevaba doce días de vuelta y aún no había ido a ver a los padres de él. Cuando Helge le preguntó por tercera vez si los había visitado, decidió ir al día siguiente. El tiempo había cambiado durante la noche; soplaba un fuerte viento del norte y el sol brillaba con una luz cortante. Una granizada violenta la obligó a refugiarse en un portal; los granos blancos rebotaban en el pavimento contra sus zapatos y sus medias de verano. Al momento siguiente volvió a salir el sol.

Los Gram vivían en Welhavensgate. En la esquina, Jenny se detuvo a mirar; las hileras de casas grises estaban en sombra, crudas y frías, salvo por una franja de sol en el último piso. Le complació pensar que los padres de Helge vivían allí. Conocía bien esa calle de sus años de escuela: las pequeñas tiendas, las manchas de nieve en los ornamentos de las entradas, las plantas en las ventanas y el pasaje oscuro hacia los patios traseros. Un tranvía subía pesadamente la cuesta. Cerca de allí había una casa grande con un patio oscuro donde habían vivido cuando murió su padrastro.

Frente a una puerta con una placa de bronce grabada con el nombre "G. Gram", se detuvo con el corazón palpitante. Intentó reírse de sí misma por esa sensación de opresión ante lo desconocido. Se preguntó por qué debía considerar a sus futuros suegros como algo tan importante. No podían hacerle daño. Llamó al timbre, oyó pasos y se abrió la puerta. Era la madre de Helge; la reconoció por una fotografía.

—¿Es usted la señora Gram? Soy la señorita Winge.
—Ah, sí; pase, por favor.

Jenny la siguió por un vestíbulo largo y estrecho atestado de armarios y cajas. La señora Gram abrió la puerta de la sala de estar e iluminó los muebles de terciopelo verde musgo y las pesadas cortinas. La habitación era pequeña y estaba muy llena de fotografías y objetos de adorno.

—Me temo que está muy desordenado. No he tenido tiempo de limpiar en varios días —dijo la señora Gram—. No usamos esta habitación a diario y no tengo ayuda en este momento. Tuve que despedir a la que tenía porque era sucia; es difícil conseguir otra y todas son iguales. Mantener una casa hoy en día es horrible. Helge nos dijo que vendrías, pero casi habíamos perdido la esperanza.

Cuando hablaba y reía, mostraba unos dientes frontales grandes y blancos con huecos a los lados por piezas faltantes. Jenny se sentó a observar a la madre de Helge; todo era muy diferente a lo que había imaginado. Se había formado una imagen a partir de las descripciones de él y había compadecido a la mujer a quien el marido no amaba; esa madre que había querido tanto a sus hijos que ellos se habían rebelado ante un amor tiránico. En su corazón, Jenny había tomado el partido de la madre. Los hombres no entendían cómo podía cambiar una mujer que no recibía amor de su esposo, ni el dolor de ver a los hijos alejarse.

Jenny había querido amar a la madre de Helge, pero no podía. Al contrario, sentía una antipatía física hacia ella mientras la escuchaba hablar sin parar. Sus rasgos eran los mismos que los de Helge: la frente alta, la nariz perfilada y la barbilla puntiaguda. Pero había una expresión en su boca como si todo lo que dijera fuera rencoroso y una mirada maliciosa en las arrugas de su rostro. Sus ojos eran duros y penetrantes.

Había sido extraordinariamente bella; sin embargo, Jenny estaba convencida de que Gert Gram no había estado ansioso por casarse con ella. No era una dama en su lenguaje ni en sus modales; pero muchas mujeres de clase media se volvían amargas tras años de encierro doméstico y problemas con el servicio.

—El señor Gram me pidió que viniera a verla y le diera noticias —dijo Jenny. Sentía que no podía llamarlo "Helge" en ese contexto.
—Tengo entendido que últimamente pasaba el tiempo exclusivamente con usted; nunca mencionaba a nadie más en sus cartas. Al principio pensé que estaba enamorado de una tal señorita Jahrman.
—La señorita Jahrman es mi amiga. Al principio salíamos en grupo, pero últimamente ella ha estado muy ocupada trabajando en un cuadro grande.
—¿Es la hija del coronel Jahrman? Entonces supongo que tiene dinero.
—No; estudia con una pequeña herencia de su madre. No se lleva bien con su padre porque a él no le gustó que ella quisiera ser artista, así que ella se negó a aceptar su ayuda.
—Muy estúpido por su parte. Mi hija, la señora Arnesen, la conoce un poco. Dijo que había otras razones por las que el coronel no quería tener nada que ver con ella; dicen que es guapa, pero tiene mala reputación.
—No hay la más mínima verdad en eso —dijo Jenny con rigidez.
—Ustedes los artistas lo pasan bien —suspiró la señora Gram—. No entiendo cómo Helge podía trabajar; me parece que solo escribía sobre ir de un lado a otro por la Campaña con usted.
—Creo que el señor Gram trabajaba muy duro y uno debe tomarse un descanso de vez en cuando.
—Posiblemente. Pero nosotras, las amas de casa, tenemos que arreglárnoslas sin eso. Espere a que se case, señorita Winge. Todo el mundo quiere vacaciones, me parece.

La señora Gram salió de la habitación y Jenny se levantó para mirar los cuadros. Sobre el sofá había una gran vista de la Campaña; se notaba que Gram había estudiado en Copenhague. El dibujo era minucioso, pero el colorido era pobre y seco. El fondo con figuras italianas y plantas minuciosas resultaba escaso. Un estudio de modelo era algo mejor. Jenny tuvo que sonreír; no era de extrañar que Helge hubiera tenido dificultades para aceptar Roma tal como era tras crecer con ese romanticismo italiano en las paredes de su casa. Había varios paisajes

pequeños bien dibujados y algunas copias de Correggio y Guido Reni que no eran buenas, aunque un estudio de un sacerdote sí destacaba.

También había un gran paisaje de verano en verde claro, un experimento impresionista, pero pobre y simple en cuanto al colorido. El que estaba sobre el piano era mejor; el sol sobre la cordillera y el aire estaban bastante bien conseguidos. Un retrato de la señora Gram colgaba junto a él, muy bueno en verdad, mejor que cualquiera de las otras obras. La figura y las manos estaban perfectamente dibujadas; el vestido rojo brillante drapeado a los lados, las manoplas negras de encaje y el sombrero negro alto con un ala roja resultaban muy efectivos. El rostro pálido con los ojos oscuros bajo los rizos de la frente era bueno, aunque desafortunadamente la figura parecía pegada al fondo gris azulado. El retrato de un niño llamó su atención; cerca del marco estaba escrito "Bamsey, cuatro años". ¿Era ese niño pequeño de ceño fruncido y camisa blanca Helge? Qué tierno se veía.

La señora Gram regresó con una bandeja con pastel y vino. Jenny murmuró algo sobre las molestias.

—He estado mirando los cuadros de su esposo.
—No entiendo mucho de eso, pero creo que son hermosos. Él dice que no valen nada, pero es solo una forma de hablar, creo —dijo con una risa corta y áspera—. Mi esposo es bastante tranquilo y pintar cuadros no podía mantenernos cuando nos casamos y tuvimos hijos, así que tuvo que dedicarse a algo útil. Pero era demasiado perezoso para pintar también, y por eso fingía que no tenía talento. Para mí sus cuadros son mucho más bonitos que todas las pinturas modernas, pero supongo que usted piensa diferente.
—Los cuadros de su esposo son muy buenos, especialmente su retrato, que me parece hermoso.
—¿Ah, sí? Pero no se me parece mucho y ciertamente no es halagador.

Volvió a reír con la misma risa ligeramente amarga.

—Creo que pintaba mucho mejor antes de empezar a imitar a los que entonces eran modernos. Me gustaría invitarla a almorzar, señorita Winge, pero tengo que hacerlo todo yo misma y no estábamos preparadas para su visita. Lo siento, pero espero que venga otra vez.

Jenny entendió que la señora Gram quería que se marchara; era natural, ya que no tenía ayuda y debía preparar la comida, así que se despidió. En las escaleras se cruzó con un hombre que supuso era el señor Gram. Al pasar junto a él, le dio la impresión de que parecía muy joven y que sus ojos eran muy azules.

CAPITULO 3

Dos días después, por la tarde, mientras Jenny pintaba en su estudio, se presentó el padre de Helge. Al verlo allí con el sombrero en la mano, ella notó que su cabello era gris, tan gris que no se podía distinguir el color original, aunque él todavía parecía joven. Era delgado y caminaba un poco encorvado, no por la edad, sino por ser demasiado esbelto para su estatura. Sus ojos también eran jóvenes, pero se veían tristes y cansados; eran tan grandes y azules que daban la impresión de estar muy abiertos, entre sorprendidos y suspicaces.

—Tenía muchas ganas de conocerla, Jenny Winge, como podrá comprender. No se quite la bata y dígame si la molesto.
—En absoluto —respondió Jenny con calidez. Le agradaron su sonrisa y su voz. Se quitó la bata y la dejó sobre una silla—. La luz ya casi se ha ido. Fue muy amable de su parte venir a verme.
—Hace mucho tiempo que no entro en un estudio —dijo Gram, sentándose en el sofá.
—¿No ve nunca a ninguno de los otros pintores, a sus contemporáneos? —preguntó Jenny.
—No, nunca —respondió él secamente.
—Pero, ¿cómo encontró el camino hasta aquí? ¿Preguntó en su casa o en el club de artistas?

Gram se rió.
—No; la vi el otro día en la escalera y ayer, cuando iba a la oficina, la vi otra vez. La seguí. Estuve tentado de presentarme en la calle. Luego la vi entrar aquí y sabía que había estudios en esta casa, así que decidí visitarla.
—¿Sabe? —dijo Jenny con una risa alegre—, Helge también me siguió por la calle; yo iba con una amiga. Se había perdido cerca del mercado y se acercó a hablarnos. Así fue como lo conocimos. En aquel momento nos pareció un poco atrevido, pero parece que es algo de familia.

Gram frunció el ceño y se quedó callado. Jenny se dio cuenta de que había dicho algo incorrecto y pensó cómo cambiar de tema.
—¿Le preparo un poco de té? —preguntó y, sin esperar respuesta, encendió el hornillo.

—Señorita Winge, no debe temer que Helge se parezca a mí en otras cosas. No creo que se parezca a su padre en nada, afortunadamente.

Él se rió. Jenny no supo qué responder y se ocupó del té.
—Está un poco vacío aquí, como ve, pero yo vivo en casa con mi madre.
—Ya veo. Es un buen estudio, ¿no?
—Eso creo.

Al cabo de un momento, él retomó la palabra:
—He estado pensando mucho en usted últimamente. Por las cartas de mi hijo entendí que usted y él…
—Sí, Helge y yo nos queremos mucho —dijo Jenny, mirándolo directamente. Él tomó su mano y la sostuvo un instante.
—Conozco tan poco a mi hijo; su verdadero ser me es casi desconocido. Pero como usted lo quiere, debe conocerlo mucho mejor. Siempre he creído que era un buen chico y el hecho de que usted lo ame me demuestra que tengo motivos para estar orgulloso de él. Ahora que la conozco, entiendo que él la quiera y espero que la haga feliz.
—Gracias —dijo Jenny, tendiéndole la mano de nuevo.
—Quiero al chico; es mi único hijo y creo que él también me quiere a mí.
—Sé que es así. Helge quiere mucho a su padre y a su madre. —Ella se sonrojó como si hubiera sido imprudente.
—Sí, lo creo; pero debe de haber notado hace tiempo que su padre y su madre no se tienen afecto. Helge no ha tenido un hogar feliz, Jenny. No me importa decírselo porque, si no lo ha comprendido ya, pronto lo verá. Es una chica sensata. La experiencia de Helge en su propio hogar quizás le enseñe a valorar su amor y a tratar de conservarlo.

Jenny sirvió el té.
—Helge solía venir a tomar el té conmigo por la tarde en Roma; creo que fue durante esas visitas cuando realmente nos conocimos.
—¿Y se encariñaron?
—No de inmediato. Quizás sí, pero creíamos que solo éramos amigos. Después también vino a tomar el té, por supuesto. —Ambos sonrieron —. Cuénteme algo de Helge desde que era niño; cuando era muy pequeño.

Gram sonrió con tristeza y negó con la cabeza.
—No puedo contarle nada de mi hijo. Siempre fue bueno y obediente; le iba bien en la escuela. No era particularmente brillante, pero trabajaba con constancia. Era muy reservado de niño y también después, al menos conmigo. Usted, estoy seguro, tiene más que contarme.
—¿Acerca de qué?
—Acerca de Helge. Cuénteme cómo es él para la mujer que lo ama. Usted no es una chica corriente; es artista, inteligente y buena. ¿No quiere contarme qué la hizo elegirlo?
—Bueno —dijo ella riendo—, no es fácil de decir. Simplemente nos enamoramos.

Él también se rió.
—Fue una pregunta tonta, lo admito. Uno diría que he olvidado por completo lo que era ser joven y estar enamorado.
—"¿No le parece?". Helge también dice eso muy a menudo. Fue una de las cosas que me hicieron quererlo; era tan joven. Vi que era reservado, pero gradualmente se fue abriendo.
—Puedo comprender que lo hiciera con usted. Cuénteme más. No se asuste, no quiero que me cuente toda la historia. Solo háble me de usted y de Helge, de su trabajo y de Roma. Soy un hombre viejo y quiero sentir otra vez lo que es ser artista y libre. Trabajar en lo único que importa, ser joven y ser feliz.

———

Se quedó dos horas. Cuando estuvo listo para marcharse y se detuvo con el sombrero en la mano, dijo en voz baja:

—No sirve de nada tratar de ocultarle el estado de las cosas en casa. Cuando nos encontremos allí, será mejor que finjamos no habernos conocido antes. No quiero que la madre de Helge sepa que nos hemos presentado de esta manera; lo digo por su bien, para no exponerla a

palabras desagradables de su parte. Le basta con saber que alguien me agrada, sobre todo si es una mujer, para volverse en su contra. Seguro que le parece extraño, pero lo comprende, ¿verdad?

—Sí —respondió Jenny en voz baja.

—Adiós. Estoy contento por Helge, créame, Jenny.

La noche anterior ella le había escrito a Helge sobre la visita a su casa y, al releer la carta, se dio cuenta de lo fría y escasa que resultaba la parte dedicada al encuentro con su madre. Esa noche, al escribirle de nuevo, intentó contarle sobre la visita de su padre, pero rompió la carta y comenzó otra. Era difícil mencionar el encuentro con su padre sin aludir a la señora Gram. No le gustaba tener secretos con unos y con otros. Se sintió humillada en nombre de Helge por haber sido iniciada de repente en la miseria de su hogar, y terminó por no decir una palabra al respecto en su carta; sería más fácil explicárselo cuando él viniera.

CAPITULO 4

Hacia finales de mayo, Jenny llevaba varios días sin noticias de Helge y temía que algo hubiera sucedido. Si al día siguiente no llegaba ninguna carta, enviaría un telegrama. Por la tarde, mientras estaba en su estudio, llamaron a la puerta. Al abrir, fue rodeada y besada por un hombre que estaba en el descansillo.

—Helge. —Estaba radiante de alegría—. Helge. Qué susto me has dado, querido niño. Déjame verte. ¿Eres realmente tú? —le quitó la gorra de viaje de la cabeza.
—Espero que no pudiera ser nadie más —dijo él riendo.
—¿Pero qué significa todo esto?
—Te lo contaré —respondió él, apretando su rostro contra el cuello de ella—. Quería darte una sorpresa y parece que lo he conseguido.

Después de los primeros saludos, se sentaron de la mano en el sofá.

—Déjame verte, Jenny. Ay, qué hermosa eres. En casa creen que estoy en Berlín. Me voy a un hotel por la noche; pienso quedarme unos días en la ciudad antes de decírselo. ¿No será divertido? Es una pena que ahora vivas en casa; podríamos haber estado juntos todo el día.
—Cuando llamaste, pensé que era tu padre quien venía.
—¿Padre?
—Sí. —Se sintió un poco avergonzada; de repente le pareció difícil explicarlo—. Verás, tu padre vino a visitarme y ha venido a tomar el té algunas tardes. Nos sentamos y hablamos de ti.
—Pero, Jenny, nunca escribiste una palabra sobre eso; ni siquiera mencionaste que conociste a papá.
—No; preferí decírtelo en persona. Tu madre no lo sabe; tu padre pensó que era mejor no mencionarlo.
—¿A mí no?
—Ay, no, nunca quisimos eso. Él cree que yo te lo he contado. Era solo tu madre quien no debía saberlo. No me gustó escribirte que tenía un secreto con respecto a ella. ¿Lo entiendes?

Helge se quedó callado.

—A mí tampoco me gustó —continuó ella—, pero ¿qué podía hacer? Él me visitó y me cae muy bien. Le estoy cogiendo cariño a tu padre.
—Papá puede ser muy atractivo, lo sé, y además tú también eres artista.
—A él le agrado por ti, querido. Sé que es así.

Helge no respondió.

—¿Y solo has visto a mamá una vez?
—Sí. ¿Pero no tienes hambre? Déjame darte algo de comer.
—No, gracias. Saldremos a cenar juntos a algún sitio.

Llamaron a la puerta otra vez.

—Es tu padre —susurró Jenny.
—Silencio, quédate quieta, no abras.

Oyeron pasos que se alejaban. Helge frunció el ceño.

—¿Qué ocurre, querido?
—No lo sé. Espero que no nos encontremos con él. No queremos que nos molesten, ¿verdad? No quiero ver a nadie.
—No. —Ella besó su boca y luego lo besó de nuevo en el cuello.

Después de cenar, mientras tomaban café, Jenny dijo de repente:

—No puedo asimilar lo de Francesca.
—¿No lo sabías? Creí que te había escrito.
—Ni una palabra. Me quedé de piedra cuando recibí su nota: "Mañana me voy a casar con Ahlin". No tenía la menor sospecha.
—Nosotros tampoco. Pasaban mucho tiempo juntos, pero ni siquiera Heggen supo que se casarían hasta que ella le pidió que la llevara al altar.
—¿Los has visto desde entonces?
—No. Se fueron a Rocca di Papa el mismo día y todavía estaban allí cuando me fui de Roma.

Jenny se quedó pensando un rato.

—Creía que estaba totalmente absorta en su trabajo —dijo.

—Heggen me dijo que terminó el cuadro de la puerta y que estaba muy bien. Había empezado otros pequeños, pero entonces se casó de repente. Ni siquiera sé si habían estado comprometidos formalmente. ¿Y tú, Jenny? Escribiste que habías empezado un cuadro nuevo.

Jenny lo llevó hasta el caballete. El gran lienzo mostraba una calle con oficinas y fábricas en tonos grises y rojo ladrillo. Detrás se alzaban muros contra un cielo azul intenso con nubes de lluvia que se alejaban. Había una luz intensa sobre las tiendas y el joven follaje de unos árboles en un patio. Algunos hombres y carros estaban dispersos en la calle.

—No sé mucho de esto, pero ¿no está muy bien? Me parece magnífico.
—Cuando caminaba sola y triste tantas primaveras antes, y vi los arces desplegar sus hojas contra los muros rojos bajo el cielo primaveral, quise pintarlo.
—¿Dónde encontraste esa vista?
—En Stenersgaten. Tu padre me habló de un cuadro tuyo de cuando eras niño que guarda en su oficina. Fui allí a verlo y descubrí esta vista desde su ventana. Me dejaron instalarme en la fábrica de al lado para pintarlo, aunque tuve que componer un poco la escena.
—Has pasado tiempo con papá, ya veo —dijo Helge tras una pausa—. Supongo que está muy interesado en tu cuadro.
—Sí. Venía a menudo a mirar y me daba buenos consejos. Sabe mucho de pintura.
—¿Crees que papá tenía talento? —preguntó Helge.
—Sí, lo creo. Los cuadros que hay en tu casa no son particularmente buenos, pero me dejó ver unos estudios en su oficina que muestran un talento refinado y original. Nunca habría sido un gran artista porque es demasiado influenciable, pero tiene un gran entendimiento y amor por el arte.
—Pobre papá —dijo Helge.
—Sí. —Jenny se acurrucó más cerca de él—. Quizás tu padre sea más digno de lástima de lo que entendemos.

Se besaron y olvidaron hablar de Gert Gram.

—¿Los tuyos aún no saben nada? —preguntó Helge.

—No —dijo Jenny.
—Al principio, cuando enviaba las cartas a tu dirección, ¿tu madre nunca preguntó quién te escribía todos los días?
—No. Mi madre no es de esas.
—Mi madre —repitió Helge con aspereza—. Quieres decir que mi madre lo habría hecho, que le falta tacto. No creo que seas justa con ella; por mi bien, no deberías hablar así.
—Helge. ¿Qué quieres decir? —Jenny lo miró asombrada—. No he dicho nada sobre tu madre.
—Dijiste que tu madre no es así.
—Dije mi madre, simplemente.
—Puede que no te guste, aunque no veo qué razón tienes para ello, pero deberías recordar que hablas de mi madre y que yo la quiero tal como es.
—Ay, Helge, no entiendo cómo… —se detuvo, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas. Era algo tan extraño para ella que sintió vergüenza y se quedó callada.

Pero él lo había notado.

—Jenny, mi amor, ¿te he herido? Ay, mi niña, qué miseria es esta. Puedes verlo por ti misma; apenas he vuelto y ya empieza otra vez. —Apretó los puños—. Lo odio, odio mi hogar.
—Mi querido niño, no debes decir eso. No dejes que te afecte así. —Ella lo tomó en sus brazos—. Helge, amor mío, escúchame: ¿qué tiene que ver eso con nosotros? No puede haber ninguna diferencia entre nosotros.

Lo besó y lo acarició hasta que él dejó de temblar.

CAPITULO 5

Jenny y Helge estaban sentados en el sofá de la habitación de él, en silencio, con los brazos entrelazados. Era un domingo de junio; Jenny había salido a caminar con Helge por la mañana y había comido en casa de los Gram. Después de comer, se sentaron todos en la sala, pasando la tediosa tarde, hasta que Helge la llevó a su habitación con el pretexto de leerle algo que había escrito.

—Uf —dijo Jenny por fin.

Helge no le preguntó por qué lo decía. Solo apoyó la cabeza en el regazo de ella y dejó que le acariciara el cabello; ninguno habló.

—Se estaba mejor en tu casa de la Via Vantaggio, ¿verdad? —suspiró él.

El sonido de los platos y de la grasa chisporroteando en la sartén llegaba desde la cocina. La señora Gram estaba preparando la cena. Jenny abrió bien la ventana para que saliera el olor que había penetrado en la estancia. Se quedó un momento mirando al patio. Todas las ventanas eran de cocina o dormitorio, con las persianas entreabiertas. Conocía bien esos comedores con una sola ventana en la esquina que daba al patio, oscuros y lúgubres, sin un solo rayo de sol. Entraba hollín al airear las habitaciones y el olor a comida era permanente. El sonido de una guitarra llegaba desde la habitación de una empleada y una voz cantaba un himno lúgubre.

La guitarra le recordó la Via Vantaggio, a Cesca y a Gunnar, que solía sentarse en su sofá con las piernas en un taburete, rasgueando y cantando canciones italianas. De repente, sintió un desesperado anhelo por todo lo de allá. Helge se acercó a ella.

—¿En qué piensas?
—En la Via Vantaggio.
—Ah, sí. Qué época tan hermosa pasamos allí.

Ella le rodeó el cuello con el brazo y atrajo su cabeza hacia su hombro. Le había llamado la atención, en cuanto él habló, que él no era parte de

lo que llenaba su corazón de añoranza. Volvió a mirarlo a los ojos, deseando recordar los días gloriosos en la Campaña, cuando él yacía entre las margaritas observándola. Quería sacudirse la intensa sensación de incomodidad que siempre la invadía en esa casa.

Todo era insoportable allí. La primera noche que fue invitada tras la llegada oficial de Helge, tuvo que fingir ante la señora Gram que no conocía a su marido, mientras Helge observaba la comedia sabiendo que engañaban a su madre. Fue horrible, pero algo peor había sucedido. Se había quedado sola con Gram unos minutos y él mencionó que había ido al estudio a verla una tarde, pero ella no estaba.

—No, no estuve en el estudio ese día —respondió ella, poniéndose muy colorada. Él la miró con sorpresa y ella, casi sin saber por qué, soltó de golpe—: Sí estuve, pero no pude dejarte entrar porque había alguien conmigo.

Gram sonrió y dijo que había oído claramente que alguien se movía en el estudio. En su confusión, Jenny le confesó que era Helge y que había estado unos días en la ciudad de incógnito.

—Querida Jenny —dijo Gram, y ella vio que estaba dolido—, no tenías por qué habérmelo ocultado. No me habría entrometido, pero me habría dado mucho gusto que Helge me lo hubiera dicho. —Ella no supo qué responder y él continuó—: Tendré cuidado de no decírselo.

Jenny nunca había tenido la intención de ocultarle a Helge que se lo había contado a su padre, pero aún no había podido decírselo por temor a su reacción. Estaba nerviosa por todos esos misterios acumulados. Es cierto que tampoco había dicho nada en su propia casa, pero aquello era diferente. No acostumbraba a hablar con su madre de sus asuntos; nunca había esperado ni pedido su comprensión. Además, su madre estaba muy preocupada por Ingeborg. Jenny había conseguido que alquilara una casita alejada de la ciudad; sus hermanos iban a la escuela en tren y ella vivía en el estudio.

Sin embargo, nunca había querido tanto a su madre y a su hogar como ahora. Alguna vez, al verla preocupada, su madre había tratado de consolarla sin hacer preguntas; se habría avergonzado de imponerse en

la confianza de sus hijos. Crecer en un hogar como el de Helge debía de haber sido una tortura. Parecía que la pesadumbre de esa casa los perseguía incluso cuando estaban en otro lugar.

—Amor mío —dijo ella, acariciándolo.

Jenny se había ofrecido a ayudar a la señora Gram con las tareas de la cena, pero ella se negó con su sonrisa habitual, diciendo que no estaba allí para eso. Quizás no lo decía en serio, pero la señora Gram siempre sonreía de manera rencorosa. Pobre mujer, probablemente era la única sonrisa que tenía.

Gram entró tras su caminata y Jenny y Helge fueron a sentarse con él a su estudio. La señora Gram asomó un instante.

—Olvidaste el paraguas, querido, como siempre. Tuviste suerte de escapar del chaparrón. Los hombres necesitan muchos cuidados, ¿sabe? —dijo dirigiéndose a Jenny.
—Usted lo maneja muy bien —respondió Gram. Su voz y sus modales eran siempre dolorosamente educados cuando hablaba con su esposa.
—También ustedes se sientan aquí, veo —les dijo ella a Helge y Jenny.
—He notado que el estudio es la habitación más agradable de todas las casas —dijo Jenny—. Así era en la nuestra cuando mi padre vivía. Supongo que es porque están hechos para trabajar en ellos.
—La cocina, en ese caso, debería ser la habitación más agradable —replicó la señora Gram—. ¿Dónde crees que se trabaja más, Gert, en tu habitación o en la mía? Porque supongo que la cocina es mi estudio.
—Sin duda, en tu habitación se hace un trabajo más útil.
—Creo que, después de todo, debo aceptar tu oferta de ayuda, señorita Winge; se está haciendo tarde.

Estaban en la mesa cuando sonó el timbre. Era la sobrina de la señora Gram, Aagot Sand. La presentaron a Jenny.

—Ah, tú eres la artista con quien Helge pasó tanto tiempo en Roma. Lo supuse cuando te vi un día de primavera en Stenersgaten. Ibas caminando con el tío Gert y llevabas tus cosas de pintura.
—Debes de estar equivocada, Aagot —dijo la señora Gram—. ¿Cuándo crees que los viste?

—El día antes del Día de la Intercesión, cuando volvía de la escuela.
—Es totalmente cierto —dijo Gram—. A la señorita Winge se le cayó la caja de pinturas en la calle y yo la ayudé a recoger las cosas.
—Una pequeña aventura, veo, que no le has confesado a tu esposa —dijo la señora Gram riendo—. No tenía idea de que se conocieran antes.

Gram también se rió.

—La señorita Winge no me reconoció. No fue muy halagador, pero no quise recordárselo. ¿No sospechaste que yo era el caballero que te había ayudado?
—No estaba segura —dijo Jenny débilmente, enrojeciendo—. No creí que me reconocieras. —Intentó sonreír, pero era muy consciente de su sonrojo y de su voz temblorosa.
—Fue una aventura, en efecto —concluyó la señora Gram—. Una coincidencia de lo más curiosa.

—¿He vuelto a decir algo malo? —preguntó Aagot cuando entraron en la sala después de cenar. El señor Gram se había retirado y la señora Gram estaba en la cocina—. Es detestable estar en esta casa; nunca sabes cuándo va a haber una explosión. Explíquenme, no entiendo nada.
—Métete en tus asuntos —dijo Helge enfadado.
—Está bien, no me muerdas. ¿Acaso la tía Rebeca está celosa de la señorita Winge ahora?
—Eres la mujer más falta de tacto.
—Después de tu madre, sí. El tío Gert me lo dijo un día. —Se rió—. ¿Has oído algo tan absurdo? Celosa de la señorita Winge. —Miró inquisitivamente a los otros dos.
—No te molestes por cosas que solo nos conciernen a nosotros, Aagot —dijo Helge secamente.

La señora Gram entró y encendió la lámpara. Jenny la miró asustada por su rostro enfadado. Permaneció un momento mirando con sus ojos brillantes, luego se inclinó y recogió las tijeras de Jenny, que se habían caído.

—Parece que se te da bien dejar caer cosas. No deberías dejar que las cosas se te escurran de los dedos, señorita Winge. Helge no es tan galante como su padre, al parecer. —Se rió—. ¿Quieres tu lámpara?

Entró en el estudio y cerró la puerta. Helge escuchó un instante; su madre hablaba en voz baja pero irritada.

—¿No puedes dejar ese asunto en paz por una vez? —se oyó claramente a través de la puerta; era Gram quien hablaba.

Jenny se volvió hacia Helge.

—Me voy a casa ahora; tengo dolor de cabeza.

—No te vayas, Jenny. Si te vas, se armará una escena. Quédate un poco más; mamá se enfadará aún más si ahora sales huyendo.
—No puedo soportarlo —susurró ella, casi llorando.

La señora Gram atravesó la habitación. Gram entró y se reunió con ellos.

—Jenny está cansada; se va ahora. La acompañaré a casa.
—¿Ya te vas? ¿No puedes quedarte un poco más?
—Tengo dolor de cabeza y estoy cansada —murmuró Jenny.
—Por favor, quédate un poco —le susurró él—; ella no te dice nada mientras estés aquí y así nos ahorramos una escena.

Jenny se sentó tranquilamente y retomó su costura. Aagot tejía con energía un chal. Gram se acercó al piano; Jenny no era musical, pero comprendía que él sí lo era, y poco a poco se fue calmando mientras él tocaba suavemente. Sintió que lo hacía para ella.

—¿Conoce esta, señorita Winge?
—No.
—¿Tú tampoco, Helge? ¿No la oíste en Roma? En mi época se cantaba en todas partes. Tengo unos libros con canciones italianas.

Se levantó a buscarlos y, al pasar junto a Jenny, susurró:
—¿Le gusta que toque?
—Sí.
—¿Sigo?
—Sí, por favor.

Le acarició la mano.
—Pobre pequeña Jenny. Será mejor que se vaya ahora, antes de que ella venga.

La señora Gram trajo una bandeja con pasteles.
—Qué amable de tu parte tocar para nosotros, Gert. ¿No cree que mi esposo toca maravillosamente, señorita Winge? ¿Le ha tocado antes? —preguntó con inocencia.

Jenny negó con la cabeza.
—No sabía que el señor Gram tocara el piano.
—Qué bonito trabajo el suyo. —Miró el bordado de Jenny—. Pensé que los artistas no se dignaban a hacer labores de aguja. Es un diseño precioso, ¿dónde lo consiguió?
—Lo diseñé yo misma.
—Ah, bueno, entonces es fácil conseguir diseños bonitos. ¿Has visto esto, Aagot? Usted es muy hábil —y le palmeó la mano.

Qué manos tan desagradables tenía, pensó Jenny; dedos cortos con uñas más anchas que largas.

Helge y Jenny acompañaron a Aagot a su casa y caminaron lentamente por Pilestaedet en la pálida noche de junio. Los castaños en flor olían intensamente después de la lluvia.

—Helge —dijo Jenny—, debes arreglarlo para que no tengamos que ir con ellos pasado mañana.
—Es imposible. Te han invitado y has aceptado; han organizado esta excursión por ti.
—¿Pero no entiendes lo miserable que será? Ojalá pudiéramos ir solos, tú y yo, como en Roma.
—No hay nada que me gustara más, pero si nos negamos a ir a su excursión de San Juan, solo conseguiremos que las cosas en casa sean más desagradables.
—No más de lo habitual, supongo —dijo ella con desdén.
—Sí, mucho más. ¿No puedes soportarlo por mi bien? Tú no estás obligada a estar siempre en medio de ello, ni a vivir allí.

Tenía razón, pensó ella, y se reprochó no ser paciente. Él tenía que vivir en un hogar que ella apenas soportaba dos horas.

—Soy egoísta, Helge. —Se aferró a él, cansada. Anhelaba que la consolara. Se tenían el uno al otro y pertenecían a un lugar lejano de aquel ambiente de odio y sospecha.

—Podremos ir solos otro día —dijo él para consolarla—. Pero ¿cómo pudiste ser tan tonta? No lo entiendo. Debías saber que mamá se enteraría.
—Por supuesto que no se cree la historia que contó tu padre —dijo Jenny tímidamente. Helge resopló—. Ojalá él le contara todo tal como sucedió.
—Puedes estar segura de que no lo hará. Y tú no puedes hacerlo; tienes que seguir fingiendo. Fue muy estúpido de tu parte.
—No pude evitarlo, Helge.
—Bueno, ya te había contado suficiente de mi casa para que lo supieras. Podrías haber impedido que papá volviera al estudio, y evitado las visitas a la oficina y los encuentros en Stenersgate.
—¿Encuentros? Vi la vista y supe que podía hacer un buen cuadro, y así ha sido.
—Sí, así es. La culpa es sobre todo de papá. Ay, la forma en que habla de ella. —Helge se enfureció—. Oíste lo que le dijo a Aagot y lo que te dijo esta noche. Dice "ella" refiriéndose a nuestra madre.
—Creo que tu padre es mucho más considerado y cortés con tu madre de lo que ella es con él.
—Esa consideración de papá la conozco bien. ¿Llamas considerada la forma en que te ha ganado para su bando? Si supieras cómo he sufrido su cortesía de niño. Solía escuchar educadamente sin decir nada, o hablaba con un tono frío y extremadamente cortés. Casi prefiero los enfados ruidosos de mamá. Todo es muy miserable, Jenny.
—Mi pobre niño.
—No es todo culpa de mamá. Todo el mundo prefiere a papá. Tú lo prefieres y yo también, pero entiendo que ella sea así. Quiere ser la primera para todos y nunca lo es. Pobre mamá.

Jenny sintió lástima por ella, pero su corazón permaneció frío hacia la señora Gram. Atravesaron la plaza bajo la fragancia de las flores. En los bancos se oían susurros en la clara noche de verano. Sus pasos

resonaban en la zona comercial desierta.

—¿Puedo subir? —susurró él cuando llegaron a la entrada de ella.
—Estoy cansada —dijo Jenny suavemente.
—Me gustaría quedarme un rato contigo. ¿No crees que sería agradable estar solos?

Ella no dijo nada, pero empezó a subir las escaleras y él la siguió. Jenny encendió el candelabro sobre su escritorio y tomó un cigarrillo.

—¿Quieres fumar?
—Gracias. —Él le quitó el cigarrillo de los labios—. La cuestión es que hubo una historia sobre papá y otra mujer. Yo tenía doce años y no sé cuánta verdad había en ello, pero para mamá fue una época horrible. Solo se quedaron juntos por nosotros; papá me lo dijo. Dios sabe que no se lo agradezco. Mamá al menos admite que piensa aferrarse a él y no soltarlo.

Se sentó en el sofá. Jenny se sentó junto a él y le besó los ojos. Él apoyó la cabeza en el regazo de ella.

—¿Recuerdas la última noche en Roma? ¿Me quieres tanto como entonces?
Ella no respondió.
—¿Jenny?
—No hemos estado felices hoy; es la primera vez.
—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó él en voz baja.
—No, enfadada no.
—¿Entonces qué?
—Esta noche, cuando caminábamos, dijiste que iríamos solos otro día. No fue como en Roma; ahora eres tú quien decide lo que debo hacer.
—No, Jenny.
—Sí, pero no me importa; me gusta así. Solo pienso que deberías ayudarme a salir de todo este problema.
—¿Crees que no te ayudé hoy? —preguntó él lentamente.
—Supongo que no había nada que pudieras hacer.
—¿Me voy ahora? —susurró él tras una pausa, atrayéndola hacia sí.
—Haz lo que quieras —dijo ella con tranquilidad.
—Sabes lo que quiero. ¿Qué quieres tú?

—No sé qué quiero. —Ella rompió a llorar.
—Querida Jenny. —La besó con suavidad—. Me voy ahora. Duerme bien; estás cansada. No debes enfadarte conmigo.
—Despídete bien de mí —dijo ella, aferrándose a él.

—Buenas noches, mi dulce y amada Jenny.

CAPITULO 6

—Estas son las cosas que quería que viera —dijo Gert Gram, levantándose. Había estado de rodillas buscando algo en el estante inferior de su caja fuerte.

Jenny apartó los cuadernos de dibujo y acercó la lámpara. Él limpió el polvo de un gran portafolio y lo colocó delante de ella.

—No le he mostrado esto a nadie en muchísimos años, ni yo mismo los he mirado, pero he querido que los viera desde hace tiempo; de hecho, desde el día que la visité en su estudio. Cuando usted vino aquí a ver el cuadro de Helge, pensé en preguntarle si le gustaría verlos. Es extraño pensar, Jenny, que aquí, en esta pequeña oficina, he enterrado todos mis sueños de juventud. Allí, en la caja fuerte, yacen como cadáveres en su tumba, y yo mismo ando por ahí como un artista muerto y olvidado.

Jenny no dijo nada. Gram a veces usaba expresiones que le parecían demasiado sentimentales, aunque sabía que los sentimientos amargos que las dictaban eran reales. En un impulso repentino, se inclinó hacia adelante y le acarició el cabello gris. Gram inclinó la cabeza como para prolongar la leve caricia y, sin mirarla, desató el portafolio con manos temblorosas.

Jenny se dio cuenta con sorpresa de que sus propias manos temblaban al recibir la primera lámina y sintió un extraño miedo en el corazón, como ante un peligro inminente. De repente temió que alguien supiera de su visita y se dio cuenta de que no se atrevería a contárselo a Helge. Con solo pensar en su amado se sentía deprimida; hacía tiempo que había dejado de analizar conscientemente sus sentimientos hacia él. No quería hacer caso al presentimiento que cruzó su mente ni dejarse perturbar indagando en las emociones de Gert Gram hacia ella.

Pasó las hojas del portafolio con los sueños de juventud de él; era un asunto melancólico. Él le había hablado de este trabajo a menudo y ella comprendía que él creía haber nacido artista para esto y nada más. Llamaba a los cuadros de su casa el trabajo de un alumno aplicado, pero estos eran suyos. Eran ilustraciones de las Canciones Populares de

Landstad.

A primera vista, las láminas con marcos de follaje romano eran bastante buenas. El colorido era puro y efectivo, pero las figuras carecían de estilo y vida, aunque los dibujos en miniatura eran correctos en cada detalle. Algunos se acercaban al arte medieval italiano hasta tal punto que Jenny reconoció ángeles y vírgenes que recordaba haber visto en libros de misa en Venecia. En las ilustraciones a página completa, la composición era una copia directa de cuadros de altar romanos. Era un eco de todo lo que había visto y amado; un eco de la melodía de su juventud; ni una sola nota era suya, pero resonaba en un tono suave y melancólico.

—A usted no le gustan del todo —dijo él—. Puedo verlo.
—Sí, me gustan. Hay mucho en ellas que es delicado, pero el efecto es un poco extraño para nosotros, que hemos visto los mismos temas tratados de manera tan perfecta que no podemos concebirlos de otra forma.

Él se sató frente a ella, apoyando la barbilla en la mano. Poco a poco levantó la vista y a ella le dio pesar encontrarse con sus ojos.

—Me parece recordarlos mejores de lo que son —dijo en voz baja, tratando de sonreír—. No he abierto este portafolio en muchos años.
—Nunca había comprendido del todo que le atrajera tanto el barroco —dijo ella para desviar la conversación.
—No me sorprende que no lo comprenda. —Miró su rostro con una sonrisa melancólica—. Hubo un tiempo en que creía en mí mismo como artista, pero tenía dudas sobre qué era realmente lo que quería expresar. Veía que el romanticismo estaba en decadencia y, sin embargo, en mi corazón era devoto de él. Quería a los campesinos idealizados del romanticismo aunque sabía que no existían. Sé que usted y sus contemporáneos buscan la belleza en las cosas como son, tangibles y reales. Para mí solo había belleza en la transformación de la realidad ya hecha por otros.

—Pero la realidad, Gert, no es una concepción fija. Se presenta diferente a cada persona que la ve. Un pintor me dijo una vez que hay belleza en todo y solo depende de si tus ojos la ven o no.

—No estaba hecho para concebir la realidad, solo su reflejo en los sueños de otros. Conocía mi propia ineficacia. Cuando llegué a Italia, el barroco cautivó mi fantasía. ¿No puede comprender la agonía al darme cuenta de mi falta de talento? No tener nada nuevo con qué llenar la forma. El vacío debe ocultarse bajo el éxtasis: rostros contorsionados y miembros retorcidos. Es el trabajo de una escuela que desea fascinarse a sí misma.

Jenny asintió.
—Lo que dices es al menos tu propia visión subjetiva. No estoy segura de que los pintores de los que hablas no estuvieran satisfechos con ellos mismos.

Él se rió.
—Quizá lo estaban, y quizá este es mi tema favorito porque, por una vez, tuve una visión subjetiva.
—Pero el cuadro de tu esposa de rojo es excelente. Cuanto más lo miro, más me gusta.
—Sí, pero ese es un caso aislado. —Tras una pausa añadió—: Cuando lo pinté, ella era todo para mí. Estaba muy enamorado de ella y ya la odiaba intensamente.
—¿Fue por ella por quien dejaste de pintar? —preguntó Jenny.
—No. Todas nuestras desgracias las creamos nosotros mismos. Creo en un poder espiritual que castiga con justicia. Ella era cajera en una tienda; pasé a verla allí. Era notablemente bonita. Una noche la esperé y le hablé. Nos hicimos amigos y la seduje —dijo en voz baja.
—¿Y te casaste con ella porque iba a tener un hijo? Eso pensaba. Durante veintisiete años te ha atormentado en compensación. Pienso que la deidad en la que crees es bastante implacable.

Él sonrió con cansancio.
—No considero un pecado que dos jóvenes que se aman unan sus vidas. Pero en mi caso, yo fui el responsable. Ella era inocente cuando la conocí. Veía que era apasionada y que sería celosa, pero no me importaba. Me halagaba que su pasión fuera por mí, pero nunca quise ser solo de ella de la manera que sabía que ella pretendía. Fui estúpido al creer que mi frialdad me daría dominio sobre ella. Más allá de su capacidad de amar, no había nada. Era vanidosa y grosera. No podía haber comunión intelectual entre nosotros, pero poseer su belleza era

todo lo que me importaba.

Se levantó y fue hacia ella. Le tomó las manos y las apretó contra sus ojos.

—¿Qué otra cosa que miseria podía esperar de ese matrimonio? Pero cosechamos lo que sembramos. Pasé un tiempo terrible. Al principio, cuando venía a mi estudio, se sentía orgullosa de ser mi amante y defendía el amor libre. En cuanto las cosas salieron mal, cambió de tono. Todo se volvió reproches sobre su familia y su reputación. Decía que yo era un desgraciado si no me casaba con ella. No tenía con qué mantenerme; no había aprendido nada más que pintura. Pasaron los meses y al final tuve que recurrir a mi padre.

—Los míos me ayudaron a salir del paso. Nos casamos y dos meses después llegó Helge. Había tenido esperanzas de realizar una gran obra artística con mis ilustraciones, pero tuve que renunciar a mis sueños por la realidad de ganarme el pan. Una vez tuve que llegar a un acuerdo con mis acreedores. Ella compartió su parte de la lucha lealmente y sin quejarse; habría pasado hambre con gusto por mí y por los niños. Sintiéndome como me sentía hacia ella, era difícil aceptar lo que ella daba trabajando y renunciando por mi bien.

—Tuve que sacrificar todo lo que amaba; ella me obligó a renunciar a ello palmo a palmo. Desde el principio, ella y mi padre fueron enemigos mortales. Él no soportaba a su nuera y eso fue un duro golpe para su vanidad, así que ella se dispuso a causar problemas entre nosotros. Mi padre era un funcionario de la vieja escuela, quizás un poco rígido, pero noble y bondadoso. Estoy seguro de que te habría gustado. Habíamos sido muy importantes el uno para el otro, pero nuestra intimidad se rompió. En cuanto a mi pintura, comprendí que no tenía el talento que imaginé y me faltaba energía para hacer esfuerzos continuos cuando no creía en mí mismo, agotado como estaba por mi vida a su lado, que se volvía cada vez más una caricatura. Ella me reprochaba, pero en secreto triunfaba. También tenía celos de los niños; no quería compartirlos conmigo ni compartirme a mí con ellos. Sus celos se han convertido en una especie de locura con los años. Lo has visto por ti misma; apenas puede soportar verme en la misma habitación que tú.

Jenny se acercó a él y le puso las manos en los hombros.
—No puedo entender que hayas podido soportar una vida así.

Gert Gram se inclinó hacia adelante, apoyando la cabeza en el hombro de ella.
—Yo tampoco lo entiendo.

Cuando levantó la cabeza y sus miradas se encontraron, ella le puso la mano en el cuello y, movida por una tierna compasión, lo besó en la mejilla y la frente. Sintió un miedo repentino al mirar su rostro apoyado en su hombro, con los ojos cerrados, pero al momento siguiente él se puso en pie.

—Gracias, querida Jenny. —Gram guardó los dibujos y ordenó la mesa —. Espero que seas muy feliz. Eres brillante, valiente y talentosa. Eres todo lo que yo quise ser y nunca fui. —Habló en voz baja y distraída—. Creo que cuando las relaciones son nuevas hay muchas dificultades que superar. Ojalá pudieras vivir en otro sitio, no en esta ciudad. Deberían estar solos, lejos de los suyos, al menos al principio.
—Helge ha solicitado un puesto en Bergen —dijo Jenny, y la sensación de angustia volvió a apoderarse de ella al pensar en él.
—¿Nunca le hablas de esto a tu madre? ¿Por qué no? ¿No quieres a tu madre?
—Por supuesto que la quiero.
—Creo que sería bueno hablar con ella, pedirle consejo.
—No sirve de nada pedir consejo a nadie; no me gusta hablar de estas cosas —dijo ella, queriendo dar por terminado el tema.
—No, quizás tienes razón.

Él había estado de pie hacia la ventana. De repente, su rostro cambió y susurró con agitación:
—Jenny, ella está ahí abajo, en la calle.
—¿Quién?
—Ella, Rebeca.

Jenny se levantó. Sintió que podría haber gritado de exasperación. Temblaba; cada fibra de su cuerpo vibraba de repulsión. No quería verse envuelta en aquellas odiosas sospechas y escenas.
—Jenny, hija mía, no tengas miedo. No dejaré que te haga daño.

—¿Miedo? Todo lo contrario. —Se armó de valor de inmediato—. He venido a buscarte; hemos visto tus dibujos y ahora vamos a tu casa a cenar.
—Puede que no haya notado nada.
—No tenemos nada que ocultar. Si no ha visto que estoy aquí, pronto lo sabrá. Voy contigo; debemos hacerlo tanto por tu bien como por el mío.

Gram la miró.
—Sí, entonces vamos.

Cuando bajaron a la calle, la señora Gram ya no estaba.
—Tomemos el tranvía, Gert; es tarde —dijo ella, añadiendo de repente con mal humor—: Debemos poner fin a todo esto, aunque solo sea por el bien de Helge.

La señora Gram abrió la puerta. Gert Gram intentó dar una explicación; Jenny miró directamente a los ojos irritados de la mujer.
—Siento que Helge haya salido esta noche. ¿Crees que volverá temprano?
—Me sorprende que no lo recordaras —le dijo la señora Gram a su marido—. No es ningún placer para la señorita Winge estar sentada aquí con nosotros dos viejos.
—No se preocupe por eso —dijo Jenny.
—No recuerdo haber oído que Helge saliera esta noche —añadió Gram.
—Qué raro que hayas venido sin costura —dijo la señora Gram cuando estaban en la sala—. Siempre eres tan laboriosa.
—Salí del estudio tan tarde que no tuve tiempo de pasar por casa. ¿Quizás podría encontrarme algo que hacer?

Jenny conversó con la señora Gram sobre bordados y libros. Gram leía, aunque de vez en cuando sentía sus ojos sobre ella. Helge regresó hacia las once.

—¿Qué pasa? —preguntó él cuando bajaban las escaleras—. ¿Hubo otra escena?
—No, en absoluto —respondió ella con voz cortante—. Supongo que a tu madre no le gustó que viniera a casa con tu padre.
—Me parece a mí también que no tenías por qué haberlo hecho —dijo Helge con humildad.

—Me voy a casa en tranvía. —Incapaz de controlarse, le soltó el brazo —. No puedo soportar más esta noche y no quiero tener estas discusiones contigo cada vez que vengo a tu casa. Buenas noches.

—Jenny. Espera. Jenny. —Él se apresuró tras ella, pero ella ya estaba en la parada cuando llegó el tranvía y subió, dejándolo allí sin una palabra.

CAPITULO 7

Jenny deambulaba sin rumbo por su estudio a la mañana siguiente, incapaz de concentrarse. La lluvia torrencial golpeaba el gran ventanal. Se detuvo a mirar las húmedas tejas de los tejados, las chimeneas negras y los cables del teléfono, por los que las gotas de lluvia rodaban como perlas hasta juntarse en una mayor y caer, siendo reemplazadas de inmediato por otras.

Pensó en ir a casa de su madre, al campo, por unos días; necesitaba alejarse de todo aquello. O quizás podría ir a un hotel en otra ciudad y escribirle a Helge para que fuera a hablar tranquilamente con ella. Si tan solo pudieran estar solos otra vez. Intentó evocar su primavera en Roma, la neblina plateada sobre las montañas y su propia felicidad, pero no lograba reconstruir la imagen de Helge de aquella época tal como se le aparecía a sus ojos enamorados.

Aquellos días parecían ya muy lejanos; eran un episodio aislado en su vida que, aunque real, no conseguía conectar con su presente. Helge se le había perdido en aquel hogar de Welhavensgaten y ella no podía encajar allí. Le resultaba impensable seguir tratando con esa gente en el futuro. Gram tenía razón: debían marcharse.

Decidió irse de inmediato, antes de que Helge viniera a pedirle explicaciones por su comportamiento del día anterior. Preparó una maleta y, mientras se ponía el impermeable, alguien llamó a la puerta con insistencia; supo que era Helge. Se quedó inmóvil y esperó hasta que él se retiró. Al poco tiempo tomó su maleta, cerró el estudio y salió. A mitad de las escaleras vio a un hombre sentado en una de las ventanas; era Helge. Él también la había visto, así que ella bajó hacia él. Se miraron en silencio.

—¿Por qué no abriste hace un momento? —preguntó él.
Jenny no respondió.
—¿No me oíste llamar? —Miró la maleta—. ¿Vas a casa de tu madre?

Ella vaciló antes de contestar.
—No; pensaba ir a Holmestrand unos días y escribirte desde allí para

que vinieras. Así podríamos estar juntos un tiempo sin intromisiones ni escenas. Me gustaría hablar tranquilamente de las cosas contigo.
—Yo también quiero hablar contigo. ¿Podemos subir a tu estudio?
Ella no respondió directamente.
—¿Hay alguien allí? —preguntó él.
Jenny lo miró con fijeza.
—¿Alguien en mi estudio cuando yo me he marchado?
—Podría haber alguien con quien no quieras que te vean.

Ella enrojeció profundamente.
—¿Por qué? ¿Cómo podía saber que estabas ahí sentado espiándome?
—Querida Jenny, no quiero decir que haya nada malo en ello, al menos no por tu parte.

Jenny no añadió nada, pero volvió a subir las escaleras. En el estudio dejó la maleta en el suelo y, sin quitarse el abrigo, observó a Helge mientras él colgaba su chaqueta y dejaba el paraguas en un rincón.

—Papá me contó esta mañana que habías estado en la oficina y que mamá había estado abajo, en la calle.
—Sí. Es una manera peculiar la que tienen ustedes de espiar; me resulta difícil acostumbrarme.

Helge se puso muy colorado.
—Perdóname, Jenny. Tenía que hablar contigo y el portero aseguró que estabas. Sabes bien que no sospecho de ti.
—Realmente ya no sé nada —dijo ella, abrumada—. No puedo soportarlo más. Toda esta sospecha, los secretos y la discordia. Helge, ¿no puedes protegerme de todo esto?
—Mi pobre Jenny. —Él se levantó y fue hacia la ventana, dándole la espalda—. He sufrido más de lo que sabes. Todo es tan desolador. ¿No ves por ti misma que los celos de mamá no son infundados?

Jenny empezó a temblar. Él se volvió y lo notó.
—No creo que papá sea consciente de ello; si lo fuera, no se entregaría así a su deseo de estar contigo. Pero él mismo me dijo que deberíamos irnos de aquí. No estoy seguro de que tu idea de marcharte ahora no sea también suya.
—No; yo decidí ir a Holmestrand, pero él me habló ayer de irnos de la

ciudad cuando nos casáramos. —Se acercó a él y le puso las manos en los hombros—. Amor mío, si es como dices, tendré que irme. Helge, ¿qué haremos?
—Yo me voy —dijo él bruscamente, apartando las manos de ella para apretarlas contra su propio rostro.

Permanecieron un momento en silencio.
—Pero yo también debo irme —continuó ella—. ¿No lo entiendes? Mientras pensaba que la actitud de tu madre era ridícula o vulgar podía mantener la compostura, pero ahora es diferente. No deberías haber dicho eso, Helge, incluso si te equivocas. No puedo volver allí con esa idea en la mente; no podría mirarla a los ojos.

—Ven —dijo Helge, llevándola al sofá—. Voy a hacerte una pregunta. ¿Me quieres, Jenny?
—Sabes que sí —respondió ella con rapidez, casi asustada.

Él tomó la mano fría de Jenny entre las suyas.
—Sé que me quisiste una vez, aunque nunca entendí por qué. Pero sabía que era verdad cuando lo decías. Eras cariñosa conmigo y yo era feliz, pero siempre temí que llegara el momento en que dejaras de quererme.
—Te quiero mucho, Helge —insistió ella.
—Lo sé —respondió él con una sombra de sonrisa—. No creo que seas de las que se enfrían de repente. Sé que no quieres hacerme sufrir. Te quiero por encima de todo.

Inclinó la cabeza y comenzó a llorar. Ella lo abrazó.
—Helge, mi querido niño.

Él levantó la cabeza y la apartó con suavidad.
—Jenny, en Roma podría haberte hecho mía; tú misma lo querías porque creías que solo así seríamos felices. Supongo que yo no estaba tan seguro, ya que no me arriesgué. Pero aquí, en casa, te he deseado más que nunca. Quería que fueras mía por completo porque temía perderte, pero vi que te asustabas cada vez que notabas que te anhelaba.

Ella lo miró asombrada. Tenía razón; no había querido admitirlo, pero era así.
—Si te lo pidiera ahora mismo, ¿aceptarías?

Jenny movió los labios antes de responder con firmeza.
—Sí.

Helge sonrió con tristeza y le besó la mano.
—¿De buena gana porque quieres ser mía? ¿Porque no concibes la felicidad si no es a mi lado? ¿O solo por ser amable conmigo o no faltar a tu palabra? Dime la verdad.

Ella se apoyó en su rodilla y sollozó.
—Déjame irme por un tiempo. Quiero ir a las montañas y recuperarme. Quiero volver a ser tu Jenny, como en Roma. Lo deseo, Helge, pero ahora estoy muy confundida. Cuando vuelva a ser yo misma te escribiré para que vengas y seré tuya otra vez.

—Soy hijo de mi madre —dijo Helge en voz baja—. Nos hemos distanciado. ¿No vas a convencerme de que soy todo para ti, el único hombre? ¿Más que tu trabajo y tus amigos, a quienes sentía que pertenecías más que a mí? Del mismo modo que tú te sientes extraña entre la gente a la que yo pertenezco.
—No me sentía extraña con tu padre.
—No, pero mi padre y yo somos extraños entre nosotros. Hay un interés, tu trabajo, que no puedo compartir contigo y ahora sé que debería tener celos de él. Soy su hijo; si no estoy convencido de que soy todo para ti, no puedo evitar sentir celos y temer que llegue otro que te entienda mejor. Soy celoso por naturaleza.
—No debes tener celos o todo se arruinará. No soporto que desconfíen de mí. Preferiría que me engañaras a que dudaras de mí; eso lo perdonaría mejor.
—Yo no podría —respondió él con una sonrisa amarga.

Jenny le apartó el cabello de la frente y le secó los ojos.
—Nos queremos, Helge. Cuando nos alejemos de todo esto y deseemos que todo esté bien, ¿no crees que podremos hacernos felices?

—He visto demasiado. No me atrevo a confiar en mis buenas intenciones ni en las tuyas. Otros han construido sus esperanzas en esto y han fracasado; he visto el infierno que dos personas pueden hacerse mutuamente en la vida. Tendrás que responderme a lo que te pregunté. ¿Me quieres? ¿Quieres ser mía, como lo deseabas en Roma? ¿Lo deseas

más que a cualquier otra cosa en el mundo?

—Te quiero mucho, muchísimo, Helge —dijo ella, llorando con desconsuelo.

—Gracias —respondió él, besándole la mano—. Sé que no puedes evitarlo, pobre querida, que no me quieras.
—Helge —suplicó ella.
—No puedes decir que deseas que me quede porque no podrías vivir sin mí. ¿Te atreves a asumir la responsabilidad de todo lo que pueda pasar si dices que me amas solo para no despedirme con tristeza?

Jenny se quedó mirando hacia el suelo. Helge se puso el abrigo.

—Adiós, Jenny. —Le estrechó la mano.
—¿Te vas a alejar de mí, Helge?
—Sí. Me voy.
—¿Y no volverás?
—No, a menos que puedas decir lo que te pedí.
—No puedo decirlo ahora —susurró ella con agonía.

Helge le rozó el cabello suavemente y se marchó.

Jenny permaneció en el sofá llorando larga y amargamente; su mente estaba en blanco. Cansada de llorar y agotada tras todos estos meses de mezquinas humillaciones y disputas, sintió su corazón vacío y frío. Probablemente Helge tenía razón.

Al cabo de un rato empezó a sentir hambre y, al mirar su reloj, vio que eran las seis. Había estado sentada así durante cuatro horas. Cuando se levantó para ponerse el abrigo, notó que lo había tenido puesto todo el tiempo.

Junto a la puerta vio un pequeño charco de agua que se extendía sobre algunos de sus cuadros apoyados contra la pared. Fue a buscar un trapo para limpiarlo y, al comprender de repente que el charco provenía del paraguas de Helge, apoyó la frente contra la puerta y volvió a llorar.

CAPITULO 8

Su cena no duró mucho. Intentó leer un periódico para distraerse, pero fue inútil; bien podía irse a casa y sentarse allí. En el rellano del piso superior esperaba un hombre alto y delgado. Ella subió los últimos escalones corriendo, pronunciando el nombre de Helge.

—No es Helge —respondió él. Era su padre.

Jenny se quedó sin aliento frente a él, extendiendo las manos.
—Gert, ¿qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?
—Silencio —dijo él, tomándole la mano—. Helge se ha marchado; fue a Kongsberg a visitar a un compañero de escuela. ¿Tenías miedo de que hubiera pasado algo más?
—No lo sé.
—Querida Jenny, estás fuera de ti.

Pasó junto a él y abrió la puerta. Todavía había luz diurna en el estudio y Gert Gram la miró; él también estaba pálido.

—¿Te afecta tanto? Helge dijo que han acordado que no son adecuados el uno para el otro.

Jenny guardó silencio. Al oírlo en boca de otra persona quiso protestar. Hasta ese momento no había comprendido del todo que todo había terminado; Helge se había ido y su amor por él se había extinguido. Todo había acabado, pero le resultaba increíble que fuera así cuando ella no había deseado ese final.

—¿Te duele tanto? —preguntó él de nuevo—. ¿Todavía lo quieres?
—Por supuesto que lo quiero. —Su voz tembló—. Uno no deja de querer de repente a alguien a quien ha querido mucho; no puedo ser indiferente al sufrimiento causado.

Gram no habló de inmediato; se sentó en el sofá, moviendo su sombrero entre los dedos.
—Comprendo que sea doloroso para ambos, pero ¿no crees, Jenny, que es lo mejor?

Ella no respondió.

—No puedo decirte lo contento que estaba cuando te conocí y vi qué clase de mujer había conquistado mi hijo. Me pareció que él había conseguido todo a lo que yo tuve que renunciar. Eras bonita, refinada, inteligente y fuerte. Además, eras una artista talentosa. Hablabas de tu trabajo y de tu amado con alegría. Luego Helge volvió a casa y pareciste cambiar en muy poco tiempo. Las cosas desagradables de nuestro hogar te impresionaban demasiado; parecía imposible que una suegra poco comprensiva arruinara la felicidad de una joven enamorada. Empecé a temer que hubiera una causa más profunda y que te dieras cuenta de que tu amor no era tan fuerte como imaginabas; que era más una emoción pasajera. En Roma estaban solos y libres. ¿No era eso suficiente para despertar una simpatía mutua, incluso si no penetraba en lo más profundo de tu ser?

Jenny lo miraba desde la ventana. Sintió indignación por sus palabras, aunque pudiera tener razón; él no entendía qué era lo que realmente le dolía.

—No es más fácil aunque haya sentido en lo que dices. Quizás tengas razón.
—¿No es mejor que te hayas dado cuenta ahora que más tarde, cuando los lazos fueran más fuertes y el sufrimiento mayor?
—No es eso. —Se interrumpió de repente—. Es que me desprecio a mí misma. He cedido a un impulso y me he mentido; debería haber sabido si podía cumplir mi palabra antes de decir que lo quería. Siempre he odiado esa ligereza y ahora descubro que he hecho exactamente eso.

Gram la miró; palideció y luego se puso colorado.
—Dije que era mejor que dos personas que no se comprendían se dieran cuenta antes de que su relación cambiara sus vidas de forma irreversible. Si ese fuera el caso, deberían intentar lograr la armonía con voluntad. No sé hasta qué punto ustedes dos están afectados.

Jenny se rió con desprecio.
—Entiendo lo que quieres decir. Para mí es tan vinculante haber querido ser suya y no poder cumplir mi promesa, y tan humillante como si

realmente me hubiera entregado a él; quizás incluso más.
—No hablarás así cuando conozcas al hombre que puedas amar con un sentimiento verdadero.

Jenny se encogió de hombros.
—¿De verdad crees en ese amor?
—Sí, lo creo. Sé que los jóvenes encuentran la expresión ridícula, pero yo creo en él por una buena razón.
—Creo que cada uno ama según su individualidad. Yo tenía veintiocho años cuando conocí a Helge y nunca había estado enamorada; estaba cansada de esperar y quise intentarlo. Él era joven y sincero, y me tentó. Me mentí a mí misma, igual que hacen todas las mujeres. Su intensidad me dio calor y estuve dispuesta a imaginar que la compartía, aunque sabía que esa ilusión solo se mantiene mientras no haya una exigencia real. Soy igual de mezquina y falsa que las demás, Gert; puedes estar seguro de que nunca sabré lo que es ese amor grande y verdadero.

—Bueno, Jenny —dijo Gert con su sonrisa melancólica—, Dios sabe que no soy fuerte y he vivido en la mentira durante doce años. Pero yo tenía diez años más que tú cuando conocí a una mujer que me enseñó a creer en ese sentimiento, y mi fe nunca se ha tambaleado.

Permanecieron en silencio.
—¿Y te quedaste con ella? —preguntó Jenny al fin.
—Teníamos los niños. No comprendí entonces que nunca tendría influencia sobre mis propios hijos cuando otra mujer poseía mi corazón. Ella también estaba casada, muy infelizmente. Su marido era un borracho. Pero ambos nos quedamos. Fue parte del castigo por mi relación con aquella que solo gratificaba mis sentidos, pero no era nada para mi alma. Nuestro amor era demasiado hermoso para vivir en una mentira; tuvimos que ocultarlo como un crimen. Créeme, Jenny, no hay otra felicidad que un gran amor.

Se acercó a ella y él se levantó; estuvieron un instante cerca sin hablar.
—Debo irme ahora —dijo él de repente, con voz tensa—. Debo volver a tiempo o ella sospechará algo.

Jenny asintió y lo siguió hasta la puerta.
—No debes creer que tu corazón está más allá del amor; es un corazón

orgulloso. ¿Seguirás contándome entre tus amigos, pequeña?
—Sí, gracias —dijo Jenny, tendiéndole la mano.

Él se inclinó sobre ella y la mantuvo largo rato contra sus labios.

CAPITULO 9

Gunnar Heggen y Jenny Winge iban a exponer juntos en noviembre. Él vino a la ciudad con ese propósito. Había pasado el verano en el campo pintando granito rojo, pinos y cielos azules, y últimamente había estado en Estocolmo, donde vendió un cuadro.

—¿Cómo está Cesca? —preguntó Jenny una mañana, mientras Heggen tomaba una copa en su estudio.
—Cesca está bien. —Gunnar bebió un trago, fumó y miró a Jenny.

Era agradable estar juntos otra vez y hablar de personas y cosas de las que ella se había alejado tanto. Casi parecía que hubiera conocido a Gunnar y a Cesca en un país remoto, más allá de los océanos, donde había trabajado y sido feliz con ellos. Jenny observó su rostro bronceado y su nariz torcida; se la había roto de niño. Cesca decía que aquel golpe había salvado a Gunnar de parecer un figurín de moda.

Había algo de verdad en ello. Sus rasgos, por separado, eran los de un Adonis rústico: cabello castaño rizado sobre una frente ancha, ojos azules acerados y una boca carnosa con dientes blancos. Su cuerpo era robusto y bien proporcionado. Pese a su aspecto algo brutal, sus párpados pesados le daban una expresión inocente y su sonrisa podía ser muy refinada. Sus manos eran manos de trabajo, de dedos cortos, pero sus movimientos resultaban elegantes.

Él se veía más delgado, pero contento, mientras que ella se sentía cansada e insatisfecha. Gunnar había pasado el verano trabajando y leyendo tragedias griegas, a Keats y a Shelley.

—Me gustaría leer las tragedias en el original —dijo él—; voy a aprender griego y latín.
—Dios mío —dijo Jenny—. Me temo que querrás estudiar tantas cosas antes de estar en paz que terminarás por no pintar nada, excepto en vacaciones.
—Tengo que aprender esos idiomas porque voy a escribir unos artículos.
—¿Tú? —rio Jenny—. ¿También vas a escribir artículos?
—Sí; una serie sobre temas distintos. Entre ellos, que debemos

reintroducir el latín y el griego en las escuelas para procurar algo de cultura aquí arriba. No podemos seguir así. Nuestro emblema nacional parece ser una escudilla de madera con rosas pintadas; una imitación torpe del rococó. Así somos de nacionales en Noruega. El mejor elogio que pueden hacerle a alguien en este país es que se ha desligado de la escuela, de la tradición y de las costumbres de la gente civilizada.

—Me gustaría señalar que sería más meritorio intentar apropiarse de los tesoros acumulados en Europa que llamamos cultura. Lo que hacemos es separar una pequeña parte de un todo, un solo adorno, y tallar una copia tan fea que resulta irreconocible. Luego alardeamos de que es original noruego. Lo mismo ocurre con los movimientos espirituales.

—Sí, pero esos pecados ya se cometían cuando la educación clásica era el fundamento oficial.
—Ciertamente, pero era solo una pieza aislada. Un poco de gramática latina. Nunca hemos tenido una imagen completa del espíritu clásico. Mientras no la tengamos, estamos fuera de Europa. Si no consideramos la historia griega y romana como la raíz de nuestra propia cultura, no tenemos cultura europea. No importa cómo fuera esa historia en realidad, sino su versión. Las guerras médicas, por ejemplo, significan para un pueblo vigoroso el florecimiento de los instintos más nobles. Mientras un pueblo crea que tiene cualidades que mantener y un pasado del que enorgullecerse, esos nombres tendrán un encanto especial. Un poeta puede escribir sobre las Termópilas e imprimirle los sentimientos de su época, como hizo Leopardi en su "Oda a Italia". ¿Recuerdas que te lo leí en Roma?

Jenny asintió.
—Es un poco retórico, pero hermoso. ¿Recuerdas la parte sobre Italia, la más hermosa de las mujeres, sentada en el polvo encadenada y con las lágrimas en el regazo? ¿Y cómo desea ser uno de los jóvenes griegos que van a la muerte sin miedo, como si fueran a bailar? Sus nombres son sagrados y Simónides canta alabanzas desde la cima. Y todos los viejos cuentos y parábolas que nunca envejecen. Piensa en Orfeo y Eurídice: la fe del amor vence a la muerte, pero un instante de duda y todo se pierde. Aquí solo saben que es el libreto de una ópera.

—Los ingleses y los franceses han usado los viejos símbolos para crear

arte vivo. En el extranjero hubo personas con instintos tan cultivados que hicieron comprensible el destino de los Atridas como una realidad. Los suecos también tienen conexiones vivas con los clásicos, pero nosotros nunca las hemos tenido. ¿Qué clase de libros leemos y escribimos aquí? Novelas femeninas sobre figuras sin sexo y libros daneses sucios que no interesan a ningún hombre adulto. O sobre algún joven que habla de lo misterioso femenino a una corista que lo engaña porque él no entiende que el enigma se resuelve con una buena tunda.

Jenny se rió. Gunnar caminaba de un lado a otro.
—Hjerrild está trabajando en un libro sobre la Esfinge. Yo también conocí a la señora una vez. No llegué a darle una paliza, pero la quise lo suficiente como para sentirme mal cuando descubrí su engaño. Ya lo he superado. No creo que haya nada que no puedas superar con el tiempo y esfuerzo.

Jenny guardó silencio un segundo antes de hablar.
—Cuéntame de Cesca.
—Bueno, no creo que haya tocado un pincel desde que se casó. Cuando fui a verlos ella abrió la puerta; no tienen empleada. Llevaba un gran delantal y una escoba en la mano. Tienen un estudio y dos habitaciones pequeñas; no pueden trabajar los dos en el estudio y ella dice que la casa le quita todo el tiempo. La primera mañana que estuve allí se la pasó en el suelo barriendo y limpiando el polvo de las esquinas. Luego fregó y deberías haber visto con qué torpeza lo hacía todo. Salimos juntos a comprar comida e íbamos a almorzar. Cuando Ahlin llegó a casa, ella se retiró a la cocina; cuando por fin el almuerzo estuvo listo ella estaba empapada, pero la comida no estaba mal. Lavó los platos de la manera más poco práctica. Los invité a cenar conmigo y la pobrecita se alegró mucho de no tener que cocinar ni lavar.

—Si llegan los hijos, Cesca habrá terminado con la pintura; sería una lástima. No puedo evitar pensar que es triste.
—No lo sé —dijo Jenny—. El esposo y los hijos siempre ocupan el primer lugar para una mujer; tarde o temprano anhelará tenerlos.
Gunnar la miró y suspiró.
—Si se quieren, supongo.
—¿Crees que Cesca es feliz con Ahlin?

—En realidad no lo sé. Creo que le tiene mucho cariño; en cualquier caso, todo el tiempo era: "Lennart piensa", "¿Quieres?", "¿Debo?", "¿Crees que la salsa está bien, Lennart?". Ha empezado a hablar una mezcla horrible de sueco y noruego. Debo decir que no termino de entender su relación. Él estaba muy enamorado de ella y no es déspota, todo lo contrario, pero nuestra pequeña Cesca se ha vuelto acobardada y humilde. No pueden ser solo las preocupaciones del hogar, aunque parecían pesar sobre ella. No tiene talento para eso, pero es concienzuda a su manera y, según entiendo, andan mal de dinero.

—Quizás ha cometido el error de contarle toda su historia de principio a fin, lo de Hans Hermann, Norman Douglas y Hjerrild. Puede haber sido abrumador.
—Cesca nunca ha ocultado sus actos; estoy segura de que él conocía su pasado.
—Bueno —dijo Gunnar, preparándose otra copa—, puede que haya habido algún detalle que mantuvo en secreto hasta ahora y pensó que debía contárselo a su marido.
—Qué vergüenza, Gunnar —dijo Jenny.
—Nunca se sabe con Cesca. Su versión de lo de Hans Hermann es peculiar, aunque estoy seguro de que no hizo nada malo. En general, no veo qué diferencia le hace a un hombre que su esposa haya tenido otros amores antes, siempre que haya sido leal mientras duraron. Esa reclamación de inocencia física es cruda; si una mujer ha querido realmente a un hombre, es mezquino dejarlo sin haberle hecho un regalo. Naturalmente, uno preferiría que su esposa nunca hubiera querido a nadie más, así que quizás se piense diferente cuando se trata de la mujer propia. Los prejuicios y la vanidad cuentan.

Jenny bebió un sorbo y estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo. Gunnar se había detenido junto a la ventana, de espaldas a ella y con las manos en los bolsillos.

—Es triste, Jenny. Me refiero a cuando encuentras a una mujer con verdadero talento que disfruta desarrollando su don, que se siente un individuo capaz de decidir por sí misma y tiene la voluntad de cultivar lo valioso; y entonces, un buen día, se desperdicia con un hombre y lo abandona todo por un miserable macho. ¿No crees que es triste?
—Lo es, pero así estamos hechas todas nosotros.

—No lo entiendo. Los hombres nunca las entendemos y creo que es porque no concebimos que seres racionales carezcan tanto de amor propio. La mujer no tiene alma. Ustedes admiten que los amoríos son lo único que realmente les interesa.
—Hay hombres que hacen lo mismo, al menos en su comportamiento.
—Sí, pero un hombre decente no respeta a esos afeminados. Oficialmente no deseamos que se considere más que una diversión natural junto al trabajo. Un hombre capaz desea una familia porque puede proveer para otros y quiere que alguien continúe su labor. Pero seguramente la mujer tiene otras misiones.
—Es solo palabrería, a menos que ella quiera ser un ser racional y trabajar en lugar de contentarse con ser solo una hembra. ¿De qué sirve producir hijos si no van a tener otro propósito que la producción continua?

—Puede ser verdad hasta cierto punto —dijo Jenny, sonriendo.
—Sé que lo es. He visto suficiente. Recuerdo a una chica en clase de inglés; quería aprender el idioma para hablar con marinos extranjeros. El único objetivo de las chicas era conseguir un puesto en Inglaterra o Estados Unidos. Nosotros estudiábamos por gimnasia mental y para completar lo aprendido en la escuela; las chicas leían novelas. Toma el socialismo, por ejemplo: ¿crees que alguna mujer tiene idea de lo que significa si no tiene un marido que se lo explique? Las mujeres creen que la libertad consiste en no trabajar y no tener restricciones. No tienen sentido de la belleza; solo quieren vestirse con lo más feo y caro porque está de moda. Mira los hogares que arreglan: cuanto más ricos, más feos. No puedes negarlo. Y no mencionaré su moral, porque no tienen ninguna, ni su trato hacia nosotros; la forma en que se tratan entre ustedes es repugnante.

Jenny sonrió. Pensó que tenía razón en unas cosas y estaba equivocado en otras, pero no quiso discutir.
—¿No eres demasiado duro con nosotras? —se aventuró.
—Lo verás todo impreso un día —dijo él con suficiencia.
—Hay algo de verdad, pero no todas somos iguales; hay diferencias de grado.
—Ciertamente, pero lo que he dicho se aplica a todas hasta cierto punto. ¿Y sabes por qué? Porque lo principal para ustedes es un hombre, uno que tienen o uno que echan de menos. El trabajo nunca es algo serio

para ustedes. Para las mejores lo es por poco tiempo porque están seguras de que "él" aparecerá. Cuando el tiempo pasa y no aparece, se vuelven flojas e insatisfechas.

Jenny asintió.
—Mira, Jenny. Siempre te he puesto al nivel de un hombre de primera. Pronto cumplirás veintinueve años, la edad adecuada para empezar un trabajo independiente. ¿No querrás decir que ahora deseas cargarte con marido, hijos y quehaceres que solo serían ataduras para tu trabajo?

Jenny se rió suavemente.

—Si tuvieras todas esas cosas y fueras a morir, rodeada de esposo e hijos, y sintieras que no has alcanzado lo que sabías que podrías haber logrado, ¿no crees que te arrepentirías? Estoy seguro de que sí.
—Sí, pero si hubiera alcanzado la meta más lejana de mis capacidades y supiera, al morir, que mi trabajo viviría mucho tiempo después de mi partida, y estuviera sola, sin un alma viviente que me perteneciera, ¿no crees que también me arrepentiría entonces?

Heggen guardó silencio un momento.
—Sí. El celibato no es lo mismo para las mujeres que para los hombres. A menudo significa quedar excluidas de las cosas de la vida a las que la gente da más importancia; simplemente, grupos enteros de órganos, mentales y físicos, se atrofian por falta de uso. A veces casi deseo que fueras un poco frívola de una vez y terminaras con eso, para que pudieras trabajar en paz después.
—Las mujeres que han sido frívolas, como dices, no terminan con ello. Si se decepcionan la primera vez, esperan mejor suerte la siguiente. Uno no se conforma con la decepción y, antes de que te des cuenta, has acumulado muchos intentos.
—Tú no —dijo él con rapidez.
—Gracias. Es nuevo oírte hablar así. Siempre has dicho que cuando las mujeres comienzan esa vida, invariablemente terminan siendo arrastradas por completo.
—La mayoría sí. Pero debe haber excepciones. Se aplica a aquellas que no tienen más instintos que un hombre, no a las que son algo por sí mismas y no solo de sexo femenino. ¿Por qué, por ejemplo, no podrías ser fiel a un hombre incluso si ambos vieran que no pueden renunciar a

todo para atarte como su esposa para siempre? El amor siempre muere tarde o temprano. No te dejes engañar en ese punto.
—Sí, lo sabemos, pero aun así no lo creemos. —Se rió—. No, amigo mío; o amamos y creemos que es lo único por lo que vale la pena vivir, o no amamos y somos infelices por ello.
—Jenny, no me gusta oírte hablar así. Sentirse en pleno vigor, con todas las facultades alerta, listo para producir y hacer lo máximo de uno mismo, trabajar; eso es lo único por lo que vale la pena vivir, créeme.

CAPITULO 10

Jenny se inclinó sobre los crisantemos de Gert Gram.
—Me alegra mucho que le gusten mis cuadros.
—Sí, me gustan mucho, especialmente el de la muchacha de los corales, como ya le dije.

Jenny negó con la cabeza.
—Creo que el colorido es precioso —añadió Gram.
—No está bien terminado. La bufanda y el vestido deberían estar más trabajados, pero cuando lo pintaba, tanto Cesca como yo estábamos distraídas por otras cosas.

Después de un rato, ella preguntó:
—¿Recibe noticias de Helge? ¿Cómo está?
—No escribe mucho. Está trabajando en el ensayo para su doctorado; ya sabe que se preparó para eso en Roma. Dice que está bien. No le escribe nada a su madre y ella está muy molesta por ello. No ha mejorado como compañera, lamento decirlo; no es feliz en este momento, pobrecita.

Jenny movió las flores hacia su escritorio y comenzó a arreglarlas.
—Me alegra que Helge esté trabajando de nuevo. No logró hacer mucho en verano.
—Usted tampoco, querida.
—No, es verdad, y lo peor es que aún no he podido empezar. No me siento inclinada a hacerlo. Pensaba empezar a grabar al aguafuerte este invierno, pero...
—¿No cree que es natural que una decepción como la suya tarde en superarse? Su exposición es un éxito y ha recibido buenas críticas. ¿No es suficiente para que quiera volver a trabajar? Ya tiene una oferta por el cuadro del Aventino, ¿piensa aceptarla?

Ella se encogió de hombros.
—Por supuesto. Estoy obligada a aceptar; siempre necesitan dinero en casa. Además, debo ir al extranjero; no me conviene quedarme aquí mucho tiempo.
—¿Quiere ir al extranjero? —dijo Gram suavemente, mirando hacia el suelo—. Supongo que sí; es natural.

—Esta exposición... —dijo Jenny, sentándose en la mecedora—. Todos mis cuadros los pinté hace tanto tiempo, o al menos eso me parece. El boceto del Aventino lo terminé el día que conocí a Helge, y el cuadro lo pinté mientras estábamos juntos; el de Cesca también. Y el de Stenersgaten, en su oficina, mientras esperaba que él volviera a casa. No he hecho nada desde entonces. ¿Así que Helge está trabajando de nuevo?
—Es natural, querida, que una experiencia como la suya deje huellas más profundas en una mujer.
—Sí, una mujer; esa es toda la miseria. Es típico de una mujer volverse desinteresada y perezosa por un amor que ni siquiera existe.

—Querida Jenny —dijo Gram—, me parece normal que le lleve algún tiempo superarlo; uno siempre lo hace y entonces comprende que la experiencia no ha sido en vano, sino que el alma se ha enriquecido de una u otra manera.
Jenny no respondió.
—Estoy seguro de que hay mucho que no le habría gustado perderse: todos los días felices con su amigo en ese hermoso país. ¿No tengo razón?
—¿Quiere decirme una cosa, Gert? ¿Es su propia experiencia personal que haya podido enriquecer su alma con los incidentes de su vida?

Él dio un respingo, como herido por su franqueza; pasó un momento antes de que respondiera.
—Es algo muy diferente. Las experiencias que son resultado del pecado, y no me refiero al pecado en el sentido ortodoxo, sino a las consecuencias de actuar en contra del propio entendimiento, nunca son dulces. Mis experiencias han hecho mi vida más profunda de lo que podría haberlo hecho una desgracia menor, ya que fue mi destino no alcanzar la mayor felicidad. Siento que me ayudará a entender el verdadero significado de la vida. En su caso es distinto; incluso si su felicidad resultó pasajera, fue pura mientras duró, porque creyó en ella y la disfrutó sin reservas. No engañó a nadie más que a sí misma.

Jenny guardó silencio. Habría tenido mucho que objetar, pero sintió que él no la entendería.
—¿No recuerda las palabras de Ibsen? Aunque encalle mi nave, fue grandioso navegar los mares.

—Me sorprende que repita esas palabras, Gert. Hoy en día tenemos demasiado sentido de la responsabilidad para aceptar ese razonamiento. Si naufrago y me hundo, trataré de no inmutarme si sé que no he sido yo quien ha encallado la nave. Los mejores marineros prefieren hundirse con su barco si la culpa es suya antes que sobrevivir al desastre.
—Opino que uno mismo es responsable de cada desgracia —dijo Gram sonriendo—, pero que casi siempre puede extraer algún beneficio espiritual de ella.
—Estoy de acuerdo con usted en lo primero, y en lo segundo con la condición de que la desgracia no consista en la pérdida de la propia autoestima.

—No debería tomar esto tan en serio; está excitada y amargada. Recuerdo lo que dijo el día que Helge se fue, pero no puede querer decir que uno debe apagar cualquier afecto al nacer a menos que pueda garantizar que durará hasta la muerte, que soportará toda adversidad y que entenderá la personalidad del otro a la perfección para evitar un cambio de opinión posterior.
—Sí —dijo Jenny bruscamente.
—¿Ha sentido usted esto alguna vez? —preguntó Gram.
—No, pero lo sé. Siempre supe que debería ser así. Pero cuando tenía veintiocho años y seguía soltera, anhelando amar y ser amada, y Helge llegó y se enamoró de mí, dejé de lado todas mis exigencias y acepté lo que podía conseguir. Pensé que todo iría bien, aunque en el fondo no estaba segura. Déjeme contarle lo que me dijo mi amigo Heggen: él desprecia a las mujeres y tiene razón. No tenemos autoestima y somos tan perezosas que nunca decidimos moldear nuestra felicidad por nosotras mismas. En secreto, todas esperamos que un hombre venga y nos ofrezca la felicidad para no tener que hacer ningún esfuerzo. Las más femeninas se aferran al hombre que puede darles ocio y adornos; las que anhelan ser buenas y fuertes todavía esperan encontrarse con un hombre y llegar a ser lo que quieren a través de su amor. Podemos trabajar un tiempo en serio, pero en nuestros corazones esperamos una alegría mayor que no podemos adquirir con el trabajo, sino que debemos recibir como un regalo. Las mujeres nunca llegamos al punto en que nuestro trabajo lo sea todo para nosotras.

—¿Cree que solo el trabajo es suficiente para un hombre? Nunca —dijo Gram.

—Lo es para Gunnar. Él mantendrá a las mujeres en su lugar correcto, como una distracción.
Gram se rió.
—¿Qué edad tiene su amigo Heggen? Espero que algún día cambie de opinión sobre la influencia más decisiva de la vida.
—Yo no lo espero —dijo Jenny con vehemencia—; espero aprender algún día a poner estas tonterías sobre el amor en su lugar correcto.
—Querida Jenny, habla como si no tuviera sentido común, aunque sé que lo tiene —dijo Gram con una sonrisa melancólica—. ¿Quiere que le cuente lo que sé sobre el amor? Si no creyera en él, no tendría fe en los hombres ni en mí mismo. ¿Cree que solo las mujeres encuentran sus corazones vacíos si solo tienen el trabajo? No hay una sola alma que no tenga momentos de duda sobre sí misma. Uno debe tener a alguien a quien poder entregar lo mejor de sí: su amor y su confianza.

—Cuando digo que mi propia vida desde mi matrimonio ha sido un infierno, no exagero, y si he podido soportarla de alguna manera es porque creo que el amor que Rebeca me tiene la exonera en parte. Sé que el placer mezquino que siente al tener el poder de atormentarme y humillarme con sus celos y su rabia es una caricatura del amor traicionado, y es una especie de satisfacción para mi sentido de la justicia que haya una razón para mi infelicidad. La traicioné cuando tomé su amor sin darle el mío, secretamente con la intención de darle solo migajas, la moneda pequeña del amor, como pago por lo mejor de sí misma que me ofrecía. Si la vida castiga tan despiadadamente cada pecado contra la santidad del amor, me demuestra que no hay nada más sagrado y que aquel que es fiel a su ideal de amor cosechará su recompensa en la mayor y más pura dicha.

—Una vez te dije que conocí y amé a una mujer cuando ya era demasiado tarde. Ella me había querido desde que éramos niños sin que yo lo supiera o quisiera saberlo. Cuando se enteró de mi boda, aceptó a un hombre que juró que ella podía salvarlo y elevarlo si se casaba con él. Sé que despreciarías cualquier medio de salvación así, pero no sabes, niña, cómo actuarías tú misma si supieras que el ser a quien amas con toda tu alma está en brazos de otro, y encontraras tu vida indigna de ser vivida, y si oyeras a un ser humano perdido pedirte que le des la vida que no valoras para salvarlo.

—Helene era infeliz y yo también. Más tarde nos encontramos, nos comprendimos y llegamos a una explicación que, sin embargo, no dio como resultado lo que la gente llama felicidad. Ambos estábamos atados por lazos que no nos atrevíamos a romper, y debo admitir que mi amor por ella cambió a medida que la esperanza de hacerla mi esposa moría lentamente, pero su recuerdo es el tesoro más grande de mi vida. Ahora vive en otra parte del mundo, dedicando su vida a sus hijos y tratando de aliviarles la miseria de vivir con un padre que es un borracho y un despojo moral. Por ella me he aferrado a mi fe en la pureza del alma humana, en su belleza y su fuerza, y en el amor. Sé también que mi recuerdo inspira a Helene la fuerza para seguir luchando y sufriendo, porque me ama hoy como lo hacía en nuestra infancia, y cree en mí, en mi talento, en mi amor y en que yo era digno de un mejor destino. Todavía soy algo para ella, ¿no crees?

Jenny no respondió.

—La felicidad en la vida no es solo ser amado, Jenny; la mayor felicidad es amar.
—Una felicidad muy pobre, diría yo, amar cuando tu amor no es correspondido.

Él se quedó callado un rato, mirando hacia el suelo; luego dijo casi en un susurro:
—Grande o pequeña, es felicidad saber de alguien de quien uno solo piensa bien, de quien uno puede decir: Dios le dé felicidad porque la merece; dale todo lo que yo nunca tuve. Ella es pura y hermosa, bondadosa y dulce, talentosa y amable. Significa felicidad para mí, querida Jenny, poder rezar así por ti. No es nada que debas temer, pequeña.

Se había levantado y ella también lo hizo, haciendo un movimiento como si tuviera miedo de que él se acercara. Gram se detuvo y sonrió.
—¿Cómo podrías no haberlo visto, tú que eres tan inteligente? Pensé que lo viste antes de que yo mismo lo entendiera. Ha llegado con toda naturalidad. Mi vida se encamina hacia la vejez, la inactividad, la oscuridad y la muerte, y sabía que nunca alcanzaría lo que he anhelado toda mi vida. Entonces te conocí. Eres para mí la mujer más gloriosa que he conocido; tenías los mismos ideales que yo una vez tuve y

estabas en camino de alcanzarlos. ¿Cómo podía evitar clamar en mi corazón: Dios la ayude a triunfar? No permitas que se desperdicie como yo lo he sido.

—Fuiste tan dulce conmigo; viniste a verme a mi rincón y me hablaste de ti. Me escuchaste, me entendiste y tus hermosos ojos estaban llenos de compasión, suaves y amorosos. Queridísima, ¿estás llorando? —Le tomó ambas manos y las apretó apasionadamente contra sus labios—. No llores, querida; no debes. ¿Por qué lloras? Estás temblando, dime por qué lloras así.
—Es todo tan triste —sollozó ella.
—Siéntate aquí. —Él estaba de rodillas ante ella; por un segundo apoyó la frente contra la rodilla de la joven—. No llores por mí. ¿Crees por un momento que deseo no haberte conocido nunca? Si has amado y deseas que nunca hubiera sido, es que no has amado de verdad. Créeme, es así. No, Jenny, ni por todo el mundo renunciaría a lo que siento por ti.

—Y no debes llorar por ti misma. Serás feliz, lo sé. De todos los hombres que te amarán, uno se pondrá a tus pies algún día, como yo ahora, y dirá que para él es la vida misma estar allí, y tú también lo pensarás. Comprenderás que estar así sentada con él es la única felicidad para ti, aunque sea un breve momento de descanso después de un día lleno de trabajo y dificultades; y en la más pobre de las cabañas, una felicidad mucho mayor que si te convirtieras en la mejor artista que haya existido y disfrutaras de la más alta medida de fama y alabanza. ¿No es eso lo que tú misma crees?
—Sí —susurró, exhausta de llorar.

—No debes desesperar de alcanzar esa felicidad algún día. Todo el tiempo que te esfuerzas por convertirte en una verdadera artista y en una mujer buena y capaz, anhelas encontrar a alguien que piense que todo lo que has hecho para lograr tu objetivo está bien y que te ama por ello. ¿No es así, Jenny?

Ella asintió y Gram le besó las manos con reverencia.
—Ya has alcanzado la meta. Eres todo lo que es bueno y refinado, orgullosa y adorable. Lo digo yo, y algún día un hombre más joven, mejor y más fuerte dirá lo mismo, y serás feliz de escucharlo. ¿No te complace un poco oírme decir que eres la niña más buena, dulce y

maravillosa del mundo? Mírame, Jenny. ¿No puedo darte un poco de placer diciéndote que creo que tendrás toda la felicidad posible porque la mereces?

Ella miró hacia el rostro de él, tratando de sonreír; luego, inclinando la cabeza, pasó las manos sobre su cabello.
—Ay, Gert, no pude evitarlo. No quería hacerte daño.
—No te aflijas por eso, pequeña. Te amo porque eres lo que quieres ser, lo que yo una vez esperé ser. No debes entristecerte por mi culpa, aunque creas que me has causado dolor; hay penas que son buenas y llenas de bendición, te lo aseguro.

Ella siguió llorando con suavidad. Al poco rato susurró:
—¿Puedo venir a verte de vez en cuando? ¿No me llamarás cuando estés triste? Me gustaría mucho tratar de ser de alguna ayuda para mi querida niña.
—No me atrevo, Gert.
—Querida niña, soy un hombre viejo; recuerda que podría ser tu padre.
—Por tu bien, quiero decir. No está bien.

—Sí, Jenny. ¿Crees que pienso menos en ti cuando no te veo? Solo pido verte, hablar contigo, tratar de hacer algo por ti. Déjame venir, te lo ruego.
—No lo sé, no sé qué decir, pero por favor vete ahora. No puedo soportar más hoy, todo es tan terrible. Vete ahora, querido.

Él se levantó lentamente.
—Me iré. Adiós, Jenny. Querida niña, estás fuera de ti.
—Sí —respondió ella en un susurro.
—Me voy ahora, pero quiero verte antes de tu partida. Volveré cuando te hayas recuperado y no tengas miedo de mí; no hay razón para ello, querida.

Ella guardó silencio un momento; luego, de repente, lo atrajo hacia sí por un instante y rozó su mejilla con los labios.
—Vete ahora, Gert.
—Gracias. Dios te bendiga, Jenny.

Cuando él se marchó, ella se paseó por la habitación, estremeciéndose

sin saber por qué. En su corazón sintió cierto placer al recordar las palabras de Gert cuando estaba de rodillas ante ella. Siempre lo había visto como un hombre débil, alguien que se había dejado arrastrar y pisotear, como suele ocurrirles a los caídos. Pero ahora, de repente, se le revelaba con una gran fortaleza de alma, como un ser lo bastante rico y dispuesto a ayudar, mientras ella se sentía desconcertada y enferma de anhelo tras el escudo de opiniones que había construido para protegerse.

Le había pedido que se marchara porque ella se sentía profundamente pobre y se había quejado de su necesidad ante quien creía igual de carente; pero él le había mostrado su riqueza, ofreciéndose a ayudarla desde su abundancia. Fue la humillación lo que la llevó a pedirle que se fuera. Aceptar un afecto al que no podía corresponder siempre le había parecido algo mezquino, pero nunca imaginó que llegaría a necesitar ese tipo de ayuda.

A él no se le había permitido continuar su obra y el amor que albergaba nunca llegó a concretarse; sin embargo, no desesperaba. Aquella era, probablemente, la ventaja de tener fe. No importaba tanto en qué se creyera, siempre que hubiera alguien más allá de uno mismo en quien confiar, pues resulta imposible vivir amando y confiando únicamente en uno mismo.

Jenny estaba familiarizada con la idea de la muerte voluntaria. Si muriera en ese momento, habría unos pocos que lo sentirían, pero ninguno que no pudiera seguir viviendo sin ella, ni nadie para quien fuera tan necesaria como para sentir el deber de prolongar su existencia. Siempre que no supieran que ella lo había provocado, su madre y sus hermanas la llorarían un año y luego la recordarían con suave melancolía. Cesca y Gunnar lo sentirían más que nadie, pues comprenderían su infelicidad, pero ella ya no formaba parte de sus vidas. Quien más la amaba la echaría de menos, pero como ella no tenía nada que darle, él podría amarla igual de bien estando muerta. Amarla era la felicidad de él, pues él tenía la capacidad de ser feliz; pero si ella no la tenía, no valía la pena vivir. El trabajo no podía llenar su vida hasta el punto de anular cualquier otro deseo. ¿Por qué seguir viviendo solo por un talento? Nadie obtenía más placer de su arte que ella misma al ejercerlo, y ese placer no era suficiente para satisfacerla.

Gunnar no tenía razón al decir, con brutalidad, que ella era una mártir de su propia virtud. Eso podía remediarse, pero ella no se atrevía, pues temía encontrar más tarde aquello que realmente anhelaba. Lo menos satisfactorio de todo sería vivir junto a otro ser humano y, en lo más íntimo del alma, estar tan sola como antes. No pertenecería a un hombre ni se sometería a las intimidades físicas y mentales para descubrir un día que no lo conocía, que él nunca la había conocido y que jamás habían hablado el mismo lenguaje.

Vivía porque estaba esperando; no quería un amante, pues esperaba a un maestro, y no deseaba morir ahora que estaba a la espera. No iba a tirar su vida de ningún modo; no podía morir tan pobre como para no tener nada amado de lo que despedirse. No se atrevía, porque quería creer que algún día las cosas serían diferentes.

No quedaba más que retomar la pintura, aunque probablemente no serviría de mucho estando, como estaba, enferma de amor. Se rió. Eso era exactamente lo que le pasaba: estaba enferma de amor. El objeto no existía por el momento, pero el amor estaba allí.

Jenny fue a la ventana. En la oscuridad, el cielo se veía casi violeta, y los tejados, las chimeneas y los cables del teléfono se fundían en un tono gris durante el crepúsculo. Una luz rojiza ascendía de las calles, coloreando la neblina escarchada. El rodar de los carruajes y el chirrido de un tranvía se escuchaban con nitidez sobre el suelo helado. No tenía ganas de ir a cenar a casa, pero como se lo había prometido a su madre, apagó la estufa y se marchó.

El frío era crudo y húmedo; la niebla olía a hollín, gas y polvo helado. La calle de su estudio era aburrida. Bajaba desde el centro con su ruido y su tráfico, sus escaparates brillantes y el ir y venir de la gente, para terminar ante los muros grises y sin vida de la fortaleza. Las casas a ambos lados se veían desiertas: los edificios modernos de piedra y cristal, donde los jóvenes trabajaban bajo luces blancas tras los ventanales, y las casas viejas, bajas y marrones, con persianas de lino en las oficinas. Aquí y allá, tras un cristal con cortinas y macetas, se adivinaba un hogar humilde, viviendas solitarias en una calle que quedaba desierta por la noche. Las tiendas no eran de las que atraían clientela constante. Algunas vendían papel pintado o adornos de yeso;

otras eran tiendas de muebles con escaparates llenos de camas vacías de caoba y sillas de roble barnizado en las que parecía que nadie se sentaría jamás.

En un portal había un niño pequeño, un chico con la cara amoratada por el frío y una gran cesta en el brazo. Miraba a dos perros peleando en medio de la calle, levantando una nube de polvo helado. Dio un respingo cuando los perros se acercaron rodando al lugar donde estaba.

—¿Tienes miedo? —preguntó Jenny. Como el niño no respondía, continuó—: ¿Quieres que te ayude a pasar junto a ellos? Él se puso a su lado inmediatamente, pero no habló.

—¿Para dónde vas? ¿Dónde vives?

—En Voldgata.

—¿Viniste hasta aquí a hacer un recado, siendo tan pequeño? Has sido muy valiente.

—Tratamos con Aases en esta calle porque papá lo conoce —fue la respuesta del niño—. Esta cesta es muy pesada.

Jenny miró a su alrededor; la calle estaba casi vacía.

—Dámela. Te la llevaré un trecho.

El niño le dio la cesta de mala gana.

—Toma mi mano hasta que hayamos pasado a esos perros. ¡Qué frías tienes las manos! ¿No tienes guantes?

El niño negó con la cabeza.

—Pon la otra mano en mi manguito. ¿No quieres? ¿Crees que es una tontería que un niño lleve un manguito? ¿Es eso?

Recordó a Nils cuando era pequeño; a menudo lo había añorado. Ahora era grande y tenía muchos amigos; estaba en una edad en que no era

divertido pasear con una hermana mayor. Ahora rara vez venía a su estudio. El año que ella había estado en el extranjero y los meses que había pasado con Helge habían cambiado sus relaciones; quizás cuando creciera volverían a ser amigos como antes. Probablemente sí, porque se querían, pero por ahora él era feliz sin ella. Deseaba que fuera un niño pequeño ahora, para poder tomarlo en su regazo y contarle historias llenas de aventuras mientras lo lavaba, desvestía y besaba; o un poco más grande, como en la época en que salían juntos de excursión a Nordmarken, y el camino a la carnicería era largo y estaba lleno de acontecimientos notables.

—¿Cómo te llamas, pequeño?

—Ausjen Torstein Mo.

—¿Cuántos años tienes?

—Seis.

—Supongo que aún no vas a la escuela.

—No, pero iré en abril.

—¿Crees que será agradable?

—No, el maestro es muy estricto. Óscar va a la escuela, pero no estaremos juntos, porque lo pasan al segundo curso.

—¿Óscar es tu amigo? —preguntó Jenny.

—Sí; vivimos en la misma casa.

Tras una breve pausa, Jenny volvió a hablar:

—¿No sientes pena de que no haya nieve? Tienes la colina junto a la bahía donde puedes deslizarte en trineo. ¿Tienes trineo?

—No, pero tengo raquetas de nieve y esquís.

Habían doblado en otra calle. Jenny soltó la mano del niño y miró la cesta. Era tan pesada y Ausjen tan pequeño que la siguió llevando, aunque no le gustaba que la vieran con un pobre pequeño golfillo en una calle elegante. Le habría gustado llevarlo a la confitería, pero pensó que sería bastante embarazoso si se encontraba con algún conocido allí.

En la oscura Voldgata volvió a tomarle la mano y llevó la cesta hasta la casa donde vivía, dándole una moneda como regalo de despedida.

De camino por la ciudad compró bombones y un par de guantes rojos de lana para enviar a Ausjen. Era agradable poder dar a alguien una alegría inesperada. Podría intentar conseguir que posara para ella como modelo, pero era muy pequeño para estar tanto tiempo sentado. Pobre manita; se había calentado en la suya, y le parecía que le había hecho bien sostenerla. Sí, quería intentar pintarlo; tenía una carita rara. Le daría leche con un poco de café y un buen panecillo con mantequilla, y trabajaría y hablaría con Ausjen…

Tercera parte

CAPITULO 1

Hacia el anochecer de una clara y tranquila tarde de mayo, una neblina cubría los rincones oscuros de la ciudad; los muros desnudos se veían de un rojo amarillento y las chimeneas de las fábricas de un marrón pálido a la luz del sol. Casas grandes y pequeñas, tejados altos y bajos, se recortaban contra el aire gris violáceo, cargado de polvo, humo y vapores. Un pequeño árbol junto a un muro rojo mostraba diminutas hojas verde amarillentas, transparentes bajo el sol.

El moho en los muros de tablas de los talleres era verde brillante y las motas de hollín en las paredes de las fábricas eran negras como el carbón en algunos lugares y en otros estaban cubiertas por una fina y brillante película plateada.

Jenny había estado paseando toda la mañana por las afueras de la ciudad, donde el cielo se alzaba azul oscuro y cálido sobre las copas de los pinos verde oliva dorado y los brotes color ámbar de los árboles, pero aquí en la ciudad, sobre las altas casas y la red de cables telefónicos, se estaba volviendo pálido tras un fino velo de niebla opalina. Esta era la más bonita de las dos vistas, aunque Gert no podía verlo. Para él, la ciudad siempre era fea, gris y sucia; era la ciudad que habían maldecido todos aquellos jóvenes de los años ochenta que se habían visto obligados a establecerse allí para trabajar. Probablemente estaba en ese momento junto a su ventana, mirando al sol, y para él el juego de la luz en líneas y colores no merecía la pena; era solo un rayo de sol fuera de la ventana de su prisión.

Se detuvo a unos pasos de su puerta, mirando a un lado y otro de la calle, como de costumbre. No había nadie conocido, solo gente de negocios de camino a casa. Eran más de las seis. Subió corriendo las escaleras, esos terribles escalones de hierro que resonaban con sus pasos cuando se escabullían de sus habitaciones a altas horas de las noches de invierno. Las paredes desnudas parecían conservar siempre el aire frío y crudo.

Se apresuró por el corredor y dio los tres golpes de costumbre en su

puerta. Gram abrió. La abrazó con un brazo y cerró la puerta con llave con la otra mano mientras se besaban. Por encima del hombro de él, pudo ver las flores sobre la mesita, con vino y frutas exóticas en un cuenco de cristal. Había una ligera neblina de humo de cigarrillo en la habitación y ella supo que él había estado sentado allí desde las cuatro esperándola.

—No pude venir antes —susurró ella—. Sentía muchísimo hacerte esperar.
Cuando él la soltó, se acercó a la mesa, inclinándose sobre las flores.
—Tomaré dos y me pondré guapa, ¿puedo? Me estoy volviendo muy mimada desde que vengo a ti, Gert.
Le tendió las manos.
—¿Cuándo tienes que irte? —preguntó él, besándole los brazos con ternura.

Jenny inclinó la cabeza.
—Prometí volver para cenar. Mamá siempre me espera despierta y ahora está muy cansada; me necesita por las noches para ayudarla con una cosa u otra —dijo rápidamente—. No es tan fácil salir de casa, ¿sabes? —susurró a modo de disculpa.

Él escuchó sus palabras con la cabeza inclinada. Cuando ella se acercó, la tomó en sus brazos de modo que su rostro quedó oculto contra su hombro. No podía mentir, pobrecita, al menos no tan bien como para que él lo creyera ni un solo momento. En invierno, el breve tiempo de su amor, y a principios de primavera, siempre podía estar fuera de casa.

—Es molesto, Gert, pero ahora que vivo en casa es mucho más difícil arreglarlo; sabes que tengo que estar allí porque mamá necesita el dinero además de la ayuda. Estuviste de acuerdo conmigo en que era mejor que me trasladara a casa, ¿verdad?

Gert asintió. Estaban sentados en el sofá muy juntos, con la cabeza de Jenny apoyada en su hombro, de modo que ella no podía verle el rostro.
—Estuve en el campo esta mañana, caminando por donde solíamos ir juntos. Volvamos pronto, pasado mañana si hace buen tiempo, ¿quieres? Estás triste porque tengo que irme a casa tan temprano hoy, ¿verdad?
—Querida mía, ¿acaso no te lo he dicho ya miles de veces? —Por su

voz ella pudo notar que decía esto con su sonrisa melancólica de nuevo —. Estoy agradecido por cada segundo de tu vida que me das.
—No hables así, Gert —dijo ella, dolida.
—¿Por qué no iba a decirlo si es cierto? Queridísima niña, ¿crees que olvidaré jamás que todo lo que me has dado es como una gracia principesca, y que nunca podré entender cómo llegaste a dármelo?
—Cuando el invierno pasado me di cuenta de cuánto me amabas realmente, me dije que debía parar. Pero entonces comprendí que no podía estar sin ti, y así me entregué a ti. ¿Eso fue una gracia? ¿Cuando no pude dejarte ir?
—Yo lo llamo una gracia inconcebible que llegaras a amarme.

Se acurrucó en sus brazos sin hablar.
—Mi propio amor, tan joven y dulce eres...
—No soy joven, Gert. Cuando me conociste, ya empezaba a envejecer sin haber sido nunca joven. Tú me pareciste joven, mucho más joven de corazón que yo, porque aún creías en lo que yo llamaba sueños infantiles y solía burlarme de ellos. Me has hecho creer en el amor, la ternura y todas esas cosas.

Gert Gram sonrió y susurró:
—Quizás mi corazón no era más viejo que el tuyo, porque me parecía que nunca había tenido juventud, y en lo más profundo de mi alma aún albergaba la esperanza de que algún día la juventud me tocaría, aunque solo fuera una vez, con su varita. Pero mientras tanto mi cabello se ha vuelto blanco.

Jenny levantó la cabeza y le puso la mano cariñosamente sobre el cabello.
—¿Estás cansada, pequeña? ¿Te quito los zapatos? ¿No quieres acostarte a descansar?
—No, déjame estar como estoy; es más agradable así.

Encogió las piernas debajo de ella y se acurrucó más en su regazo. Él la rodeó con un brazo y con la otra mano sirvió un poco de vino, acercando la copa a sus labios. Ella bebió de buen grado. Él dejó caer cerezas en su boca y recogió los huesos de sus labios para ponerlos en el plato.
—¿Más vino?
—Gracias. Creo que me quedaré contigo. Puedo enviar un recado a casa

diciendo que me he encontrado con Heggen; creo que está en la ciudad, pero debo volver a casa antes de que paren los tranvías.
—Iré a enviarlo ahora mismo.
La dejó suavemente en el sofá.
—Quédate ahí tumbada y descansa, pequeña.

Cuando él se marchó, ella se quitó los zapatos, bebió un poco más de vino y se tumbó en el sofá con la cabeza hundida en los cojines, tapándose con una manta. Después de todo, lo amaba y se sentía feliz de estar con él. Sentada como estaba hacía un momento, descansando en sus brazos, era feliz. Él era el único en el mundo que la había tomado en su regazo, calentándola, protegiéndola y llamándola su pequeña. Era el único ser que realmente la había apoyado, ¿por qué no iba a estar cerca de él?

Cuando la tenía cerca y la protegía de modo que ella no veía nada, sino que solo sentía su abrazo y su calor, estaba contenta. No podía vivir sin él, ¿por qué no darle entonces lo poco que tenía para dar, cuando él le daba lo que ella más necesitaba? Podía besarla, hacer con ella lo que quisiera, siempre que no hablara, porque entonces se distanciaban tanto. Él hablaba de amor, pero su amor no era lo que él creía, y ella no podía explicarlo con palabras. No era ninguna gracia ni regalo principesco; se aferraba a él con un amor pobre; no quería que se lo agradeciera, solo que la quisiera y no dijera nada.

Cuando él regresó, ella estaba tumbada con los ojos muy abiertos, pero los cerró bajo sus discretas caricias, sonriendo un poco; luego le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra él. El leve olor a violeta que él usaba era suave y agradable. Asintió ligeramente cuando él la levantó con mirada interrogante. Él quiso decir algo, pero ella le puso la mano en la boca y luego lo besó para que no pudiera hablar.

La acompañó hasta el coche de caballos. Ella permaneció un instante de pie en la plataforma, mirándolo mientras se alejaba calle abajo bajo la luz azul de la noche de mayo. Luego entró y se sentó.

Gram había dejado a su esposa esa Navidad y vivía solo en el edificio de la oficina, donde había tomado otra habitación. Jenny comprendía que iba a solicitar la separación más adelante, cuando Rebeca Gram viera

que no pensaba volver con ella. Era su manera de hacerlo; no tenía fuerzas para romper de inmediato. Jenny no se atrevía a pensar en cuáles podrían ser sus planes para el futuro. ¿Creería él que se casarían? No podía ocultarse a sí misma que jamás había pensado ni por un segundo en atarse a él para siempre, y por eso sentía una amarga y desesperada humillación al pensar en él cuando no estaba a su lado. Lo había engañado; todo el tiempo lo había engañado.

Que hayas aprendido a amarme, Jenny, eso es lo que yo llamo una gracia inconcebible. ¿Era culpa suya que él lo viera de esa manera?

Él no podría haberse convertido en su amante a menos que ella lo hubiera querido o le hubiera hecho sentir que lo quería. Ella comprendía que él la deseaba; le preocupaba cada vez que estaban juntos sentirse deseada y ver sus esfuerzos por ocultarlo. Él era demasiado orgulloso para dejarlo ver, demasiado orgulloso para suplicar donde una vez había ofrecido dar, y demasiado orgulloso para arriesgarse a un rechazo. Sabiendo que no quería rechazar su amor y perder al único ser que la amaba, ¿qué otra cosa podía hacer ella, si quería ser honesta, sino ofrecerle lo que tenía para dar cuando aceptaba de él algo de lo que no podía prescindir?

Pero se había visto enfrentada a la necesidad de decir palabras más fuertes y apasionadas que sus sentimientos, y él se las había creído. Y sucedió una y otra vez. Cuando acudía a él deprimida, preocupada, cansada de pensar en cuál sería el final de todo aquello, y veía que él lo comprendía, volvía a usar las palabras tiernas, fingiendo más sentimiento del que tenía, y él se dejaba engañar de inmediato.

Él no conocía otro amor que el amor que era felicidad en sí mismo. La infelicidad en el amor venía de fuera, de algún destino implacable, o de la severa justicia como venganza por viejos errores. Ella sabía cuál era su miedo: temía que su amor muriera un día cuando ella viera que él era demasiado viejo para ser su amante, pero jamás sospechaba que su amor había nacido débil y tenía en sí el germen que llevaría a la muerte. No servía de nada intentar explicarle esto a Gert; no lo entendería. No podía decirle que había buscado refugio en sus brazos porque él era el único que le había ofrecido cobijo cuando ella estaba agotada hasta la muerte.

Cuando él le ofreció amor y calor, ella no tuvo fuerzas para rechazarlo, aunque sabía que no debía aceptarlo; no era digna de él.

No, él no era viejo. Tenía la pasión de un joven de veinte años, una fe infantil, una veneración reverente, y la amabilidad y ternura de un hombre adulto; todo el amor que llena la vida de un hombre y que ardía en la frontera de la vejez. Y debería haber sido entregado a una mujer que pudiera amarlo a cambio, que pudiera vivir con él durante esos pocos años que duraría la vida que él había soñado, anhelado y esperado; vivir con él de modo que quedara atada a él por mil recuerdos felices cuando llegara la vejez, habiendo sido en el amor verdadero la esposa de su juventud y madurez, y envejeciendo con él.

Pero ella, ¿qué podía darle si se quedaba? Nunca había podido darle nada, solo tomar lo que él daba. Si intentaba quedarse, no podría hacerle creer que todo su anhelo de vida se había apagado para siempre en el amor de su juventud. Él mismo le diría que se fuera. Ella había amado y dado; ya no amaba más y sería libre. Así es como él lo vería; nunca entendería que ella se lamentaba porque no había nada, nada que hubiera podido dar.

No podía soportar oírle hablar de sus dones para él. Es cierto que le había traído su alma pura cuando se entregó a él. Él nunca podría olvidarlo, y medía la profundidad y la fuerza de su amor por este hecho, porque ella le había dado la pureza de su juventud, de sus veinte años.

La había guardado como un vestido de novia blanco, sin usar, sin manchar; y en su anhelo y su ansiedad por si nunca llegaba a usarlo, en la desesperación por su fría soledad y su incapacidad para amar, se había aferrado a él, lo había arrugado y lo había manchado con sus pensamientos. ¿Acaso cualquiera que hubiera vivido la vida del amor no era más puro que ella, que había estado cavilando, espiando y anhelando hasta que todas sus facultades quedaron paralizadas por ese anhelo?

Se había entregado y, sin embargo, qué leve impresión le había causado. No era del todo fría; a veces se dejaba llevar por su pasión, pero fingía pasión mientras estaba tranquila, y cuando estaba lejos de él apenas lo recordaba. Sin embargo, para complacerle, escribía sobre un anhelo que no existía; sí, había estado fingiendo todo el tiempo ante su honesta

pasión.

Hubo un tiempo en que no había sido una hipócrita, o si había mentido a Gert, también se había mentido a sí misma. Había sentido una tormenta en su interior; quizás era lástima por él y su destino, y rebelión contra el suyo propio: ¿por qué habían de ser acosados por un anhelo de algo imposible? Y en la creciente ansiedad sobre adónde llevaría todo aquello, se había alegrado de amarlo, porque se veía forzada a caer en brazos de este hombre, por muy loco que supiera que era.

Se sentaba en el tranvía cuando lo dejaba por la noche, mirando todos los rostros soñolientos y plácidos de la gente, y regocijándose de que venía de su amante; de que él y ella fueran sacudidos por la tempestad de su destino. Habían sido arrastrados a ello y no sabían adónde iban, y ella estaba orgullosa de su destino porque la amenazaban la infelicidad y la oscuridad.

Y ahora estaba sentada allí solo deseando que terminara, planeando un viaje al extranjero para escapar de todo ello. Había aceptado una invitación para quedarse en Tegneby con Cesca para preparar la ruptura. Era mejor para Gert que estuviera solo; si ella lograba terminar la relación ahora, podría haberle hecho algún bien.

Dos mujeres jóvenes estaban sentadas frente a ella. Probablemente no eran mayores que ella, pero se veían embotadas por unos pocos años de matrimonio. Tres o cuatro años atrás sin duda habían sido empleadas de oficina aseadas, que se vestían con atractivo y coqueteaban con sus admiradores. Jenny conocía el rostro de una de ellas; la había visto una Semana Santa. Jenny se había fijado en ella entonces porque era muy buena esquiando y se veía ágil y elegante en su traje de deporte. En cierto modo, ahora tampoco iba mal vestida; su traje de calle era moderno, pero no le quedaba bien. Su figura no tenía firmeza; estaba bien cubierta y, al mismo tiempo, los hombros y las caderas se veían angulosos. El rostro bajo un sombrero grande con plumas de avestruz se veía viejo, con dientes en mal estado y surcos alrededor de la boca. Hablaba, y su amiga escuchaba con interés, sentada de forma pesada debido a su avanzado embarazo, con las rodillas separadas y las manos en un manguito colosal. El rostro era originalmente bonito, pero ahora estaba gordo y rojo, con una papada marcada.

—Tengo que guardar el queso en la alacena bajo llave; si ella va a la cocina, al día siguiente solo queda la corteza: un buen trozo de Gruyère que cuesta casi tres coronas.
—Me lo creo.
—Y luego hay otra cosa. Le gustan mucho los huevos. El otro día entré en su dormitorio; es tan desordenada y su habitación huele tan mal; la cama no se había hecho desde hace quién sabe cuánto tiempo. En serio, Solveig, le dije levantando las mantas, ¿y qué crees que encontré? Tres huevos y un papel de azúcar en la cama. Dijo que los había comprado ella, y quizá así fuera.
—No lo creo —dijo la otra.
—El azúcar estaba en una bolsa de papel, así que puede que la comprara, pero los huevos seguro que los había tomado, y la regañé. El sábado pasado íbamos a comer arroz con leche. Cuando entré en la cocina, encontré el arroz hirviendo y completamente quemado, mientras ella estaba en su habitación cosiendo. La llamé mientras removía el arroz, y ¿qué crees que encontré en la cuchara? Un huevo. Se hierve huevos para ella con el arroz. Tuve que reírme, pero ¿has oído algo tan sucio? Le dije cuatro verdades. ¿No crees que se lo merecía?
—Claro que sí. Las criadas son un fastidio. ¿Qué crees que hizo la mía el otro día?

También ellas habían anhelado el amor cuando eran jóvenes; su ideal era un muchacho gallardo y derecho, con una posición segura, que pudiera sacarlas del monótono trabajo de oficina y establecerlas en un pequeño hogar, donde las habitaciones pudieran contener todas sus pertenencias y pudieran extender todas las piezas de costura bordadas que habían hecho mientras soñaban sus sueños de muchachas. Ahora sonreían a esos sueños con aire de superioridad, y a las que aún soñaban tenían la satisfacción de decirles que la realidad era muy diferente. Estaban satisfechas de estar entre las iniciadas que sabían lo que realmente significaba el matrimonio, y quizás estaban contentas.

Pero había felicidad aun así en no estar contento, en negarse a aguantar las cosas y estar agradecido cuando la vida ofrecía cosas de poco valor. Era mucho mejor decir: creo en mis sueños; no llamaré felicidad más que a lo que yo reclamo, y creo que existe. Si no va a ser mía, es culpa mía; es porque he sido una de las vírgenes insensatas que no velaron ni

esperaron al novio, pero las sensatas lo verán y entrarán con alegría.

Cuando Jenny llegó a casa, vio que había luz en la habitación de su madre, así que entró para contarle lo de la fiesta en el estudio de Ahlström y cómo estaba Heggen. Ingeborg y Bodil dormían más al fondo de la habitación, con sus trenzas negras sobre las almohadas. Jenny no sintió ningún remordimiento al contar mentiras a su madre. Siempre lo había hecho desde que era una colegiala y solía contar cuentos alegres sobre las fiestas infantiles, en las que en realidad había estado sentada sola, viendo bailar a los demás, siendo una niña infeliz que no sabía bailar ni hablar de nada que interesara a los chicos.

Cuando Ingeborg y Bodil volvían de un baile, su madre se incorporaba en la cama para escucharlas, sonriendo y haciendo preguntas, joven y rosada a la luz de la lámpara. Ellas siempre podían decir la verdad, porque estaban llenas de alegría y risas. Puede que hubiera alguna cosa tan agradable que quisieran guardar para sí mismas, pero no importaba, porque sus sonrisas eran sinceras.

Jenny besó a su madre y le dio las buenas noches. Al pasar por la sala de estar, sin querer derribó una fotografía; la recogió, sabiendo en la oscuridad que era un hermano de su propio padre, con su esposa y sus hijas pequeñas. Había vivido en Estados Unidos, y ella nunca lo había visto; estaba muerto, y su fotografía estaba en su sitio sin que nadie pensara en ella. Ella misma la desempolvaba a diario, pero nunca la miraba.

Entró en su propia habitación y empezó a soltarse el cabello.

Siempre le había mentido a su madre; ¿podría haber sido sincera con ella sin hacerla sufrir, y para qué? Mamá nunca lo habría entendido. Ella había tenido felicidad y pena desde muy joven; había sido feliz con el padre de Jenny y había lamentado su muerte, pero tenía a su hija por quien vivir, y aprendió a estar contenta. Luego conoció a Nils Berner, que llenó su vida de nueva felicidad y nueva pena, y nuevamente los niños la consolaron, en la medida en que llenaban el vacío de su vida. La alegría de la maternidad se compra con demasiado sufrimiento; es demasiado real, cuando se tiene viva en los brazos, para que uno pueda dudar de su existencia. Amar al propio hijo es tan natural que no hay

motivo para reflexionar. Una madre nunca duda de que ama a su hijo, ni de que quiere que sea feliz, ni de que hace todo lo posible por él, ni de que él le corresponde. La gracia de la naturaleza es tan grande para las madres que los hijos instintivamente se abstienen de confiarle sus penas y decepciones; las enfermedades y los problemas de dinero son casi las únicas penas que llega a conocer. Nunca lo irreparable, la vergüenza, los fracasos en la vida, y si sus propios hijos se los contaran con la mayor claridad, ella nunca creería que son irreparables.

Su madre no debía saber nada de su pena; la propia naturaleza había levantado un muro entre ellas. Rebeca Gram nunca sabría ni la décima parte de los sufrimientos que sus hijos habían soportado por su causa. Y una amiga de su madre aún lloraba a su apuesto hijo, que había muerto en un accidente, y soñaba con el futuro que habría sido suyo; ella era la única persona que no sabía que él se había pegado un tiro como única vía de escape de la locura.

El amor por los propios hijos no excluía ningún otro amor; una o dos madres entre sus conocidas tenían amantes, y creían que los niños no lo sabían. Algunas se habían divorciado y encontraban la felicidad en nuevos vínculos; solo si el nuevo amor traía decepción se quejaban o se arrepentían. Su propia madre la había adorado, pero había sitio para Berner también en su corazón, y había sido feliz con él. Gert había querido a sus hijos, y el afecto de un padre es más comprensivo, más cuestión de reflexión y menos instintivo que el de una madre, y sin embargo, apenas había pensado en Helge durante todo el invierno pasado.

CAPITULO 2

Jenny había ido a buscar su saca de correo a la estación; le entregó los periódicos y las cartas a Francesca, y abrió la que iba dirigida a ella. De pie sobre la grava del andén bajo el sol abrasador, hojeó la larga efusión de Gert, leyendo las expresiones de amor al principio y al final y saltándose el resto, que no era más que una masa de observaciones sobre el amor en general. La volvió a meter en el sobre y la guardó en su bolso. Uf. Esas cartas de Gert; no podía molestarse en leerlas. Cada palabra le demostraba que no se entendían; lo sentía cuando hablaban juntos, pero por escrito era aún más dolorosamente evidente. Sin embargo, había una relación mental entre ellos; ¿cómo era que no armonizaban? ¿Era él más fuerte o más débil que ella? Había perdido repetidamente, se había resignado, se había inclinado y sometido en todo sentido, y sin embargo seguía esperando, viviendo y creyendo. No podía discernir si aquello era debilidad o vitalidad.

¿Era acaso la diferencia de edad, después de todo? No era viejo, pero su juventud pertenecía a otra época, cuando la juventud era más ingenua y tenía un credo más saludable. Quizás ella también era ingenua, con sus metas y opiniones, pero de una manera muy diferente. Las palabras cambian de significado después de veinte años, ¿sería esa la razón?

La grava brillaba roja y morada, y la pintura del edificio de la estación estaba ampollada por el sol abrasador. Cuando levantó la vista, todo se oscureció ante sus ojos por un momento; era una sensación peculiar, pero probablemente efecto del calor, que este verano parecía sentir más que de costumbre. La neblina se extendía temblorosa sobre campos y prados, hasta alcanzar el bosque, una línea verde oscura bajo el profundo cielo azul. El follaje de los abedules ya había cambiado su color a un verde más intenso.

Cesca estaba leyendo una carta de su marido. Su vestido de lino destacaba llamativamente blanco contra la oscura grava del andén. El equipaje de Gunnar Heggen había sido colocado en el carrito del pony, y él estaba acariciando la cabeza del caballo y hablándole mientras esperaba a las señoras. Cesca guardó la carta en el bolsillo, negando con la cabeza como si tratara de alejar un pensamiento.

—Siento haberles hecho esperar tanto, muchachos; empecemos ahora. Jenny y Cesca ocuparon el asiento delantero; ella misma tomó las riendas.
—Estoy muy contenta, Gunnar, de que hayas podido venir. ¿No será agradable estar juntas de nuevo unos días, las tres? Lennart les manda recuerdos a los dos.
—Gracias; ¿él está bien?
—Ah, sí, perfectamente, gracias. Fue una idea brillante de papá irse con Borghild y dejarnos la casa a Jenny y a mí. La vieja Gina nos cuida y está dispuesta a hacer lo que sea por nosotras. Me parece algo encantador.
—Es estupendo volver a verlas a las dos.

Él se rió y charló con ellas, pero Jenny creyó notar un dejo de tristeza detrás de su conversación. Sabía que ella misma se veía gastada y cansada, y Cesca, con su traje barato, parecía una muchacha traviesa que empezaba a envejecer sin haber crecido del todo. Cesca parecía haber encogido mucho en el año que habían estado separadas, pero seguía charlando como antes, contándoles lo que iban a comer, que tomarían café en el jardín y que había comprado licores y whisky con soda para celebrar la ocasión.

Esa noche, cuando Jenny entró en su dormitorio, se sentó junto a la ventana para refrescarse con la brisa que hacía la cortina al agitarse. No estaba sobria; era algo extraordinario, pero era un hecho. No podía entender cómo había sucedido; todo lo que había tomado fue un vaso y medio de ponche y un par de copas pequeñas de licor después de la cena. Es cierto que no había comido mucho, pero no tenía apetito últimamente. Había tomado café fuerte, así que quizás fue eso y los cigarrillos lo que la afectaron, aunque ahora fumaba mucho menos. Su corazón latía irregularmente y oleadas de calor la recorrían hasta sentirse empapada. El paisaje, los campos grisáceos, las flores del jardín y los oscuros árboles contra el cielo veraniego giraban ante sus ojos. Un sabor a whisky y licor le subía a la garganta. Qué asco.

Derramó el agua al echarla en la palangana y se sentía inestable. Jenny mía, esto es escandaloso. Pronto estarás perdida si no puedes soportar eso. Antes habrías podido tomar el doble. Se lavó la cara y las manos un

rato, manteniendo las muñecas bajo el agua; luego se quitó la ropa y se pasó la esponja mojada por todo el cuerpo. Se preguntaba si Cesca y Gunnar lo habrían notado; ella misma no se había dado cuenta hasta llegar a su habitación. Menos mal que el coronel y Borghild no habían estado allí.

Se sintió mejor después de lavarse, se puso el camisón y volvió a sentarse junto a la ventana. Sus pensamientos vagaban confundidos, evocando fragmentos de conversación, pero de repente se sintió completamente despierta al comprender con sorpresa que había estado borracha. Nunca antes había tenido esa experiencia; apenas lo sentía, incluso si tomaba bastante vino. En cualquier caso, ya había pasado; sintiéndose débil y somnolienta, fue a acostarse en la gran cama. Imaginó que si se despertaba al día siguiente con resaca sería una nueva experiencia.

Apenas se había acomodado y cerrado los ojos cuando el calor volvió a apoderarse de ella. La cama parecía mecerse como un barco en una tormenta y sintió náuseas. Permaneciendo perfectamente quieta, intentó vencer el malestar diciéndose que no lo haría, pero fue inútil. Se le llenó la boca de agua y apenas tuvo tiempo de levantarse antes de ser vencida por el vómito. Cielos. ¿Estaba realmente tan borracha? Se estaba volviendo muy embarazoso, pero ya debería haber pasado. Limpió todo, bebió un poco de agua y volvió a la cama esperando dormir, pero tras un breve momento comenzó de nuevo el balanceo y con él el calor y las náuseas. Era asombroso, porque su cabeza ya estaba despejada, pero tuvo que levantarse una vez más.

Al volver a la cama, de repente le asaltó un pensamiento. Tonterías. Volvió a acostarse, presionando el cuello contra la almohada. Era imposible. No quería pensar en ello, pero incapaz de apartar la idea, comenzó a repasar los acontecimientos recientes. No se había sentido muy bien últimamente; estaba cansada, agotada y nerviosa; probablemente por eso lo poco que había tomado le había sentado mal. Ahora podía entender que la gente se volviera abstemia después de una noche así. Lo otro no lo consideraría; si las cosas habían salido mal, lo sabría a su debido tiempo; no servía de nada preocuparse innecesariamente. Iba a dormir; estaba muy cansada, pero no podía apartar sus pensamientos de ese horrible tema.

Al principio de su relación, la posibilidad de consecuencias se le había presentado con naturalidad y una o dos veces había sentido ansiedad, pero había podido dominarla con sensatez. ¿Y si fuera cierto? El temor a tener un hijo es una superstición sin sentido; sucede todos los días. ¿Por qué iba a ser peor para ella que para cualquier trabajadora capaz de mantenerse a sí misma y a su hijo? La ansiedad era un residuo de los tiempos en que una mujer soltera tenía que confesar ante su familia para que ellos pagaran los gastos, con la perspectiva de no ser mantenida por nadie más; una razón suficiente para el enfado de los parientes.

Nadie tenía derecho a enfadarse con ella. Su madre lo sentiría, por supuesto, pero cuando una persona adulta intenta vivir según su conciencia, los padres no tienen nada que decir. Había tratado de ayudar a su madre todo lo posible, nunca la había preocupado con sus propios problemas y su reputación nunca se había visto manchada, pero cuando sus propias opiniones sobre el bien y el mal diferían de las de los demás, pensaba seguirlas, aunque a su madre le doliera oír cosas desagradables sobre ella. Si su relación con Gert era un pecado, no significaba que hubiera dado demasiado, sino demasiado poco; y cualesquiera que fueran las consecuencias, debía soportarlas sin quejarse.

Podía mantener a un hijo tan bien como cualquier muchacha con menos conocimientos. Aún le quedaba algo de dinero de su herencia, suficiente para ir al extranjero. Aunque su profesión fuera incierta, sabía que otros artistas mantenían familias con ella, y ella estaba acostumbrada a ayudar a los demás desde niña. Por supuesto, preferiría no tener que hacerlo; hasta ahora todo había estado bien y no pensaría en ello. Gert estaría desesperado.

Si era cierto, qué terrible que sucediera ahora. Si hubiera sucedido cuando lo amaba, o creía hacerlo, y hubiera podido irse de buena fe; pero ahora, cuando todo lo que había entre ellos se había desmoronado, desgarrado por su propio pensar y cavilar.

Durante esas semanas en Tegneby, había decidido no continuar más. Anhelaba irse a nuevas condiciones, a un trabajo nuevo. Sí, el anhelo de trabajar había regresado; había tenido suficiente de ese deseo enfermizo

de aferrarse a alguien, de ser acurrucada, mimada y llamada niña pequeña.

Al pensar en romper con él, su corazón se encogía de dolor. Se estremecía ante la idea de causarle pesar, pero lo había mantenido todo el tiempo que le fue posible. Gert había sido feliz mientras duró, y estaba libre de la esclavitud degradante con su esposa.

Estaba perfectamente resignada a la idea de que su vida en adelante sería solo trabajo y soledad. Sabía que no podía borrar los meses pasados de su vida; siempre los recordaría y las amargas lecciones que le habían enseñado. El amor que a otros les bastaba no era suficiente para ella; era mejor prescindir de él por completo que conformarse.

Sí, recordaría, pero a medida que pasaran los años, el recuerdo de la breve felicidad mezclada con tanto dolor y amargo arrepentimiento quizás sería menos punzante, y podría borrar en parte la memoria del hombre a quien había hecho un daño mortal, y cuyo hijo quizás llevaba en su vientre.

No; era imposible. ¿Por qué quedarse ahí cavilando?

Pero si fuera cierto…

Cuando Jenny por fin cayó en un sueño profundo y sin sueños, ya casi era de día, pero cuando despertó de nuevo con un sobresalto, no estaba mucho más claro. El cielo era un poco más amarillento sobre los árboles del jardín, y los pájaros piaban soñolientos. Estaba instantáneamente despierta, y los mismos pensamientos regresaron; difícilmente podría dormir más aquella noche, y se resignó a darles vueltas una y otra vez.

CAPITULO 3

Heggen se había marchado; el coronel y Borghild habían regresado para partir de nuevo a visitar a una hermana casada de Francesca. Jenny y Cesca estaban solas, absortas cada una en sus propios pensamientos.

Jenny ya estaba segura de su estado, pero aún no lograba asimilar lo que aquello significaba; si intentaba pensar en el futuro, su imaginación se detenía. En general, se encontraba de mejor ánimo que durante las primeras semanas desesperadas en las que esperaba ansiosamente que sus sospechas se desvanecieran. Se decía a sí misma que habría una salida para ella, como para tantas otras mujeres. Afortunadamente, había hablado de marcharse al extranjero desde el otoño pasado. No había decidido si contárselo a Gert, pero pensaba que no lo haría.

Cuando no pensaba en sí misma, pensaba en Cesca. Algo ocurría, algo que no marchaba bien. Estaba segura de que Cesca quería a Ahlin. ¿Acaso él ya no se preocupaba por ella? Cesca lo había pasado mal durante el primer año de matrimonio; habían tenido serios problemas económicos. Cesca se veía pequeña y abatida. Noche tras noche se sentaba en la cama de Jenny para contarle sus preocupaciones domésticas. Todo era muy caro en Estocolmo y la comida barata era mala, especialmente cuando no se sabía cocinar. Las tareas del hogar le resultaban difíciles habiendo sido criada de una manera tan poco práctica, y lo peor era la repetición. Apenas terminaba de limpiar, la casa volvía a estar en un estado horrible; en cuanto terminaba una comida, había que lavar los platos; y así seguía indefinidamente. Lennart intentaba ayudarla, pero era tan torpe como ella. Además, se preocupaba por él. El encargo del monumento se lo habían dado a otro; sentía que nunca lo apreciaban, a pesar de su talento y su orgullo. En primavera él había sufrido una larga enfermedad; estuvo en cama dos meses con escarlatina, neumonía y complicaciones posteriores. Había sido una época muy difícil para Cesca.

Pero había algo más que Jenny percibía y que Cesca no le contaba. Sabía que ya no podía ser para su amiga lo que había sido antes. Ya no tenía el corazón tranquilo ni la mente abierta para recibir las penas ajenas y dar consuelo; le dolía sentir que ya no podía ayudar.

Cesca había ido a Moss un día para hacer unas compras. Jenny prefirió quedarse en casa y pasó el día en el jardín leyendo para no pensar. Al descubrir que no podía concentrarse, empezó a tejer, pero pronto perdía la cuenta de los puntos, los deshacía y seguía, esforzándose por estar atenta. Cesca no regresó para comer y Jenny cenó sola, pasando la tarde fumando cigarrillos que no disfrutaba y tejiendo, aunque la labor se le caía constantemente al regazo.

Por fin, hacia las diez, Cesca llegó en coche. Jenny fue a recibirla y, en cuanto se sentó a su lado, vio que algo había ocurrido, aunque ninguna dijo nada. Más tarde, mientras Francesca tomaba una taza de té, dijo en voz baja sin mirar a Jenny:
—¿Adivinas a quién me encontré hoy?
—No.
—A Hans Hermann. Está de visita en la isla y vive con una mujer rica que parece haberse hecho cargo de él.
—¿Está su esposa con él? —preguntó Jenny.
—No; están divorciados. Leí que habían perdido a su niño en primavera. Lo siento por ella.

Y Cesca empezó a hablar de otras cosas. Cuando Jenny estaba en la cama, Cesca entró en silencio y se sentó a sus pies, cubriéndose con el camisón. Su cabeza proyectaba una sombra negra en la cortina.

—Jenny, me voy a casa mañana. Enviaré un telegrama a Lennart muy temprano y partiré por la tarde. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, y no creas que soy desconsiderada, pero no me atrevo a quedarme. Debo irme enseguida. —Respiraba con dificultad—. No puedo entenderlo, Jenny. Lo he visto. Me besó y no le pegué. Escuché todo lo que tenía que decir y no lo abofeteé como debía. No me importa, lo sé ahora, y sin embargo tiene poder sobre mí. Tengo miedo. No me atrevo a quedarme porque no sé qué podría hacerme hacer. Cuando pienso en él lo odio, pero cuando me habla parece que me quedo petrificada; no podía creer que nadie pudiera ser tan cínico, tan brutal y desvergonzado.

—Parece que no entiende que exista algo como el honor o la vergüenza; no existen para él, ni cree que a los demás les importen. Su punto de

vista es que nuestra charla sobre el bien y el mal es solo especulación, y cuando lo oigo hablar parece que me hipnotizo. He estado con él toda la tarde. Dijo que, como ya estaba casada, ya no necesitaba cuidar tanto mi virtud, y aludió a que estaba libre de nuevo para darme alguna esperanza. Me besó en el parque y quise gritar, pero no pude emitir ningún sonido. Ay, tenía tanto miedo. Dijo que vendría aquí pasado mañana; mañana tienen una fiesta, y todo el tiempo me sonreía con esa misma sonrisa que siempre me había dado tanto miedo.

—¿No crees que debo irme a casa al sentirme así?
—Sí, eso creo.
—Soy una tonta, lo sé. No puedo confiar en mí misma, como ves, pero puedes estar segura de una cosa: si le fuera infiel a Lennart, iría directamente a contárselo y me mataría en ese mismo instante ante sus ojos.
—¿Quieres a tu marido? —preguntó Jenny.

Francesca guardó silencio un momento.
—No lo sé. Si lo quisiera realmente como se debe querer, supongo que no tendría miedo de Hans Hermann. ¿Crees que debería haber dejado que Hans se comportara como lo hizo y me besara? Pero sé que si hiciera daño a Lennart no podría seguir viviendo. ¿Lo entiendes, verdad? Mientras fui Francesca Jahrman no fui muy cuidadosa con mi buen nombre, pero ahora soy Francesca Ahlin, y si dejo caer la más mínima sombra de sospecha sobre ese nombre, merecería que me mataran como a un perro rabioso. Lennart no lo haría, pero yo lo haría por mi cuenta.

Dejó caer los brazos y se metió en la cama junto a Jenny.
—¿Crees en mí, verdad? ¿Crees que podría vivir si hubiera hecho algo deshonroso?
—No, Cesca. —Jenny la abrazó—. No creo que pudieras.
—No sé lo que piensa Lennart; no me entiende. Cuando llegue a casa se lo contaré todo y se lo dejaré a él.

—Cesca —dijo Jenny, pero se contuvo. No le preguntaría si era feliz. Pero Cesca siguió contando:
—He tenido muchas dificultades desde que me casé y no he sido muy feliz, pero entonces era muy tonta e ignorante. Me casé con Lennart

porque Hans empezó a escribirme cuando se divorció, diciendo que estaba decidido a tenerme, y yo le tenía miedo. Se lo conté todo a Lennart; fue tan amable y comprensivo que pensé que era el hombre más maravilloso del mundo, y lo es, lo sé.

—Pero hice algo terrible. Lennart no puede entenderlo y sé que no me lo ha perdonado. Quizás hago mal en contártelo, pero debo preguntarle a alguien si un hombre nunca puede perdonar algo así; dime con franqueza si crees que es imposible superarlo. Fuimos a Rocca di Papa la tarde en que nos casamos. Sabes lo asustada que he estado siempre del matrimonio y, cuando Lennart me llevó a nuestra habitación por la noche, me puse a llorar. Lennart fue tan tierno conmigo. Era sábado. No lo pasamos particularmente bien, quiero decir Lennart no, porque a mí me habría encantado casarme así; cada mañana, cuando despertaba, estaba tan agradecida con él, pero apenas se me permitía besar a mi marido.

—El miércoles habíamos subido a la cima del Monte Cavo, y allí arriba era maravillosamente hermoso. Era a finales de mayo y el día estaba glorioso. El bosque de castaños era de un verde claro, las hojas acababan de salir, la retama florecía locamente en las grietas y a lo largo del camino crecían montones de flores blancas y lirios. Había una neblina en el aire porque había llovido más temprano, y los lagos de Nemi y Albano yacían plateados abajo, con todos los pequeños pueblos blancos alrededor. Toda la campiña y Roma estaban envueltas en un fino velo de niebla y, más allá, el Mediterráneo brillaba como una línea dorada en el horizonte.

—Fue un día así. Y la vida me parecía maravillosamente hermosa, pero Lennart estaba triste. Para mí era el hombre más perfecto del mundo y le tenía un cariño inmenso. De repente me pareció tan tonto hacer aspavientos, le eché los brazos al cuello y le dije: "Quiero ser tuya, porque te quiero".

Cesca se quedó callada un segundo, respirando hondo.
—Jenny, qué feliz se puso, pobre chico. —Se tragó las lágrimas—. Estaba tan contento. "¿Ahora?", dijo él, "¿aquí?", y me tomó en sus brazos, pero yo me resistí. En realidad no sé por qué lo hice. Habría sido hermoso en el bosque profundo y bajo el sol.

—Salió corriendo y se quedó fuera toda la noche. Yo me quedé despierta. Estaba angustiada, preguntándome qué habría hecho, adónde habría ido. Al día siguiente volvimos a Roma y nos alojamos en un hotel. Lennart había tomado dos habitaciones. Fui a la suya, pero no hubo belleza en ello. Desde entonces nunca hemos sido del todo felices. Sé que lo ofendí terriblemente, pero dime, Jenny, si crees que es algo que un hombre nunca puede olvidar o perdonar.

—Debería haber comprendido después que no entendías lo que estabas haciendo, ni cómo le iba a doler.
—No —Cesca temblaba—. Pero ahora lo entiendo. Veo que fue algo puro y hermoso lo que manché, pero entonces no lo comprendía. Jenny, ¿crees que el amor de un hombre podría superar eso?

—Debería. Desde entonces has demostrado que quieres ser una esposa buena y fiel para él. El invierno pasado trabajaste duro y sufriste sin quejarte y, en primavera, cuando él estuvo enfermo, lo cuidaste semana tras semana, velando noche tras noche junto a su cama.

—Eso no es nada que contar —dijo Cesca con vehemencia—. Él fue tan bueno y paciente, y me ayudó en la casa todo lo que pudo. Cuando estuvo enfermo, algunos de nuestros amigos vinieron a veces a ayudarme a velarlo por la noche. Esa semana en que estuvo cerca de la muerte tuvimos una enfermera, pero yo velaba igual porque quería, aunque realmente no me necesitaran.

Jenny besó la frente de Cesca.
—Hay algo que no te he contado, Jenny. Me advertiste, lo recuerdas, que tuviera más cuidado con los hombres, y dijiste que no tenía instintos. Gunnar solía regañarme y la señorita Linde dijo una vez, ¿no recuerdas?, que si excitabas así a un hombre, iría a buscarlo a otra parte.

Jenny sintió que se quedaba helada de miedo por lo que vendría después.
—Bueno, le pregunté algo sobre eso aquella primera mañana.

Jenny no pudo decir una palabra.
—Entiendo que no pueda olvidarlo y quizás no perdonarlo, pero ojalá

encontrara una excusa para mí, recordara lo tontamente que lo veía todo.
—Dudó, buscando palabras—. Nuestra vida ha sido horrible desde entonces. Realmente no quiere besarme; si alguna vez lo hace, es casi contra su voluntad, y luego se enfada consigo mismo y conmigo. He intentado explicarlo, pero es inútil. Para ser honesta, no sé qué pensar de todo ello, pero ya no me importa nada si solo puedo hacerlo feliz. Todo lo que hace feliz a Lennart es bueno y hermoso para mí. Él cree que me sacrifico, pero no es ningún sacrificio, todo lo contrario. He llorado noches y días en mi habitación porque veía que anhelaba mi amor, y he tratado de besarlo, pero él me aparta.

—Le quiero mucho, Jenny. Dime, ¿no se puede querer también así a un hombre? ¿Puedo decir que quiero a Lennart?
—Sí, Cesca.

—No te puedes imaginar lo desesperada que he estado. Pero no puedo evitar ser como soy. Cuando salimos por la noche con otros artistas, veo que está de mal humor; no dice nada, pero veo que cree que coqueteo con ellos. Quizás sea cierto, porque me animo cuando puedo comer fuera y no necesito cocinar ni lavar los platos, y no tengo miedo de estropear la comida cuando Lennart tiene que comerla igual porque no podemos permitirnos tirarla. A veces también me alegraba no tener que estar a solas con Lennart, aunque le quiero y él me quiere a mí, sé que me quiere. Si le pregunto, dice "lo sabes muy bien" y sonríe de una manera extraña, pero no confía en mí porque no puedo amar con mis sentidos y, sin embargo, me gusta coquetear. Una vez dijo que no tenía ni idea de lo que significaba realmente el amor y que era culpa suya por no ser capaz de despertarlo en mí, pero que probablemente algún día aparecería otro hombre que podría. Dios, cómo lloré.

—Ya sabes que somos muy pobres. En primavera Gunnar consiguió que vendieran mi bodegón, el que expuse hace tres años. Conseguimos trescientas coronas por él y vivimos de eso durante varios meses, pero a Lennart no le gustaba gastar el dinero que yo había ganado. No veo qué diferencia hace cuando nos queremos, pero él hablaba de que me había traído a la miseria. También tenemos deudas, por supuesto, así que quise escribir a papá pidiéndole unos cientos, pero él no me dejó. Me pareció tan ridículo. Borghild y Helga han vivido en casa o en el extranjero todos estos años y se lo han dado todo, mientras que yo he ahorrado y

apretado el cinturón con lo poco que tenía de mamá desde que cumplí la mayoría de edad, porque no quería aceptar nada de papá después de lo que me dijo cuando rompí mi compromiso con Kaasen y hubo todo ese lío sobre Hans y yo. Papá ha admitido desde entonces que yo tenía razón. Fue mezquino por parte de Kaasen y de los de casa tratar de obligarme a casarme con él porque me había engañado para comprometerme cuando solo tenía diecisiete años y no sabía que el matrimonio significaba algo más que lo que se lee en las novelas para chicas. Cuando empecé a entender, supe que preferiría matarme que casarme con él. Si hubieran conseguido obligarme, les habría dado una mala vida, tomando todos los amantes que pudiera solo por despecho. Papá lo ve ahora y dice que puedo tener dinero siempre que lo quiera.

—Lennart estaba muy débil después de su enfermedad y el médico dijo que debía ir al campo; yo misma estaba cansada y agotada, así que dije que debía irme para cambiar de aires y descansar porque iba a tener un bebé. Conseguí su permiso para escribir a papá pidiéndole dinero. Lo conseguimos y fuimos a Wärmland, donde lo pasamos muy bien. Lennart se estaba poniendo bien y fuerte y yo retomé mi pintura. Cuando comprendió que realmente no esperaba un hijo, me preguntó si no me había equivocado, y yo le dije que lo había engañado, porque no quería mentirle. Pero está enfadado conmigo por eso, y veo que no me cree del todo. Si entendiera mi naturaleza, ¿no crees que creería en mí?
—Sí, querida Cesca.

—Verás, ya le había dicho lo mismo antes, lo del bebé, quiero decir, en otoño, cuando él estaba tan triste y no éramos felices. Quería que se alegrara y que fuera amable conmigo, y lo fue. Fue una época preciosa. En realidad había mentido, pero al final yo misma empecé a creérmelo, porque pensé que Dios lo haría realidad para no tener que decepcionarlo. Pero Dios no lo hizo.

—Soy tan infeliz porque no puedo tener uno. ¿Crees que es verdad? Algunas personas dicen que es así —susurró emocionada—, que una mujer no puede tener un hijo si no puede sentir pasión.

—No —dijo Jenny bruscamente—. Estoy segura de que son solo tonterías.

—Estoy segura de que todo iría bien entonces, porque Lennart lo desea muchísimo. Y yo, ay, creo que sería tan buena, un ángel de alegría por tener un querido hijito propio. ¿Te imaginas algo más maravilloso?

—No —susurró Jenny, confusa—, cuando se quieren. Les ayudaría a superar muchas dificultades.

—Sí, así sería. Si no fuera tan incómodo, iría a ver a un médico. ¿No crees que debería? Creo que lo haré algún día, pero soy tan tonta al respecto, me da tanta vergüenza. Supongo que es mi deber porque estoy casada. Podría ir a una médica, una que esté casada y tenga hijos propios. Piénsalo. Una pequeña criatura solo tuya; Lennart sería tan feliz.

Jenny apretó los dientes en la oscuridad.

—¿No crees que debería irme a casa mañana?
—Sí.

—Le contaré todo a Lennart. No sé si me entenderá; yo misma no me entiendo, pero voy a decirle siempre la verdad. ¿No debería, Jenny?
—Cuando creas que es correcto, deberías hacerlo. Uno debe hacer siempre lo que cree correcto, y nunca hacer nada de lo que no esté completamente segura.

—Buenas noches, querida Jenny. —Abrazó a su amiga con repentina seriedad—. Gracias. Es tan maravilloso tener con quién hablar; eres tan buena y sabes cómo tratarme. Tú y Gunnar siempre me encaminái s. No sé qué haría si no fuera por vosotros.

Luego, de pie junto a la cama, dijo:
—¿No querrás pasar por Estocolmo cuando vayas al extranjero este otoño? Por favor, hazlo. Podrías quedarte con nosotros. Papá me va a dar mil coronas porque le va a dar lo mismo a Borghild para su viaje a París.

—Gracias, me gustaría, pero aún no sé qué voy a hacer.
—Ven si puedes. ¿Tienes sueño? ¿Quieres que me vaya ahora?

—Estoy un poco cansada —y, atrayendo la cabeza de Cesca hacia abajo, la besó—. Dios te bendiga, querida.
—Gracias. —Cesca cruzó la habitación con los pies desnudos; en la puerta se volvió y dijo con una triste voz infantil—: Cómo deseo que Lennart y yo pudiéramos ser felices.

CAPITULO 4

Gert y Jenny caminaban lado a lado por el sendero ventoso bajo los pinos desgajados. Él se detuvo a recoger unas pequeñas fresas silvestres, corrió tras ella y se las puso en la boca. Ella le agradeció con una sonrisa, y él le tomó la mano mientras caminaban hacia el mar que brillaba azul entre los árboles. Se veía radiante y joven con un traje de verano claro; el panamá le ocultaba el cabello por completo. Jenny se sentó cerca del borde del bosque, y Gert se tumbó en la hierba a su lado, a la sombra de unos grandes abedules caídos.

Hacía un calor abrasador y todo estaba en calma; la ladera cubierta de hierba junto al agua estaba seca y amarilla. Sobre el promontorio colgaba una barra metálica azul de niebla con nubes blancas y amarillo humo delante. El fiordo era de un azul claro, surcado por las corrientes; los veleros yacían quietos y blancos, y el humo de los vapores se quedaba largo rato en el aire en grises listones. Había un leve remolino de agua alrededor de los guijarros, y las ramitas de los abedules se movían suavemente sobre sus cabezas, dejando caer una o dos hojas secas.

Una de ellas cayó sobre su rubio cabello rizado (él se había quitado el sombrero) y Gert la retiró. Mirándola, dijo:
—Qué extraño que la lluvia no llegue este verano. Ustedes las mujeres están mucho mejor que nosotros, con vestidos tan finos. Parecería que estuvieras de medio luto si no fuera por esas cuentas rosas. Sin embargo, te sienta muy bien.

El vestido era de un blanco apagado con pequeñas flores negras, sujeto a la cintura por un cinturón de seda negra. El sombrero de paja en su regazo era negro, adornado con rosas de terciopelo, y las pálidas cuentas de cristal rosa brillaban contra la delicada piel de su cuello. Él se inclinó para besarle el pie y, siguiendo con los dedos la curva de su empeine, le sujetó el tobillo. Ella le soltó suavemente la mano y él tomó la de ella, sonriendo, apretándola con firmeza. Ella le devolvió la sonrisa y apartó la cabeza.

—Estás muy callada, Jenny. ¿Es el calor?

—Sí —dijo ella, y volvió a quedarse en silencio.

A poca distancia, donde el jardín de una villa llegaba hasta el mar, unos niños jugaban en un embarcadero; un gramófono cantaba soñoliento dentro de la casa. De vez en cuando la brisa traía el sonido de la banda del balneario.
—Gert —Jenny le tomó la mano de repente—, cuando haya estado un tiempo con mamá y vuelva a la ciudad, me iré.
—¿Adónde? —Se incorporó apoyándose en un codo—. ¿Adónde piensas ir?
—A Berlín. —Sintió que la voz le temblaba al hablar.

Gert la miró a la cara; ninguno de los dos habló. Por fin él dijo:
—¿Cuándo te decidiste a ir?
—Sabes que siempre ha sido mi intención volver a ir al extranjero.
—Lo sé. Pero quiero decir desde cuándo estás decidida; ¿cuándo decidiste irte tan pronto?
—En Tegneby.
—Ojalá me lo hubieras dicho antes —dijo Gram, y su voz, baja y tranquila, le partió el corazón.

Ella se quedó callada un momento.
—No quería escribírtelo, Gert. Prefería decírtelo. Cuando te escribí ayer para que vinieras a verme, pensaba decírtelo, pero no pude.

El rostro de él se puso lívido.
—Ya veo. Dios mío, cómo habrás sufrido, niña —dijo.
—Sí, sobre todo por tu bien, Gert. No te pediré que me perdones.
—¿Que te perdone? Cielos. ¿Puedes tú perdonarme a mí? Sabía que este día llegaría.
—Supongo que los dos lo sabíamos.

Él se arrojó de repente boca abajo en el suelo. Ella se inclinó y le puso la mano en el cuello.
—Ay, mi querida Jenny, mi pequeña, qué te he hecho.
—Amado mío.
—Pajarillo blanco, ¿te he tocado con mis feas manos inmundas, he manchado tus alas blancas?

—Gert —ella le tomó ambas manos, hablando con impetuosidad—, escúchame. No has hecho nada que no fuera bueno y amable; soy yo quien ha hecho mal. Estaba cansada y tú me diste descanso; tenía frío y tú me calentaste. Necesitaba descanso y necesitaba calor; necesitaba sentir que alguien me quería. No quise engañarte, Gert, pero no lo entendiste; no pude hacerte ver que te quería de una manera diferente, con un amor muy pobre. ¿No puedes entenderlo?

—No, Jenny, no creo que una muchacha joven e inocente se entregue a un hombre si no cree que su amor va a durar.
—Eso es justo lo que te pido que perdones. Sabía que no lo entendías, y sin embargo acepté todo lo que me diste. Se volvió cada vez más insoportable, y comprendí que no podía seguir así. Te quiero, Gert, pero no puedo seguir solo tomando cuando no puedo darte nada real.

—¿Es esto lo que querías decirme ayer? —preguntó Gert tras una pausa.
Ella asintió.
—Y en cambio.
Jenny se puso escarlata.
—No tuve valor. Estabas tan contento de venir, y vi que habías estado anhelando y esperando.

Él levantó la cabeza rápidamente.
—No deberías haberlo hecho. No, no deberías haberme dado limosna.
El rostro de ella estaba vuelto; recordaba las dolorosas horas de ayer en su estudio, limpiando y ordenando apresuradamente para recibirlo, con el corazón apesadumbrado; pero no quiso contárselo.
—Yo misma no lo sabía bien cuando llegaste. Pensé por un instante que quería asegurarme.
—Limosna. —Movió la cabeza como si le doliera—. Así que fue limosna todo el tiempo lo que me diste.
—Pero, Gert, ¿no entiendes que es justo lo que yo he aceptado de ti, limosna, siempre?

Él guardó silencio, volviendo a tumbarse boca abajo. Tras un momento levantó la cabeza.
—Jenny, ¿hay alguien más?
—No —respondió ella, molesta ante el pensamiento.
—No creas que te reprocharía si hubiera sido otro, un joven, tu igual;

eso lo entendería más fácilmente.
—Parece que no puedes darte cuenta; no creo que tenga que haber otro.
—Quizá no. Me parecía más probable, recordando lo que escribiste sobre Heggen en Tegneby y que se iba a Berlín.

Jenny se sonrojó profundamente.
—¿Cómo puedes pensar que yo habría hecho lo de ayer?
Gert se quedó callado. Luego dijo cansadamente:
—No termino de entenderte.

De repente a ella le entraron ganas de hacerle daño.
—En cierto modo no sería malo decir que había otro, una tercera persona.
Él la miró inquisitivamente, luego la agarró del brazo.
—Jenny, Dios mío, ¿qué quieres decir?
Pero ella ya se arrepentía de sus palabras y dijo apresuradamente:
—Sí, mi trabajo, mi arte.

Gert Gram se había puesto de rodillas ante ella.
—Jenny, ¿hay algo particular? Dime la verdad, no me mientas, ¿te pasa algo?
Ella intentó mirarle directamente a los ojos, luego inclinó la cabeza.
Gert Gram cayó hacia adelante con el rostro en el regazo de ella.
—Ay, Dios. Ay, Dios.
—Gert, querido, cálmate. Me irritaste con tu charla sobre otro. No debería habértelo dicho. No pensaba hacértelo saber hasta después.
—Jamás te habría perdonado que no me lo dijeras —dijo Gram—. Has debido saberlo desde hace tiempo. ¿Sabes cuánto?
—Tres meses —respondió ella bruscamente.

—Jenny —le tomó las manos con asombro—, no puedes romper conmigo ahora, no de esta manera. No podemos separarnos ahora.
—Ay, sí. —Le acarició el rostro con suavidad—. Si esto no hubiera ocurrido, supongo que aún podríamos haber seguido juntos algún tiempo, pero ahora debo arreglar mi vida en consecuencia y sacar el mejor partido posible.

Él se quedó callado un momento.
—Escúchame, pequeña. Sabes que me divorcié el mes pasado. Dentro

de dos años seré libre, y entonces vendré a ti para darte a ti y a él mi nombre. No te pido nada, ¿entiendes?, nada, pero reclamo el derecho a darte la reparación que te debo. Dios sabe que sufriré por no poder hacerlo antes. No reclamaré nada más; no quedarás atada a mí en lo más mínimo.

—Gert, me alegro de que te hayas separado de ella, pero te diré de una vez por todas que no pienso casarme contigo cuando no puedo ser tu esposa de verdad. No es por la diferencia de edad. Si no sintiera que nunca he sido del todo tuya, como debería haber sido, me quedaría contigo, de buena gana y feliz. Pero sé que no puedo ser lo que una esposa debe ser, y no puedo prometer algo que no podría cumplir solo por lo que pudieran decir los demás; contrato civil o eclesiástico, no hace ninguna diferencia.
—Es una locura, Jenny, hablar así.
—No me harás cambiar en ese punto —respondió ella tranquilamente.

—¿Qué vas a hacer, niña? No puedo dejarte ir ahora. ¿Qué te pasará? Tienes que dejarme ayudarte.
—Silencio. Ya ves que lo tomo con calma. Supongo que una vez que te metes en esto, no es tan malo como te imaginas. Afortunadamente, aún me queda algo de dinero.
—Pero, Jenny, piensa en la gente que será mala contigo, que te menospreciará.
—Nadie puede hacer eso. Solo hay una cosa de la que me avergüenzo, y es haber permitido que desperdiciaras tu amor en mí.
—Qué tonterías. No sabes lo despiadada que puede ser la gente; te tratarán mal, te insultarán y te harán daño.
—No me importa mucho eso, Gert. —Sonrió vagamente—. Afortunadamente soy artista; la gente espera un poco de escándalo de vez en cuando de nosotros.

Él negó con la cabeza. Presa de un repentino pesar por haberle causado tanto dolor, ella lo tomó en sus brazos.
—Querido amigo, no debes estar tan angustiado; ya ves que yo no lo estoy. Al contrario, a veces soy bastante feliz por ello. Cuando pienso que voy a tener un hijo, un dulce hijito solo mío, apenas puedo creerlo. Creo que será una felicidad tan grande que apenas puedo comprenderla ahora. Un pequeño ser vivo que solo me pertenecerá a mí, a quien amar,

por quien vivir y trabajar. A veces pienso que entonces mi vida y mi trabajo tendrán algún propósito. ¿No crees que podría hacerme un nombre lo suficientemente bueno también para el niño? Es solo porque aún no sé cómo arreglarlo todo que a veces estoy un poco deprimida, y también porque tú estás tan triste. Quizás soy pobre, aburrida y egoísta, pero soy una mujer, y como tal no puedo sino sentirme feliz ante la perspectiva de ser madre.

Él le besó las manos.
—Mi pobre y valiente muchacha. Me resulta casi peor verte tomarlo así.
Jenny sonrió débilmente.
—¿No sería peor aún si lo tomara de otra manera?

CAPITULO 5

Diez días después, Jenny partió hacia Copenhague. Su madre y Bodil Berner la despidieron en la estación por la mañana temprano.
—Eres una afortunada, Jenny —dijo Bodil, sonriendo con su pequeño y suave rostro moreno. Y bostezó hasta que le salieron lágrimas de los ojos.
—Sí, supongo que algunos deben ser los afortunados. Pero no creo que tú tengas nada de qué quejarte tampoco —dijo Jenny, sonriendo también; pero estuvo a punto de romper a llorar varias veces cuando besó a su madre para despedirse.

De pie junto a la ventanilla del compartimento, le pareció como si no hubiera visto realmente a su madre desde hacía muchísimo tiempo. Abarcó con la mirada la figura ligeramente encorvada y esbelta, el cabello rubio que apenas parecía gris y la extraña expresión aniñada de su rostro, a pesar de las arrugas. Solo los años, no la vida, habían marcado los surcos, a pesar de todo lo que había pasado. ¿Cómo lo tomaría si lo supiera? No, nunca tendría el valor de contárselo y verla bajo el golpe, ella que no sabía nada de aquello y no lo habría entendido. Si hubiera sido imposible marcharse, Jenny pensó que habría preferido quitarse la vida. No era amor, era cobardía. Tendría que decírselo algún día, pero sería más fácil hacerlo más tarde, desde el extranjero.

Cuando el tren empezó a deslizarse fuera de la estación, vio a Gert caminando lentamente por el andén detrás de su madre y su hermana, que agitaban los pañuelos. Él se quitó el sombrero; se veía muy pálido.

Era primero de septiembre. Jenny estaba sentada junto a la ventana mirando hacia fuera. Era un día hermoso, el aire claro y fresco, el cielo azul oscuro y las nubes de un blanco puro. El rocío de la mañana yacía pesado sobre los prados donde florecían las margaritas tardías. Los abedules al borde del bosque ya se estaban poniendo amarillos por el calor del verano y el arbusto de arándano era de color cobre. Los racimos del serbal eran de un rojo intenso; donde los árboles crecían en suelo más rico, las hojas aún eran de un verde oscuro. El colorido era espléndido. En las laderas había viejas granjas de color gris plateado o nuevas y brillantes, blancas o amarillas, con dependencias pintadas de

rojo y manzanos torcidos con fruta asomando entre el follaje. Una y otra vez las lágrimas le velaban los ojos; cuando regresara, si es que alguna vez lo hacía.

El fiordo se hizo visible cerca de Moss, una ciudad construida a lo largo del canal, con paredes de fábrica y pequeñas casas de madera rodeadas de jardines. A menudo, al pasar en el tren, había pensado en ir algún día a pintar allí. El tren pasó el cruce donde un ramal se desvía hacia Tegneby. Jenny miró por la ventana los lugares familiares; allí estaba el camino que llevaba a la casa, que quedaba detrás de la pequeña arboleda de abetos, y allí estaba la iglesia. A la pequeña Cesca le gustaba ir a la iglesia; se sentía segura y protegida allí, arrullada por un sentimiento de fuerza sobrenatural. Cesca creía en algo, no sabía muy bien en qué, pero se había creado una especie de Dios para sí misma.

Jenny se alegraba de pensar que Cesca y su marido parecían llevarse mejor. Había escrito que él no la había entendido del todo, pero que, sin embargo, había sido amable y estaba convencido de que ella nunca haría nada malo a propósito. Extraña pequeña Cesca. Todo debía salir bien con ella al final. Era honesta y buena. Pero ella misma no lo era, ni en grado considerable. Si al menos no tuviera que ver las lágrimas de su madre; podía soportar hacerle daño, solo significaba que tenía miedo a las escenas.

¿Y Gert? Su corazón se encogía al pensarlo. Un sentimiento de náusea física surgió en ella, una desesperación y repugnancia tan profundas que se sintió agotada, a punto de volverse indiferente a todo. Aquellos horribles últimos días en Cristianía con él. Al final había cedido. Él iba a venir a Copenhague, y ella tuvo que prometer quedarse en algún lugar del campo para que él pudiera venir a verla. ¿Podría alguna vez librarse completamente de él?

Al final quizás tendría que dejarle el niño y huir de todo, porque era mentira todo lo que le había contado sobre estar contenta con ello. A veces en Tegneby realmente lo había sentido así, porque solo recordaba que era su hijo, no de él en absoluto. Pero si iba a ser un vínculo entre él y su humillación, no querría tener nada que ver con la criatura. Lo odiaría; ya lo odiaba al recordar los últimos días antes de su partida. El deseo morboso de llorar y sollozar a gusto había pasado; se sentía seca y

endurecida, como si nunca pudiera volver a llorar.

Una semana después llegó Gert Gram. Ella estaba tan agotada y apática que podía fingir estar casi de buen humor, y si él le hubiera propuesto mudarse al hotel donde se alojaba, lo habría hecho. Le hizo llevarla al teatro, a cenar a restaurantes y, un día de buen tiempo, de excursión a Fredensborg, porque veía que le complacía que ella pareciera bien y feliz. Dejó de pensar; no era un sacrificio, porque en realidad su cerebro estaba agotado.

Jenny había tomado habitaciones con la viuda de un profesor en un pueblo del campo. Gram la acompañó hasta allí y regresó esa misma noche a Copenhague. Por fin estaba sola. Había alquilado las habitaciones sin verlas antes. Cuando había estudiado en Copenhague años atrás, había ido al campo un día con sus compañeros, almorzando en una posada y bañándose entre las rocas; recordaba que era bonito por allí, así que cuando cierta señora Rasmussen ofreció alojar a la joven que esperaba un hijo, decidió ir.

La viuda vivía en una pequeña casita de ladrillo amarilla, extramuros del pueblo, junto a la carretera principal que corría polvorienta entre campos de cultivo abiertos, pero Jenny estaba contenta en general. Le gustaba su dormitorio con el empapelado azul, los grabados en la pared y los blancos paños de ganchillo por todas partes: en la cama, en el respaldo de la mecedora americana y en la cómoda, donde la señora Rasmussen había puesto un ramo de rosas el día de su llegada. Desde sus dos ventanitas podía ver la carretera y el pequeño jardín delantero donde crecían rosas, geranios y fucsias. Al otro lado de la carretera había una colina desnuda detrás del campo. Cercas de piedra dividían la ladera en cuadrados de rastrojo, prado verde pardo y campo de nabos; arbustos de sauce crecían a lo largo de los límites. Cuando el sol abandonaba la ventana de Jenny, el cielo estaba rojo llameante y dorado sobre la colina.

Detrás de su habitación había una pulcra cocina con suelo de ladrillo rojo que daba al patio trasero, donde las gallinas cacareaban y las palomas arrullaban. Un pequeño pasillo atravesaba la casa; al otro lado, la señora Rasmussen tenía su salita, con macetas en la ventana y ganchillo por todas partes, daguerrotipos y fotografías en las paredes, y una estantería con libros religiosos de tapas negras. Detrás había una

pequeña habitación donde dormía, y donde el aire siempre estaba cargado de un olor indefinible, aunque todo estuviera impecablemente limpio. No podía oír allí si su huésped pasaba alguna noche entre lágrimas.

La señora Rasmussen no estaba mal, en general. Alta y desgarbada, andaba arrastrando los pies en zapatillas de fieltro, siempre con expresión preocupada en su largo rostro amarillo, que se parecía bastante al de un caballo. Apenas hablaba, salvo para preguntar ansiosamente si la señora estaba contenta con la habitación o la comida, y cuando Jenny iba a sentarse a la salita con su labor, ambas estaban perfectamente calladas. Jenny estaba especialmente agradecida a la mujer por no mencionar su estado; solo una vez, cuando salió con su material de pintura, la señora Rasmussen le preguntó ansiosamente si no le parecía imprudente. Al principio había trabajado duro, de pie detrás de una cerca de piedra con su caballete de campo.

Debajo de la cerca, el campo de centeno descendía hacia una ciénaga donde las habas de pantano se estaban volviendo blancas y montones de turba negra se apilaban sobre la hierba. Más allá estaban las chozas de los campesinos, blancas como la tiza, enmarcadas en arboledas de verde oscuro. La playa estaba recortada en pequeñas ensenadas y puntas; la arena y la hierba corta le daban un aspecto blanco amarillento. Al norte, una colina con un molino de viento descendía hacia la bahía. La luz y la sombra se sucedían alternativamente sobre el paisaje a medida que las nubes viajaban por el ancho cielo.

Cuando Jenny se cansaba, se tumbaba junto a la cerca, mirando al cielo y hacia la bahía; no podía estar mucho rato de pie, pero eso solo la hacía más impaciente. Terminó dos pequeños cuadros y estaba contenta con ellos; un tercero lo pintó en el pueblo, donde las bajas casas encaladas con techos de paja y rosas trepadoras se alineaban a lo largo de una zanja verde. Pero la ponía nerviosa que la gente viniera a mirarla, y niños rubios se agrupaban a su alrededor cuando pintaba. Cuando terminó el cuadro, se trasladó con su caballete de nuevo a la cerca de piedra.

En octubre llegó la lluvia, cayendo sin parar durante semanas. De vez en cuando el cielo se despejaba un poco, dejando salir un enfermizo rayo

de luz amarilla entre las nubes, y los charcos de la carretera brillaban un rato antes de que la lluvia volviera a agitar su superficie. Jenny tomó prestados los libros de la señora Rasmussen y aprendió a tejer el tipo de encaje que bordeaba sus cortinas, pero ni la lectura ni el tejido llegaron a mucho. Se sentaba en la mecedora junto a la ventana todo el día, sin siquiera preocuparse por vestirse adecuadamente, solo con su viejo y descolorido kimono. A medida que su estado se volvía cada vez más evidente, sufría agonías.

Gert Gram había escrito diciendo que iba a venir a verla y, dos días después, llegó en un coche de caballos bajo la lluvia torrencial. Se quedó una semana, alojándose en el hotel de la estación, pero pasando todo el tiempo con ella. Cuando se fue, prometió volver pronto, quizás en seis semanas.

Jenny permaneció despierta toda la noche con la lámpara encendida. Sabía que no podía soportarlo otra vez; había sido demasiado horrible. Todo fue insoportable desde el momento en que él llegó: su primera mirada preocupada y compasiva al verla, vestida con el nuevo vestido recto azul marino confeccionado por la modista del pueblo. "Qué hermosa eres", dijo, y declaró que parecía una virgen del Renacimiento. Una virgen, sí. Su brazo colocado cautelosamente alrededor de su cintura, su largo y contenido beso en la frente, la hacían sentir como si pudiera morir de vergüenza. Y cómo la había preocupado con su interés por su salud y sus consejos sobre hacer suficiente ejercicio. Un día que dejó de llover, la sacó a caminar un buen trecho, insistiendo en que ella se agarrara de su brazo para apoyarse. Una noche, había mirado su labor a escondidas, esperando probablemente que estuviera cosiendo ropita de bebé. Todo lo hacía con la mejor intención y no había esperanza de que las cosas mejoraran cuando volviera; más bien al contrario; ella simplemente no podía soportarlo.

Un día recibió una carta de él en la que, entre otras cosas, decía que debía consultar a un médico, y esa misma noche escribió a Gunnar Heggen contándole que esperaba un hijo para febrero, y preguntando si podía darle la dirección de un lugar tranquilo donde pudiera quedarse hasta que todo terminara. Heggen respondió por correo:

"Querida Jenny: He puesto un anuncio en un par de periódicos y te enviaré las respuestas cuando lleguen para que puedas verlas tú misma. Si quieres que vaya a ver alguno de los lugares antes de que decidas, lo haré con mucho gusto, ya lo sabes. Estoy a tu disposición en todo sentido. Avísame cuándo te vas, por dónde vienes y si quieres que te recoja, o si puedo ayudarte de alguna otra manera. Lo siento, por supuesto, pero sé que estás relativamente bien equipada para enfrentarte a los problemas. Por favor, escribe y dime si hay algo más que pueda hacer por ti; sabes que estoy encantado de servirte en lo que sea. Me han dicho que tienes un buen cuadro en la exposición estatal; felicidades. Recuerdos cordiales de tu sincero amigo, G. H."

Unos días después llegó un montón de cartas. Jenny hojeó algunas, escritas en un horrible garabato gótico, y luego le escribió a una tal señora Schlessinger, en las cercanías de Warnemünde, alquilando una habitación a partir del quince de noviembre. Avisó a la señora Rasmussen y le contó su decisión a Gunnar por carta. En vísperas de su partida, le escribió a Gram:

"Querido amigo: He tomado una decisión que me temo te dolerá, pero no debes enfadarte conmigo. Estoy cansada y sin fuerzas; sé que fui insoportable y desagradable contigo cuando estuviste aquí, y no quiero que vuelva a suceder, así que he decidido no volver a verte hasta que todo haya terminado y yo esté normal otra vez. Salgo de aquí mañana temprano, al extranjero. No te doy mi dirección por ahora, pero puedes enviarme las cartas a través de la señora Ahlin, Varberg, Suecia, y yo te escribiré por medio de ella. No te preocupes por mí. Estoy bien y todo está bien, pero te ruego, querido, que no intentes comunicarte conmigo de otra manera que no sea la que te he sugerido. No te enfades conmigo, porque creo que esta es la mejor solución para los dos, y por favor intenta preocuparte por mí lo menos posible. —Tuya afectuosamente, Jenny Winge."

Así que se mudó de una viuda a otra, y a otra pequeña casita; esta vez una roja con los alféizares de las ventanas encalados, situada en un pequeño jardín con senderos de baldosas y conchas alrededor de los macizos de flores, donde las dalias y los crisantemos se alzaban negros y podridos. Veinte o treinta casas similares se alineaban a lo largo de una callejuela que iba desde la estación de ferrocarril hasta el puerto pesquero, donde las olas rompían contra los largos muelles de piedra. En la playa, un poco apartado del pueblo, había un pequeño hotel con las contraventanas cerradas. Caminos interminables, con esbeltos chopos que se inclinaban al viento, se adentraban en llanuras y ciénagas sin fin, pasando junto a pequeñas granjas de ladrillo con una franja de jardín delante.

Jenny caminaba todo lo que podía, para luego regresar a casa y sentarse en su pequeña habitación, que esta vez estaba sobrecargada de baratijas, yeserías de colores y escenas de posadas campestres en marcos de latón. No tenía fuerzas ni siquiera para cambiarse los zapatos mojados, pero la señora Schlessinger le quitaba las botas y las medias, hablando todo el tiempo, exhortándola a mantener el ánimo, contándole de todas las otras jóvenes que había tenido en casa, y cómo tal o cual se había casado y ahora era rica y feliz.

Cuando llevaba un mes allí, la señora Schlessinger entró un día en su habitación excitada: un caballero había venido a ver a la joven. Jenny se quedó paralizada de miedo, pero finalmente logró preguntar cómo era. "Bastante joven", dijo la señora Schlessinger con una sonrisa socarrona, "y muy guapo". A Jenny se le ocurrió que podía ser Gunnar y se levantó pero, cambiando repentinamente de opinión, se envolvió en una manta y se sentó en el más profundo de sus sillones. La señora Schlessinger se fue, encantada de anunciar a un visitante. Al hacer entrar a Gunnar en la habitación, se quedó un instante sonriendo junto a la puerta antes de cerrarla.

Él le estrechó la mano, casi haciéndole daño, y la saludó con una sonrisa radiante:
—Pensé que sería mejor que viniera a ver qué clase de lugar has elegido. Es una parte del mundo bastante aburrida la que has escogido, pero al menos es saludable. —Sacudió el agua de su sombrero mientras

hablaba.
—Debes tomar un poco de té y algo de comer —dijo Jenny, haciendo un movimiento como si quisiera levantarse, pero se quedó sentada, diciendo con un rubor—: ¿Te importa llamar?

Heggen comió con excelente apetito, hablando todo el tiempo. Estaba encantado con Berlín; había vivido en un barrio obrero, el Moabit, y hablaba con entusiasmo de los socialdemócratas y de los militares, porque según él hay algo grandioso y viril en ello, y uno estimula al otro. Había recorrido algunas grandes fábricas y había estudiado la vida nocturna, habiendo conocido a un ingeniero noruego que estaba en su luna de miel y a un matrimonio noruego con dos hijas encantadoras.
—Creo que las ofendí; una noche le pedí a la señorita Paulsen que se viniera a casa conmigo.
—Gunnar, cómo pudiste.
—Bueno, no estaba muy sobrio. Era solo una broma. Si por casualidad hubiera aceptado, me habría visto en un gran apuro. No, gracias. Fue divertido verla tan virtuosamente ofendida. No había peligro realmente; las niñitas de ese tipo no regalan su tesoro sin asegurarse de una buena compensación.

De repente se sonrojó. Se le ocurrió que Jenny podría pensar que era de mala educación hablar así delante de ella, en su estado. Pero ella solo se rió:
—Qué locuras haces.
Mientras Heggen seguía hablando, la antinatural y dolorosa timidez fue desapareciendo gradualmente. Una o dos veces, cuando ella no se daba cuenta, sus ojos escudriñaban ansiosamente su rostro; cielos, qué delgada y hundida estaba. Los tendones de su cuello destacaban y tenía un par de líneas marcadas en la garganta.

Había dejado de llover y ella aceptó salir a pasear con él. Caminaron en la bruma marina por la carretera desierta con los escuálidos chopos.
—Toma mi brazo —dijo Gunnar con indiferencia, y Jenny lo tomó, sintiéndose pesada y cansada.
—Debe ser muy aburrido para ti aquí, Jenny; ¿no crees que sería mucho mejor que te fueras a Berlín?
Jenny negó con la cabeza.
—Tendrías los museos para ir y otras cosas además, y alguien con quien

estar a veces. Tienes que estar terriblemente aburrida aquí.
—Ay, no, Gunnar; no podría ir ahora.
—Te ves bastante bien con ese gabán —dijo Gunnar con cautela, tras una breve pausa.
Jenny inclinó la cabeza.
—Soy un tonto —dijo de repente—. Perdóname. Tienes que decirme, Jenny, si te molesto.
—No me molestas. Me alegro de que hayas venido.
—Me doy cuenta de que debe ser horrible para ti, Jenny. —Su voz había cambiado por completo—. Me doy cuenta, pero estoy seguro de que lo empeoras aún más estando aquí sola. Creo que deberías ir a algún otro sitio, a algún lugar un poco menos desesperanzador que este. —Miraba la oscura llanura y las hileras de chopos que se perdían en la distancia.
—La señora Schlessinger es muy amable —dijo Jenny evasivamente.
—Ah, sí, buena alma. —Sonrió—. Creo que sospecha que soy el culpable.
—Probablemente —dijo Jenny, sonriendo también.

Caminaron en silencio. Al rato, Gunnar preguntó:
—¿Cómo piensas arreglar las cosas? ¿Tienes algún plan para el futuro?

—Todavía no lo sé. Supongo que te refieres al niño, ¿verdad? Puede que lo deje con la señora Schlessinger por un tiempo; ella lo cuidaría bien, me imagino. O puede que consiga a alguien que lo adopte; ya sabes, a veces adoptan a esos niños. Podría llamarme señora Winge y no importarme lo que la gente piense.

—¿Estás completamente decidida, entonces, a romper del todo con… eh… el hombre en cuestión? Me escribiste en ese sentido.

—Lo estoy —dijo ella con firmeza—. No es el hombre con el que estaba comprometida —añadió, tras una pausa.

—¡Gracias a Dios! —exclamó, tan aliviado que Jenny no pudo evitar sonreír un poco.

—Bueno, ya sabes, Jenny, no merecía la pena reproducirse, no por ti, al menos. Vi en los periódicos hace poco que ha obtenido su doctorado. Bueno, podría haber sido peor; tenía miedo…

—Es su padre —dijo ella bruscamente.

Heggen se detuvo en seco. Ella se echó a llorar desesperadamente, y él la rodeó con el brazo y le puso la mano en la mejilla mientras ella seguía sollozando con la cabeza en su hombro.

Estando así, empezó a contárselo todo. Una vez levantó la vista hacia su rostro; estaba pálido y demacrado, y ella volvió a llorar. Cuando se detuvo, él le levantó la cabeza mirándola:

—Dios mío, Jenny, ¡lo que habrás sufrido! No puedo ni imaginarlo.

Caminaron de vuelta al pueblo en silencio.

—Ven conmigo a Berlín —dijo de repente—. No soporto pensar en ti aquí sola, dándole vueltas a esto.

—Casi he dejado de pensar —dijo ella, cansada.

—¡Ay, es horrible! —exclamó con violencia, hasta el punto de que ella se detuvo de repente—. Siempre las mejores de vosotras caéis en este tipo de cosas, y no tenemos ni idea de lo que tenéis que pasar. ¡Es horrible!

Heggen se quedó tres días. Jenny no podía explicar por qué, pero se sintió mucho mejor después de su visita. La insoportable sensación de humillación había desaparecido; pudo enfrentarse a su parto con más calma y confianza.

La señora Schlessinger andaba sonriendo con picardía a pesar de que Jenny declarara que el caballero era su primo.

Él le había ofrecido enviarle algunos de sus libros, y en Navidad llegó una caja entera, además de flores y bombones. Cada semana le escribía una larga carta sobre todo tipo de nimiedades, incluyendo recortes de periódicos noruegos. En enero vino por su cumpleaños y se quedó dos días, dejándole algunos de los últimos libros noruegos. Poco después de su última visita, ella cayó enferma. Durante las semanas siguientes se sintió mal, preocupada y sin dormir. Nunca antes había pensado en el parto en sí ni se había preocupado por ello, pero, sintiéndose ahora siempre miserable, fue presa de un repentino temor a lo que iba a pasar, y cuando llegó el momento, estaba tan agotada por el insomnio y la ansiedad que apenas podía mantenerse en pie.

Fue un caso difícil. Jenny estaba más muerta que viva cuando el médico, que habían enviado a buscar desde Warnemünde, tuvo por fin a su hijo en sus manos.

CAPITULO 6

El hijo de Jenny vivió seis semanas —exactamente cuarenta y cuatro días y medio, se decía amargamente para sí, pensando una y otra vez en el breve tiempo que se había sentido realmente feliz. No lloró los primeros días después de su muerte, pero no podía dejar al niño muerto, y se sentaba gimiendo desde lo profundo de su garganta y lo tomaba entre sus brazos para acariciarlo:

—Queridísimo niño, el niño bonito de mamá, no debes irte, no puedo dejarte ir. ¿No ves que te necesito tanto?

El niño nació pequeño y débil, pero tanto Jenny como la señora Schlessinger creían que se estaba desarrollando bien y prosperando. Entonces, una mañana cayó enfermo, y al mediodía todo había terminado. Después del funeral, empezó a llorar y no pudo parar; durante semanas después sollozó incesantemente día y noche. También ella cayó enferma; le dio una inflamación en los pechos, y la señora Schlessinger tuvo que llamar al médico, que la operó. La desesperación de su alma, junto con los dolores de su cuerpo, le dieron muchas noches terribles y delirantes.

La señora Schlessinger dormía en la habitación contigua y, al oír sus gritos de agonía, entraba corriendo y se sentaba junto a la cama, consolándola, acariciando sus manos delgadas y húmedas con sus propias manos gordas y cálidas, y la mimaba y la reprendía un poco. Era la voluntad de Dios, y probablemente era mucho mejor para el niño y para ella también, siendo tan joven como era. La señora Schlessinger había perdido dos hijos ella misma; a la pequeña Bertha cuando tenía dos años, y a Wilhelm a los catorce, un chico tan querido también; y sin embargo, habían nacido dentro del matrimonio y deberían haber sido el sostén y consuelo de su vejez. Pero este pequeñín solo habría sido una cadena atada a los pies de la señorita, que era tan joven y bonita. Había sido muy querido y dulce, el angelito, y era muy duro.

La señora Schlessinger también había perdido a su marido, y muchas de las jóvenes que se habían alojado en su casa habían visto morir a sus pequeños; a algunas les había dado igual, otras habían puesto a sus

bebés al cuidado de una nodriza inmediatamente para deshacerse de ellos. No era agradable, por supuesto, pero qué podía hacerse. Algunas habían llorado y se habían lamentado como Jenny, pero lo superaban con el tiempo, y se casaban y se establecían felizmente después. Pero una desesperación como la de la señorita nunca la había presenciado.

La señora Schlessinger sospechaba en su corazón que la desesperación de su paciente se debía en gran parte a que el primo se había ido primero a Dresde y luego a Italia justo en la época en que el niño murió. Pero eso es exactamente lo que siempre hacían, los hombres.

El recuerdo de aquellas noches enloquecedoras y llenas de agonía quedó para siempre asociado a la imagen de la señora Schlessinger sentada en el taburete junto a su cama, mientras los rayos de luz de la lámpara se refractaban en las lágrimas que caían de sus pequeños y bondadosos ojos sobre sus redondas y sonrosadas mejillas. Y su boca, que no paraba de hablar ni un segundo, su pequeña trenza gris de cabello, la chaqueta de dormir blanca adornada con puntilla de picos, y su enagua de franela a rayas grises y rosadas con borde festoneado. Y la pequeña habitación con medallones de yeso en marcos de latón.

Le había escrito a Heggen sobre su gran alegría, y él le había respondido diciendo que le habría encantado venir a ver al niño, pero el viaje era largo y caro y estaba a punto de partir para Italia. Le envió sus mejores deseos a ella y al principito, esperando darles la bienvenida a ambos en Italia pronto. En la época de la muerte del niño, Heggen estaba en Dresde y le envió una larga y compasiva carta.

Tan pronto como estuvo lo suficientemente bien para escribir, le envió unas líneas a Gert, dándole su dirección, pero pidiéndole que no viniera a verlos hasta la primavera, cuando el bebé fuera grande y bonito. Solo su madre podía ver ahora que era adorable. Le escribió una carta más larga cuando se levantó y volvió a andar. El día que enterraron al niño, le escribió a Gram en pocas palabras contándole su pérdida, informándole de su intención de irse al sur esa misma noche, y pidiéndole que no esperara tener noticias de ella hasta que volviera a ser más ella misma. "No te preocupes por mí", le escribió. "Estoy bastante serena ahora, pero desesperadamente triste, por supuesto".

Su carta se cruzó con una de Gert, que escribió:

"Mi queridísima Jenny: Gracias por tu última carta. Veo que te reprochas a ti misma por tu relación conmigo; mi querida niña, yo no tengo nada que reprocharte, así que no debes hacerlo tú. No has sido nunca más que amable, dulce y cariñosa con tu amigo, y nunca olvidaré tu ternura y afecto durante el breve tiempo que me quisiste; tu encantadora juventud, tu dulce devoción en los días de nuestra corta felicidad.

Deberíamos haber sabido, los dos, que sería breve. Yo ciertamente debería haberlo entendido, y si tú hubieras reflexionado, también podrías haberlo sabido, pero acaso reflexionan dos personas que se sienten atraídas una por la otra. Crees que te reprocho que un día dejaras de quererme y me causaras el mayor sufrimiento de mi vida, que dista mucho de ser feliz; un sufrimiento doble cuando supe al mismo tiempo que nuestra relación tendría consecuencias que tú tendrías que soportar toda la vida.

Por tu carta veo también que esas consecuencias, que probablemente han sido una fuente de desesperación mucho mayor para mí que para ti, a pesar de todo lo que hayas podido experimentar de preocupación y sufrimiento físico, te han traído una alegría y una felicidad más profundas que cualquier otra cosa en toda tu vida; que la alegría de ser madre te da paz, satisfacción y valor para vivir, y que con tu hijo en brazos crees que tendrás fuerzas para afrontar todas las dificultades, tanto económicas como sociales, que el futuro pueda poner en el camino de una joven en tu situación. Me produce más placer del que imaginas leerlo. Es para mí una nueva prueba de que la justicia eterna, de la que nunca he dudado, existe. Para ti, que cometiste un error porque tu corazón era cálido y tierno y sediento de amor, ese mismo error, que te ha causado tantas horas de agonía, acabará por traerte todo lo que has buscado, en un grado mejor, más fino y más puro de lo que jamás soñaste, ahora que tu corazón está lleno de amor por tu hijo. Y este amor aumentará a medida que él crezca y empiece a conocer a su madre, a aferrarse a ella, y a

devolverle su amor con un afecto más fuerte, más profundo y más consciente a medida que pasen los años.

Y a mí, que recibí tu amor, aunque debería haber sabido que el amor entre nosotros era imposible y antinatural, a mí estos meses me han traído un sufrimiento y una pena indescriptibles y un vacío. No tienes idea, Jenny, de cuánto te echo de menos, tu juventud, tu belleza, la dicha de tu amor; y cada recuerdo de todo ello está amargado por el arrepentimiento, una pregunta insistente: ¿Cómo pude dejar que ella lo hiciera? ¿Cómo pude aceptarlo? ¿Cómo pude creer en la posibilidad de ser feliz yo con ella? Lo creí, Jenny, por muy loco que pueda sonar, porque me sentía joven cuando estaba contigo. Recuerda que malgasté mi propia juventud cuando era mucho más joven que tú; la felicidad del trabajo y la felicidad del amor en la juventud nunca fueron mías, y fue toda mi culpa. Y este fue el castigo. Mi juventud muerta volvió a la vida cuando te conocí; en mi corazón no me sentía mayor que tú. No hay nada más terrible en la vida que para un hombre ser viejo mientras su corazón aún es joven.

Escribes que deseas que vaya algún día, cuando el niño haya crecido un poco, a verte a ti y a nuestro hijo. Qué pensamiento tan absurdo, nuestro hijo. Sabes lo que no deja de venirme a la mente. El viejo José de los cuadros italianos del altar. Recordarás que siempre está en el fondo, o a un lado, contemplando triste y tiernamente al Niño Divino y a su joven y hermosa madre, que están absortos el uno en la otra y no notan su presencia. No me malinterpretes, querida Jenny; sé que el niño que yace en tu regazo también es carne y sangre mía, pero cuando pienso en ti como madre, no puedo evitar sentirme excluido, como el pobre viejo José.

No debes dudar en aceptar mi nombre como mi esposa y la protección que te daría a ti y al niño, más de lo que María dudó en ponerse al cuidado de José. Y no me parece del todo correcto hacia el niño privarlo del nombre de su padre, al que tiene derecho, por mucha confianza que tengas en ti misma. No hace falta decir que en tal matrimonio seguirías siendo tan libre e independiente como antes, y que podría disolverse legalmente

cuando quisieras. Te ruego que lo pienses bien. Podríamos hacer la ceremonia en el extranjero, y unos meses después se podrían dar los pasos para obtener el divorcio, si ese es tu deseo; no tendrías que volver a Noruega, ni siquiera vivir bajo el mismo techo que yo en absoluto".

—No hay mucho que contar sobre mí. Tengo dos habitaciones pequeñas en esta parte del campo, no lejos del lugar donde nací y viví hasta los diez años. Desde mi ventana puedo ver las copas de los dos grandes castaños que están a la entrada del hogar de mi infancia. Se ven muy parecidos a como eran entonces. Aquí arriba, las tardes empiezan a ser largas, luminosas y primaverales, y sus desnudas ramas marrones se recortan contra el cielo verde pálido, donde unas pocas estrellas solitarias brillan en el aire nítido y claro. Tarde tras tarde me siento junto a mi ventana mirando fijamente en la misma dirección, soñando y trayendo a la memoria toda mi vida. Cómo podría olvidar, querida Jenny, que entre tú y yo había una vida entera casi el doble de larga que la tuya, y más de la mitad de ella pasada en incesante humillación, derrota y tristeza.

El hecho de que pienses en mí sin ira ni amargura es más de lo que me atrevía a esperar y suponer, y leer tu alegría entre líneas de tu carta me ha dado la mayor satisfacción. Que Dios te bendiga y te ayude a ti y al niño, y os conceda toda la felicidad que os deseo.

Todo mi cariño es tuyo, querida Jenny, tú que una vez fuiste mía.”

Gert Gram.

CAPITULO 7

Jenny se quedó con la señora Schlessinger; era barato y no sabía qué hacer consigo misma. La primavera estaba en el aire. Caminaba por el muelle por las tardes. Pesadas nubes, bordeadas por el sol con rojo y dorado ardiente, se perseguían a través de la inmensa cúpula abierta del cielo y se reflejaban en el mar inquieto. La oscura y desolada llanura se volvía verde claro y los chopos pardorrojizos se cubrían de brotes jóvenes. A lo largo de la vía del tren, violetas y pequeñas flores blancas y amarillas brotaban por cientos, y finalmente toda la llanura se volvió lujosamente verde, y un mundo de color surgió a lo largo de las zanjas; lirios de color azufre y grandes lirios blancos se reflejaban en los charcos de la ciénaga. Entonces, un día, el aire se impregnó de un dulce olor a heno, mezclado con el olor a alquitrán de la orilla.

El hotel abrió, y las pequeñas casas junto al muelle se llenaron de veraneantes; los niños pululaban en la blanca playa, revolcándose en la arena y chapoteando en el agua. Madres y niñeras con trajes típicos del Spreewald se sentaban en el césped con su costura, cuidándolos. Las casetas de baño habían sido transportadas al mar, y las jóvenes gritaban y reían en el agua. Yates de vela anclaban junto al muelle, los turistas llegaban de la ciudad, por las noches había baile en el hotel, y las parejas paseaban por la pequeña arboleda donde Jenny solía tumbarse en la hierba a principios de primavera, escuchando el murmullo de las olas y el susurro del viento en las desgarbadas copas de los árboles.

Una o dos de las señoras la miraban con interés y compasión cuando ella caminaba por la playa con su vestido blanco y negro. Los veraneantes que se alojaban en el pueblo habían llegado a saber que una joven noruega había tenido un hijo y estaba desconsolada por su muerte, y algunos lo encontraban más conmovedor que escandaloso.

Prefería con creces pasear por el campo, adonde los bañistas nunca iban. De vez en cuando llegaba hasta el cementerio donde estaba enterrado su hijo. Se sentaba mirando fijamente la tumba, que no había querido que fuera cuidada de ninguna manera, a veces poniendo sobre ella algunas flores silvestres que había recogido por el camino, pero su mente se negaba a asociar el pequeño montículo de tierra gris con su amado niño.

En su habitación, por las noches, se sentaba mirando fijamente la lámpara, con una labor que nunca tocaba. Sus pensamientos eran siempre los mismos: recordaba los días en que tuvo al niño; primero la débil y plácida alegría mientras estuvo en cama recuperándose, luego cuando se sentaba y la señora Schlessinger le enseñaba a bañarlo, vestirlo y manejarlo, y cuando iban juntas a Warnemünde a comprar telas finas, encajes y cintas, y cómo al regresar a casa cortaba y cosía, diseñaba y bordaba. Su niño iba a tener cosas bonitas, en lugar del conjunto común ya confeccionado que había encargado desde Berlín.

También había comprado una pequeña regadera de jardín de hojalata pintada de verde, con el dibujo de un león y un tigre de pie junto a un mar azul entre palmeras, mirando con asombro a los barcos de guerra alemanes que se alejaban hacia las colonias africanas del Imperio. Le había parecido tan divertido que la compró para que el bebé jugara con ella cuando fuera lo bastante mayor, después de mucho tiempo. Primero debía aprender a encontrar el pecho de su madre, que por ahora solo buscaba a ciegas, y a descubrir sus propios deditos, que no podía separar cuando los juntaba. Poco a poco sería capaz de reconocer a su madre, de mirar la lámpara y el reloj de su madre cuando ella se lo colgara delante de los ojos. Había tantas cosas que el bebé tendría que aprender.

Todas sus cosas estaban en un cajón que nunca abría. Sabía cómo era cada pequeña prenda; podía sentirlas en las palmas de las manos: la suave ropa blanca, las prendas de lana mullidas y la chaqueta sin terminar de franela verde en la que había bordado flores amarillas; la chaqueta que iba a usar cuando ella lo sacara a pasear.

Había comenzado un cuadro de la playa con niños vestidos de rojo y azul sobre la arena blanca. Algunas de las señoras compasivas vinieron a mirarlo, tratando de entablar amistad con ella: es muy bonito. Pero ella no estaba contenta con el boceto y no quería terminarlo ni hacer uno nuevo.

Entonces, un día, el hotel volvió a cerrar, el mar estaba tormentoso y el verano se había ido. Gunnar escribió desde Italia, aconsejándole que fuera allí. Cesca quería que se fuera a Suecia, y su madre, que no sabía nada, escribió que no entendía por qué se quedaba tanto tiempo en

Alemania. Jenny pensaba en irse, pero no podía decidirse, aunque un débil anhelo empezaba a agitarse en ella. Se inquietó por andar así sin poder hacer nada. Tenía que tomar una decisión, aunque solo fuera para arrojarse al mar una noche desde el muelle.

Una noche sacó los libros de Heggen de su caja. Entre ellos había uno de poesía, Fiori della Poesia Italiana, una edición para turistas encuadernada en cuero. Pasó las hojas para ver si había olvidado todo su italiano. El libro se abrió solo en la canción de carnaval de Lorenzo de Médici, donde había un papel doblado con la letra de Gunnar: querida madre, ahora puedo decirte que he llegado sano y salvo a Italia y estoy bastante cómodo, y que... el resto de la hoja estaba cubierta de palabras para aprender. Al lado de los verbos había escrito las conjugaciones, y el margen de toda la poesía estaba lleno de notas: Quant'è bella giovenezza, che se fugge tuttavia.

Hasta las palabras más comunes estaban escritas. Gunnar probablemente había tratado de leer el libro nada más llegar a Italia, antes de saber nada del idioma. En la primera página estaba escrito G. Heggen, Florencia, 1903, que era antes de que ella lo conociera. Empezó a leer aquí y allá. Era la Oda a Italia de Leopardi, de la que Gunnar estaba tan entusiasmado. La leyó. El margen estaba lleno de notas y manchas de tinta.

Era como si él le hubiera enviado un mensaje más íntimo que cualquiera de sus cartas. Joven, sano, firme y activo, la llamaba, pidiéndole que volviera a la vida y al trabajo. Si pudiera reunir valor y empezar a trabajar de nuevo. Quería intentarlo, hacer su elección entre la vida o la muerte; quería ir allí donde una vez se había sentido libre y fuerte, sola excepto por su trabajo. Anhelaba a sus amigos, los fieles compañeros que nunca se acercaban demasiado para lastimarse, sino que vivían uno al lado del otro, cada uno ocupándose de sus propios asuntos y todos compartiendo lo que poseían en común: la fe en su capacidad y la alegría de su trabajo. Quería ver de nuevo el país de las montañas, con sus líneas orgullosas y severas y sus colores tostados por el sol.

Unos días después partió hacia Berlín, donde se quedó un tiempo visitando las galerías, pero, sintiéndose cansada y desamparada, continuó hacia Múnich. En la Alte Pinakothek se detuvo ante la Sagrada

Familia de Rembrandt. No la miró desde el punto de vista de una pintora; solo miró a la joven campesina que, con su vestido aún apartado de su pecho, estaba sentada mirando a su hijo durmiendo en su regazo y sosteniendo su pie cariñosamente en la mano. Era un niño campesino corriente, pero en excelente estado; dormía profundamente y era un encanto a pesar de todo. José lo miraba por encima del hombro de la madre, pero no era un José viejo, y María no era una novia celestial; eran un trabajador de mediana edad y su joven esposa, y el niño era la alegría y el orgullo de ambos.

Por la noche le escribió a Gert Gram una larga, triste y tierna carta despidiéndose de él para siempre.

Al día siguiente tomó un billete directo a Florencia; tras una noche sin dormir en el tren, se encontró sentada junto a la ventana al amanecer. Torrentes de agua brotaban de las laderas boscosas de las montañas. Se hacía cada vez más claro, y las ciudades se volvían cada vez más italianas en su carácter: tejas de color óxido, balcones en las casas, persianas verdes contra muros de piedra rojiza, fachadas de iglesias barrocas, puentes de piedra sobre los ríos, viñedos fuera de los muros y ruinas de castillos grises en las cimas de las colinas. En las estaciones, todos los letreros estaban escritos en alemán e italiano.

Permaneció de pie en la aduana mirando a los pasajeros de primera y segunda clase que despertaban de su sueño, y se sintió bastante feliz sin poder explicarse por qué. Estaba de vuelta en Italia. El funcionario de aduanas le sonrió porque era muy rubia, y ella le devolvió la sonrisa; evidentemente la tomó por la empleada de alguna de las señoras pasajeras. Las brumosas cordilleras grises a ambos lados tenían un tinte azulado en las grietas, el suelo se veía de un rojo oxidado y el sol brillaba blanco y caliente.

Pero en Florencia hacía un frío glacial a principios de noviembre. Cansada y helada, se quedó en la ciudad quince días; su corazón permanecía frío ante toda la belleza que la rodeaba, y se sentía melancólica y desanimada porque no la conmovía como antes.

Una mañana se fue a Roma. El suelo estaba blanco de escarcha en la Toscana; al mediodía, la bruma helada se levantó y el sol brilló, y volvió

a ver un lugar que nunca había olvidado: el lago de Trasimeno, de un azul pálido, rodeado de montañas. Una punta de tierra se adentraba en el agua, con las torres de una pequeña ciudad gris de piedra y una avenida de cipreses que partía de la estación.

Llegó a Roma bajo una lluvia torrencial. Gunnar estaba en el andén para recibirla y le estrechó las manos mientras le daba la bienvenida. Siguió hablando y riendo todo el tiempo mientras iban desde la estación hasta las habitaciones que le había conseguido, con la lluvia golpeando el carruaje desde el cielo gris y desde el empedrado de la calle.

CAPITULO 8

Heggen estaba sentado en el lado exterior de la mesa de mármol, sin participar en la conversación; de vez en cuando lanzaba una mirada a Jenny, que estaba sentada apretada en el rincón, con un whisky con soda delante. Charlaba muy alegremente con una joven sueca al otro lado de la mesa, sin prestar la menor atención a sus vecinos, el doctor Broager y la pequeña artista danesa Loulou Schulin, que ambos intentaban llamar su atención. Heggen vio que ella había vuelto a beber demasiado. Un grupo de escandinavos y un par de alemanes se habían reunido en una taberna, y estaban terminando la noche en el rincón más apartado de un café algo sórdido. Todos estaban más o menos afectados por lo que habían bebido, y muy opuestos a la petición del dueño de que se fueran, ya que había pasado la hora del cierre y él tendría que pagar una multa de doscientas liras.

Gunnar Heggen era el único que habría querido que la reunión terminara; era el único sobrio, y estaba de mal humor. El doctor Broager aplicaba constantemente su bigote negro a la mano de Jenny; cuando ella la retiraba, intentaba besarle el brazo desnudo. Había conseguido poner su brazo detrás de ella y estaban tan apretados en el rincón que era inútil intentar alejarse de él. Su resistencia, a decir verdad, era algo débil, y se reía sin ofenderse por su atrevimiento.

—Uf —dijo Loulou, encogiéndose de hombros—. Cómo puedes soportarlo. No te parece repugnante, Jenny.

—Sí, me lo parece, pero no ves que es exactamente como un moscardón. Es inútil tratar de espantarlo. Uf, basta ya, doctor.

—Uf —dijo Loulou otra vez—. Cómo puedes soportar a ese hombre.

—No importa. Puedo lavarme con jabón cuando llegue a casa.

Loulou Schulin se apoyó contra Jenny, acariciándole los brazos.

—Ahora cuidaré de estas pobres y hermosas manos. Mira. —Levantó una de ellas para que la admirara el grupo alrededor de la mesa—. ¿No

es preciosa? —y, soltando el velo verde de su sombrero, lo enrolló alrededor de los brazos y manos de Jenny—. En una mosquitera, ves, dijo, sacando rápidamente la pequeña lengua hacia Broager.

Jenny permaneció un instante con los brazos y las manos envueltos en el velo verde antes de desatarlo y ponerse el abrigo y los guantes. Broager se recostó con los ojos entrecerrados, y la señorita Schulin levantó su copa:

—A su salud, señor Heggen.

Él fingió no oír, pero cuando ella repitió sus palabras, cogió su copa:

—Perdón, no la vi —y, después de un sorbo, volvió a mirar hacia otro lado.

Una o dos personas del grupo sonrieron. Heggen y la señorita Winge vivían uno al lado del otro en el último piso de una casa entre Babuino y Corso; las relaciones íntimas entre ellos parecían, por tanto, algo natural. En cuanto a la señorita Schulin, había estado casada con un autor noruego, pero después de un año más o menos de dicha conyugal, lo había dejado a él y al niño, y había salido al mundo con su nombre de soltera como "señorita", haciéndose llamar artista.

El dueño se acercó una vez más al grupo, solicitando urgentemente su salida; los dos camareros apagaron el gas en el extremo más alejado de la sala y se quedaron de pie junto a la mesa esperando, así que no hubo más remedio que pagar e irse.

Heggen fue de los últimos en salir a la plaza. A la luz de la luna vio a la señorita Schulin que tomaba el brazo de Jenny, y ambas corrían hacia un coche de caballos que otros estaban asaltando. Corrió en la misma dirección y oyó a Jenny gritar: ya sabes, el de Vía Paneperna, justo cuando saltaba al coche ya lleno y caía en el regazo de alguien. Pero unas señoras querían salir y otras entrar; la gente no dejaba de saltar por una puerta y entrar por otra, mientras el conductor permanecía inmóvil en su asiento esperando, y el caballo dormía con la cabeza caída contra el puente de piedra.

Jenny estaba otra vez en la calle, pero la señorita Schulin le tendía la mano; había mucho sitio.

—Siento pena por el caballo —dijo Heggen secamente, y Jenny empezó a caminar a su lado detrás del coche, la última de los que no tuvieron sitio en el vehículo, que rodaba delante.

—No querrás decir que quieres seguir con esta gente, que quieres caminar hasta Paneperna por eso —dijo Heggen.

—Podríamos encontrar un coche vacío en el camino.

—Cómo puedes molestarte con ellos. Están todos borrachos —añadió.

Jenny se rió de manera lánguida.

—Supongo que yo también lo estoy.

Heggen no respondió. Habían llegado a la Plaza de España cuando ella se detuvo:

—Entonces no vienes con nosotros, Gunnar.

—Sí, si insistes absolutamente en seguir, si no, no.

—No tienes que venir por mí. Puedo llegar a casa perfectamente, sabes.

—Si tú vas, yo voy. No pienso dejarte andar sola con esa gente en ese estado.

Ella se rió, con la misma risa débil e indiferente.

—Estarás demasiado cansada para posar para mí mañana.

—Ah, podré posar perfectamente.

—No podrás; y de todas formas, no podré trabajar bien si tengo que andar toda la noche.

Jenny se encogió de hombros, pero empezó a caminar en dirección a Babuino, en dirección contraria al resto del grupo. Dos policías pasaron junto a ellos; por lo demás, no se veía un alma. La fuente manaba frente a la Strada di Spagna, blanca a la luz de la luna y bordeada de arbustos de hoja perenne negros y plateados brillantes.

De repente, Jenny habló con voz dura y desdeñosa:

—Sé que lo dices con buena intención, Gunnar. Es bondadoso de tu parte tratar de cuidarme, pero no vale la pena.

Él siguió caminando en silencio.

—No, si no tienes voluntad propia —dijo al cabo de un rato.

—Voluntad —imitándolo.

—Sí, dije voluntad.

Su respiración se aceleró y se volvió cortante, como si quisiera responder, pero se contuvo. De repente se sintió llena de repugnancia; sabía que estaba medio borracha, pero no quería acentuar aquello empezando a gritar, gemir y explicar, quizás a llorar, delante de Gunnar. Apretó los dientes.

Llegaron a la puerta de su casa. Heggen abrió la puerta y encendió una cerilla para iluminarle la interminable subida de los oscuros escalones de piedra. Sus dos pequeñas habitaciones estaban en el rellano al final de la escalera; un pequeño pasillo exterior terminaba en una escalera de mármol que conducía a la azotea de la casa. En su puerta, le dio la mano, diciendo en voz baja:

—Buenas noches, Gunnar, gracias por esta noche.

—Gracias. Duerme bien.

—Igualmente.

Gunnar abrió la ventana de su habitación. La luna brillaba sobre una

pared amarillo ocre enfrente, con postigos cerrados y balcones de hierro negro. Detrás se alzaba el Pincio, con masas de follaje de contornos nítidos contra el cielo azul iluminado por la luna. Debajo de él había viejos techos cubiertos de musgo, y donde terminaba la sombra oscura de la casa, había ropa tendida para secarse en una terraza más abajo. Estaba apoyado en el alféizar de la ventana, disgustado y triste. Por lo general no era muy exigente, pero ver a Jenny en ese estado. Uf. Y era más o menos culpa suya; ella había estado tan melancólica los primeros meses de su regreso, como un pájaro herido, y para animarla un poco la había persuadido para que se uniera al grupo, pensando, por supuesto, que él y ella se divertirían viendo solo a los demás, sin sospechar nunca por un momento que tendría tal efecto en ella. La oyó salir de su habitación y subir a la azotea. Dudó un momento, luego la siguió.

Ella estaba sentada en la única silla, detrás de la pequeña glorieta de hierro corrugado. Las palomas arrullaban soñolientas en el palomar de arriba.

—¿Por qué no te has acostado? Vas a tener frío aquí arriba. —Fue a buscar su chal a la glorieta y se lo tendió, sentándose entre las macetas en lo alto de la pared. Se quedaron quietos mirando la ciudad y las cúpulas de las iglesias que parecían flotar en la bruma iluminada por la luna. Los contornos de las colinas lejanas estaban completamente borrados.

Jenny fumaba. Gunnar encendió un cigarrillo.

—Parece que ya casi no puedo soportar nada, en cuanto a la bebida, quiero decir. Me afecta enseguida —dijo en tono de disculpa.

Él comprendió que ella ya estaba completamente sobria.

—Creo que sería mejor que lo dejaras del todo por un tiempo, y que no fumasas, al menos no tanto. Sabes que te has quejado del corazón.

Ella no respondió.

—Sé que estás de acuerdo conmigo en lo de esa gente, y no puedo entender cómo te rebajaste a asociarte con ellos de la manera que lo

hiciste.

—A veces uno necesita un narcótico —dijo ella en voz baja—. Y en cuanto a rebajarme. —Él miró su rostro pálido; su cabello rubio y esponjoso brillaba a la luz de la luna—. A veces pienso que no importa, aunque ahora, en este momento, me da vergüenza, pero es que estoy extraordinariamente sobria ahora, sabes, dijo, sonriendo. No lo estoy siempre, aunque no haya tomado nada, y en esos momentos me siento dispuesta a cualquier tipo de juerga.

—Es peligroso, Jenny —dijo él, y de nuevo tras una pausa—. Creo que fue repugnante esta noche, no puedo llamarlo de otra manera. He visto algo de la vida; sé a dónde lleva eso. No me gustaría verte caer y terminar como una especie de Loulou.

—Puedes estar tranquilo en cuanto a mí, Gunnar. No voy a terminar así. Realmente no me gusta, y sé dónde parar.

Él se quedó mirándola.

—Sé lo que quieres decir —dijo por fin—. Otras mujeres han pensado como tú, pero cuando uno ha estado deslizándose hacia abajo durante un tiempo, deja de preocuparse por dónde parar, como tú dices. —Bajando de la pared, se acercó a ella y le tomó la mano—. Jenny, pararás ahora, verdad.

Ella se levantó, sonriendo:

—Por ahora, al menos. Creo que estoy curada de ese tipo de cosas por mucho tiempo. —Le estrechó la mano con fuerza—. Buenas noches; mañana posaré para ti, dijo, bajando las escaleras.

—Está bien, gracias.

Permaneció en la azotea un rato fumando, tiritando un poco y pensando, antes de bajar a su habitación.

CAPITULO 9

Al día siguiente, posó para él después del almuerzo hasta que oscureció; en los descansos, intercambiaban algunas palabras insignificantes mientras él seguía pintando el fondo o lavaba sus pinceles.

—Ahí está —dijo, dejando la paleta y ordenando su caja de pinturas—. Por hoy es suficiente.

Ella se acercó a mirar el cuadro.

—El negro está bien, ¿no crees?

—Sí —dijo ella—. Creo que es muy efectivo.

Él miró su reloj:

—Ya es casi la hora de salir a comer algo. ¿Cenamos juntos?

—Está bien. ¿Me esperas mientras me pongo las cosas?

Un momento después, cuando él llamó a su puerta, ella ya estaba lista, de pie frente al espejo para abrocharse el sombrero. Qué bien parecía, pensó, cuando se volvió. Delgada y rubia con su ajustado vestido gris acero, se veía muy distinguida, discreta, fría y elegante. Lo que había pensado de ella el día anterior parecía hoy completamente imposible.

—¿No prometiste ir esta tarde a casa de la señorita Schulin a ver sus pinturas?

—Sí, pero no voy a ir. —Se sonrojó—. Honestamente, no me interesa fomentar una amistad con ella, y supongo que sus pinturas tampoco valen gran cosa.

—No lo creo. No puedo entender que soportaras sus insinuaciones anoche. Personalmente, preferiría hacer cualquier cosa antes, comerme un plato de gusanos vivos.

Jenny sonrió y dijo seriamente:

—Pobrecilla, supongo que no es nada feliz.

—Bah. Que no es feliz. La conocí en París en 1905. No creo que sea perversa por naturaleza, solo estúpida y llena de vanidad. Todo era fingido. Si ahora estuviera de moda ser virtuosa, se pasaría las noches remendando calcetines de niños, y habría sido la mejor de las amas de casa. Quizás pintando rosas con gotas de rocío como pasatiempo. Pero una vez que se soltó de sus amarras, quiso ver mundo; libre como artista, creyó que debía buscarse un amante por amor a su dignidad. Pero desgraciadamente se topó con un inútil que era lo bastante anticuado como para querer que se casara con él a la antigua usanza cuando las cosas salieron mal, y esperaba que ella cuidara del niño y de la casa.

—Puede que la culpa de que ella huyera fuera de Paulsen; nunca se sabe.

—Por supuesto que fue culpa suya. Era de la vieja escuela, quería la felicidad en su hogar, y probablemente le dio demasiado poco cariño y aún menos zurra.

Jenny sonrió con tristeza:

—Ya sé, Gunnar, que crees que las dificultades de la vida se resuelven fácilmente.

Heggen se sentó a horcajadas en una silla con los brazos apoyados en el respaldo.

—Hay tantas cosas de la vida de las que no sabemos nada, que lo que sabemos es bastante fácil de manejar. Hay que establecer las metas y los sueños en consecuencia, y enfrentarse a lo inesperado lo mejor que se pueda.

Jenny se sentó en el sofá, apoyando la cabeza en las manos:

—Ya no puedo sentir que haya nada en la vida de lo que esté tan segura que pudiera utilizarlo como base para mi juicio o como objetivo de mis esfuerzos —dijo con placidez.

—No creo que lo digas en serio.

Ella solo sonrió.

—No siempre —dijo Gunnar.

—Supongo que no hay nadie que siempre piense lo mismo.

—Sí, siempre cuando uno está sobrio. Anoche tuviste razón al decir que a veces uno no está sobrio aunque no haya bebido.

—En este momento, cuando de vez en cuando estoy sobria, yo... —Se interrumpió y permaneció en silencio.

—Sabes lo que pienso de la vida, y sé que tú siempre has pensado lo mismo. Lo que te pasa es, en conjunto, el resultado de tu propia voluntad. Por regla general, tú eres la artífice de tu propio destino. De vez en cuando hay circunstancias que no puedes dominar, pero es una exageración colosal decir que ocurre a menudo.

—Dios sabe que no quise mi destino, Gunnar. Sin embargo, he querido durante muchos años y también he vivido en consecuencia.

Ambos se quedaron callados un momento.

—Un día —dijo ella lentamente—, cambié mi rumbo un instante. Me pareció tan severo y duro vivir la vida que consideraba más digna, tan solitaria, sabes. Me salí del camino un rato, queriendo ser joven y jugar, y así entré en una corriente que me arrastró, terminando en algo que nunca por un instante había pensado que pudiera pasarme.

Tras un momento de silencio, Heggen dijo:

—Rossetti dice, y ya sabes que es mucho mejor poeta que pintor:

> "¿Ese fue el punto de referencia? ¿Qué, el pozo necio cuya onda, allá abajo, no me agaché a beber, sino que me senté y arrojé guijarros desde su borde por juego para enviar sus cielos reflejos a la ventura? (Y mi propia imagen, si hubiera notado bien) ¿Ese fue mi punto de inflexión? Había pensado que los hitos de mi curso debían surgir sin buscarlos, como piedra de altar o ciudadela señalada. Pero ay. El camino está perdido, debo volver atrás, y

> tener sed de beber cuando alcance de nuevo la fuente que una vez manché, la cual desde entonces puede haberse vuelto negra. Y aunque no quede luz ni pájaro cante ahora cuando aquí me vuelvo, daré gracias a Dios, apresurándome, de que la misma meta aún esté en el mismo camino."

Jenny no dijo nada, y Gunnar repitió:

—"De que la misma meta aún esté en el mismo camino".

—¿Crees que es fácil encontrar de nuevo el camino a la meta? —preguntó Jenny.

—No, pero ¿acaso no debería uno intentarlo? —dijo él, casi de manera infantil.

—¿Pero qué meta tuve realmente? —dijo ella con repentina vehemencia —. Quería vivir de tal modo que nunca tuviera que avergonzarme de mí misma, ni como mujer ni como artista. No hacer nunca algo que no considerara correcto. Quería ser íntegra, firme y buena, y nunca tener la pena de nadie en mi conciencia. ¿Y cuál fue el origen del error, la causa de todo? Que anhelaba el amor sin que hubiera ningún hombre en particular cuyo amor quisiera. ¿Había algo extraño en ello? ¿O en que quisiera creer que Helge, cuando llegó, era a quien había estado esperando? Quererlo tanto que al final realmente lo creí. Ese fue el principio de lo que llevó al resto. Gunnar, sí creí que podría hacerlos felices, y sin embargo solo hice daño.

Se había levantado y caminaba arriba y abajo por la habitación.

—¿Crees que el pozo del que hablas volverá a estar puro y claro para quien sabe que ella misma lo ha enturbiado? ¿Crees que me es más fácil resignarme ahora? Anhelaba lo mismo que todas las muchachas anhelan, y lo anhelo ahora, pero sé que ahora tengo un pasado que me hace imposible aceptar la única felicidad que me importa. Puro, intacto y sano debería ser, pero ninguna de esas condiciones puedo cumplir jamás, no ahora. Mis experiencias de estos dos últimos años son lo que

debo conformarme en llamar mi vida, y por el resto de ella solo tendré que seguir anhelando lo imposible.

—Jenny —dijo Gunnar—, estoy seguro de que tengo razón al decir que depende de ti misma si estos recuerdos van a arruinar tu vida, o si los considerarás una lección, por dura que sea, y seguirás creyendo que la meta que una vez te propusiste es la única correcta para ti.

—¿Pero no ves que es imposible? Ha calado demasiado hondo; me ha corroído como un ácido corrosivo, y siento que lo que una vez fue mi yo más íntimo se desmorona. Y sin embargo, no lo quiero, no lo quiero. A veces me inclino a... realmente no sé a qué... a detener todos los pensamientos de una vez. O a morir, o a vivir una vida loca, horrible, a hundirme en una miseria aún mayor que la presente. A hundirme en el fango tan hondo y tan a fondo que no quede más que el final. O —habló en voz baja, con voz salvaje y ahogada— a tirarme debajo de un tren, a saber en el último segundo que ahora, justo ahora, todo mi cuerpo, nervios, corazón y cerebro se convertirán en un solo montón sangriento y destrozado.

—Jenny —gritó él, pálido como la cera—, no soporto oírte hablar así.

—Estoy histérica —dijo ella con tono tranquilizador, pero fue al rincón donde estaban sus lienzos y casi los arrojó contra la pared, con la pintura hacia fuera—: ¿Merece la pena vivir para andar haciendo cosas como esas? ¿Untando pintura al óleo en un lienzo? Puedes ver por ti mismo que ahora no es más que un revoltijo de pintura. Y sin embargo, viste cómo trabajé los primeros meses, como una esclava. Dios mío, ya ni siquiera puedo pintar.

Heggen miró los cuadros. Sintió que volvía a tener un terreno firme donde apoyarse.

—Realmente me gustaría saber tu opinión sincera sobre esa bazofia —dijo ella de manera provocativa.

—Debo admitir que no son particularmente buenos. —Estaba con las manos en los bolsillos de los pantalones mirándolos—. Pero eso le pasa

a cualquiera de nosotros, quiero decir que hay ciertos momentos en que no puedes producir nada, y deberías saber que es solo por un tiempo. No creo que uno pueda perder el talento, incluso si ha sido muy infeliz. Además, has dejado de pintar durante mucho tiempo; tendrás que volver a trabajarlo, dominar los medios de acción, por así decirlo. Toma el estudio del natural, por ejemplo; estoy seguro de que hace tres años que no dibujas un modelo vivo. No se pueden descuidar esas cosas sin que te castiguen por ello. Lo sé por experiencia propia.

Fue a un estante y buscó entre los cuadernos de dibujo de Jenny:

—Deberías recordar lo mucho que mejoraste en París. Déjame mostrártelo.

—No, no, ese no —dijo Jenny, alargando la mano para cogerlo.

Heggen se quedó con el cuaderno en la mano, mirándola asombrado. Ella volvió la cara:

—No me importa que lo mires. Un día intenté dibujar al niño.

Heggen pasó las hojas lentamente. Jenny estaba sentada otra vez en el sofá. Él miró los bocetos a lápiz del bebé dormido un momento, luego guardó el cuaderno con cuidado.

—Fue una gran lástima que perdieras a tu pequeño —dijo suavemente.

—Sí. Si él hubiera vivido, todo lo demás no habría importado. Hablas de voluntad, pero cuando la voluntad de uno no puede mantener vivo a su hijo, de qué sirve. Ya no me interesa intentar hacer algo de mi vida, porque me parecía que lo único para lo que servía y que me importaba era ser madre de mi niño. Ay, cómo podría haberlo querido. Supongo que soy egoísta en el fondo, porque cada vez que intentaba querer a los demás, mi propio yo se alzaba como un muro entre nosotros. Pero el niño era solo mío. Podría haber trabajado si él se me hubiera quedado. Podría haber trabajado duro.

—Había hecho tantos planes. De camino aquí me vinieron todos a la mente. Había decidido vivir en Baviera con él en verano, porque temía

que el aire del mar fuera demasiado fuerte para él. Iba a estar tumbado en su cochecito bajo los manzanos mientras yo pintaba. No hay un lugar en el mundo al que pudiera ir donde no haya estado en mis sueños con el niño. No hay nada bueno o hermoso en el mundo que, mientras lo tuve, no pensara que él debía aprender y ver. No tengo nada que no fuera también suyo. Solía envolverlo en la manta roja que tengo. El vestido negro en el que me estás pintando lo hicieron en Warnemünde cuando volví a levantarme, y lo hice cortar para poder darle el pecho cómodamente.

—No puedo trabajar porque estoy tan llena de él; el anhelo de él me paraliza. Por la noche abrazo la almohada entre mis brazos y sollozo por mi bebé. Lo llamo y le hablo cuando estoy sola. Debería haberlo pintado, para tener un retrato de él a cada edad. Ahora tendría un año, tendría dientes y sería capaz de agarrar cosas, de ponerse de pie, y quizás de andar un poco. Cada mes, cada día pienso en él, en cómo habría crecido y cómo sería. Cuando veo a una mujer con un niño en brazos, o a los niños en la calle, siempre pienso en él y en cómo se vería a esa edad.

Dejó de hablar un momento.

—No pensé que lo sintieras así, Jenny —dijo Heggen suavemente—. Fue triste para ti, por supuesto, lo comprendía, pero pensaba, en conjunto, que era mejor que se lo llevaran. Si hubiera sabido que estabas tan angustiada por ello, habría venido a verte.

Ella no respondió, sino que continuó en el mismo tono:

—Y murió, una cosa tan chiquitina, tan pequeña. Es solo egoísmo por mi parte quejarme de que muriera antes de empezar a sentir y a entender. Solo podía mirar la luz y llorar cuando tenía hambre o quería que lo cambiaran; ni siquiera me conocía, no realmente, en cualquier caso. Quizás unas vagas vislumbres de razón empezaban a despertar en su cabecita, pero piensa que nunca supo que yo era su madre.

—Nunca tuvo un nombre, pobre querido, solo "mi bebé" de mamá, y no tengo nada para recordarlo, aparte de cosas materiales.

Levantó las manos como si sostuviera al niño contra su corazón, luego las dejó caer vacías e inertes sobre la mesa.

—Recuerdo tan claramente mi impresión cuando lo toqué por primera vez, sentí su piel contra la mía. Era tan suave, un poco húmeda; el aire casi no la había tocado todavía, sabes. La gente piensa que un recién nacido no es agradable al tacto, y quizás lo sea cuando no es tu propia carne y sangre. Y sus ojos, no tenían ningún color especial, solo oscuros, pero creo que habrían sido gris azulados. Los ojos de un bebé son tan extraños, casi misteriosos. Y su cabecita era tan bonita, cuando se alimentaba y apretaba su naricita contra mí. Podía ver latir la vena y el fino vello; tenía bastante pelo, y oscuro, cuando nació.

—Ay, su cuerpecito. No puedo pensar en otra cosa, puedo sentirlo yacer en mis manos. Era tan redondo y gordito, y cada parte de él era tan bonita, mi propio y dulce niño.

—Pero murió. Esperaba con tanta ilusión todo lo que iba a pasar que ahora me parece que no presté suficiente atención a las cosas cuando lo tuve, ni lo besé ni lo miré lo suficiente, aunque no hice otra cosa durante esas semanas.

—Cuando se fue, no quedó nada más que el anhelo de él. No puedes entender lo que sentí. Todo mi cuerpo dolía de anhelo. Me puse enferma, y la fiebre y el dolor parecían ser mi anhelo hecho carne. Lo echaba de menos en mis brazos, entre mis manos, y en mi mejilla. Una o dos veces en la última semana de su vida me agarró el dedo cuando se lo ponía en la mano. Una vez logró engancharse a un poco de mi pelo; ay, las dulces, dulces manitas...

Se quedó postrada sobre la mesa, sollozando violentamente, todo su cuerpo tembloroso.

Gunnar se había levantado y estaba de pie dudando, con la emoción subiéndole a la garganta. Luego se acercó a ella y, inclinándose sobre su cabeza, le rozó el cabello con un tímido y suave beso.

Ella continuó llorando, en la misma postura, un rato. Por fin se levantó y fue al lavabo a lavarse la cara.

—Ay, cómo lo echo de menos —repitió, y él no encontró nada que decir excepto: Jenny, si hubiera sabido que lo sentías tanto.

Ella volvió adonde él estaba y, poniéndole las manos en los hombros, dijo:

—Gunnar, no debes hacer caso a lo que dije hace un rato. A veces no estoy del todo en mis cabales, pero comprenderás que, por el bien del niño, aunque no sea por otra razón, no voy a arrojarme por completo a una vida de disipación. En el fondo, realmente quiero sacar el mejor partido posible de mi vida, lo sabes. Pienso intentar trabajar de nuevo, aunque el resultado sea pobre al principio. Siempre tengo el consuelo de saber que no es necesario vivir más tiempo del que uno quiere.

Se puso el sombrero de nuevo, buscando un velo para su rostro manchado de lágrimas:

—Vamos a comer algo; debes de estar muerto de hambre a estas horas, es muy tarde.

Gunnar Heggen se sonrojó por completo. Ahora que ella lo mencionaba, se sentía terriblemente hambriento, y se avergonzaba de admitirlo en un momento como aquel. Se secó las lágrimas de sus mejillas calientes y húmedas y cogió su sombrero de la mesa.

CAPITULO 10

Por mutuo acuerdo, pasaron de largo el restaurante donde solían comer y donde siempre había muchos compatriotas. Continuaron su camino en el crepúsculo hacia el Tíber, cruzaron el puente y se adentraron en el viejo barrio del Borgo. En una esquina, cerca de la Plaza de San Pedro, encontraron la pequeña trattoria donde habían cenado después de visitar el Vaticano, y entraron allí.

Comieron en silencio. Al terminar, Jenny encendió un cigarrillo y se quedó sentada, bebiendo su clarete a sorbos y frotándose los dedos con la fragante cáscara de una mandarina. Heggen fumaba con la mirada perdida al frente. Estaban casi solos en el local.

—¿Te gustaría leer una carta que recibí de Cesca el otro día? —preguntó Jenny de repente.

—Sí. Vi que tenías una carta suya, de Estocolmo, ¿verdad?

—Sí; han vuelto y van a pasar el invierno allí. —Jenny sacó el sobre de su bolso y se lo tendió.

> Querida y dulce Jenny: No debes enfadarte conmigo por no haber respondido antes a tu última carta. Todos los días pensaba en escribirte, pero nunca encontraba el momento. Estoy muy contenta de que hayas vuelto a Roma y estés trabajando, y de que tengas la compañía de Gunnar.
>
> Hemos vuelto a Estocolmo y vivimos en el mismo sitio de siempre. Era imposible quedarnos en la casita cuando empezó el frío; entraban tantas corrientes de aire que solo podíamos calentarnos en la cocina. La compraríamos si pudiéramos permitírnoslo, pero costaría demasiado por todos los arreglos que necesita. Habría que convertir el desván en un estudio para Lennart, instalar estufas y muchas otras cosas. Sin embargo, la hemos alquilado para el próximo verano y estoy feliz, porque no hay lugar en el mundo que me guste más. No puedes imaginar

nada más hermoso que la costa oeste; es tan árida, humilde y castigada por el clima; los acantilados grises con bosquecillos desgarbados en las grietas, la madreselva, las casitas pobres, el mar y ese cielo maravilloso. He pintado algunos cuadros allí y la gente dice que son buenos; Lennart y yo lo hemos disfrutado muchísimo. Ahora somos siempre amigos; cuando él cree que he trabajado bien, me besa, me llama sirenita y todo tipo de nombres cariñosos, y supongo que con el tiempo le iré cogiendo mucho cariño. Hemos vuelto a la ciudad y nuestro viaje a París no se hará esta vez, pero no me importa en absoluto. Me parece casi cruel escribirte sobre esto, porque tú eres mucho mejor que yo y fue tan terriblemente triste que perdieras a tu pequeño. No creo que realmente merezca ser tan feliz y conseguir lo que más he deseado en el mundo, pero voy a tener un bebé. Solo me quedan cinco meses de espera. Al principio apenas podía creerlo, pero ahora ya es seguro. Intenté ocultárselo a Lennart el mayor tiempo posible; me daba mucha vergüenza haberle engañado dos veces y tenía miedo de equivocarme. Cuando empezó a sospecharlo, primero lo negué, pero luego tuve que confesarlo. No termino de hacerme a la idea de que voy a tener un hijo; Lennart dice que preferiría otra Cesca, pero creo que lo dice solo para consolarme por si acaso, porque estoy segura de que en el fondo quiere un niño. Sin embargo, si es una niña, la querremos igual, y una vez que tengamos un hijo, quizás podamos tener más.

Soy tan feliz que no me importa dónde estemos y no añoro París. Imagínate que la señora L. me preguntó si no estaba disgustada porque el bebé me estropeaba el viaje al extranjero; ¿puedes entender eso en una madre con los dos hijos más guapos del mundo? Pero no les prestan la menor atención, excepto cuando están con nosotros, y Lennart dice que nos los regalaría de buena gana. Si pudiera permitírmelo, los aceptaría para que el bebé tuviera dos hermanos mayores adorables con quienes jugar cuando llegue. Será muy divertido enseñarles a su primito; me llaman tía, ¿sabes? Me parece bonito. Pero debo terminar ya. ¿Sabes que también estoy muy contenta porque Lennart ya no puede tener celos? Y no creo que los vuelva a tener nunca más, porque sabe muy bien que nunca he estado realmente enamorada de nadie más que de él.

¿Crees que es cruel por mi parte escribirte tanto sobre esto y que yo sea tan feliz? Sé que no me tienes envidia.

Da saludos de mi parte a todos mis amigos, a Gunnar el primero. Puedes contarle lo que te he escrito si quieres. Te deseo todo lo mejor y serás bienvenida a nuestra casa el próximo verano. Mucho cariño de tu pequeña amiga sincera y devota, Cesca.

P.D. —Debo añadir algo: si es niña, se llamará Jenny. No me importa lo que diga Lennart. Por cierto, él también te manda muchos saludos.

Gunnar devolvió la carta a Jenny, que la guardó en el bolsillo.

—Me alegra mucho —dijo ella suavemente—. Me hace feliz saber que hay personas que son felices. Ese sentimiento es algo que aún conservo de mi antiguo yo, aunque no quede nada más.

En lugar de volver a la ciudad, cruzaron la plaza caminando hacia la iglesia.

Las sombras caían negras como el carbón sobre la plaza a la luz de la luna. La luz blanca y la oscuridad profunda jugaban como fantasmas en una de las arcadas. La otra yacía en penumbra absoluta, a excepción de la hilera de estatuas en lo alto. El frente de la iglesia estaba en sombras, pero aquí y allá la cúpula brillaba como el agua. Las dos fuentes elevaban sus chorros blancos y espumosos hacia el cielo. El agua subía girando en el aire y caía de nuevo sobre las repisas de pórfiro para escurrir de vuelta a la cuenca.

Gunnar y Jenny caminaban lentamente a la sombra de la arcada hacia la iglesia.

—Jenny —dijo él de repente, con una voz perfectamente tranquila—, ¿quieres casarte conmigo?

—No —respondió ella tras una pausa, en el mismo tono.

—Lo digo en serio.

—Sí, pero seguramente entiendes que no quiero.

—No veo por qué no. Si te he entendido bien, ahora no valoras mucho tu vida y de vez en cuando piensas en el suicidio. Ya que te sientes tan inconsolable, ¿por qué no te casas conmigo? Creo que podrías intentarlo.

Jenny negó con la cabeza.

—Gracias, Gunnar, pero creo que sería abusar de tu amistad. —Hablaba en serio—. En primer lugar, deberías entender que no puedo aceptarlo, y en segundo, que si pudieras convencerme como último recurso, no valdría la pena que movieras un solo dedo para salvarme.

—No es amistad. —Dudó un momento—. La verdad es que te he cogido cariño. No es por salvarte, aunque haría cualquier cosa por ayudarte, sino porque me doy cuenta de que si te pasara algo, no sé qué haría. No me atrevo ni a pensarlo. No hay nada en el mundo que no hiciera por ti, porque te quiero mucho.

—Ay, Gunnar, no. —Se detuvo y lo miró casi con miedo.

—Sé muy bien que no estás enamorada de mí, pero eso no debería impedir que te cases conmigo. Dices que estás cansada de todo y que no tienes motivos para vivir, así que ¿por qué no intentarlo? —Su voz se volvió más grave—. Porque sé que algún día tú también llegarás a quererme. No podrías evitarlo al ver cuánto te quiero yo.

—Sabes que siempre te he tenido cariño —dijo ella seriamente—, pero no es un sentimiento con el que te conformarías a la larga. Una devoción fuerte y total es más de lo que puedo ofrecerte.

—En absoluto. Todos podemos dar eso. ¿Acaso no estaba yo convencido de que nunca experimentaría nada más que pequeños amoríos? De hecho, no creía que existiera otra cosa. —Su voz bajó de volumen—. Eres la primera mujer a la que amo.

Ella se quedó quieta, en silencio.

—Nunca antes he dicho esa palabra a ninguna mujer. Le tenía una especie de respeto, pero es que nunca antes había amado a nadie. Siempre me enamoraba de algo concreto: de las comisuras de los labios de Cesca cuando sonreía, de su coquetería inconsciente. Siempre había algún detalle que me llamaba la atención y me inspiraba a imaginar aventuras que quería vivir. Me enamoré de una mujer porque la primera vez que la vi llevaba un hermoso vestido de seda roja, casi negro en los pliegues, como la rosa más oscura. Siempre la recordaba con ese vestido. Y contigo, aquella vez en Viterbo, estabas tan dulce, tan reservada, y había un brillo en tus ojos cuando los demás nos reíamos, como si te hubiera gustado unirte a nosotros pero no te atrevieras. Aquella vez me enamoré de la idea de verte alegre y sonriente.

—Pero nunca antes había amado a otro ser humano hasta ahora.

Apartó el rostro de ella, mirando fijamente el chorro de agua que se elevaba a la luz de la luna, y la nueva sensación en él también creció, inspirándole palabras que brotaron con éxtasis de sus labios:

—Te quiero tanto, Jenny, que todo lo demás no importa. No me pesa que no me correspondas, porque sé que algún día lo harás; siento que mi amor es lo bastante fuerte para lograrlo. Tengo tiempo para esperar; mi felicidad será amarte.

—Cuando hablaste de ser pisoteada y de tirarte bajo un tren, algo me sucedió. No podría explicar qué fue. Solo supe que no podía escucharte decir esas cosas. Supe que nunca lo permitiría, ni por mi vida. Y cuando hablaste del niño, sentí una tristeza infinita al pensar que habías sufrido tanto sin que yo pudiera hacer nada por ti. También me entristecía desear que me amaras. Todo lo que dijiste resonó en mi alma: el amor sin límites y el amargo anhelo, y comprendí que mi amor por ti era exactamente eso. Mientras estábamos en la trattoria y caminábamos hasta aquí, se me ha ido haciendo más claro cuánto significas para mí, cuánto te quiero, y me parece que siempre ha sido así. Todo lo que sé y recuerdo de ti es parte de ello. Ahora entiendo por qué he estado tan

deprimido desde que llegaste. Era porque veía cómo sufrías. Estabas tan callada y triste las primeras semanas, y luego vinieron esos arrebatos de disipación, y recuerdo aquel día en el camino a Warnemünde, cuando llorabas contra mi hombro; todo lo que te concierne es parte de mi amor por ti.

—Sé cómo sucedió todo con los otros hombres que has conocido, también con el padre del niño. Has hablado con ellos de todo lo que has pensado, y no hubo respuesta a tus palabras, incluso cuando intentaste hacerles comprender lo que sentías, porque no podían entender tu mente. Pero yo lo sé; todo lo que me has contado hoy y lo que me dijiste aquel día en Warnemünde no podrías habérselo contado a nadie más. Solo a mí, porque yo lo entiendo, ¿no es así?

Ella inclinó la cabeza en un gesto de asentimiento sorprendido. Era verdad.

—Sé que solo yo te entiendo por completo. Sé exactamente cómo eres, y te quiero así. Si tu mente estuviera llena de manchas y heridas sangrantes, las amaría y besaría hasta que estuvieras limpia y sana de nuevo. Mi amor no tiene otro propósito que verte convertirte en lo que siempre quisiste ser y debes ser para sentirte feliz. Si hicieras algo muy tonto, solo pensaría que estabas enferma o que alguna influencia extraña había envenenado tu mente. Si me engañaras o si te encontrara borracha tirada en la carretera, seguirías siendo mi querida Jenny de todos modos.

—¿No quieres ser mía, entregarte a mí? ¿No quieres venir a mis brazos y dejar que te sostenga y te haga feliz y completa? Ahora mismo no sé muy bien cómo hacerlo, pero mi amor me enseñará, y cada mañana te despertarás un poco menos triste, cada día te parecerá un poco más brillante y cálido que el anterior, y tu pena será menor. Vayamos a Viterbo o a donde quieras. Entrégate a mí, y te cuidaré como si fueras una niña enferma. Cuando estés bien otra vez, habrás aprendido a quererme y a saber que nosotros dos no podemos vivir el uno sin el otro.

—Estás enferma; no puedes cuidar de ti misma. Cierra los ojos y dame las manos; te amaré y te curaré; sé que puedo hacerlo.

Jenny estaba apoyada contra un pilar. Volvió su rostro pálido hacia él, sonriendo tristemente:

—¿Cómo puedes imaginar que cometería un error tan grande, y pecaría contra Dios?

—¿Quieres decir porque no me amas? Pero te digo que no importa, porque sé que mi amor es tal que terminarás por corresponder, cuando hayas vivido un tiempo envuelta en él.

La tomó en sus brazos, cubriéndole el rostro de besos. Ella no opuso resistencia, pero susurró:

—No, Gunnar, por favor.

Él la soltó de mala gana:

—¿Por qué no puedo?

—Porque eres tú. No sé si me habría importado si hubiera sido cualquier otro por quien no sintiera ningún aprecio.

Gunnar le tomó la mano y caminaron bajo la luz de la luna.

—Lo entiendo. Cuando tenías al niño, pensaste que tu vida volvía a tener algún propósito después de todos esos años sin rumbo, porque lo amabas y lo necesitabas. Cuando murió, te volviste indiferente a todo y te consideraste superflua en el mundo.

Jenny asintió:

—Hay algunas personas por las que me preocupo lo suficiente como para sentir pena si estuvieran en dificultades y alegría si todo les fuera bien. Pero yo misma no puedo añadir nada a su pesar ni a su alegría; siempre ha sido así, y una de las razones por las que era infeliz y estaba llena de anhelo era precisamente que mi vida transcurría sin hacer feliz a nadie. Mi único deseo y anhelo era hacer feliz a otro ser. Siempre he creído en eso como la mayor bendición de la vida. Hablaste de la alegría del trabajo; a mí nunca me pareció suficiente, y además es muy egoísta, porque la mayor alegría y satisfacción es solo de uno; no puedes

compartirla con nadie más. A menos que puedas compartir tu felicidad con otros, pierdes la mayor alegría posible. Cuando eres muy joven y sientes con fuerza, a veces eres egoísta; yo misma lo he sentido cuando he avanzado hacia mi meta, pero por regla general solo los seres anormales acumulan riquezas para algún otro propósito que no sea gastarlas. La vida de una mujer es inútil para mí si no es la alegría de otro, y yo nunca he sido eso; solo he causado pena. La pequeña felicidad que he podido dar era solo la que cualquier otro podría haber dado igualmente; me han querido solo por lo que imaginaban que era, no por mi verdadero yo.

—Después de la muerte de mi bebé, empecé a darme cuenta de lo afortunado que era que no hubiera nadie en el mundo a quien pudiera causar una pena realmente inconsolable, nadie para quien yo fuera indispensable.

—Y ahora me dices todo esto. Siempre has sido la persona que menos quería arrastrar a mi vida confusa; siempre te he tenido más cariño, en cierto modo, que a cualquier otra persona que conozco. Disfrutaba tanto de nuestra amistad porque pensaba que el amor y todo lo que trae consigo nunca podría interponerse entre nosotros. Eras demasiado bueno para eso, pensaba. Cómo desearía que nunca hubiera cambiado.

—A mí me parece ahora que nunca ha sido diferente —dijo él suavemente—. Te quiero y me necesitas. Sé que puedo hacerte feliz otra vez, y cuando lo haya hecho, tú me habrás hecho feliz a mí.

Jenny negó con la cabeza:

—Si tuviera el más mínimo resto de fe en mí misma, sería diferente. Podría haberte escuchado si no sintiera tan profundamente que he terminado con la vida. Dices que me amas, pero sé que lo que crees amar en mí está destruido, muerto. Es la misma vieja historia: estás enamorado de alguna cualidad que sueñas que poseo, que tuve antes o que podría haber adquirido. Pero un día me verías como realmente soy, y solo te habría hecho infeliz también.

—Nunca lo consideraría infelicidad, cualquiera que fuera mi destino. Puede que tú misma no lo sepas, pero yo sé que en el estado en que te encuentras ahora solo hace falta un empujón para que caigas en algo que sería una locura. Pero yo te amo, y puedo ver todo el camino que te ha llevado hasta ahí, y si sientes que te seguiría para intentar llevarte de vuelta en mis brazos, es porque te amo a pesar de todo.

Cuando estaban junto a sus puertas en el oscuro pasillo, él le tomó las manos:

—Jenny, en lugar de estar sola, ¿no te gustaría que me quedara contigo esta noche?

Ella lo miró con una sonrisa extraña.

—Ay, Jenny. —Negó con la cabeza—. Puedo ir contigo de todas formas. ¿Te enfadarías o lo sentirías?

—Creo que lo sentiría por tu bien. No, no vengas, Gunnar. No aceptaré tu amor cuando sé que podría dar el mío igualmente a cualquier otro.

Él se rió un poco, entre enfadado y triste.

—Entonces debería hacerlo. Si una vez fueras mía, nunca pertenecerías a nadie más; te conozco demasiado bien para eso, pero como me pides que no lo haga, esperaré —añadió, con la misma extraña risita.

CAPITULO 11

Durante todo el día el tiempo había sido malo, con nubes frías y pálidas en lo alto del cielo; hacia la tarde aparecieron unas finas franjas de color amarillo latón en el horizonte occidental. Jenny había subido al monte Celio para dibujar, pero no logró gran cosa; había estado sentada sin ganas en las grandes escaleras de San Gregorio, mirando hacia la arboleda donde los árboles empezaban a brotar y las margaritas brillaban entre la hierba. Regresó por la avenida del lado sur del Palatino. Las ruinas se veían de un gris apagado contra las palmeras del convento en la cima; los arbustos de hoja perenne colgaban de la ladera, cubiertos de polvo calizo.

Unos cuantos vendedores de postales, tiritando, merodeaban cerca del arco de Constantino en la plaza donde se encuentran las ruinas del Coliseo, el Palatino y el Foro. Había muy pocos turistas; un par de ancianas esmirriadas regateaban en un italiano macarrónico con un vendedor ambulante de mosaicos.

Un niño pequeño, de apenas tres años, se agarró a la capa de Jenny ofreciéndole un manojo de pensamientos. Tenía unos ojos negros preciosos y el pelo largo; vestía un traje típico con sombrero puntiagudo, chaqueta de terciopelo y sandalias sobre calcetines blancos de lana. Aún no hablaba con claridad, pero se las arreglaba para pedir una moneda.

Jenny se la dio e inmediatamente la madre acudió a su lado para darle las gracias y quedarse el dinero. También ella había intentado dar a su ropa un toque tradicional atándose un corpiño de terciopelo rojo sobre su sucia blusa de cuadros y prendiéndose en el pelo una servilleta doblada en forma de cuadrado. Llevaba un bebé en brazos que solo tenía tres semanas, según dijo en respuesta a la pregunta de Jenny. Sí, el pobre pequeño estaba enfermo.

El bebé no era más grande de lo que había sido el hijo de Jenny al nacer. Su piel estaba roja, irritada y pelándose; respiraba con dificultad, como si su garganta estuviera obstruida, y los ojos miraban con cansancio desde unos párpados inflamados.

La madre explicó que lo llevaba todos los días al hospital, pero que allí decían que iba a morir. Sería lo mejor para él, añadió; la mujer se veía cansada y triste, además de desdentada.

Jenny sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos. Pobrecito, ciertamente era mejor que muriera. Pasó la mano cariñosamente por aquella carita feúca. Le había dado algo de dinero a la mujer y estaba a punto de irse cuando un hombre pasó de repente a su lado. Se quitó el sombrero y se detuvo un momento, pero siguió caminando cuando Jenny no respondió a su saludo. Era Helge Gram.

Estaba demasiado desconcertada para reaccionar. Se inclinó hacia el niño de las flores, le tomó las manos y lo atrajo hacia sí, hablándole para tratar de dominar el temblor irracional de todo su cuerpo. Volvió la cabeza una vez hacia donde él se había ido y lo vio de pie en las escaleras que conducían a la calle, mirándola.

Permaneció en la misma posición, hablando con el niño y la mujer. Cuando volvió a levantar la vista, él se había marchado, pero ella esperó mucho tiempo después de ver desaparecer su abrigo y su sombrero grises tras una esquina. Luego se fue a casa, casi corriendo por calles laterales y pasajes, temiendo encontrárselo en cada recodo.

Llegó hasta el otro lado del Pincio y entró a comer en una trattoria donde nunca antes había estado. Después de descansar y tomar un poco de vino, empezó a sentirse mejor.

Si se encontraba con Helge y él le hablaba, sería muy penoso; preferiría evitarlo, pero si sucedía, no había razón para aquel miedo insensato. Todo entre ellos había terminado; lo que había ocurrido después de su separación no era asunto suyo y él no tenía derecho a recriminarle nada. Lo que él pudiera saber o decir ya se lo había dicho ella a sí misma, pues nadie conocía mejor lo que había hecho. Solo debía rendir cuentas ante su propia conciencia; nada podía compararse a esa prueba.

¿Acaso debía temer a alguien? Nadie podía hacerle un daño mayor del que ella misma se había infligido. Había sido un mal día, uno de esos momentos en los que no se sentía dueña de sí misma, pero ahora parecía estar mejor.

Sin embargo, apenas salió a la calle, el mismo miedo estúpido y desesperado volvió a apoderarse de ella. Sin darse cuenta, echó a correr como si la azotaran, con las manos apretadas y murmurando para sí. En un momento dado se quitó los guantes porque le ardían de calor, y recordó de pronto haber notado una mancha húmeda en uno de ellos tras acariciar al niño. Los arrojó con repugnancia.

Al llegar a casa se detuvo un momento en el pasillo, dudando, y llamó a la puerta de Gunnar, pero no estaba. Subió a mirar a la azotea y no encontró a nadie. Entró en su habitación, encendió la lámpara y se quedó mirando la llama con los brazos cruzados. Al rato se levantó y empezó a pasearse inquieta, para volver a sentarse poco después. Escuchaba con el alma en vilo cada ruido en la escalera. Ojalá viniera Gunnar y no el otro. Pero ¿cómo podría venir Helge? Él no sabía dónde vivía, aunque podría haber preguntado a alguien. Gunnar, ven pronto. Iría directamente hacia él y se echaría en sus brazos.

En el momento en que volvió a ver los ojos castaños claros de Helge Gram, todo su pasado se le puso enfrente. Todo regresó: el disgusto, la duda sobre su propia capacidad para sentir o elegir, y la sospecha de que en realidad deseaba lo que decía no querer. Mientras fingía ante sí misma que quería ser fuerte y pura, y decía buscar la honestidad y la disciplina del trabajo, se dejaba arrastrar por estados de ánimo que no se esforzaba en combatir. Había fingido amar para ocupar un lugar en la vida que nunca habría alcanzado siendo honesta.

Había querido forzar su naturaleza para adaptarse a los demás, sabiendo que siempre sería una extraña entre ellos. No había podido sostenerse sola, prisionera de su propia forma de ser. Y sus relaciones con aquellos que eran ajenos a su ser íntimo —el hijo y el padre— habían resultado antinaturales y repulsivas. Como consecuencia, su interior estaba arruinado; cada punto de apoyo se desmoronaba. Sentía que se disolvía por dentro.

Si Helge venía, sabía que la desesperación por su propia vida la abrumaría. No sabía qué pasaría, pero no podía enfrentarse a una repetición de las viejas escenas.

Y estaba Gunnar. Durante todas esas semanas él le había rogado que fuera suya, jurando que podía ayudarla a reconstruir lo que se había destruido. A veces ella deseaba que él la tomara por la fuerza para no tener que elegir. Sabía que si se entregaba a él, su orgullo le exigiría ser responsable. Tendría que volver a ser la que una vez fue, o la que él creía que podía ser. Tendría que limpiarse de todo lo que ahora la manchaba y enterrar lo ocurrido desde aquel beso a Helge Gram con el que traicionó su propia fe.

¿Quería ser suya? ¿Lo amaba porque él representaba todo lo que ella había deseado ser? ¿Encontraría el amor rindiéndose al único hombre en quien realmente confiaba? No había podido hacerlo en todas esas semanas. Sentía que debía intentar salir por su cuenta del fango; quería recuperar el respeto por sí misma a través de su propia voluntad.

Si iba a seguir viviendo, Gunnar era la vida misma para ella. Sus palabras y sus mensajes habían despertado el último anhelo de volver a la vida cuando ella se arrastraba como un animal herido tras la muerte del niño. Si él viniera ahora, la ganaría. Si él la acompañaba en el primer tramo del camino, ella trataría de recorrer el resto sola. Mientras esperaba, decidió en su interior: si viene él, viviré; si viene el otro, debo morir.

Cuando oyó pasos en la escalera que no eran los de Gunnar y llamaron a la puerta, bajó la cabeza y fue temblando a abrir a Helge Gram, sintiendo que abría la puerta al destino que había desafiado. Se quedó mirándolo mientras él entraba y dejaba su sombrero en una silla. Tampoco esta vez había respondido a su saludo.

—Sabía que estabas en la ciudad —dijo él—. Llegué anteayer de París. Busqué tu dirección en el club y pensaba venir a verte algún día, pero entonces te vi en la calle esta tarde. Reconocí tu abrigo de piel gris desde lejos. —Hablaba rápido, como si le faltara el aliento—. ¿No vas a saludarme? ¿Te molesta que haya venido a verte?

—Buenas noches, Helge —dijo ella, tomando la mano que él le ofrecía —. ¿Quieres sentarte, por favor?

Se sentó en el sofá. Podía oír que su propia voz sonaba tranquila, como siempre. Pero en su cerebro persistía la misma sensación de delirio y pavor que por la tarde.

—Quería venir a verte —dijo Helge, sentándose en una silla cerca de ella.

—Es amable de tu parte —respondió Jenny. Ambos se quedaron en silencio.

—Ahora vives en Bergen —dijo ella—. Vi que obtuviste tu título. Te felicito.

—Gracias.

Hubo otra pausa.

—Has estado en el extranjero mucho tiempo. Pensaba escribirte a veces, pero nunca encontraba el momento. Veo que Heggen vive en esta casa.

—Sí; le escribí para que me consiguiera un estudio, pero son tan caros y tan difíciles de encontrar. Esta habitación tiene buena luz, al menos.

—Veo que tienes algunos cuadros secándose.

Se levantó, cruzó la habitación, pero volvió enseguida a su asiento. Jenny inclinó la cabeza, sintiendo que él no apartaba los ojos de ella. Intentaron mantener la conversación. Él preguntó por Francesca Ahlin y otros conocidos comunes, pero había largos intervalos en los que se quedaba mirándola fijamente.

—¿Sabes que mis padres están divorciados? —preguntó de repente.

Ella asintió.

—Se quedaron juntos por nosotros todo lo que pudieron, gimiendo y rechinando el uno contra el otro como dos piedras de molino hasta que lo redujeron todo a polvo. Supongo que no quedaba nada más que moler, así que el molino se detuvo.

—Recuerdo cuando era niño. No peleaban, pero había algo en sus voces que te hacía pensar que deseaban hacerlo. Mamá lo insultaba y hablaba sin rodeos, siempre terminando en lágrimas. Papá se mantenía tranquilo y callado, pero su voz estaba llena de odio; era dura y cortante. Yo me quedaba en la cama escuchando esa función que me imponían. Solía pensar qué alivio sería atravesarme la cabeza con una aguja de tejer, de una oreja a la otra. Las voces creaban un dolor físico en mis oídos que se extendía a toda la cabeza. Bueno, ese fue el principio. Han cumplido con su deber como padres, y ahora todo ha terminado.

—El odio es algo feo; corrompe todo lo que toca. Fui a ver a mi hermana el verano pasado. Nunca hemos sido afines, pero me pareció repugnante verla con ese marido suyo. A veces lo veía besarla; se sacaba la pipa de la boca gruesa y húmeda y besaba a su mujer. Vi a Sophy ponerse muy blanca cuando él la tocaba. Es un papa en el púlpito y un libertino en casa.

—En cuanto a ti y a mí, fue bastante natural. Entendí después que los finos hilos entre nosotros se rompieran; no podían soportar el ambiente de casa. Cuando me fui aquella vez, lo lamenté y pensé escribirte, pero ¿sabes por qué no lo hice? Recibí una carta de mi padre diciéndome que había ido a verte y que creía que debía reanudar mi relación contigo. Tengo una objeción supersticiosa a cualquier consejo de esa procedencia, así que no escribí.

—Todo el tiempo desde que nos separamos te he estado deseando, Jenny, soñando contigo y recordando una y otra vez el tiempo que pasé aquí contigo. ¿Sabes qué lugar de Roma revisité primero ayer? Fui a la Montagnola y encontré nuestros nombres en la hoja del cactus.

Jenny estaba sentada con las manos apretadas, muy pálida.

—Te ves exactamente igual que entonces, y has vivido tres años de los que no sé nada —dijo Helge suavemente—. Apenas puedo darme cuenta de que estoy aquí contigo otra vez; parece como si todo lo que ha pasado desde que nos separamos no fuera verdad. Sin embargo, quizá ahora pertenezcas a otro.

Jenny no respondió.

—¿Estás comprometida? —preguntó él en voz baja.

—No.

—Jenny. —Helge inclinó la cabeza para que ella no pudiera verle el rostro—. Todos estos años he estado esperando, soñando con recuperarte. He imaginado que algún día volveríamos a encontrarnos y llegaríamos a un entendimiento. Dijiste que yo fui el primer hombre al que le habías tenido cariño. ¿Es imposible mi sueño?

—Sí —dijo ella.

—¿Es por Heggen?

Ella no respondió de inmediato.

—Siempre he tenido celos de Heggen —dijo Helge suavemente—. Pensé que era él, sobre todo cuando vi que ambos vivíais aquí. Así que estáis enamorados.

Jenny seguía sin responder.

—¿Lo amas?

—Sí, pero no me casaré con él.

—Ah, ya veo —dijo Helge, con voz dura.

—No. —Ella inclinó la cabeza, cansada, sonriendo tristemente—. He terminado con el amor; no quiero tener nada más que ver con él. Estoy cansada, Helge; desearía que te fueras.

Pero él no se movió.

—No puedo aceptar ahora, al volver a verte, que todo haya terminado. Nunca quise creerlo. He pensado tanto en ello; supongo que fue culpa mía. Era tan tímido, nunca supe qué era lo correcto. Todo podría haber

sido muy diferente. A menudo he recordado la última noche que estuve contigo en Roma, y siempre me parecía que una ocasión así volvería a presentarse; te dejé entonces porque creía que era mi deber. ¿Seguro que esa no pudo ser la causa de perderte? Nunca me había acercado a una mujer entonces —dijo, mirando hacia abajo—. Me habían advertido por lo que había visto en casa. Los sueños y las fantasías se convertían a veces en un infierno, pero ese miedo siempre fue primordial.

—Tengo veintinueve años y no ha habido ninguna experiencia hermosa en mi vida, excepto esa corta primavera contigo. ¿No puedes entender que nunca he podido apartarte de mis pensamientos, que te amo como antes? La única felicidad que he conocido es la que tú me diste. No puedo dejarte salir de mi vida, no ahora.

Ella se levantó temblando y él también se puso en pie. Instintivamente, ella retrocedió unos pasos.

—Helge, ha habido otro.

Él se quedó quieto, mirándola.

—Dices que ha habido otro, y podría haber sido yo. No me importa, te quiero igual. Te quiero ahora porque una vez me prometiste que serías mía.

Aterrorizada, intentó pasar a su lado, pero él la tomó violentamente en sus brazos. Su cerebro tardó unos segundos en asimilar que él le estaba besando la boca. Creía que se resistía, pero en realidad estaba casi inerte. Quería decirle que se detuviera, quería confesar quién había sido el otro, pero no podía. Le habría contado lo del niño, pero al recordarlo, evitó mencionarlo; sintió que no debía arrastrar a su hijo a la catástrofe que se avecinaba. Cuando este pensamiento cruzó su mente, imaginó que sentía al pequeño muerto acariciándola; esa sensación de paz hizo que su cuerpo se relajara por un segundo en los brazos de Helge.

—Eres mía, solo mía. Sí, Jenny.

Se arrancó de él y, corriendo hacia la puerta, llamó en voz alta a Gunnar. Helge estuvo a su lado al instante, volviendo a tomarla en sus brazos.

Forcejearon junto a la puerta sin hablar. A Jenny le parecía que su vida dependía de abrirla y escapar a la habitación de Gunnar; pero al sentir a Helge tan cerca, más fuerte que ella mientras la sujetaba, comprendió que no había escape y finalmente cedió.

A la gris luz de la mañana, él se acercó a ella para besarla:

—Mi gloriosa Jenny. Qué maravillosamente hermosa eres. Ahora eres mía, y todo saldrá bien, ¿verdad? Cómo te quiero. ¿Estás cansada? Debes dormir cuando me haya ido; vendré a verte de nuevo al mediodía. Duerme profundamente, mi querida Jenny. ¿Estás tan cansada?

—Sí, muy cansada, Helge.

Estaba tumbada con los ojos entrecerrados, mirando la pálida luz del alba que se filtraba a través de las rendijas de la persiana. Él la besó cuando estuvo completamente vestido, con el sombrero en la mano; luego se arrodilló junto a la cama y le puso un brazo bajo el hombro:

—Gracias por esta noche. ¿Recuerdas que te dije esas mismas palabras la primera mañana en Roma, cuando estábamos en el Aventino?

Jenny asintió sobre la almohada.

—Un beso más y buenas noches, mi hermosa Jenny.

En la puerta, él se detuvo:

—¿Qué hay de la puerta de la calle? ¿Tiene llave o es de esas con pestillo?

—Es normal. Puedes abrirla bien desde dentro.

Ella permaneció en la cama con los ojos cerrados. Veía su propio cuerpo tal como yacía bajo la manta, blanco, desnudo, hermoso; una cosa que había desechado, como había hecho con los guantes. Ya no le pertenecía.

Se sobresaltó al oír a Heggen subir lentamente las escaleras y abrir su puerta. Él caminó de un lado a otro en su habitación, luego volvió a salir

y subió a la azotea. Le oyó caminar sobre su cabeza. Estaba segura de que él lo sabía, pero aquello no causó gran impresión en su cerebro fatigado. Ya no sentía dolor. Le parecía que él probablemente pensaría que lo ocurrido era tan natural e inevitable como ella misma lo veía. No podía decidir qué era lo siguiente que debía hacer; simplemente tenía que llegar, como consecuencia necesaria de haberle abierto la puerta a Helge la noche anterior.

Sacó un pie de debajo de la manta y se quedó mirándolo. Era bonito. Lo flexionó, acentuando el empeine. Sí, era hermoso, blanco con venas azules y los dedos rosados. Estaba cansada; era agradable sentirse tan completamente agotada. Se sentía como si se hubiera recuperado de un dolor agudo. Lo que tenía que hacer ahora, lo hacía mecánicamente.

Se levantó y se vistió. Cuando se hubo puesto las medias, el corpiño y la falda, calzó unas zapatillas de bronce; se lavó y se peinó frente al espejo sin notar su propio reflejo. Luego fue a la mesita donde guardaba sus útiles de pintura, buscando la caja de las herramientas. Durante la noche había estado pensando en el pequeño raspador triangular; a veces había jugado con él, apoyándolo contra su arteria.

Lo sacó, lo miró y lo probó con el dedo, pero lo guardó de nuevo y sacó una navaja plegable que había comprado en París. Tenía sacacorchos, abrelatas y varias hojas; una era corta, puntiaguda y ancha. La abrió.

Volvió a la cama y se sentó. Colocando la almohada sobre la mesita de noche, apoyó su mano izquierda sobre ella y se cortó la arteria.

La sangre brotó, manchando una pequeña acuarela en la pared sobre su cama. Al notarlo, movió la mano. Se tumbó y se quitó mecánicamente los zapatos con los pies, poniendo la mano bajo la manta para evitar que la sangre lo manchara todo. No pensaba, no tenía miedo; solo sentía que se entregaba a lo inevitable. El dolor del corte no era grande, solo agudo y nítido, concentrado en un punto.

Al rato, una extraña e inexplicable sensación se apoderó de ella, una agonía creciente; no era miedo a nada en particular, sino un dolor alrededor del corazón y náuseas. Abrió los ojos, pero puntos negros parpadeaban ante su vista y no podía respirar. La habitación parecía

derrumbarse sobre ella. Cayó de la cama, abrió la puerta a tirones, subió corriendo las escaleras hacia la azotea y se derrumbó en el último escalón.

Helge se había encontrado con Gunnar Heggen al salir por la puerta principal. Se miraron, ambos se tocaron el sombrero y siguieron adelante sin decir una palabra. Aquel encuentro había tranquilizado a Helge. Después de la embriaguez de la noche, su estado de ánimo cambió radicalmente, y lo que había experimentado le parecía increíble, inconcebible y monstruoso.

Había soñado con aquel encuentro durante años. Ella, la reina de sus sueños, apenas le había hablado; al principio sentada callada y fría, para luego arrojarse de repente en sus brazos, salvaje, loca, sin pronunciar palabra. Le llamó la atención que ella no hubiera dicho nada, absolutamente nada, ante sus palabras de amor. Una mujer extraña y espantosa, su Jenny. De repente comprendió que nunca había sido suya.

Helge caminó por las calles tranquilas, recorriendo el Corso. Intentó pensar en ella como cuando estaban comprometidos, separar los sueños de la realidad, pero no podía formarse una imagen clara y comprendió que nunca había penetrado en el fondo de su alma. Siempre había habido algo en ella que no podía ver, aunque sentía que estaba ahí.

En realidad no sabía nada de ella. Heggen podría estar con ella ahora, ¿por qué no? Había habido otro, ella misma lo dijo. ¿Quién? ¿Cuántos más? ¿Qué más ignoraba él?

Ahora, después de aquello, no podía dejarla; lo sabía mejor que nunca. Sin embargo, no la conocía. ¿Quién era ella, que lo había tenido hechizado durante tres años? Se volvió sobre sus pasos, apresurándose hacia la casa de ella, impulsado por el miedo y la rabia. La puerta de la calle estaba abierta. Subió corriendo las escaleras; ella tendría que responderle, contárselo todo, no la dejaría ir. La puerta de la habitación estaba abierta; miró dentro y vio la cama vacía con las sábanas manchadas de sangre y el suelo cubierto de rojo. Al girarse, vio que ella yacía acurrucada en lo alto de las escaleras, y que los peldaños de mármol estaban bañados en su sangre.

Con un grito subió corriendo y la levantó. Sintió el cuerpo de ella, inerte contra su brazo; sus manos colgaban frías, y comprendió que el cuerpo que había tenido en sus brazos unas horas antes, cálido y tembloroso, era ahora una cosa muerta. Se hundió de rodillas con ella en brazos, gritando desesperadamente.

Heggen abrió de golpe la puerta de la terraza. Su rostro estaba blanco y demacrado. Vio a Jenny. Agarró a Helge, lo apartó a un lado y se arrodilló junto a ella.

—Estaba ahí tirada cuando volví, ahí tirada...

—¡Corre a buscar un médico, rápido! —Gunnar le había desabrochado la ropa para sentir su corazón; le sostuvo la cabeza y le levantó las manos. Luego vio la herida y, tomando la cinta de seda azul del corpiño de ella, la ató con fuerza alrededor de su muñeca.

—Sí, pero ¿dónde voy a encontrar...?

Gunnar soltó un grito repentino de rabia, luego dijo en voz baja:

—Iré yo. Métela dentro.

Él mismo la tomó en sus brazos y se dirigió hacia la puerta. Al ver la cama manchada de sangre, su rostro se contrajo. Apartándose, abrió la puerta de su propia habitación y la colocó en su cama intacta. Luego bajó las escaleras corriendo.

Helge se había movido a su lado todo el tiempo, con la boca entreabierta como paralizado en medio de un grito. Pero se detuvo en el umbral de la habitación de Gunnar. Cuando se quedó solo con ella, entró sigilosamente, rozó la mano de ella con las yemas de los dedos y cayó junto a la cama, llorando de forma desesperada e histérica, con la cabeza apoyada contra ella.

CAPITULO 12

Gunnar caminaba por el estrecho sendero, cubierto de hierba, entre los altos muros blancos de los jardines. A un lado estaban los barracones, probablemente con una terraza, pues sobre su cabeza algunos soldados reían y hablaban. Un mechón de flores amarillas, que crecían en una grieta del muro, colgaba balanceándose. Al otro lado del camino, los enormes y viejos chopos junto a la pirámide de Cestio y la arboleda de cipreses en la parte nueva del cementerio extendían sus copas hacia el cielo nublado de azul y plata.

Fuera de la puerta enrejada, una muchacha estaba sentada haciendo ganchillo. Le abrió, haciendo una reverencia para agradecerle la moneda que él le dio. El aire primaveral era suave y húmedo; en la cerrada sombra verde del cementerio se volvía cálido como en un invernadero, y los narcisos a lo largo del camino desprendían un olor denso y empalagoso.

Los viejos cipreses rodeaban las tumbas que yacían, oscuras bajo las enredaderas y las violetas, dispuestas en terrazas desde el muro de la ciudad cubierto de hiedra. Sobre las flores se alzaban los monumentos de los muertos: pequeños templos de mármol, figuras blancas de ángeles y pesadas losas de piedra. El musgo crecía sobre ellos y en los troncos de los árboles. Aquí y allá, alguna flor blanca o roja todavía se aferraba a las camelias, pero la mayoría yacían marrones y mustias sobre la tierra negra, exhalando vapores húmedos. Recordó algo que había leído: a los japoneses no les gustaban las camelias porque se caían enteras y frescas, como cabezas cortadas.

Jenny Winge yacía enterrada en el extremo más alejado del cementerio, cerca de la capilla, en una ladera cubierta de hierba y margaritas. Solo había unas pocas tumbas. En el borde de la ladera se habían plantado cipreses, pero aún eran muy pequeños, como árboles de juguete con sus puntiagudas copas verdes sobre troncos rectos, que recordaban los pilares de un claustro. Su tumba estaba un poco apartada de las otras; era solo un montículo de tierra gris pálida, con la hierba a su alrededor pisoteada durante el entierro. El sol brillaba sobre ella y los oscuros

cipreses formaban un muro detrás.

Cubriéndose el rostro con las manos, Gunnar se arrodilló hasta que su cabeza descansó sobre las coronas marchitas. El cansancio de la primavera pesaba sobre sus miembros; la sangre fluía doliente de pena y arrepentimiento en cada latido de su pesado corazón. Jenny, Jenny, Jenny; oía su hermoso nombre en cada trino de los pájaros, y ella estaba muerta.

Yacía muy abajo, en la oscuridad. Él le había cortado un rizo de su rubio cabello y lo llevaba en su cartera. Lo sacó y lo sostuvo al sol; esos finos hilos eran la única parte de su exuberante cabellera que el sol podía alcanzar y calentar. Estaba muerta y se había ido. Quedaban algunos cuadros suyos. Había aparecido una breve nota sobre ella en los periódicos. Su madre y sus hermanas la lloraban en casa, pero a la verdadera Jenny nunca la habían conocido; no sabían nada de su vida ni de su muerte. Los otros, los que la habían conocido, la recordaban con desesperación, sin comprender lo que sabían.

Ella, la que yacía allí, era su Jenny; le pertenecía solo a él. Helge Gram había ido a verlo; había preguntado y contado, se había lamentado y suplicado:

—No entiendo nada. Si tú lo entiendes, Heggen, te ruego que me lo digas. Tú sabes, ¿verdad? ¿No querrás decirme lo que sabes?

Él no había respondido.

—Hubo otro; ella me lo dijo. ¿Quién fue? ¿Fuiste tú?

—No.

—¿Sabes quién fue?

—Sí, pero no pienso decírtelo. De nada sirve que preguntes, Gram.

—Pero me voy a volver loco si no me lo explicas.

—No tienes derecho a conocer los secretos de Jenny.

—¿Pero por qué lo hizo? ¿Fue por mí, por él o por ti?

—No; lo hizo por sí misma.

Le había pedido a Gram que se fuera y no lo había vuelto a ver; él había dejado Roma. Fue en el jardín Borghese, dos días después del funeral, donde se encontró con él sentado al sol. Gunnar estaba agotado; había tenido que ocuparse de todo: dar explicaciones en el juicio, arreglar el entierro y escribir a la señora Berner diciéndole que su hija había muerto repentinamente de un paro cardíaco. Y todo el tiempo sentía una especie de satisfacción al pensar que nadie conocía su propia pena; que la verdadera causa de su muerte solo la conocía él y quedaría para siempre oculta a su lado. La pena había calado tan hondo que sería para siempre la esencia más íntima de su alma, y nunca hablaría de ella a ningún ser vivo.

Gobernaría toda su vida, y él se dejaría gobernar por ella; el color y la forma cambiarían, pero nunca se borraría. Cada hora del día era diferente, pero siempre estaba allí, y siempre lo estaría. La mañana en que había salido corriendo a buscar al médico, dejando al otro hombre a solas con ella, había querido contarle a Helge Gram todo lo que sabía para que su corazón se volviera cenizas como el suyo; pero en los días siguientes todo se convirtió en un secreto entre él y la mujer muerta, el secreto de su amor. Todo lo que había ocurrido fue porque ella era como era, y así la había amado. Helge Gram era un extraño casual e indiferente para él y para ella; ya no deseaba vengarse de él, como tampoco sentía piedad por su pena ni temor ante el misterio.

Comprendió que lo ocurrido era natural dada la naturaleza de ella. Su mente se doblaba ante una ráfaga de viento porque había crecido demasiado erguida y esbelta; él había creído que podía crecer como crece un árbol, y no había entendido que era solo una flor, un tallo rico y frágil que brotaba para ser besado por el sol y dejar que todos los pesados capullos estallaran en vida. Después de todo, solo había sido una niña, y para su eterna desgracia no lo había entendido hasta que fue demasiado tarde.

No podía enderezarse una vez que se había doblado; era como un lirio

que no vuelve a crecer desde la raíz si el primer tallo se ha roto. No había nada flexible ni exuberante en su mente, pero él la amaba tal como era. Y era solo suya, porque solo él sabía lo hermosa y delicada que había sido; tan fuerte en su deseo de crecer recta y, sin embargo, tan quebradiza, con un honor delicado del que nunca se podía lavar una mancha porque dejaba una marca demasiado profunda. Estaba muerta. Había estado a solas con su amor muchas noches y días, y lo estaría el resto de su vida.

Había ahogado sus gritos de desesperación muchas noches en la almohada. Estaba muerta y nunca había sido suya. Él era a quien ella debería haber amado y pertenecido, porque ella era la única a la que él había amado. Nunca había tocado su cuerpo hermoso, esbelto y blanco que encerraba su alma como una funda de terciopelo alrededor de una hoja delgada. Otros lo habían poseído y no habían comprendido el extraño tesoro que había caído en sus manos. Ahora yacía en la tumba, presa de un cambio cruel hasta que se redujera a un puñado de polvo.

Gunnar temblaba de sollozos. Otros la habían amado, manchado y destruido, sin saber lo que hacían, y nunca había sido suya. Mientras viviera, habría momentos en que sentiría la misma agonía que ahora.

Sin embargo, él era el único que la poseía al final; solo en su mano brillaría su cabello dorado, y ella misma vivía ahora en él; su alma y su imagen se reflejaban nítidas como en aguas tranquilas. Estaba muerta; ya no sufría más pena; esta se quedaba con él para seguir viva, para no morir hasta que él mismo muriera, y porque estaba viva, crecería y cambiaría. Cómo sería dentro de diez años, no lo sabía, pero podría convertirse en algo grande y hermoso. Mientras viviera, habría momentos en que sentiría la misma extraña y profunda alegría de que así fuera, como la sentía ahora.

Recordaba vagamente lo que había pensado en las primeras horas de la mañana, cuando caminaba por la terraza mientras ella acababa con su vida. Había estado furioso con ella. ¿Cómo pudo hacerlo? Le había suplicado que le permitiera ayudarla, llevarla lejos del abismo al que se acercaba, pero ella lo había apartado y se había arrojado ante sus ojos, de esa manera obstinada e irresponsable propia de una mujer.

Cuando la vio yacer sin vida, volvió a estar desesperado y furioso porque no la habría dejado ir. Hiciera lo que hubiera hecho, la habría exonerado, ayudado, le habría ofrecido su amor y su confianza. Mientras viviera, habría momentos en que le reprocharía haber elegido morir. Jenny, no deberías haberlo hecho. Sin embargo, habría momentos en que entendería que lo hizo porque era coherente con su carácter, y la amaría por ello mientras viviera. Y nunca desearía no haberla amado.

Pero lloraría desesperadamente, como ya lo había hecho, por no haberla amado mucho antes; lloraría por los años perdidos en que ella había vivido a su lado como amiga y compañera y él no había entendido que ella era la mujer que debería haber sido su esposa. Y nunca llegaría el día en que deseara no haberlo comprendido, aunque solo fuera para ver que era demasiado tarde.

Gunnar se levantó. Sacó una pequeña caja de su bolsillo y la abrió. En ella había una de las cuentas de cristal rosa de Jenny. La había encontrado en el cajón de su tocador cuando empaquetó sus pertenencias; la cadena se había roto y él guardó una de las cuentas. Tomó un poco de tierra de la tumba y la puso en la caja. La cuenta rodó dentro y se cubrió de polvo gris, pero el claro color rosa se veía a través y las finas grietas del cristal brillaban al sol.

Había enviado todas sus pertenencias a su madre, excepto las cartas, que había quemado. La ropa del niño estaba en una caja de cartón sellada. La envió a Francesca, recordando que Jenny había dicho un día que se la daría a ella. Había revisado todos sus cuadernos de dibujo antes de empaquetarlos y había cortado cuidadosamente las hojas con el dibujo del niño, guardándolas en su cartera. Eran suyas; todo lo que solo era de ella era suyo.

En la llanura crecían algunas anémonas moradas; se levantó mecánicamente para recogerlas. Ay, la primavera.

Recordó un día de primavera hace dos años cuando estuvo en Noruega. Le habían dado un carro y una yegua roja en la estación de postas; el dueño era un antiguo compañero de escuela. Era un día soleado de marzo; los prados estaban amarillos de hierba seca, y los montones de estiércol sobre los campos arados brillaban con un marrón atercielado.

Pasaron junto a las granjas familiares con casas amarillas, grises y rojas, huertos de manzanos y arbustos de lilas. El bosque alrededor era de un verde oliva, con un tinte púrpura en las ramitas de abedul, y el aire estaba lleno ese día del gorjeo de pájaros invisibles.

Dos niños pequeños de cabello rubio caminaban por el sendero llevando una lata.
—¿A dónde van, pequeños?
Se detuvieron, mirándolo con desconfianza.
—¿Llevan comida a papá?
Asintieron, vacilantes, asombrados de que un extraño caballero lo supiera.
—Suban aquí y les daré un paseo —les ayudó a subir al carro—.
¿Dónde trabaja papá?
—En Brusted.
—Eso está más allá de la escuela, ¿verdad?

Así transcurría la conversación: un hombre ignorante que pregunta y pregunta, como los adultos siempre hablan a los niños; y los pequeños, que poseen tanta sabiduría, se consultan en silencio con la mirada, entregando de ella solo lo que creen conveniente. Caminaron de la mano junto a un arroyo de corriente rápida cuando los dejó, y él giró su caballo en la dirección que quería tomar.

Esa noche hubo una reunión de oración en su casa. Su hermana Ingeborg estaba sentada junto al viejo armario de la esquina, siguiendo con rostro pálido y ojos brillantes a un zapatero que hablaba de la gracia espiritual; luego, de repente, se levantó para dar testimonio. Su bonita hermana, que una vez fue tan aficionada al baile. Le encantaba leer y aprender; cuando él consiguió trabajo en la ciudad, le enviaba libros y el diario Socialdemócrata. A los treinta años se había salvado y ahora hablaba en lenguas. Había depositado todo su amor en su sobrino Anders y en una niña que vivía con ellos. Con ojos chispeantes, les hablaba de Jesús, el amigo de los niños.

Al día siguiente nevaba; había prometido llevar a los niños al cine en el pueblo vecino, y tuvieron que caminar bajo la nieve derretida, dejando huellas negras tras de sí. Intentó hablar con los pequeños, recibiendo

respuestas cautelosas. Pero, a la vuelta, los niños eran los curiosos y él, halagado, daba respuestas detalladas sobre las películas de vaqueros en Arizona y la cosecha del coco en Filipinas. Hizo todo lo posible por responder sin quedarse nunca sin palabras.

Ay, la primavera.

Fue en un día de primavera cuando había ido a Viterbo con Jenny y Francesca. Vestida de negro, ella había estado sentada junto a la ventana, mirando al frente con sus grandes ojos grises. Las nubes enviaban chubascos sobre las llanuras de la Campaña, donde no había ruinas, solo algún muro derrumbado y una granja con dos pinos cerca de la casa. El tren corría entre colinas y bosques de robles, donde crecían anémonas y prímulas entre las hojas mustias. Ella dijo que quería bajar a recogerlas bajo la lluvia. «Esto es como la primavera en casa», dijo.

Parte de la nieve aún yacía gris en las cunetas, y las flores estaban mojadas y pesadas, con los pétalos pegados. Pequeños arroyos corrían por las grietas, desapareciendo bajo la vía del tren. Un chubasco azotaba la ventana y arrastraba el humo al suelo; luego se despejaba sobre los valles y el agua corría por las laderas.

Había guardado algunas de sus cosas en una de las cajas de las chicas. Cuando lo recordó por la noche, ellas ya habían empezado a desvestirse y reían cuando él llamó a su puerta. Jenny abrió un poco, dándole lo que pedía. Llevaba una ligera bata de mangas cortas, dejando al descubierto su esbelto brazo blanco. Aquello lo tentó a darle muchos besos, pero solo se atrevió a darle uno ligero. Estaba enamorado de ella entonces, embriagado por la primavera, el vino, la lluvia y el sol, por su propia juventud y la alegría de vivir. Quería hacerla bailar; a esa muchacha alta y rubia que sonreía con cautela, como si estuviera aprendiendo un arte nuevo; ella, que había mirado con ojos grises todas las flores que pasaban.

Qué diferente podría haber sido todo. Un seco y amargo sollozo sacudió de nuevo su cuerpo.

El día que fueron a Montefiascone también llovió tanto que el agua rebotaba en el puente de piedra. Cómo rieron los tres cuando subían por

la estrecha calle, con el agua corriendo hacia ellos en pequeños torrentes. Al llegar a la Rocca, el acantilado del castillo, se despejó. Se asomaron a la muralla, mirando el lago que yacía negro bajo los olivares. Los cielos colgaban bajos, pero a través del agua oscura llegaba una línea plateada que se ensanchaba; la niebla retrocedía y la montaña se hacía visible. El sol atravesaba las nubes, que descendían para reposar alrededor de los pequeños promontorios. Hacia el norte apareció un pico lejano; Cesca dijo que era el Monte Amiata.

Las últimas nubes de lluvia rodaban por el cielo azul, fundiéndose ante el sol; el mal tiempo huía hacia el oeste, oscureciendo las alturas etruscas que descendían hacia la franja amarillenta del Mediterráneo. La vista le recordaba los paisajes de montaña de su propio país. Él y ella se habían agachado detrás del seto, y él había extendido su abrigo para que ella pudiera encender un cigarrillo. El viento era fuerte y ella temblaba un poco con su ropa mojada; sus mejillas estaban rojas y el sol brillaba en su cabello dorado mientras se lo apartaba de los ojos.

Iría allí mañana a recibir la primavera, la fría y desnuda primavera llena de expectación, con los brotes mojados floreciendo a pesar de todo. Ella y la primavera eran una para él; ella, que temblaba y sonreía con el tiempo cambiante y quería reunir todas las flores en su regazo. Pequeña Jenny, no debías recoger las flores, y tus sueños nunca se cumplieron; ahora yo los sueño por ti.

Y cuando haya vivido lo suficiente para estar tan lleno de anhelo como tú, quizá haga como tú y le diga al destino: «Dame algunas de las flores; me conformaré con mucho menos de lo que quería al principio». Pero no moriré como tú moriste, porque no podías conformarte. Te recordaré, besaré tu cabeza y pensaré: ella no podía vivir sin ser la mejor, sin reclamar lo mejor como su derecho; y quizá diga: bendito sea el cielo que eligió la muerte antes que vivir contenta. Esta noche iré a la Plaza de San Pedro y escucharé la música de la fuente que nunca se detiene, y soñaré mi sueño. Porque tú, Jenny, eres mi sueño, y nunca he tenido otro.

Sueño… ay, sueño.

Si tu hijo hubiera vivido, no habría sido lo que soñaste cuando lo tenías

en brazos. Podría haber hecho algo bueno o algo malo, pero nunca habría logrado lo que soñaste que debía hacer. Ninguna mujer ha dado vida al hijo que soñó; ningún artista ha creado la obra que vio en el momento de su inspiración. Vivimos verano tras verano, pero ninguno es como el que hemos anhelado cuando nos agachamos a recoger las flores mojadas bajo los chubascos. Ningún amor es lo que los amantes soñaron cuando se besaron por primera vez.

Si hubiéramos vivido juntos, podríamos haber sido felices o no, pero nunca sabré lo que habría sido nuestro amor. Lo único que sé es que nunca habría sido lo que soñé aquella noche junto a la fuente. Sin embargo, no habría querido perderme ese sueño, ni quiero perderme el que sueño ahora.

Jenny, daría mi vida si pudieras encontrarte conmigo en el acantilado y ser como eras entonces, y amarme por una hora. Pienso en lo que podría haber sido si hubieras vivido, y siento que una alegría sin límites se ha desperdiciado. Estás muerta, y tu muerte me ha hecho pobre. Solo tengo mi sueño de ti, pero, si comparo mi pobreza con las riquezas de otros, es infinitamente más gloriosa. Ni para salvar mi vida dejaría de amarte y llorarte.

Gunnar Heggen no sabía que, en la tormenta de su corazón, había levantado los brazos hacia el cielo, susurrando para sí. Las anémonas que había recogido aún estaban en su mano. Los soldados en la muralla se rieron de él, pero él no lo vio. Apretó las flores contra su corazón y susurró suavemente mientras caminaba lentamente desde la tumba hacia la arboleda de cipreses.